

Bala perdida

BILOGÍA Love II

MABEL DÍAZ



Bala perdida

MABEL DÍAZ

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Bala perdida. Bilogía Love II.
©Mabel Díaz, marzo 2024.
Corrección: Carolina Ramos.
Diseño de portada y maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Para ti, por leer esta novela. Gracias.

NOTA DE LA AUTORA:

Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que en ella se narran son totalmente inventados por la autora; fruto de su imaginación, por lo que cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es pura casualidad.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de la titular de la propiedad intelectual.

Si te gustan mis libros, te pido por favor que dejes un comentario en Amazon o los recomiendes a otras lectoras. ¡Muchas gracias!

Para saber novedades, ofertas, sorteos y regalos, puedes seguirme en:

Facebook: https://www.facebook.com/mabel.diaz.9085

Instagram: @mabel.diaz.escritoraromantica

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Agradecimientos
Biografía de Mabel Díaz.
Bibliografía



CAPÍTULO 1

12 de julio. Palma de Mallorca

Nerea se metió una pastilla en la boca y bebió un trago de la botella de agua que tenía en la mano. La música electrónica de la fiesta *rave* en la que estaba sonó más potente y ella bailó moviendo el cuerpo con frenesí.

Sentía un torrente de energía que se apoderaba de sus venas. Bebió otro trago de agua. Este líquido era fundamental para aguantar muchas horas bailando sin parar, además de las drogas sintéticas que se consumían en este tipo de fiestas ilegales.

Llevaba su cabello castaño claro recogido en una coleta alta y purpurina de varios colores en los párpados y los pómulos. Cubría sus pechos con la escasa tela de los triángulos de un bikini. Un bolsito en bandolera cruzaba su torso. Tenía puesto un pantalón tan corto que asomaba la parte baja de las nalgas, pero a ella no le importaba mostrar su cuerpo. Estaba orgullosa de él y lo lucía siempre que tenía oportunidad.

Alrededor del cuello portaba unos cuantos collares de neón y en las muñecas, cuatro o cinco pulseras en cada una del mismo tipo. En las orejas, varios pendientes de aro de distintos tamaños. Protegía sus pies con unas cómodas y resistentes zapatillas.

De repente, sintió que una mano la agarraba por la cintura y una voz le gritó al oído:

—¿Estás sola, guapa?

—¿Pretendes dejarme sorda o qué? —contestó ella gritando también, al tiempo que le daba un codazo en el estómago al tío que la había agarrado.

—No, no quiero dejarte sorda. Llevo un rato observándote y no veo que nadie

te acompañe.

—¿A ti qué te importa si estoy sola o no? —preguntó de malos modos. Lo miró de arriba abajo y añadió—: ¡Lárgate! No me interesas.

—Pues tú a mí sí —insistió el desconocido.

Intentó abrazarla, pero Nerea se resistió. Otra vez volvió a empujarlo para separarlo de su cuerpo. Pero la gente que abarrotaba la nave industrial abandonada donde se celebraba la fiesta no dejó que el chico se distanciase mucho de ella.

—¡Déjame en paz y búscate a otra! No quiero nada contigo —chilló con agresividad.

El joven no se daba por vencido y continuó insistiendo hasta que Nerea, harta de la situación, le arreó un tortazo tan fuerte que hizo el desconocido girase la cara.

Antes de que el chico pudiera reaccionar, se dio la vuelta y se abrió paso a codazos entre la multitud.

Cuando consiguió salir de la marabunta de gente, sintió el sudor frío de su piel. Se abrazó a sí misma para darse calor, pero tenía las manos heladas y no lo logró.

Sacó el móvil para ver la hora y comprobó que llevaba más de doce horas en la *rave*.

De repente, le dio un bajón y, sin saber por qué, empezó a llorar. Se notaba agotada, sin ganas de nada. Se alejó del gentío de la fiesta en dirección a la carretera para hacer autostop. Comenzó a andar por ella, con el brazo extendido y el pulgar hacia arriba.

En el tiempo que estuvo caminando por el asfalto no pasó ningún vehículo que pudiera llevarla. Cansada de andar, se sentó en el arcén. Como aún tenía el móvil en la mano, pensó en llamar al chófer de su familia para que fuera a buscarla, pero, si sus padres se enteraban de a qué dedicaba el tiempo libre, la encerrarían en casa y tirarían la llave al mar. Estaba segura de que también se ocuparían de que no tuviera acceso a internet de ningún modo. Aunque los dos estaban de viaje por motivos laborales, Tomeu, el chófer, se lo chivaría en cuanto volviesen a Palma. Así que se aguantó las ganas y guardó el teléfono en el bolsito que llevaba.

De pronto, sintió unos pasos que se dirigían hacia ella. Enfocó la vista para ver quién era, pero la oscuridad de la noche se lo impidió. Intentó sacar el móvil para usar la linterna cuando, en ese momento, un tipo se abalanzó sobre ella. Cayó hacia atrás, con la espalda pegada al pavimento.

—Te he encontrado. ¿Creías que escaparías de mí? —dijo el desconocido que la había abordado en la fiesta, colocándose sobre su cuerpo.

—¡Quítate de encima, gilipollas! —gritó.

—Me quitaré de encima cuando haya conseguido lo que busco.

Su agresor le sujetó las muñecas con una mano y con la otra intentó bajarle el pantalón.

Nerea se retorcía debajo de él sin parar de vociferar.

—¡No me toques! ¡Suéltame! ¡Hijo de puta! ¡Cabrón!

—¿Te gusta gritar? Pues te va a doler la garganta de tanto hacerlo cuando te folle.

De repente y sin saber cómo, se vio libre del tipo que la estaba atacando.

Aún tumbada sobre el asfalto, escuchó golpes y quejidos. Alguien estaba pegando a otra persona. Giró la cara y vio a una figura sobre su agresor dándole puñetazos en la cara hasta dejarlo inconsciente.

Cuando acabó con él, se alzó y se giró para ir a donde estaba la chica.

Al llegar a ella, se agachó y Nerea pudo ver la cara de su salvador.

—¡Mauro! ¡No sabes cuánto me alegro de verte! —exclamó, abrazándose a él.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, sí. No ha llegado a hacerme nada. Pero estoy segura de que intentaba violarme. ¿Lo has matado?

El joven frunció el ceño.

—¡No! ¡Por Dios! No soy tan bestia. Solo lo he dejado inconsciente con un par de puñetazos.

—No creo que te denuncie por agresión. Iba puesto hasta las cejas cuando lo he visto en la fiesta. Seguro que, cuando vuelva en sí, ni se acuerda de lo que ha sucedido.

—¿Estabas en la *rave*? —quiso saber, mientras la ayudaba a levantarse del suelo.

—Sí. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? No soy un bala perdida como tú.

Ella no se ofendió. Le gustaba que él la llamase de esa manera.

—¿Qué haces aquí, entonces? —indagó Nerea.

—Estaba haciendo deporte. Me gusta correr.

—¿A las seis de la madrugada? ¡Pero si a esta hora no están las calles puestas!

Mauro se rio por aquel comentario y por la cara de asombro que había puesto la chica.

—¿Dónde están tus amigas?

—Supongo que cada una en su casa, durmiendo como los angelitos que son.

—¿Estás sola? —Frunció el ceño y la miró enfadado—. ¿Cómo se te ocurre venir sola a una fiesta ilegal? ¿No sabes que en este tipo de fiestas no hay ningún

protocolo de seguridad, emergencias o prevención de riesgos? ¿Tan descerebrada eres?

—Venga, Mauro, no te enfades. No es la primera *rave* a la que voy sola. Estaba celebrando que he suspendido cinco asignaturas y tengo que repetir segundo de bachillerato.

Él la miró de arriba abajo, incrédulo. ¿Nerea se alegraba de haber suspendido y tener que repetir curso? Cómo se notaba que era una niñata rica. No sentía la necesidad de trabajar en algo o tener alguna titulación académica. Con fundir la Visa que seguramente le habría dado su papá, tenía de sobra.

Le daba rabia la gente así, acostumbrada a conseguirlo todo sin esfuerzo.

Sin embargo, al ver las prendas minúsculas que cubrían el cuerpo de Nerea, se calentó. El corazón comenzó a bombearle más deprisa y notó que su miembro se ponía duro. La chica era una preciosidad.

—Cuando te puse el mote de Bala Perdida, acerté de lleno.

Se habían conocido en el yate de la amiga de Nerea, Ariadna Van der Vaart, hacía un par de meses. Esta celebraba su decimoctavo cumpleaños y él estaba allí atendiendo a los invitados. La cumpleañera había contratado un servicio de cáterin para la fiesta en el barco. Mauro era el dueño de la empresa. Desde el primer momento que Nerea y él se vieron, surgió una atracción sexual, pero Mauro se negó a tener algo con la jovencita porque se llevaban ocho años —él tenía veintiséis y ella, dieciocho—, y eso para él era mucho. A Nerea no le importaba esa diferencia. Le había gustado ese joven y quería tener sexo con él.

Como Mauro se resistía, la chica comenzó a acosarlo. Al final, en un rifirrafe que tuvieron, los dos acabaron en el mar.

Al día siguiente, se encontraron en la mansión de la familia de su amiga, que celebraba la mayoría de edad de Ariadna de forma oficial. Allí, Nerea volvió a acosar a Mauro, que estaba trabajando. Por fin derribó las barreras del joven y obtuvo lo que quería.

Desde entonces, no habían vuelto a verse.

Mauro se quitó la camiseta de manga corta que llevaba y se la puso a Nerea por la cabeza, cubriéndola hasta los muslos. No quería seguir contemplando su belleza salvaje porque estaba a punto de saltar sobre ella y devorarla.

Mejor evitar la tentación.

—No tengo frío.

—Me da igual.

Ella intentó quitarse la prenda.

—No te la quites —le ordenó.

Nerea lo miró con una sonrisa descarada.

—¿Estás en modo jefe? Porque yo no soy ninguno de tus empleados para que

me des órdenes.

Mauro la agarró de las manos para impedir que descubriera su cuerpo.

—¿Sabes que me pone mogollón tu cara de cabreo? Además, sin la camiseta, estás más bueno todavía. Me molan mucho tus tatuajes.

—Cállate —demandó él.

—No quiero —respondió, prepotente.

Mauro la miró molesto.

—Si no te callas…

Nerea amplió su sonrisa y le dirigió una mirada traviesa.

—Si no me callo, ¿qué? —lo retó.

—¡Maldita niñata rica! —gritó, antes de cogerla por las caderas y echársela al hombro.

La carcajada que soltó la chica resonó por todos lados.

—¿A dónde me llevas? —quiso saber entre risas.

—A mi casa —respondió mientras caminaba.

—¿Vamos a follar?

Él, como respuesta, le dio un cachete en el culo y le ordenó otra vez que permaneciera en silencio.

Ella soltó otra carcajada.

—¿Queda lejos tu casa?

—Vivo en el puerto. En un barco.

—¡Genial! Nunca lo he hecho en un barco.

—Ni lo vas a hacer.

—¿Qué te apuestas a que sí?

—No vamos a tener sexo esta noche porque ya lo tuvimos en la fiesta de tu amiga.

—¿Es que no quieres repetir? Lo pasamos muy bien —lo incitó mientras seguía doblada sobre su hombro y él caminaba como si pesase lo mismo que un pequeño gatito.

—Tuvimos sexo para que me dejaras en paz. Ya conseguiste lo que querías, así que ahora…

Nerea le interrumpió.

—Entonces, ¿por qué me llevas a tu barco? ¿Por qué no me dejas en una parada de taxi? Podría coger uno e irme a mi casa.

Mauro pensó un momento su respuesta.

En realidad, quería estar con ella más tiempo, por eso lo primero que se le había ocurrido era llevarla a su barco. Durante los dos meses que no se habían visto la había echado de menos. Su mente no dejaba de bombardearlo con las eróticas imágenes del encuentro sexual que tuvieron. Le dolía la mano de

masturbarse tanto pensando en ella.

Además, no quería dejarla sola otra vez. Ni en una parada de taxi ni en ningún sitio. Habían estado a punto de violarla. No permitiría que le sucediese de nuevo.

La llevaría a su barco, y cuando se le pasara el efecto de la droga que había tomado —porque estaba seguro de que algo se había metido cuando había estado en la *rave*—, la devolvería a su casa.

Rezó para que durante el tiempo que iba a pasar con ella en su barco no sucediese nada, a pesar de que le encantaría repetir con Nerea. Esa joven rebelde e impulsiva se le había metido bajo la piel y no conseguía sacarla.

—¿Por qué no contestas? —quiso saber Nerea.

—Cállate. No me dejas pensar.

—¿Estás imaginando todas las formas en las que vamos a follar en tu barco?

—Acabo de decirte que no vamos a tener sexo —volvió a negar él.

—Bueno, hay otras formas de tener relaciones sin llegar a la penetración. ¿Qué tal se te da el sexo oral? Ya sabes que a mí, genial. ¿Recuerdas lo mucho que disfrutaste mientras te chupaba la pol…?

—¿Quieres callarte de una maldita vez? —gruñó, disgustado.

Cada vez que algo sexual salía de los labios de Nerea, la erección de Mauro crecía y su corazón latía desbocado. Su mente lo repetía una y otra vez en modo bucle.

—¿Te pone nervioso que hablemos de sexo? —cuestionó ella, y soltó una risita—. No pensaba que fueses tan puritano después de lo que hicimos en tu furgoneta el día de la celebración oficial del cumpleaños de mi amiga Ari.

Él, en lugar de contestar a su pregunta, cambió de tema.

—Estamos llegando al puerto. Voy a bajarte. Estarás incómoda en esa postura.

—La verdad es que estaría más cómoda en tu cama. Porque supongo que tendrás una cama en el barco. —Le dio un apretón en el culo.

Él la dejó en el suelo, sobre sus pies.

—¿Es que no piensas en otra cosa? —quiso saber Mauro, mirando al cielo como pidiendo paciencia.

—Cuando estoy contigo, es en lo único que pienso —confesó con sensualidad.

—Venga, camina.

Nerea se puso al lado de Mauro y comenzaron a andar en silencio disfrutando de la brisa marina. Hacía una noche magnífica.

Accedieron al puerto donde estaba atracado el barco del joven y recorrieron la dársena hasta llegar a él.

—Pasa tú primero. —Le indicó la pasarela que unía la embarcación a la dársena.

—¿Por qué? ¿Es que quieres verme el culo? Te recuerdo que tu camiseta me llega hasta los muslos, así que lo tienes complicado. Pero siempre puedo quitármela —le pinchó.

Él puso los ojos en blanco.

—Solo pretendía ser amable y tener un gesto caballeroso contigo. Pero, si vas a pensar mal, entraré yo primero.

La embarcación de Mauro era blanca, con letras azules en las que se leía «Mar Blau». La cubierta era de madera y las velas estaban recogidas. No pudo ver mucho más porque el joven la agarró de la mano y la condujo al interior.

—Baja con cuidado —le aconsejó.

Cuando ella terminó de bajar la escalera, observó todo a su alrededor. El espacio estaba ocupado por una minúscula cocina, que constaba de dos fogones, un pequeño fregadero y una mininevera. A continuación, había un banco de madera con una mesa para dos personas. En el otro lateral del habitáculo había una puerta, que supuso que era el baño. Al fondo, una cama también para dos personas. Todo decorado en tonos azules y blancos, que combinaban con la madera de color cerezo del suelo y el banco. También contaba con un pequeño televisor de pantalla plana en un rincón.

—Me gusta tu barco.

—¿Te apetece un café? —le ofreció Mauro con amabilidad.

—Lo que me apetece es estar contigo en esa cama haciendo guarradas —contestó ella, colgándose de su cuello.

—Si no dejas de pensar en el sexo y de proponerme cosas que tengan que ver con ese tema, llamaré a un taxi para que te lleve a casa lo antes posible.

Nerea torció la boca. Aceptaría porque deseaba estar con él más tiempo, aunque fuera hablando. Ya se le ocurriría alguna forma de irse a la cama con Mauro esa misma noche.

—Vale —cedió—. Dejaré de hablar de sexo, ya que te incomoda tanto, pero no puedes obligarme a no pensar en ello.

Mauro cerró los ojos y exhaló un suspiro cansado.

—Prepararé café —dijo cuando los abrió—. Ponte cómoda.

Quitó los brazos de Nerea de alrededor de su cuello. Se giró y sacó una cafetera italiana de un pequeño armario que había sobre el fregadero. También, un bote con café molido. Desenroscó la parte inferior de la cafetera, la llenó de agua, le puso el colador de acero inoxidable y echó varias cucharadas de café. Luego la cerró y la puso en uno de los fogones de la cocina. Se volvió hacia Nerea.

—Estará listo enseg…

No acabó la frase porque se la encontró desnuda, sentada en la cama.

—¿Por qué te has quitado la ropa? —preguntó, boquiabierto, mientras recorría con su mirada oscura y abrasadora el cuerpo de la chica.

—Me has dicho que me pusiera cómoda.

—Pero no me refería a que te desnudases.

—Ups… De todas formas, no sé por qué te alteras tanto si ya me has visto desnuda dos veces: una, en el yate de mi amiga Ari y la otra, cuando tuvimos sexo en tu furgoneta.

Mauro agarró su móvil.

—Vístete. Voy a llamar a un taxi para que te lleve a casa. Ha sido una mala idea traerte a mi barco.

Nerea se levantó rápido del colchón y dio tres zancadas para llegar a donde estaba él. Le quitó el teléfono de la mano y lo tiró hacia la cama, en la otra punta de la estancia.

—No llames a nadie, por favor. Seré buena y me pondré tu camiseta otra vez.

Lo miró con la súplica en sus ojos de color aguamarina.

Mauro se fijó bien en aquella mirada. La chica tenía unos ojos impresionantes. Los más bonitos que había visto en su vida.

—Está bien —dijo, sintiéndose hechizado.

Nerea regresó a la cama y se puso la camiseta de Mauro. Nada más.

—Nos tomaremos un café —siguió comentando él— y hablaremos de cualquier cosa que no esté relacionada con el sexo. Por ejemplo, ¿por qué has suspendido cinco asignaturas? No tienes pinta de tonta o poco inteligente. De cabra loca, sí. Supongo que no habrás estudiado lo suficiente.

—No me gusta estudiar. Por cierto, tienes móvil nuevo.

Mauro recordó el motivo por el que se había visto obligado a comprar otro dispositivo.

En la fiesta de cumpleaños de su amiga Ariadna, en la mansión de su familia, Nerea tuvo la genial idea la agarrarlo de una mano —después de acosarlo durante bastante rato y de que él se negara— y tirarse con él a la piscina que había en el jardín donde se celebraba el evento. Como llevaba el teléfono en el bolsillo del pantalón, se le estropeó.

—¿El número sigue siendo el mismo?

—Sí, pero…

—Voy a hacerte una llamada para que tengas el mío —continuó hablando la chica mientras cogía el suyo, y buscó el número de Mauro—. Me dijiste que se te había jodido al mojarse y no habrás podido recuperar muchos contactos, entre ellos el mío. Porque, si tuvieras mi número, podrías haberme llamado en estos dos meses que no nos hemos visto, y no lo has hecho.

Sonó la música del móvil de Mauro y Nerea cortó la llamada. Trasteó con el

terminal para guardarlo en los contactos.

Mientras, Mauro había terminado de hacer el café y lo estaba sirviendo en dos tazas.

—No esperes que te llame. No te hagas falsas ilusiones —comentó él, a pesar de que Nerea le atraía más que ninguna otra. La deseaba con tanta fuerza que le dolía estar sin ella. Debía aceptarlo. Con Nerea, todo era diferente. Su imaginación creaba demasiadas fantasías con ella de protagonista y por eso era mejor mantenerse alejado todo lo posible. Tenía que andar con mucho cuidado. Otra vez, se dijo que era una chica de dieciocho años. Demasiado joven para él.

Ella ignoró ese comentario. Si Mauro no la llamaba, lo haría ella. Le devolvió el móvil y él vio que había grabado su número con el nombre «Bala Perdida». Sin poder evitarlo, sonrió y lo dejó encima de la mesa.

—¿Puedo decirte una cosa? Solo será un segundo.

—Sí, porque hace mucho que no hablas, ¿verdad?

Nerea esbozó una pequeña sonrisa ante su comentario sarcástico. Se sentó en el acolchado azul que había sobre el banco de madera, frente a la mesa.

Mauro se acercó con las dos tazas de café caliente.

—Me he dado cuenta de que tu barco se llama igual que tu empresa de cáterin.

—¡Qué chica más observadora! —exclamó, burlón.

—Si te ríes de mí, empezaré a hablar de sexo. Por cierto, ¿qué problema tienes con hablar de ese tema?

—¿Leche y azúcar? —ofreció Mauro.

—No, nada. El café me gusta como los hombres: fuerte y caliente.

El joven puso los ojos en blanco.

—Creo que tendré que llamar al taxi.

Nerea cogió con rapidez el móvil del chico y se lo puso debajo del culo.

—Ahora no puedes. ¿Qué problemas tienes con hablar de sexo? Si me lo cuentas, te prometo que dejaré el tema. Palabrita de niña buena.

Mauro se la quedó mirando con una ceja arqueada.

—¿Tú, buena? —Soltó una carcajada.

—Sí. Mira qué cara de angelito tengo. Me están saliendo alas y la corona dorada sobre mi cabeza. —Pestañeó con coquetería.

Mauro se quedó observándola unos segundos. Estaba deseando que se quitase la purpurina de los párpados. Deslucía sus impresionantes ojos. Sin embargo, la que llevaba en los pómulos le quedaba bien.

Como Nerea vio que él no iba a responder, siguió hablando:

—Puedo ser muy buena cuando quiero. Ya te lo demostré en tu furgoneta.

—Te ha quedado un buen recuerdo de aquello, porque no paras de repetirlo.

—Pues sí. La verdad es que sueño contigo cada noche desde la primera vez

que te vi —confesó Nerea.

El joven inspiró hondo asimilando la declaración. A él le sucedía lo mismo.

Se sentó en el banco de madera, frente a su taza.

—No tengo ningún problema en hablar de sexo. Es que no quiero hablarlo contigo.

—¿Por qué? —se sorprendió Nerea.

Él carraspeo para aclararse la garganta.

—No te hagas ilusiones por lo que te voy a decir, pero la razón por la que no quiero hablar de sexo contigo es porque me excitas demasiado. Tu voz, tus ojos, tu risa, tus labios, todo tu cuerpo…

Ella abrió mucho los ojos y exhaló un suspiro feliz.

—Incluso las locuras que me propones, la forma de decirme las cosas… Irradias tanta sensualidad que me resulta muy difícil resistirme a ti.

—Pues entonces deja de hacerlo.

—No puedo dejarme llevar.

—¿Por qué?

—Porque eres casi una cría.

—Soy mayor de edad. Lo sabes.

—Pero soy ocho años mayor que tú. También lo sabes.

—La diferencia de edad no se nota en la cama. ¿O tú la notaste cuando tuvimos sexo aquella vez? Porque yo no.

Mauro desvió la mirada hacia una pequeña ventana que había a su lado.

Estaba amaneciendo. Dentro de poco, tendría que ducharse e ir a trabajar.

—¿No te da vergüenza haber suspendido cinco y tener que repetir curso? —indagó para cambiar de tema—. ¿Tus padres no te han echado la bronca por no haber estudiado lo suficiente para aprobar?

—No, no me avergüenzo de nada. Ya te he dicho que no me gusta estudiar. Y, respecto a mis padres, me han amenazado con lo mismo de siempre: que me quitarían el móvil, mi asignación mensual, todas las tarjetas bancarias que tengo y me mandarían a un internado en Londres el próximo curso… Amenazas que nunca cumplen.

—Entonces, ¿qué aspiraciones tienes tú? ¿En qué vas a trabajar? ¿O es que vas a vivir toda la vida a costa de tus padres?

—Déjame ver tu mano —le pidió.

—¿Para qué? ¿Vas a leerme las líneas de la vida y del amor? —se burló él.

—Solo quiero ver si te has hecho alguna herida cuando le has pegado a ese tío.

Alargó la mano para atrapar la de él.

—La tengo bien, como puedes comprobar. La otra también. —Mauro se la

enseñó.

—Me parece que la tienes un poco hinchada por los golpes. Pero me alegro de que no te hayas hecho ninguna herida. Deberías ponerte un poco de hielo o algo frío para que no se te inflame más.

—¿Tienes vocación de enfermera? —quiso saber él con una risita burlona.

—Contestando a tu pregunta de antes sobre a qué quiero dedicar mi vida, me gustaría ser actriz porno.

A Mauro se le borró la sonrisa de la cara en décimas de segundo.

—¿Cómo? —soltó, mirándola como si le hubiese salido otra cabeza.

—Así tendría todo el sexo que quisiera y, encima, me pagarían —replicó como si estuviera comentando el amanecer tan bonito que se veía a través de la ventanilla del barco.

—Estás de coña, ¿verdad?

Ella lo miró con toda la seriedad que pudo antes de contestar:

—No, no estoy de coña.

Bebió un sorbo de su taza y lo observó por encima del borde.

—¿Y tú? ¿Siempre has querido trabajar en la hostelería? ¿Cuándo montaste la empresa de cáterin?

Él se recuperó del impacto que le habían producido las contundentes palabras de Nerea.

—De pequeño, jugaba a ser camarero con mi hermano. Él era el chef.

—¿Tienes un hermano?

—Falleció hace poco.

—Lo siento. No tenía que haberte preguntado.

—No pasa nada. —Se aclaró la garganta y continuó hablando—: Creamos la empresa de cáterin hace tres años, pero, al morir él, me he quedado al frente.

Estuvo a punto de contarle que el negocio había sido una forma de ayudar a su hermano a llevar una vida normal y reinsertarse en la sociedad, pero prefirió mantener oculta esa parte de su vida. No tenía tanta confianza con ella, a pesar de haber mantenido relaciones sexuales. Además, aún se sentía frustrado e impotente por no haber conseguido salvar a Jaume. Recordar a su hermano lo llenaba de añoranza y pena. Sabía que esos sentimientos le durarían toda la vida, pero esperaba que, con el tiempo, fueran adormeciéndose.

Nerea vio la tristeza en sus ojos oscuros, por lo que decidió cambiar de tema.

—¿Cuánto hace que vives en el barco?

El joven se quedó pensando tanto tiempo que ella creyó que no iba a responderle.

—Desde hace un año. Siempre he querido vivir en uno y, como la empresa va bien, pedí un préstamo al banco para comprarlo.

Mientras él le contestaba, Nerea admiró su torso desnudo, sus fuertes brazos y su tableta de abdominales. Reparó otra vez en la pequeña golondrina con alas extendidas que tenía tatuada en el marcado pectoral. Desvió los ojos hacia uno de los bíceps, el que tenía los números romanos. Después, su mirada viajó hasta el otro bíceps, el de la palabra con letra cursiva.

Mauro bebía en ese momento de su taza de café y ella pudo leer el tatuaje.

—¿Por qué llevas «Resiliencia» ahí? —Le señaló la parte interna del brazo.

—¿Sabes lo que significa? —cuestionó él, dejando la taza en la mesa.

—Más o menos —respondió con ambigüedad.

El joven meneó la cabeza de un lado a otro. Seguro que no sabía lo que era y no quería admitir su ignorancia.

—La resiliencia es la capacidad que tiene una persona para afrontar los acontecimientos adversos, como la muerte de un ser querido, un accidente o una enfermedad grave, de forma constructiva; adaptarse y fortalecerse al pasar por estos sucesos traumáticos con la confianza de que saldrás adelante pese a todo.

—Vaya, qué profundo —comentó ella, boquiabierta.

—Termina el café ya. Tengo que ducharme e irme a trabajar. Y tú tienes que irte a tu casa.

—¿Podemos ducharnos juntos? —preguntó con ilusión.

—No.

—Aguafiestas.

Mauro acabó su taza de café, se levantó y abrió un armario, del que sacó la ropa que se pondría ese día.

—Me voy a duchar. Cuando salga, espero que te hayas puesto tu ropa y que hayas llamado a un taxi para que venga a recogerte. No se te ocurra entrar en el baño bajo ninguna circunstancia o no volveré a hablarte en la vida —dijo en tono serio.



CAPÍTULO 2

Cuando Mauro salió de la ducha, se encontró a Nerea dormida en su cama, desnuda. Estaba tumbada de lado en posición fetal. Recorrió con sus ojos oscuros la figura de la chica al mismo tiempo que notaba cómo su pene se endurecía.

Sabía que Nerea era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que pretendía. Seguro que se había quitado la camiseta con toda la intención de calentarlo.

Dudó si despertarla o no. Se la veía tan tranquila, quizá soñando, que no quiso molestarla. Su cabello castaño claro estaba extendido sobre la almohada y respiraba con calma, completamente relajada. Era fascinante verla dormir.

Sin embargo, pensó que en su casa la echarían de menos. Se preocuparían si ella no llegaba, así que decidió espabilarla.

—Nerea —susurró mientras la zarandeaba con una mano sobre su hombro.

—Déjame —musitó, adormilada.

—Nerea, tienes que irte a casa. Aquí no puedes quedarte a dormir.

—No quiero irme a casa.

—Pero tienes que hacerlo. Si no vas a casa, tus padres se preocuparán.

Ella abrió los ojos poco a poco. Se puso una mano sobre ellos para que no la cegara la claridad del día.

—Mis padres están rodando una película en Málaga. No volverán hasta dentro de una semana.

—¿Tus padres son actores? —preguntó él, sorprendido.

—Los dos no. Mi padre es productor y director de cine y televisión. Mi madre sí es actriz. Es su musa.

Mauro recordó haber visto en el evento de la mansión Van der Vaart, donde coincidió con Nerea por segunda vez, al matrimonio del que ella hablaba.

—Espera un momento: ¿tú eres hija de Míkel Garamendi y Estíbaliz Arana?

—Sí. Yo soy la oveja negra de mi familia. Mi hermana mayor, Amaia, es la chica perfecta —contestó ella, quitándose la mano de los ojos.

—Las películas de tu padre son mis favoritas y pienso que tu madre es una gran actriz. Los vi en la fiesta de la familia Van der Vaart y me dieron ganas de pedirles que se sacaran una foto conmigo, pero no quise molestarles.

—Pues haberlo hecho. Mis padres se toman fotos con todo el que se lo pide. Son muy simpáticos y amables con sus fans —comentó mientras estiraba los brazos, desperezándose.

—Aun así, me pareció que no era el momento ni el lugar —rebatió él.

Se llevó una mano a la frente y meditó unos segundos. Después, miró a Nerea.

—Me he tirado a la hija de mi director de cine preferido —musitó, incrédulo.

—¿Quieres que lo hagamos otra vez?

—¿De verdad quieres ser actriz porno? A tus padres les daría un infarto —respondió Mauro, ignorando su pregunta.

Ella lo observó un rato. Luego, cerró los ojos y esbozó una sonrisa juguetona.

—Estaba de coña —dijo, abriendo los ojos y centrando su mirada aguamarina en la oscura de él, mientras Mauro intentaba no quedarse embobado admirando su desnudez.

—Gracias a Dios. No podría compartir a mi pareja. No soportaría ver cómo tiene relaciones sexuales con otro hombre que no soy yo. La relación no funcionaría.

—No sabía que tuvieras tantos prejuicios. Entonces, de hacer un trío con otro chico ni hablamos, ¿verdad? —improvisó.

Él se la quedó mirando como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente.

Nerea, al ver su gesto horrorizado, soltó una carcajada.

—Era broma, tío. —Se revolvió en colchón, partiéndose de risa—. Deberías ver la cara que has puesto.

—Estás más loca de lo que yo pensaba. Venga, ponte la ropa mientras llamo a un taxi. Te dejaré una camiseta para que te cubras la parte de arriba. No pretenderás volver a tu casa con esos pantaloncitos cortos, con los que enseñas medio culo, y los triángulos del bikini que apenas te tapan…

—Así es como he salido de casa —le interrumpió ella.

—Me da igual cómo hayas salido de tu casa. No dejaré que vayas en el taxi

excitando al conductor. Lo distraerías y tendríais un accidente.

—¿Por qué no me llevas tú en la furgoneta?

Mauro lo pensó mientras sacaba una camiseta blanca y se la daba.

—Sí, será lo mejor. Vístete rápido, que tengo prisa.

Ella lo agarró de una mano para impedir que se alejase.

—¿Estás pensando en ser mi novio?

—No. ¿Qué te ha hecho suponer eso?

—Antes has dicho que no podrías ser la pareja de una actriz porno.

Mauro recordó el comentario.

—Pero eso no implica que quiera ser tu novio —contestó.

Ella siguió insistiendo mientras se alzaba de la cama y se sentaba al estilo indio. Al hacerlo, mostró más su sexo desnudo.

—¿Ni siquiera después de saber que soy Nerea Garamendi Arana, hija de tu director de cine y actriz preferidos? ¿Con la que has follado, que te ha hecho la mejor felación de tu vida y que podrías tener con solo chasquear los dedos? Además, antes de que me quedara dormida, has reconocido que te atraigo mucho.

Mauro cerró los ojos para no ver su pubis, que lo invitaba a tocarlo, besarlo y penetrarlo. Se soltó de su mano y se dio la vuelta. Abrió los ojos y caminó hacia la otra parte de la estancia.

—Vístete, por favor. Tengo que irme a trabajar y me estás retrasando. Subiré a cubierta para dejarte intimidad —le pidió sin mirarla.

—Haré lo que me pides cuando contestes a mis preguntas.

El joven puso las manos en sus caderas, pero no se giró.

Soltó el aire que retenía en sus pulmones antes de responder:

—No. Ni siquiera sabiendo eso. Ni aunque haya tenido el mejor sexo de mi vida contigo ni por mucho que me atraigas. Eres demasiado joven para mí.

Dicho esto, subió por las escaleras para salir a la cubierta del barco. Una vez que estuvo allí, la brisa marina calmó su excitación y sus nervios. La erección que le había provocado ver otra vez la zona íntima de Nerea se relajó.

Poco después subió la chica y caminaron por la dársena hasta llegar al *parking* del club náutico, donde estaba aparcada la furgoneta de Mauro.

***

Mauro dejó a Nerea en la puerta de su casa.

Ella quiso despedirse con un beso, pero él no lo permitió.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —indagó la joven.

Mauro tardó un rato en contestar.

—Quizá coincidamos en algún evento —respondió sin querer comprometerse —. Pero, si eso ocurre, no me tires al agua otra vez, por favor. Con dos veces, ya he tenido bastante.

Nerea se rio.

—No puedo prometerte nada, pero lo intentaré.

—Y no vuelvas a ir sola a una fiesta *rave.*

—Sí, papá —se burló de él.

—Ni tampoco a hacer autostop.

Ella abrió la puerta de la furgoneta para bajarse.

—Y no hables con desconocidos.

—Joder, tío, qué plasta eres. Pareces mi madre.

Cerró de un portazo.

Mauro aceleró para salir pitando de allí. Nerea le había entretenido demasiado. Llegaba tarde a la reunión con un cliente.

La chica se quedó observando cómo se alejaba.

Estaba deseando que Mauro terminase de trabajar y volviese al barco, aunque ella no estaría. Pero le había dejado un regalito para que la recordara.

Cuando dejó de ver el vehículo, entró en la finca donde estaba la mansión de sus padres.

Saludó al jardinero mientras accedía al porche frontal y abrió con la llave.

Mientras subía a su habitación, se encontró con dos empleadas del servicio doméstico, a quienes les dio los buenos días.

Una de ellas, Manuela, la cocinera, le preguntó si quería desayunar, pero Nerea le contestó que no.

Pretendía quitarse toda la purpurina que llevaba en los párpados y los pómulos, darse una buena ducha porque sentía la piel pegajosa por el sudor y dormir muchas horas.

***

Por la tarde, la llamó su amiga Ari.

—He quedado a las ocho con Valeria para ir a tomar algo. ¿Te apuntas?

—Vale. ¿Dónde?

—En el Sunset Club.

—De acuerdo. Nos vemos a las ocho. Ponte guapa —se despidió Nerea de su amiga.

El Sunset Club era el punto de encuentro al que acudían todos los jóvenes de la alta sociedad mallorquina, a la que pertenecían Nerea y sus amigas. La decoración era de estilo *chill out,* con una tenue música que flotaba en el

ambiente.

Las tres llegaron puntuales, ataviadas con unos vestidos veraniegos de distintos colores.

Nerea y Ariadna se acomodaron en un sofá blanco de dos plazas y Valeria se sentó frente a ellas en un sillón del mismo color.

Una camarera se acercó a ellas para tomarles nota de las bebidas.

—Para mí, un mojito de frambuesas —dijo Nerea.

—Yo quiero una piña colada sin alcohol —solicitó Ariadna.

—Una botella de agua sin gas —pidió Valeria.

Nerea y Ari se la quedaron mirando. Cuando la camarera se hubo retirado, Nerea le preguntó:

—¿Aún sigues con la tontería esa de querer adelgazar?

—No es ninguna tontería —rebatió Valeria.

—Olvídate del comentario que te hizo Daniel en mi fiesta de cumpleaños. Ese tío es gilipollas. No estás gorda y tampoco tienes la piel de color mierda —intervino Ariadna.

—Claro, eso lo decís porque sois mis amigas y no queréis hacerme daño.

—¿Nos estás llamando mentirosas? —se molestó Nerea.

—Val, te lo decimos porque es verdad —añadió Ari—. No estás gorda. Eres una chica con curvas, eso es todo. Y tienes un tono de piel muy bonito.

—Una chica con curvas que tiene las caderas anchas y está desproporcionada en sus medidas. Me quedo muy lejos del 90-60-90. Las mías son 95-70-100. Mido un metro setenta y peso ochenta y tres kilos —comentó, indignada porque sus amigas no se tomaban en serio los complejos que tenía con su físico.

—¿Y qué más da? Lo importante es que tienes un corazón de oro, eres amable y simpática con todo el mundo, inteligente y divertida. ¿Qué importan unos kilitos de más? —intentó convencerla Ariadna—. Además, te he dicho mogollón de veces que te pareces a Beyoncé, pero en una versión joven. Tienes el mismo color de piel y los rasgos de tu cara son muy parecidos a los suyos. Podrías pasar por su doble. Ya me gustaría tener tu tono bronceado, porque yo estoy más blanca que la leche.

—Y ya no eres virgen, ese es otro dato importante —apuntó Nerea.

Aquel comentario le valió un manotazo de Ari en el brazo.

—No le hagas caso a la salida de nuestra amiga.

La camarera regresó con las bebidas, las dejó sobre la mesa que había entre el sofá y el sillón, y se marchó.

—Yo creo que Luis se acostó conmigo porque le dio pena —se quejó Valeria.

—No digas eso. Luis llevaba mucho tiempo detrás de ti y, si no hubiera sido porque se trasladó a Sevilla con su familia, estoy segura de que ahora tendríais

una relación —rebatió Ariadna.

—Opino igual —añadió Nerea, antes ponerse la pajita en los labios para beber un poco de su mojito de frambuesa. Hizo una mueca al tragar el líquido y levantó la mano para llamar a la camarera.

—No me importa lo que digáis. Pienso seguir con la dieta que me ha puesto el nutricionista. Ya he perdido seis kilos. Además, también se me han pasado las agujetas de los primeros días del gimnasio.

Nerea resopló.

—Si eso es lo que quieres, te apoyaremos, pero deja de maquillarte la piel para que parezca que la tienes más clara, por favor —le pidió.

Ariadna acompañó las palabras de su amiga afirmando con la cabeza.

—Los kilos que pierdas, dámelos a mí. No me vendrían mal —prosiguió Ari —. Estoy demasiado delgada y tengo poco pecho. Y si te sobra altura, también, dame unos cuántos centímetros.

—Pues a mí me gustan vuestras tetas —afirmó Nerea. Estiró los brazos hacia sus amigas y le tocó los senos a cada una.

—¡Tía, para! —soltó Ariadna, dándole un manotazo.

—Si tocas, pagas —se rio Valeria, y le apartó la mano.

La camarera llegó y le preguntó a Nerea si necesitaba algo más.

—Ponle más ron —contestó ella.

—De acuerdo. Enseguida vuelvo —dijo la chica, y cogió el vaso de mojito para llevárselo a la barra.

Valeria y Ari la contemplaron varios segundos hasta que Ariadna no pudo callarse más.

—¿No crees que te estás pasando?

—Perdona, no sabía que te iba a sentar tan mal que te tocara una teta.

—No me refiero a que me hayas tocado el pecho.

—¿A qué te refieres entonces? —quiso saber Nerea.

—A lo de ponerle más ron al mojito —la acusó su amiga.

—Estaba muy flojo —se defendió ella.

—Ya, claro. Estaba flojo —replicó Ari sin creerla.

Nerea miró a Valeria y se encogió de hombros.

Valeria, que intuía que se avecinaba una discusión entre sus amigas, cambió de tema.

—¿Por qué no ha venido Leo? —preguntó.

—Está descansado. Además, me apetecía una tarde de chicas.

—No me extraña. Entre la paliza que se da cuidando el jardín de la mansión de tus padres y la que le das tú teniendo sexo con él, se va a quedar sin fuerzas el pobre chico —se rio Nerea.

Ari le dio un codazo y puso los ojos en blanco.

—No digas tonterías. Porque pasemos una tarde separados no vamos a morirnos ninguno de los dos. No tenemos que estar todo el día pegados como si fuéramos siameses.

Nerea aplaudió.

—Me encanta que, a pesar de tener pareja, sigas siendo independiente. ¡Así se hace, tía! ¡Muy bien!

—¿Puedes hacer el favor de no gritar? —le pidió Ari—. Nos están mirando los de los sofás de al lado.

—Ya sabes que siempre tiene que llamar la atención de la gente, vaya donde vaya —comentó Valeria.

La camarera regresó con el mojito de frambuesa de Nerea, lo dejó sobre la mesa que había entre el sofá y el sillón, y se retiró.

Nerea bebió de él como si estuviera sedienta y fuera agua fresca en mitad del desierto.

—Si te lo bebes tan rápido, se te subirá a la cabeza enseguida —comentó Valeria.

—¿A qué cabeza? —intervino Ariadna—. ¿No ves que no tiene?

Nerea soltó la pajita y replicó:

—Ja, ja, eres muy graciosa, Ariadnita. —Giró el rostro hacia Valeria y le dijo —: Gracias por preocuparte por mí, pero yo controlo.

Su amiga le dedicó una dulce sonrisa.

—Que te lo crees tú —murmuró Ari, antes de beber de su piña colada.

Nerea fue a contestar, pero en ese momento le llegó un mensaje de WhatsApp. Al mirar la pantalla y ver quién era, lo leyó de inmediato.

***

Cuando Mauro llegó a su barco, se encontró con una sorpresa. Además de ver restos de purpurina en la colcha que cubría la cama donde ella había apoyado la mejilla mientras estaba dormida, Nerea se había olvidado el bikini.

A lo mejor, lo había dejado a propósito para tener un motivo de reencuentro con él. O para que la recordase cuando no estuviera con ella.

Podían ser mil cosas más, así que decidió dejar de darle vueltas a la cabeza y mandarle un wasap.

Sacó una foto del bikini y se la envió.



Era el texto que acompañaba a la instantánea.
Nerea contestó al momento.

Da igual. Quédatelo y así tienes un recuerdo mío.

Mientras leía su respuesta, le llegó otro mensaje de ella.

Además, lleva impregnado mi olor. No lo laves.

Mauro se acercó a la nariz el tanga del bikini y los triángulos, y aspiró con fuerza.
Al penetrar en sus fosas nasales el aroma del cuerpo de Nerea, se empalmó.
Esa chica iba a volverlo loco.
Prefirió no contestarle y así dar por zanjada la conversación.
Sin embargo, al cabo de pocos minutos, le llegó otro wasap de Nerea.

¿Por qué no contestas? ¿Estás pelándotela mientras lo hueles?

Mauro bufó al leerlo.

Pues no, lista.

Puso un emoticono de una cara con los ojos alzados al cielo y otro más de un hombre con la mano en la frente.

Te lo he dejado precisamente para eso. Haz un buen uso de él.

El joven meneó la cabeza.
—Estás como una puta cabra, tía —murmuró hablando consigo mismo.

Estoy cansado y quiero irme a dormir. Hasta otro día.

Al minuto siguiente, le llegó el último mensaje de ella.

Espero que tengas sueños eróticos conmigo de protagonista. Besos en todas tus partes sonrosadas, sobre todo en la punta de la po…

Mauro abrió los ojos como platos por la última palabra.

¿Cómo podía ser tan descarada? ¿Tan atrevida y deslenguada?

Pero, a pesar de todo eso, le encantaba que fuera así.

Nerea había entrado en su vida como un soplo de aire fresco. O, mejor dicho, como una bola de demolición que destruye todo a su paso.



CAPÍTULO 3

—¿Con quién estás chateando? —quiso saber Valeria.

—¿Os acordáis de Mauro? ¿El de la empresa de cáterin?

Sus amigas asintieron.

—Pues con él.

A continuación, les contó todo lo de la noche anterior: la fiesta *rave* a la que había asistido, el intento de agresión por parte del desconocido, la aparición de Mauro y el traslado a su barco. También todo lo que sucedió mientras estaba con él hasta que el joven la dejó en la puerta de su casa.

—¿En serio has grabado tu número en sus contactos como «Bala Perdida»? —indagó Ariadna, boquiabierta.

—Sí.

—No sé de qué me extraño, si eres una cabra loca —añadió su amiga mientras Valeria se reía en el sillón, frente a ellas.

—¿Queréis saber qué nombre le he puesto yo? —dijo con entusiasmo.

Giró el móvil y se lo enseñó.

Las dos chicas leyeron en la pantalla del teléfono «Míster Sexo».

Soltaron una carcajada tan grande que las personas que había en los sofás cercanos se las quedaron mirando.

—¿Por qué le has puesto así? —quisieron saber sus amigas.

—Porque es con el que mejor me lo he pasado follando. Además, besa superbién. Creo que podría correrme solo con olerlo. Estaba dudando entre ponerle «Dios del sexo» o «Míster Sexo», pero he pensado que «Dios del sexo» lo usa mucha gente y quería ser más original.

—¿Cuándo volverás a verlo? —preguntó Valeria.

—Lo antes que pueda.

Nerea bebió del mojito hasta que se lo acabó.

—¿Queréis beber algo más? —dijo a sus amigas.

—Yo no. Todavía me queda la mitad —contestó Ari.

—Tampoco. Apenas he bebido —respondió Valeria.

—Pues yo voy a pedir otro mojito. Este estaba de muerte —comentó Nerea, alzando una mano para llamar a la camarera.

—En vez de un mojito, ¿por qué no pides una botella de agua? —preguntó Ari.

—Porque no quiero agua. Tengo la garganta seca de tanto hablar y quiero otro mojito.

—Pues no hables tanto y así no se te secará la garganta —la pinchó su amiga.

Nerea le sacó la lengua.

La camarera llegó hasta ellas y Nerea le pidió otro mojito.

—Cárgalo bien de ron esta vez.

La chica asintió y se marchó de allí.

—No deberías beber tanto alcohol —sugirió Valeria.

—Me conmueve vuestra preocupación por mí —se burló de sus amigas—, pero os he dicho mil veces que yo controlo, así que dejad de…

—El día que te pase algo, te recordaré ese «Yo controlo» del que tanto presumes —anunció Ariadna como si fuera una premonición.

***

Dos horas y cuatro mojitos después, las amigas se despidieron en la puerta del Sunset Club.

Los chóferes de Ariadna y Valeria las esperaban junto a los coches para llevarlas de vuelta a sus casas.

Nerea llamó a un taxi. Cuando este llegó, le dio la dirección del club náutico.

Estaba deseando ver a Mauro y acostarse con él. Bajó la ventanilla del vehículo para ver si con el aire se le pasaba un poco la borrachera que llevaba.

En pocos minutos llegaron al destino. Nerea pagó la carrera y descendió del auto. Miró la hora en su móvil: las diez y cuarto de la noche. Se dirigió hacia la dársena donde estaba atracado el barco de Mauro y cruzó con cuidado la pasarela que unía la embarcación a la dársena.

Todo estaba en silencio. Intentó no hacer ruido para no delatar su presencia. Quería darle una sorpresa al chico.

Sin embargo, no vio la manguera enrollada en el suelo, tropezó con ella y se cayó de bruces.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —gritó, enfadada.

Mauro apareció en la cubierta con un bate de béisbol en las manos. Iba a asestarle un golpe al intruso cuando se dio cuenta de quién se trataba.

—¿Qué coño haces aquí? ¡Me has dado un susto de muerte! Creí que eran ladrones.

—He venido para hacerte una visita. ¡Sorpresa! —proclamó Nerea, intentando levantarse.

Mauro dejó el bate en el suelo y la ayudó.

—¿Cómo se te ocurre venir pedo aquí? —la riñó—. Podrías haberte caído al mar y haberte ahogado.

—Solo he bebido cuatro mojitos de frambuesa, que son mis preferidos. No es para tanto —logró decir sin que se le trabara la lengua.

—¿Solo? Pues parece que te hayas bebido un barril de veinticinco litros. Apestas a ron.

Nerea pasó por alto aquel comentario y lo observó. Mauro llevaba un *slip* y nada más. El pelo lo tenía algo revuelto. Seguramente, se habría despeinado al pasarse la camiseta por la cabeza para quitársela. Poseía un físico espectacular y estaba para comérselo.

Ella emitió un suspiro de deseo.

Ese sonido hizo que la sangre en las venas de Mauro se calentase con rapidez.

—¿No te gusta el ron? —quiso saber Nerea.

—No me gustan los borrachos.

—Pero yo sí que te gusto, ¿a que sí? —indagó, moviendo un dedo frente a su cara.

—Cuando estás ebria, no. ¿A qué has venido? —preguntó mientras admiraba el cuerpo femenino enfundado en un vestido de tirantes corto y de color rojo. No llevaba sujetador. Los pezones se marcaban bajo la tela, haciéndole salivar. Su pelo castaño claro lo llevaba recogido en una coleta alta y apenas se había maquillado.

Le picaban los dedos por el ansia de acariciar su piel bronceada, así que, para evitarlo, escondió las manos detrás, a su espalda.

Ella dio un paso y se acercó a él. Colocó las manos en sus pectorales y se puso de puntillas para susurrarle al oído:

—Tengo ganas de follar.

Aquella declaración, junto con las manos en contacto con su piel, hizo que las terminaciones nerviosas de Mauro se volviesen locas. El corazón se le aceleró del tal forma que creyó que le iba a dar un infarto.

Como él no contestaba, Nerea añadió:

—Quiero que me comas, que me beses, que me acaricies, que metas tu pol…

—Nerea, cállate, por favor —gimió, manteniendo el poco control que le

quedaba.

La muy cabrona sabía que, cada vez que le hablaba de sexo, Mauro estaba a punto de sucumbir a la tentación.

—Si lo estás deseando. Mírate. Se te ha puesto dura —murmuró, llevando una mano hasta su pene.

Cuando lo tocó, fue como si una descarga eléctrica sacudiera el cuerpo del joven. Se apartó de ella como si se hubiera quemado con su contacto.

—Deberías buscar a un chico de tu edad —jadeó Mauro. Notaba que le faltaba el aire y echó dos pasos hacia atrás, distanciándose más de ella.

—Los de mi edad apenas tienen experiencia y son unos críos. Me gustan los tíos más mayores. En particular, uno de veintiséis años, alto, moreno, con ojos oscuros… —continuó describiéndolo un par de minutos más hasta que acabó. Pensó que con eso le subiría el ego a Mauro y conseguiría lo que había ido a buscar al barco.

—¿Te has acostado con alguien en estos dos meses que no nos hemos visto? —quiso saber él.

—No —confesó ella con sinceridad.

—Entonces, has venido a buscarme porque estás desesperada —comentó con toda la intención de molestarla para ver si abandonaba su barco de una maldita vez. Estaba volviéndose loco con ella allí, sin poder besar sus labios ni acariciar su fina piel.

—Sí —reconoció sin vergüenza—. Estoy desesperada por volver a estar contigo, por eso he venido a buscarte. No me sirve cualquier otro. Te quiero a ti.

Antes de que el joven pudiera decir algo, Nerea le preguntó:

—¿Y tú? ¿Te has acostado con alguien en este tiempo?

—¿Qué pasaría si así fuera?

La chica dio un par de pasos para cubrir la distancia entre ellos.

—No me importaría. Entiendo que tienes tus necesidades, como yo tengo las mías —mintió intentando disimular que la idea le provocaba unos celos tremendos.

Nerea levantó una mano y la puso encima de la golondrina que él llevaba tatuada en el pectoral.

—Me gusta.

—Entonces, ¿eso es lo que soy para ti? ¿Simplemente algo con lo que satisfacer tu necesidad? ¿Como si fuera un vibrador? No soy un juguete sexual. Soy una persona.

Ella sonrió.

—Eres mucho más que eso. Eres el tío con el que sueño cada noche desde que te conocí, y eso no me había pasado nunca. Normalmente uso a los chicos como

clínex. Usar y tirar. Pero, contigo, no sé qué me pasa. Todo es diferente. Tengo ganas de ti a todas horas.

Mauro asimiló sus palabras. Nerea parecía sincera.

—No me he liado con nadie desde que estuvimos juntos en mi furgoneta —declaró.

A la joven le brillaron los ojos y una sonrisa se extendió por su cara.

—Va siendo hora de que lo solucionemos, ¿no crees? —le propuso con sensualidad.

El chico posó su mano sobre la de ella. Con la otra, la agarró de la cintura y clavó sus ojos en los de Nerea. Ya no aguantaba más sin tocarla.

—Ahora no. Mañana tengo que madrugar. No puedo pasarme la noche follándote, por mucho que te desee. Si lo hago, no estaré en condiciones de ir a trabajar.

—¡Qué chico más responsable! —exclamó ella, contenta porque él había reconocido otra vez que le atraía sexualmente.

—Yo no soy rico como tú. Debo trabajar para pagar las facturas, el préstamo del barco, comer…

—¿Y un polvo rápido? —insistió ella cortándole.

Mauro la ciñó más por la cintura. Con la mano que tenía puesta sobre la de ella, colocada encima de la golondrina tatuada, se llevó la femenina extremidad a los labios y la besó.

—No.

—Jooo… —Puso un mohín infantil, que a Mauro le pareció enternecedor.

—Lo siento. Es lo que hay.

—¿Y cuando termines de trabajar?

—Eres la chica más insistente que he conocido en mi vida —sonrió, moviendo la cabeza hacia un lado.

—Espero que también sea la más interesante, atractiva y la mejor amante.

Mauro volvió a mirarla.

—No te voy a contestar a eso porque se te subiría a la cabeza y de autoestima vas sobrada. No necesitas más.

—Ya me has contestado —dijo ampliando su sonrisa.

Se alzó sobre las puntas de los pies y le rozó los labios con los suyos.

—Por ahora, te dejaré tranquilo. Pero mañana no te escapas. ¿A qué hora terminas de trabajar? —murmuró sobre su boca.

El aliento de Nerea le hizo cosquillas en los labios a Mauro y le provocó miles de sensaciones.

—No lo sé.

—Llámame cuando acabes —le propuso.

El joven asintió y Nerea le dio un fugaz beso. No quiso alargarlo para dejarlo con ganas de más. Esperaba que se muriese de deseo por ella el tiempo que iban a estar separados.

***

Nerea se despertó con el sonido del móvil. Rezando para que fuera Mauro quien llamaba, miró la pantalla.

—¡Ah! Eres tú —dijo a modo de saludo.

—No hace falta que te alegres tanto —contestó Amaia, su hermana—. ¿Estabas durmiendo la mona?

—¿Qué quiere la chica perfecta? —soltó de mal humor.

—Informarte de que estoy en el aeropuerto y Tomeu no ha venido a recogerme. Estoy llamándolo al teléfono y no lo coge. ¿Sabes dónde está?

—No suelo hacer de niñera de nuestro chófer —replicó, borde.

Amaia ignoró ese comentario.

—¿Podrías buscarlo y decirle que estoy esperándolo?

—¿Por qué no pides un taxi?

—Nerea, no te pongas difícil, por favor.

—No me pongo difícil. Es que no soy tu sirvienta.

—¿Quieres que llame a papá y mamá? —la amenazó su hermana.

—Puedes llamar hasta al presidente del Gobierno si te apetece. Además, papá y mamá están en Málaga. Poco pueden hacer desde allí.

—Podrían castigarte sin…

—Castigos que nunca llevan a cabo, te recuerdo —la interrumpió.

Amaia, al otro lado de la línea, bufó.

—Nerea, basta ya. Busca a Tomeu y dile que venga al aeropuerto a recogerme.

Dicho eso, cortó la comunicación.

Nerea se quitó el móvil de la oreja y lo dejó sobre la mesilla de noche.

—Vas lista si crees que voy a obedecerte como si fuera tu perro —gruñó, antes de darse la vuelta y seguir durmiendo.

***

Una hora después, Nerea estaba sumida en un placentero sueño con Mauro de protagonista cuando notó que alguien tiraba de su brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó, adormilada, con los ojos todavía cerrados.

—Despierta de una vez —escuchó la voz de Amaia.

—Déjame. Quiero seguir durmiendo —contestó mientras su hermana no

dejaba de tirar de ella.

—Sal de la cama ya.

Nerea abrió los ojos, pero los volvió a cerrar en cuanto la luz del día la cegó.

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes? —cuestionó, soltándose del agarre de Amaia.

—Soy tu hermana mayor y…

—Por desgracia —replicó ella.

—Quiero que te levantes ya.

—Pues yo no quiero.

—Venga, Nere, haz lo que te pido, por favor. Es importante. Quiero que conozcas a alguien.

Esta vez le prestó atención.

—¿A quién? —preguntó con curiosidad.

Amaia se sentó en el borde de la cama y la miró. Nerea tenía el pelo revuelto, el rímel corrido y estaba desnuda. Tenía por costumbre dormir así, sin pijama ni nada que cubriese su cuerpo.

—Date una ducha y, cuando estés vestida, baja al salón para que te la presente.

—¿No podrías darme una pista?

—No.

—Eres una hermana muy mala, chica perfecta —la acusó.

—Tú eres peor. Siempre que te pido un favor no lo haces, pero, cuando eres tú la que necesita algo, estoy ahí para ayudarte en lo que sea. Como antes, cuando te llamé desde el aeropuerto. Al final, hemos tenido que coger un taxi.

—¿Hemos? —repitió Nerea.

Amaia se levantó de la cama sin responder a la pregunta y caminó hacia la puerta del dormitorio.

—Date prisa. Me muero de ganas de presentarte a mi pareja.

Nerea sonrió. Al final, se la había escapado a quién iba a conocer. Se alzó del colchón cubierto con una sábana de seda blanca y se metió en la ducha del baño que estaba integrado en su habitación.



CAPÍTULO 4

Quince minutos después, Nerea apareció en el salón. Llevaba un pantalón muy corto y un top de tirantes. Iba descalza y el pelo le caía por la espalda todavía húmedo.

Amaia estaba sentada en el sofá. A su lado estaba su pareja. Sus manos entrelazadas y las miradas llenas de amor le dijeron a Nerea que su hermana estaba muy enamorada de esa persona.

Caminó hasta ponerse delante del sofá.

Amaia se alzó al mismo tiempo que lo hacía su acompañante.

—Nerea, esta es Estela, mi novia —las presentó, con los ojos brillantes de ilusión.

—Encantada —dijeron las dos a la vez, mientras se daban un par de besos en las mejillas.

—Amaia me ha hablado mucho de ti —comentó Estela.

—Seguro que todo lo que te ha contado es malo. Debes saber que soy la oveja descarriada de la familia. Ella es la chica perfecta —declaró con una sonrisa alegre.

—Pues no, listilla —intervino Amaia.

—Lo dudo mucho. Nunca hago nada bien —confesó Nerea ampliando su sonrisa.

—Me ha contado que eres cariñosa, divertida y muy inteligente. Y que matarías por defender a las personas que quieres —argumentó Estela.

Nerea miró a su hermana, emocionada, con el corazón latiendo feliz. Sin embargo, no dejó que esa emoción se reflejase en su rostro.

—Se habrá equivocado de persona. Yo no soy así —comentó.

Estela sonrió mientras repasaba a Nerea con la mirada. Ella también le dio un buen repaso. La novia de Amaia era de la misma altura que su hermana, delgada y morena. Tenía un corte de pelo al estilo Cleopatra que le quedaba muy bien. Sus ojos eran verdes como las esmeraldas y tenía los labios finos. Llevaba un *short* vaquero blanco y una camiseta de manga corta en color rosa. En los pies, unas zapatillas Converse del mismo tono que la camiseta. No llevaba adornos de ningún tipo. Ni pendientes, pulseras, reloj… Nada de nada. Y tampoco iba maquillada.

Nerea pensó en ese momento que Amaia tenía buen gusto para escoger a sus novias. Las dos anteriores habían sido muy guapas.

—También me ha dicho que eres rebelde, impulsiva y que te cuesta obedecer —añadió Estela.

—Esa sí soy yo —confirmó ella.

—Y la otra también. Deja de hacerte la dura. Todos sabemos que dentro de esa armadura de hierro hay un corazoncito —mencionó Amaia.

Yolanda, una empleada del servicio doméstico, entró para informarlas de que la mesa estaba preparada.

Las tres caminaron hacia el gran porche trasero de la mansión.

Cuando tomaron asiento, la pareja junta y Nerea frente a ellas, comenzó a interrogar a Estela.

—¿Cuánto tiempo lleváis?

—Cinco meses —respondió su hermana.

—¿Cinco meses? ¡Qué calladito te lo has tenido! Normalmente sueles contármelo enseguida —protestó Nerea—. Y no he visto nada en tus redes sociales.

—Es que no podía contarlo. La familia de Estela aún no conocía su condición sexual y me pidió que esperase. Primero debía preparar el terreno antes de soltar la bomba. Por eso no has visto nada en Instagram ni en TikTok. Además, sabes que no soy muy fan de subir fotos personales. Pocas veces lo hago. Y también sabes que les tengo prohibido a mis amigas, igual que a papá, a mamá y a ti, que lo hagáis.

Nerea asintió con la cabeza y dirigió su mirada hacia Estela.

—¿Cómo se lo ha tomado tu familia? —quiso saber.

La novia de su hermana se removió inquieta en la silla.

—Mi madre bien, pero mi padre todavía está asimilándolo. Antes de viajar a aquí, les presenté a Amaia. Les cayó muy bien a todos, sobre todo a mis

hermanos, que dijeron: «Es una pena que sea lesbiana. De lo contrario, nos la habríamos ligado nosotros».

Las tres soltaron pequeñas risas.

—Con mis padres no hubo problema cuando Amaia se lo contó. —Las dos hermanas se miraron cómplices—. ¿Cuántos hermanos tienes?

—Dos. El mayor se llama Gonzalo y tiene veinticinco años. El pequeño es Samuel y tiene dieciocho, como tú. Yo soy la hermana mediana. Tengo veintidós, como Amaia.

En ese momento Nerea recordó que su hermana se había traslado a Barcelona para estudiar la carrera de Farmacia.

—¿Dónde os conocisteis?

—Nos conocimos haciendo las prácticas. A las dos nos tocó en la misma farmacia.

—Entonces, eres de Barcelona —afirmó más que preguntó.

—No, es de Ainsa, un pueblecito de Huesca, pero estudió en Barcelona —contestó Amaia—. Deberías visitar su pueblo. Es precioso. Está rodeado de montañas y todas las casas son de piedra. El paisaje es espectacular y se come muy bien.

Continuaron charlando mientras almorzaban. A Nerea le cayó muy bien la pareja de su hermana y deseó que fuera la definitiva tras los dos desengaños amorosos que había tenido Amaia. Merecía ser feliz.

Por lo que observó en el tiempo que tardaron en comer, Estela trataba a Amaia con dulzura y cariño. A veces, mientras su hermana hablaba, la chica se la quedaba mirando embelesada, empapándose de cada palabra que salía de su boca. En sus ojos verdes vio lo enamorada que estaba de Amaia y también la pasión con la que la amaba.

En un momento dado, mientras esperaban a que Yolanda les sirviera el postre, la pareja entrelazó sus dedos. Estela levantó las manos unidas y besó con ternura los dedos de Amaia.

Nerea las envidió un poco. Sus pensamientos volaron hacia Mauro y deseó poder estar así con él algún día. No solo quería tener sexo con el joven. Deseaba tener una relación seria con él. Estaba cansada de ir de cama en cama, acostándose con tíos por los que no sentía nada más allá de la atracción sexual.

Desde que había conocido a Mauro, tan serio, trabajador y responsable —todo lo contrario a ella—, estaba obsesionada con él. Además, las veces que habían conversado le había parecido un chico muy interesante e inteligente. Encima, tenía un físico espectacular y en la cama era un puto diablo. Le había dado más placer que ningún otro amante de los que había tenido. Por eso estaba tan ansiosa por volver a verlo. Le encantaba discutir con él, era como un tiroteo de

palabras, pero también hablar con tranquilidad. La excitaba de tantas formas distintas, a nivel corporal e intelectual, que no sabía por cuál decidirse.

—¿Cuándo vuelven papá y mamá de Málaga? —quiso saber Amaia.

—Creo que el día dieciséis, pero no estoy segura.

—Estoy deseando que lleguen para presentarles a Estela —dijo con ilusión apretando más la mano de su novia, que sonrió feliz.

Nerea desvió sus ojos hacia los de la chica.

—¿Estás nerviosa por conocer a tus suegros?

—La verdad es que sí. Un poco.

—Les vas a caer genial y te aceptarán como un miembro más de la familia —afirmó Nerea—. Además, acabas de pasar la prueba de fuego —agregó.

Estela la miró con extrañeza. Amaia se apresuró a aclararle el comentario de su hermana pequeña.

—Si cuentas con la aprobación de Nerea, conocer a mis padres será pan comido. Ella es más dura y desconfiada con mis parejas que ellos. Tienen muy en cuenta su opinión.

—Y mi opinión es que me has gustado. Pareces una persona sincera y que quiere a mi hermana de verdad, no por interés, como le ha pasado con las otras dos tías con las que ha estado liada.

—Ah, pues… gracias —pronunció Estela, sonrojándose.

***

Mauro estaba en la oficina cuando recibió una llamada.

Al mirar la pantalla de su móvil, sonrió.

—Buenos días, papá —saludó.

—Hola, hijo. ¿Qué tal estás? ¿Muy liado con el trabajo?

—Bastante, pero siempre tengo tiempo para ti. Dime, qué necesitas.

Se giró en el asiento de cuero negro y miró a través de la ventana. Hacía un día muy bonito, aunque bochornoso. Pero, con el aire acondicionado de la oficina funcionando, no lo sentía.

—Hace varios días que no nos vemos. Solo quería saber qué tal estás.

—¿Te apetece que comamos juntos? Puedo escaparme un par de horas —le propuso a su padre.

—Si no te retraso con el trabajo…

—No te preocupes —sonrió, mirando el reloj de su muñeca—. A las dos y media te espero en el restaurante de siempre, ¿vale?

—Bien, hijo. Hasta luego.

—Adiós, papá. Te quiero.

—Yo también te quiero, Mauro.

La voz de su padre había sonado triste cuando se despidió de él. Desde la muerte de Jaume, el hermano gemelo de Mauro, su padre estaba alicaído. Era normal, teniendo en cuenta las circunstancias en las que ocurrió y todo lo que habían intentado para que Jaume dejase el mundo de autodestrucción en el que estaba metido.

Se habían criado solos con su padre porque su madre falleció de cáncer cuando ellos tenían diez años. A pesar de que contaba con la ayuda de las dos familias, el gran peso de la educación de sus hijos gemelos recayó sobre él.

Su padre era profesor en un instituto privado al que acudían los hijos de las familias adineradas de la isla de Mallorca. Cuando acababa su jornada laboral, ayudaba a Mauro y Jaume con los estudios. Siempre velaba por su seguridad y educación. Intentaba darles todo lo que necesitasen. Era un buen padre: atento, cariñoso, recto cuando la situación lo requería, responsable y respetuoso con la intimidad de sus hijos.

Ellos habían sido unos buenos niños, hasta que llegaron a la adolescencia y empezaron a rebelarse. Jaume más que Mauro. Su hermano siempre había sido el más movido de los dos; era puro nervio, no estaba quieto ni un segundo. Mauro era todo lo contrario, más tranquilo y consecuente con sus actos. Siempre iban juntos a todas partes. Mauro intentaba controlar a su hermano para que no se metiera en líos, pero a veces no lo conseguía.

Sin embargo, no dejaba de ayudarlo en todo. Más de una vez había recibido un castigo de su padre por cubrir a Jaume, que a los quince años empezó a consumir alcohol y a fumar marihuana. Mauro habló muchas veces con su hermano para que lo dejase, pero él no lo obedeció.

El móvil, que aún tenía en la mano, sonó en ese momento.

—Buenos días, señor Pons. ¿Qué tal está?

El señor Pons era un cliente habitual que le llamaba para contratar su empresa de cáterin para un evento que tendría lugar en los próximos días.

Tras hablar un rato con él y concertar una cita para comentar los detalles del trabajo que iba a realizar, colgó.

A las dos en punto apagó el ordenador y salió de la oficina. La calle lo recibió con una bofetada de aire bochornoso. La humedad del ambiente se le pegaba a la piel y corrió hasta la furgoneta para refugiarse en ella. Cuando se metió dentro y puso el motor en funcionamiento, encendió el aire acondicionado a tope hasta que la temperatura descendió varios grados.

Mientras, había maniobrado para salir del estacionamiento donde estaba aparcado el vehículo, y se dirigió hacia el punto de encuentro con su padre.

Tardó cuarenta minutos en encontrar un lugar donde aparcar la voluminosa

furgoneta.

Cuando entró en el restaurante, divisó a su padre sentado en la mesa que había al fondo del local. Se apresuró en ir hacia allí.

—Siento llegar tarde. Me ha costado aparcar —se disculpó con él mientras le daba un gran abrazo.

—No te preocupes, hijo. A mí me ha pasado igual.

Los dos tomaron asiento, uno frente al otro. Un camarero se acercó para tomarles nota de la bebida y dejarles una hoja con el menú. Después, el empleado se retiró.

—¿Qué tal llevas las vacaciones? —le preguntó a su padre.

—Tranquilas. Por las mañanas salgo a caminar por la playa, luego hago la compra y vuelvo a casa para hacer la comida. Todas las tardes salgo a tomar algo con tus tíos Josep y Antoni. A veces, me quedo a cenar con ellos. Te mandan recuerdos.

—Dáselos también de mi parte. ¿A qué hora vas a caminar por la playa? No me importaría ir contigo alguna vez. En lugar de ir a correr por el polígono, puedo acompañarte.

El camarero regresó con las bebidas y procedió a tomarles nota de la comanda. Tras decir los platos del menú que querían cada uno, el hombre se marchó.

—¿Te vendría bien mañana a las siete de la mañana? —preguntó su padre.

—Sí. ¿Paso a recogerte o nos vemos directamente en la playa?

—Como quieras.

—Mejor voy a buscarte a casa y así dejó allí aparcada la furgoneta, que hay más sitio.

Mauro bebió un trago de su agua y su padre aprovechó para contarle las últimas novedades de sus tíos. Antoni se había comprado un coche nuevo y, el día anterior, se lo había enseñado. Durante un rato estuvo relatándole los detalles y accesorios del vehículo.

El camarero volvió con los platos, sirvió a cada uno el suyo y se retiró.

Su padre pasó a contarle que su tío Josep se iba de viaje la próxima semana mientras comenzaban a comer.

—¿Por qué no te vas con él? Otros años lo has hecho —sugirió Mauro.

—No me apetece. Quiero estar tranquilo aquí. Después de la guerra que me han dado este curso mis alumnos, lo necesito. Además, tengo que mentalizarme porque el próximo curso volveré a tener a una chica de las peores estudiantes que he tenido en mi vida de docente. Es irrespetuosa, irresponsable, no presta atención en clase, no trabaja, no estudia… No sé si podré soportar otra vez su conducta disruptiva. Estoy pensando en pedirme la baja laboral a la mínima que

me falte el respeto o que me interrumpa cuando estoy explicando algo.

Mauro se sorprendió. Pues sí que tenía que estar su padre harto de esa chica. Jamás había pedido la baja por nada. Ni siquiera cuando su madre y su hermano fallecieron. Siempre decía que lo mejor para mantener la mente ocupada era su trabajo, que gracias a él no había caído en una depresión por las dos pérdidas que había tenido en su vida. Mauro estaba de acuerdo con él; también se había refugiado en los estudios cuando su madre murió y en el trabajo cuando ocurrió lo de Jaume.

Al pensar en la descripción del carácter de la alumna que le había comentado su padre, recordó a Nerea. Se parecía tanto que creyó que podría ser ella. Sabía que la chica iba al instituto privado en el que impartía clases su padre, pero desconocía que fuera alumna suya. Con tantos profesores y adolescentes, no estaba seguro de si esa posibilidad existía.

—¿Cómo se llama esa alumna que te trae por la calle de la amargura? —indagó.

—Nerea Garamendi Arana —soltó Santiago entre dientes.

Mauro sonrió.

—La conozco en persona. —Al ver el gesto de sorpresa de su padre, se apresuró a explicar—: Contrataron mi servicio de cáterin un par de veces en el mes de mayo, por el cumpleaños de la hija de la familia Van der Vaart, y ella estaba invitada en las dos ocasiones. Me pareció una niñata caprichosa.

«E increíblemente sexi», pensó. Pero se abstuvo de mencionarlo.

—Esa chica es el anticristo y su amiga, Ariadna Van der Vaart, tampoco se queda corta. La única que se salva es Valeria de la Torre, aunque a veces se dejar llevar por las otras dos. Pero, al menos, esta alumna estudia y se esfuerza por sacar el curso. Deberían aprender sus amigas de ella.

—También conozco a Valeria. Parece ser la más sensata de las tres —señaló Mauro.

—Ya te digo yo que sí —afirmó su padre—. Te aconsejo que no te relaciones con la chica Garamendi. No da más que problemas.

Mauro no quiso contarle que había tenido un contacto más profundo con Nerea ni tampoco que se habían vuelto a ver hacía poco. Después de lo que le acababa de decir su padre, sabía que no lo aprobaría y se preocuparía en exceso por su relación con ella. Aunque, en realidad, ellos no eran pareja ni nada. Ni siquiera amigos. Simplemente eran dos personas que habían tenido sexo en el pasado. Aun así, si Santiago conocía esa información, se disgustaría mucho, así que optó por cambiar de tema de conversación.

—¿Viste el domingo la Fórmula Uno?

—Sí, corrieron en el circuito de Silverstone. Ganó Verstappen.

—Yo no pude verlo. ¿En qué posición quedaron Fernando Alonso y Carlos Sainz?



CAPÍTULO 5

Nerea pasó los siguientes tres días con Amaia y Estela recorriendo la isla, mostrándole a la novia de su hermana los rincones más turísticos de Mallorca.

Uno de los días fueron a la playa acompañadas por Ariadna y Valeria, a quienes presentó a Estela. También estaban Lidia y Lucía, amigas de Amaia. Pasaron un día muy agradable tostándose al sol y bañándose en las aguas del mar Mediterráneo.

Comieron un par de veces en el club náutico y tomaron algo en el Sunset Club al atardecer.

Nerea, como siempre, pidió un mojito de frambuesa con mucho ron.

Ariadna la riñó y se chivó a su hermana.

—Últimamente bebe demasiado alcohol.

Amaia la miró con reprobación.

—Valeria y yo le hemos dicho varias veces que no lo haga, pero ni caso —insistió Ari.

—¡Vamos! ¡Si no es para tanto! —intervino Nerea.

—¿Cómo que no? —cuestionó Valeria.

—Sois unas chivatas de mierda —protestó Nerea.

Estela las escuchaba sin opinar. Prefería mantenerse en silencio.

Amaia agarró de una mano a Nerea, sentada a su lado.

—¿Eso es cierto? —preguntó, preocupada.

Nerea resopló.

—Vale. De vez en cuando me paso un poco con el alcohol, pero no te preocupes. Yo controlo —aceptó con hastío, cansada de que sus amigas insistieran siempre con lo mismo. Para colmo, se lo habían contado a su hermana.

—Siempre dice lo mismo: «Yo controlo». —Ariadna imitó la voz de Nerea.

—Hasta que llegue el día que no lo hagas y tengamos que llevarte a urgencias por un coma etílico —añadió Valeria.

—¿Queréis callaros de una puta vez? Estáis preocupando a Amaia en exceso —se quejó ella.

Giró la cara hacia su hermana y clavó sus ojos aguamarina en los de ella.

—Puedo dejarlo cuando quiera.

—Vale —aceptó Amaia—. Déjalo ahora. No te bebas ese —la retó.

Nerea fue rápida en su respuesta.

—¡Pero si ya lo he pedido!

—Cuando venga la camarera, dile que te has equivocado y que lo quieres sin alcohol —dijo su hermana.

La empleada del club llegó en ese momento con una bandeja llena de los cócteles que habían pedido las chicas. Entregó a Valeria una botella de agua junto con un vaso y repartió el resto.

Todas miraban a Nerea esperando a que rechazase la bebida con ron.

Cuando la camarera le dejó el mojito delante, ella habló:

—He cambiado de opinión. ¿Podrías traérmelo sin ron?

—Claro. Ahora mismo. ¿Me llevo este o se lo va a tomar otra persona?

—Llévatelo, por favor —contestó Amaia antes de que Nerea pudiera decir nada.

La camarera se retiró con la bandeja y el mojito sobre ella.

Nerea las fulminó a todas con la mirada.

Permanecieron en silencio hasta que la empleada regresó con la bebida para Nerea.

Ella dio un trago y puso una mueca de asco.

—¿Ya estáis contentas?

***

Mientras esperaban en la puerta del Sunset Club a Tomeu, el chófer de la familia Garamendi, que las llevaría a casa, el móvil de Nerea sonó.

Ella lo sacó del bolso, ilusionada esperando que fuera Mauro. Su noche mejoraría si quedaba con él.

Pero no era Mauro quien la llamaba.

—Hola, mamá. ¿Ya estáis en casa?

—No, cielo, todavía no. De hecho, te llamo para decirte que el rodaje se alargará unos días más.

—¿Hasta cuándo? —preguntó. Esperaba que fueran varios días o semanas

porque, cuando estaban sus padres, la controlaban más y no quería perder la libertad que tenía cuando ellos estaban ausentes.

—No lo sé, corazón. Eso lo decide tu padre. Pero, el día que lo sepa, te llamaré para informarte, ¿de acuerdo? De todas formas, seguiremos en contacto, como siempre.

—Vale, mamá.

—¿Está Amaia contigo?

—Sí.

—Pásamela.

Nerea le tendió el teléfono a su hermana.

—Mamá quiere hablar contigo.

Amaia agarró el móvil y se lo puso en la oreja. Habló unos minutos con su madre, en los que le contó que estaba ansiosa por verlos y presentarles a una persona muy especial para ella: Estela. Le rogó que no alargasen mucho el rodaje de la película.

Nerea, al escuchar a su hermana, agrandó los ojos y, con el dedo índice junto a la sien, hizo el gesto de que estaba loca mientras Amaia la miraba. Esta alzó los ojos al cielo y se dio la vuelta para no ver a Nerea.

Cuando se despidió de su madre, le devolvió el teléfono.

—¿Por qué le has dicho que vuelvan lo antes posible? —protestó.

—Estoy impaciente porque conozcan a Estela.

—Pues, si tan impaciente estás, coges un vuelo y vas a Málaga con tu novia y se la presentas allí. Pero no le digas que vuelvan antes de tiempo.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres que te controlen? —insinuó Amaia con un deje burlón en la voz.

—Claro que no. Me gusta tener libertad.

Amaia la miró fijamente.

—Creo que tienes demasiada libertad. De hecho, te estás pasando.

—Habló la chica perfecta. La que obedece siempre a papá y mamá. La que cumple todas las normas —replicó, molesta.

Amaia no dijo nada más para no seguir con el tema porque sabía que, si continuaban hablando de lo mismo, Nerea se enfadaría con ella, y no quería que lo hiciera. Como siempre decía su madre: «Dos no pelean si uno no quiere», así que lo dejó estar.

Tomeu se acercó a ellas con el coche. Detrás del auto de la familia Garamendi estaban los vehículos de los Van der Vaart y De la Torre.

Nerea, Amaia y Estela se despidieron de Ariadna.

—¿Dónde está Valeria? —quiso saber Nerea.

—Está en la puerta del club, hablando con Marc, el dueño. —Ari señaló el

lugar donde estaba su amiga.

Nerea se fijó en el joven alto, rubio y de complexión atlética que charlaba animadamente con Valeria. Iba vestido con un pantalón de lino blanco y una camisa del mismo color y tejido. Miraba a su amiga como si quisiera comérsela.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Habéis visto cómo la mira? Está a punto de saltar sobre ella y devorarla entera —comentó Nerea.

—Pues no estaría mal que se liasen —añadió Ariadna.

—Marc, además de ser el dueño del Sunset, es hijo del gerente del club náutico —le explicó Amaia a Estela—. Es un chico muy amable y atento. Bien educado. Tiene veintidós, como nosotras. De pequeños, jugábamos juntos.

—¿La llamo para que venga y nos despedimos? ¿O la dejamos que siga hablando con él? —dudó Ariadna.

—Yo la dejaría que siguiera hablando con Marc, a ver si le echa un buen polvo y se le quita la tontería de adelgazar e intentar que su piel parezca más clara —propuso Nerea.

En ese momento vieron que Valeria se despedía de Marc y caminaba hacia ellas con una sonrisa en los labios.

El chico se quedó mirando el contoneo de sus caderas con anhelo.

Cuando llegó hasta ellas, Nerea indagó en voz baja:

—¿Estabas ligando?

—No. Solo estaba hablando con él.

—¿Sobre qué? —preguntó, cotilla.

—Me ha preguntado qué tal el servicio de la camarera, yo le he dicho que bien y entonces se ha interesado por lo que voy a estudiar en la universidad. Le ha parecido muy interesante que quiera ser médico forense.

—Pues yo creo que está más interesado en tu cuerpo que en lo que vas a estudiar el próximo curso —mencionó Nerea.

—¿Por qué dices eso? —la interrogó Valeria.

—Porque tienes sus ojos pegados a tu culo —murmuró su amiga.

Valeria enrojeció de pronto.

—No, no, no.

—¿Por qué dices que no? —quiso saber Amaia.

—Porque verá lo gordo que tengo el trasero y se reirá de mí —contestó, avergonzada.

Todas menos ella miraron al chico, que permanecía en la puerta del club, idiotizado con el culo de Valeria.

—Pero si te está comiendo con los ojos —rebatió Ariadna.

—Ese chico te desea —susurró Amaia.

—¿Por qué no le pides una cita y echáis un polvo? —agregó Nerea.

Valeria puso cara de alarma. Abrió la boca para decir algo, pero no le salían las palabras.

—Si te sirve mi opinión, creo que a ese tío le interesas sexualmente —expuso Estela.

—Dejaos de tonterías —suplicó Valeria—. A un chico tan atractivo no puede interesarle una chica con un físico como el que tengo yo.

—¿Por qué no? Todos los tíos no tienen el mismo prototipo de chica. Igual que a vosotras no os gusta el mismo tipo de hombres o, en el caso de Estela y el mío, de mujeres —rebatió Amaia.

—¿Tienes su número? —interrogó Nerea.

—Sí, me lo acaba de dar —admitió Valeria con timidez.

—Blanco y en botella. Está claro: ese tío quiere algo contigo. De lo contrario, ¿por qué te habría dado su número de teléfono? —pronunció Ariadna.

—Basta ya. Estáis poniéndome muy nerviosa. Dejadme en paz, por favor —les pidió Valeria, que no quería hacerse ilusiones con un chico otra vez después de la desilusión que se había llevado con Daniel.

—Bueno, tú piénsatelo —dijo Amaia mientras se despedían todas con besos en las mejillas.

Cada chica subió en su coche, excepto Nerea.

—¿No vienes a casa con nosotras? —quiso saber su hermana, con la puerta todavía abierta.

—No. He quedado con alguien —mintió.

—¿Puedo saber quién es?

—Un chico que me gusta.

—¿Novio o amigo con derecho a roce? —indagó Amaia.

—De momento, follamigo. Pero espero que se convierta en algo más.

Su hermana amplió la sonrisa.

—¡Uyyy! ¡Nerea está enamorada! ¡Nerea está enamorada! —canturreó como hacía cuando eran más pequeñas y ella le confesaba que le gustaba algún chico del colegio.

Nerea se rio.

—Estoy tan enamorada que cago flores y veo unicornios rosas por todas partes.

—¿Y él?

—De momento, se me resiste. Pero caerá tarde o temprano. Todos lo hacen.

—¿Lo conozco? ¿Cómo se llama?

Nerea pensó un momento.

—No creo que lo conozcas. Se llama Mauro. Mauro Vila. Yo lo conocí hace un par de meses, en el cumpleaños de Ari, y tú llevas demasiado tiempo

viviendo en Barcelona. No creo que hayas coincidido con él nunca.

—Pues no me suena el nombre, así que tendrás que presentármelo —le propuso Amaia.

—No corras tanto. Primero, tengo que conseguirlo.

—Bueno, pues mucha suerte, hermanita. No llegues demasiado tarde a casa. Te quiero —se despidió antes de cerrar la puerta del coche.

***

Nerea se quedó un poco más en la acera hasta que perdió de vista el vehículo.

Giró sobre sí misma y regresó al Sunset.

Al llegar a la barra, se acomodó en uno de los taburetes tapizados en cuero blanco y pidió al barman un mojito de frambuesas con mucho ron.

Mientras el joven se lo preparaba, sacó el móvil del bolsito que llevaba y llamó a Mauro.

Este contestó al tercer tono.

—Hola. Soy Nerea. ¿Qué tal? —dijo con voz alegre.

—Ya sé quién eres. El único contacto que tengo como Bala Perdida eres tú —respondió Mauro.

La chica se rio.

—Así no te confundes —comentó ella.

—Tranquila. Eres inconfundible. ¿Para qué me llamas?

—Bueno, como me dijiste que me llamarías tú y no lo has hecho…

El camarero le sirvió el mojito. Luego se fue hacia la otra esquina de la barra para atender a otro cliente.

—He estado muy liado. Además, no estoy obligado. No eres mi novia.

—Una pena. —Suspiró—. Pero podemos remediarlo cuando tú quieras —añadió con sensualidad.

—Ya sabes cuál es mi opinión respecto a esa idea.

—¿Y no puedes cambiarla? —insistió Nerea.

—¿Para eso me has llamado? ¿Para que cambie de opinión?

—Solo quería oír tu voz —confesó con la esperanza de ablandarle.

Mauro no dijo nada.

—Te echo de menos —declaró Nerea con sinceridad—. ¿Has cenado ya? Si no lo has hecho, te invito. Como amigos, ¿vale? —se apresuró a añadir.

Durante un momento solo se oyó la respiración de Mauro al otro lado de la línea telefónica.

—No hace falta que me invites, pero sí podemos cenar juntos.

Al escucharlo, casi pega un salto del taburete donde estaba sentada.

—Vale. Estoy en el Sunset. Aquí también sirven cenas. ¿Quieres que lo hagamos aquí o prefieres ir a otro sitio?

—El Sunset me parece bien. Estaré allí en veinte minutos —contestó Mauro, antes de cortar la comunicación.

Nerea estaba tan contenta que se bebió el mojito de un trago. Cuando lo terminó, le pidió otro al barman.



CAPÍTULO 6

Mauro conducía nervioso por las calles de Palma. Sabía que estar con ella suponía un peligro. Tenía miedo de no poder controlarse y acceder a sus deseos. Pero es que cada vez que pensaba en ella o la veía su mente imaginaba distintas formas de tomarla. Incluso cuando había hablado con ella por teléfono se le había puesto dura.

Tenía una vida controlada y planificada que no quería perder, por eso seguía resistiéndose. Nerea era como un huracán de fuerza cinco que arrasa con todo por donde pasa. Había entrado en su vida como una bola de demolición, reduciendo a escombros su paz mental.

Le atraía demasiado, y también la echaba de menos, por eso había aceptado cenar con ella.

Aparcó en el *parking* del club donde Nerea lo esperaba. Se quedó un momento dentro del vehículo, intentando relajarse. Poco a poco lo fue consiguiendo.

Cuando entró en el Sunset la divisó en el centro de la barra.

Se le secó la garganta en cuanto la vio. Sintió la erección tensando la tela de sus pantalones y la sangre revolucionada en sus venas. La calma que había conseguido se esfumó en décimas de segundo al ver su espalda desnuda.

Llevaba un mono corto, anudado al cuello, que dejaba ver toda su espalda hasta donde esta pierde su nombre. Era de encaje blanco, que resaltaba con su piel bronceada. Su cabello castaño claro lo llevaba recogido en un moño un poco suelto, del que se escapaban algunos mechones, que flotaban alrededor de su

cara. En los pies calzaba unas sandalias de tiras muy finas del mismo tono que la prenda que llevaba.

La observó antes de acercarse a ella y aprovechó para respirar hondo. Necesitaba bajar la erección y también calmar los acelerados latidos de su corazón. No podía caminar hasta Nerea con una tienda de campaña en los pantalones. Además, había demasiada gente. No quería dar un espectáculo, a pesar de saber que Nerea estaría encantada de ver lo contento que se había puesto su miembro al verla.

La chica bebía su mojito, ajena al escrutinio al que la estaba sometiendo Mauro; comprobó la hora en su móvil —lo tenía encima de la barra— y repiqueteó con las uñas pintadas sobre la superficie, echando un vistazo alrededor.

Mauro se protegió detrás de una columna para que no lo descubriera observándola como si fuera un acosador.

Nerea volvió a centrar su mirada al frente, dándoles otra vez la espalda a todos los que había allí.

Con una inspiración profunda, Mauro salió del escondite donde estaba y se acercó sigiloso hasta Nerea. Se paró a dos pasos de ella. Se recreó admirando la fina piel de su espalda desnuda y los tres lunares que tenía en el hombro. Tuvo que aguantarse las ganas de acariciarlos. Se metió las dos manos en los bolsillos del pantalón y se inclinó hacia delante hasta quedar a la altura de su oreja.

—Nerea —susurró.

El aliento de Mauro le hizo cosquillas a la joven y le provocó tal estremecimiento que logró que todo su vello corporal se erizase. Cerró los ojos, disfrutando de la cercanía del hombre y de lo que había causado en las terminaciones nerviosas de su cuerpo, y amplió su sonrisa.

—Mauro —musitó antes de abrir los ojos. Ladeó la cara hacia él y añadió—: Me alegro de que ya estés aquí. No te imaginas cuánto necesitaba estar contigo.

No le importó sonar desesperada ni tampoco hacerle saber al chico lo mucho que lo había echado de menos. Además, se lo había confesado por teléfono cuando habló con él hacía un rato.

—Solo vamos a cenar como dos amigos. No te hagas ilusiones —expuso Mauro mientras la saludaba con dos besos en las mejillas.

Ella puso un mohín, que a él le resultó encantador.

—He reservado una mesa en la terraza, pero puedo pedir que nos la cambien por otra aquí dentro —comentó Nerea cambiando de tema.

—Me parece bien cenar en la terraza.

—¿Quieres tomar algo ahora o nos vamos ya a la mesa?

Él miró la barra donde ella tenía su mojito. Lo agarró y se lo acercó a la nariz.

—Te lo han cargado bien —dijo, molesto, dejando la bebida en la barra.

—Así es como me gusta.

—¿Cuántos te has bebido ya?

—Uno sin alcohol, otro con alcohol y este.

—Demasiados —la riñó.

—¡Oye! ¡Que uno era sin alcohol! —rebatió ella.

—No creo que hayas bebido algo que no tenga alcohol.

—Pues sí lo he hecho. —Se encaró con él irguiendo la espalda, todavía sentada en el taburete—. Estoy aquí desde las ocho, con mi hermana, su novia y mis amigas. Ellas no me han dejado beber alcohol, pero, cuando se han ido y te he llamado para quedar, he aprovechado mientras te esperaba —le explicó, empezando a enfadarse.

—¿Te has bebido dos mojitos con alcohol en veinte minutos? —preguntó, atónito.

—A ver, este todavía lo tengo a la mitad. —Le señaló el vaso.

—Pues así se va a quedar.

La agarró de la mano y la hizo descender del taburete.

—Vamos a la mesa —le ordenó mientras clavaba sus ojos oscuros en los de ella, fulminándola con la mirada. Esa chica tenía un grave problema con el alcohol y él no podía mirar hacia otro lado. La mitad de las veces que la había visto ella estaba borracha y la otra mitad su aliento apestaba a alcohol. Le gustaba demasiado para dejar que echara su vida a perder por culpa de esa droga legalizada. Debía ayudarla a salir de ese pozo.

Casi la arrastró por todo el local hasta llegar a la terraza.

Nada más traspasar el umbral, un camarero se les acercó.

—Tenemos una reserva a nombre de Nerea Garamendi —informó al chico, suponiendo que ella habría reservado la mesa a su nombre.

—Si son tan amables de seguirme… —El joven les dio le espalda y comenzó a caminar, hasta que llegó a una mesa dispuesta para dos, junto a la barandilla, desde donde se veía el mar. A esas horas de la noche, era un espejo oscuro sobre el que se reflejaba la luna.

Mauro soltó a Nerea de la mano y la observó mientras el camarero le retiraba la silla para que tomara asiento. Cuando vio la parte delantera del mono que llevaba puesto —hasta ese momento no había reparado ello—, casi le da un infarto.

Al ser de encaje, se veían a la perfección sus senos, excepto los pezones, cubiertos por una parte del diseño que los cubría. También la forma de su cintura y el ombligo. Miró hacia sus caderas y comprobó que tapaba su pubis con un tanga blanco.

Si no hubieran estado rodeados de personas, se lo habría arrancado y la habría devorado allí mismo como si fuera un animal salvaje. Gimió de frustración, impotencia y ansiedad sexual.

Tomó asiento frente a ella.

—Trae agua para los dos, por favor —le solicitó al chico, al tiempo que este dejaba a cada uno la carta con los platos que se servían en el club.

Cuando el joven se retiró, Mauro se enfrentó a Nerea:

—¿Es que siempre tienes que ir por ahí excitando a la gente?

—¿Por qué has pedido agua? Yo no quiero beber agua.

—¿No te da vergüenza llamar la atención de todos los que te rodean?

Fue una pregunta retórica porque sabía de antemano la respuesta. No, no le importaba nada pasearse medio desnuda entre la gente y que todos pudiesen ver los atributos que la madre naturaleza le había dado.

Ella amplió su sonrisa.

—¿Por qué te molesta tanto que luzca mi cuerpo? No eres mi dueño. Además, estoy muy orgullosa de mi físico. ¿Por qué no debería mostrarle al mundo mis encantos naturales?

Él tardó unos segundos en contestar:

—Tienes razón, no debería opinar sobre tu ropa porque no tengo ningún derecho a hacerlo. Gracias a Dios que no soy tu novio porque, de lo contrario, habría tenido que partirles la cara a la mitad de los hombres del local.

—¿Solo a la mitad? —preguntó ella con sensualidad, apoyando los codos sobre la mesa.

—Los que no te han comido con los ojos seguro que son gais —contestó, pensando que era tan provocadora e irresistiblemente sexi que los hombres que no se habían quedado embobados al verla pasar debían ser de esa condición sexual. Incluso había un par de chicas que la habían mirado con el deseo bailando en sus pupilas. Otras la habían mirado con odio, resentimiento y desprecio.

—¿Y tú? ¿Estás excitado ahora mismo? —quiso saber Nerea, con una sonrisa descarada.

—Estoy molesto —bufó.

—¿Por qué?

—¿No es obvio?

El camarero regresó con un par de botellas de agua.

Mientras las abría allí, delante de ellos, les preguntó si ya habían decidido qué iban a cenar.

Primero, pidieron varios entrantes. A continuación, Nerea solicitó un entrecot de buey que estuviera bastante hecho y Mauro, una lubina a la sal.

Antes de que se retirase el empleado, ella dijo:

—No quiero agua. ¿Podrías traerme un…?

Mauro no la dejó acabar.

—No se te ocurra pedir algo que tenga alcohol. O cenas con agua, o me voy en este mismo momento —expuso con una voz que no admitía réplica.

Ella se quedó unos segundos impactada por la vehemencia con la que lo había dicho. Cuando reaccionó, miró al camarero y le hizo un gesto con la mano indicándole que podía marcharse.

—Está bien. Beberé agua.

—Gracias. —Mauro soltó con un largo suspiro.

—De gracias, nada. Quiero algo a cambio.

—¿Algo a cambio? ¿No te parece suficiente con que me preocupe por tu salud y evite que te conviertas en una alcohólica con solo dieciocho años? —mordió cada una de las palabras que salieron de su boca.

—Eres un exagerado —dijo Nerea, moviendo la mano como si estuviera espantando una mosca—. No me pasará eso que dices. Yo controlo.

—¿Que tú controlas?

—Basta ya —bufó ella—. Solo quiero tener una cena agradable contigo, pasar un rato divertido, y me lo estás estropeando con tus prejuicios: que si voy vestida así, que si voy provocando a los tíos, que si bebo… Deja de reñirme ya, por favor —le pidió cambiando su tono de voz por otro dulce y aterciopelado. Agarró la mano de Mauro por encima de la mesa—. Entiendo que te preocupes por mí porque sé que te gusto y algún día seré tu novia y…

—Estás equivocada. No quiero que seas mi novia —la interrumpió—. Me preocupo por ti porque me caes bien, a pesar de que eres una cabra loca, y sé a dónde te llevará el camino que has tomado. No deseo ese final para ti.

El camarero volvió a la mesa con los entrantes. Los dejó y se marchó.

Ellos se mantuvieron la mirada unos instantes hasta que Nerea volvió a hablar.

—Me alegro de caerte bien, pero yo sé que te atraigo sexualmente. No lo niegues. O hazlo si te apetece. No voy a creerte.

Mauro sacudió la cabeza y emitió un gruñido de impotencia.

Sin embargo, no rebatió el comentario de Nerea.

—¿Qué es lo que quieres a cambio de no beber alcohol? —la interrogó.

—Que seas mi follamigo.

A él le chirrió esa palabra. Puso un gesto de disgusto.

—Si quieres que sea tu amigo con derecho a roce, tendrás que hacer algo más que no beber alcohol.

—Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas con tal de conseguirte.

—¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza.

—Bien. Pues para empezar, come, porque con todo el alcohol que te has metido en el cuerpo, no entiendo cómo no estás borracha ya.

Nerea estuvo a punto de informarlo de que estaba acostumbrada a ingerir tanta cantidad de ese líquido que él parecía odiar con toda su alma, pero prefirió no hacerlo. Ahora que se había relajado un poco, no deseaba volver a alterarlo y que tuvieran otra discusión.

Se sirvió en el plato que tenía frente a ella un par de croquetas de queso con mermelada de frutos rojos y varios trozos de sepia con cebolla caramelizada.

Mauro hizo lo mismo mientras la observaba con atención, pendiente de cada uno de sus movimientos, de cada una de sus respiraciones.

La brisa marina mecía con suavidad los mechones que se habían escapado del moño en el que ella se había recogido el cabello y los enredaba en los varios pendientes de aro que llevaba en cada oreja.

Nerea se comió las dos croquetas antes de volver a hablar:

—Te queda bien ese color.

Mauro vestía un pantalón crema y una camisa azul celeste con las mangas subidas hasta la mitad de los antebrazos. Los tres primeros botones de la camisa los llevaba desabrochados. La prenda se ceñía a sus marcados pectorales y a sus fuertes bíceps.

—Gracias —respondió él.

—Llevas un tatuaje de números romanos. ¿Es alguna fecha especial?

Mauro tragó el trozo de sepia que estaba masticando para poder contestar.

—Es mi fecha de nacimiento y la de mi hermano.

—¿Eráis gemelos?

—Sí, aunque no éramos idénticos. Jaume era más alto y delgado que yo, y tenía los ojos verdes, igual que los de mi madre. Yo me parezco más a mi padre. También nos diferenciábamos en el carácter. Él siempre fue un chico más inquieto, impulsivo y rebelde. Tú me recuerdas mucho a él —confesó con melancolía.

Nerea arrugó la nariz.

—No sé si me gusta que yo te recuerde a tu hermano. Si te acuestas conmigo, pensarás que estás cometiendo incesto o algo así.

Mauro sonrió.

—Me recuerdas a él por la personalidad arrolladora que tienes. Porque eres rebelde, impulsiva y nerviosa como Jaume. Porque no paras quieta ni un momento y no callas ni debajo del agua. Te cuesta obedecer y cumplir las normas. Siempre estás tentando y provocando a todo el mundo. Igual que hacía mi hermano.

—Pues sí que me conoces bien —musitó—. ¿A él también le pusiste el apodo de Bala Perdida?

—No. Ese mote es tuyo en exclusiva.

—Me siento una privilegiada —dijo, alegre, llevándose las manos al corazón.

Mauro soltó una pequeña carcajada.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —quiso saber ella.

—El nueve de diciembre. ¿Y el tuyo?

—El catorce de enero. Cuando lo celebre, te invitaré.

El camarero se acercó a su mesa con dos platos: el entrecot y la lubina.

Ellos retiraron los que habían estado usando hasta ese momento para facilitarle la tarea de ponerlos sobre la mesa. El chico les agradeció el detalle y les deseó que disfrutasen del resto de la cena.

—Antes de comérnoslo todo, quiero que nos saquemos una foto —expresó Nerea. Cogió el móvil del interior de su bolsito blanco y trasteó con él para hacerse un *selfie*—. Acércate un poco más y pon buena cara.

La chica alargó el brazo y, al mismo tiempo que pulsaba en la pantalla el círculo rojo, dijo «Clítoris» con una gran sonrisa.

Mauro se la quedó mirando alucinado.

—¿Cómo se te ocurre decir eso? —preguntó, incrédulo.

—Porque así salgo con una sonrisa más amplia y divertida. Compruébalo tú mismo. —Le mostró la foto—. Aunque tú sales con cara de pez boqueando fuera del agua —se rio—. La borro y nos hacemos otra, ¿vale?

—Vale, pero esta vez no digas clítoris.

—De acuerdo.

Se aproximaron de nuevo y Nerea levantó el brazo para tomar otro *selfie.*

Por supuesto, volvió a decir clítoris.

Mauro puso los ojos en blanco.

—Me habías prometido que… —protestó él.

—Es que me sale solo —le cortó ella con una sonrisa pícara.

Ambos miraron la foto.

—Parece que estés colocado mirando con los ojos hacia arriba —se rio Nerea de él.

—Bueno, vamos a dejar de hacernos fotos, porque se nos enfría la cena.

—La última, por favor.

—Vale —resopló él.

—Pero ya sabes que voy a decir esa palabra, así que no pongas ninguna cara rara cuando la oigas o tendremos que repetir la foto.

—Está bien —cedió.

Después de sacarse la instantánea, Nerea volvió a guardar el móvil en el

bolsito y continuaron cenando mientras ella parloteaba sin descanso.

Mauro se entretuvo observando cómo intentaba partir la carne de una sola vez, además de escuchar todo lo que le contaba.

—Tienes que mover el cuchillo hacia delante y hacia atrás, que no es una espada láser de *Star Wars* —dijo con sorna.

Nerea sonrió.

—Soy una mujer Jedi, Obi-Wan Kenobi.

Él volvió a reírse.

—¿Te gustan las películas de *Star Wars*? —quiso saber Mauro.

—Sí, pero no las he visto todas.

Continuaron hablando sobre la saga de George Lucas hasta que llegaron al postre. Nerea pidió un helado de café y caramelo, y Mauro, tarta merengada de limón.

—Mmm… Esto está buenísimo —paladeó ella—. ¿Quieres un poco?

—Sí, por favor.

Nerea cogió una porción de helado con su cucharilla. Mauro abrió la boca para probarlo. Cerró los labios para atrapar el helado y ella, poco a poco, sacó la cuchara. Acto seguido, se la llevó a su boca y la chupó mientras miraba a Mauro, insinuante.

—¿Quieres comer un poco de mi tarta?

Nerea asintió y Mauro hizo lo mismo que había hecho ella con él cuando le dio a probar de su helado. También chupó la cuchara cuando la sacó de la boca de la chica.

—Estamos jugando con fuego, lo sabes, ¿verdad? —indagó él.

—Sí, pero me gusta y no pienso parar.

Mauro siguió comiendo de su tarta hasta que la acabó. Ella solo había comido la mitad de su helado.

—¿Vamos a tu barco y seguimos con el juego de seducción? —propuso Nerea.

El joven negó con la cabeza.

—¿Por qué? Estoy tan caliente que podría arder por combustión espontánea —declaró ella.

—Lo bueno se hace esperar. Quiero llevarte a un sitio.

Levantó la mano para llamar la atención del camarero. Por el rabillo del ojo vio que Nerea iba a decir algo, pero la atajó.

—No preguntes a dónde vamos porque no te lo voy a decir. Es una sorpresa.



CAPÍTULO 7

—¿Esta es la sorpresa que me ibas a dar? ¿Traerme de vuelta a mi casa? —protestó Nerea, enfurruñada. Se cruzó de brazos y le lanzó una mirada furiosa.

Lo pensó cuando vio que él conducía la furgoneta en dirección a su domicilio, pero creyó que pasarían de largo y acabarían en la playa que había cerca.

Mauro soltó una carcajada antes de replicar.

—Pues sí, y por tu cara, veo que lo he conseguido. —Amplió su sonrisa.

—No me gusta nada. Quiero que me lleves a algún sitio, a bailar, a la playa para hacer el amor, a tu barco para hacer lo mismo…

—Recuerda que has dicho que harías cualquier cosa para tenerme, y eso implica obedecerme. Mañana tengo que trabajar. Tienes suerte de que haya accedido a cenar contigo, así que date por satisfecha —contestó él sin perder la sonrisa. Estaba disfrutando como un niño con zapatillas nuevas al contemplar el enfado de ella.

A pesar de que le hubiera gustado hacer el plan que Nerea acababa de proponerle, no podía.

—¿Por qué no te coges el día libre? Para algo tienes empleados, ¿no?

—Soy el jefe y debo dar ejemplo.

—Me da rabia que seas siempre tan responsable. ¿Nunca te saltas las normas?

—Las normas están para cumplirlas.

—Y también para romperlas —afirmó Nerea con rotundidad.

Mauro la miró unos instantes antes de volver a hablar.

—Ya he roto mi regla principal: no tener citas con chicas que sean menores de veintitrés. Tú tienes dieciocho y ya nos hemos visto unas cuantas veces. Deberías estar contenta porque contigo he hecho una excepción —admitió.

Una pequeña sonrisa afloró en los labios de Nerea.

—Si continúas unos metros más, llegaremos hasta la playa privada de esta urbanización. ¿No te apetece hacerlo en la playa antes de despedirnos? Te llevarías un placentero recuerdo de esta noche. Además, acabaríamos la cita con el broche de oro que nos merecemos —lo tentó.

—Hacer el amor en la playa está sobrevalorado.

Ella enarcó una ceja.

—Es como los berberechos: nunca acabas de quitarles la arena del todo —le aclaró él.

—Vas a morir de tanto romanticismo —comentó Nerea con ironía.

Mauro se encogió de hombros.

—Como si tú estuvieras todo el día soltando cosas románticas por esa boca —se defendió él.

—¿Cuántas veces has tenido sexo en la playa para poder afirmar lo que acabas de decir? —quiso saber ella.

—Dos. Y con esas me han bastado.

—Si me das la oportunidad, te demostraré que puedes hacer el amor en la playa sin llenarte de arena.

Mauro la miró, poco convencido. Segundos después, desvió los ojos hasta el reloj del vehículo.

—Ya son las doce. Es hora de que bajes de la furgoneta y entres en tu casa.

—¿En serio? ¿Como si fuera la puta Cenicienta? —gruñó.

—No insultes a mi princesa favorita, por favor —le solicitó él.

Nerea lo miró con antipatía. En su pecho nació un sentimiento que solo experimentaba cuando Mauro hablaba o miraba a otras mujeres: celos.

—¿Qué tiene ella para que te guste tanto? —cuestionó, sintiéndose estúpida por tener celos de un personaje de cuentos hadas.

—Obedéceme como la niña buena que sé que no eres y baja de la furgoneta —contestó riéndose—. Quiero irme a dormir. Mañana tengo que trabajar —repitió —. No todos somos millonarios como tú, que vives sin dar un palo al agua ni estudiar siquiera. Con fundir la Visa que seguramente te han dado tus padres te conformas. Yo, por el contrario, tengo facturas que pagar, impuestos, la seguridad social de mis empleados, además del sueldo que le corresponde a cada uno, y el préstamo del barco —argumentó para convencerla.

Al ver su cara, supo que la había ofendido, aunque no fuera esa su intención.

La chica abrió la puerta, descendió del vehículo con gesto altivo y la cerró de un portazo. El golpe fue tan fuerte que la furgoneta vibró y el sonido se extendió por toda la calle.

Mauro bajó la ventanilla para despedirse.

—Buenas noches, princesita romanticona.

—¡Que te jodan! ¡No tengo nada de princesa! —le gritó.

Escuchó la carcajada de Mauro mientras caminaba hacia la puerta de su casa y, sin girarse, le enseñó el dedo corazón.

***

La casa estaba en silencio cuando entró. Se dirigió hacia la escalera y subió por ella para ir a su habitación. Al pasar por la de su hermana, escuchó gemidos de placer a través de la puerta cerrada. Supo que Amaia y Estela estaba haciendo el amor y las envidió porque ella se había propuesto hacer lo mismo con Mauro esa noche, y no lo había conseguido.

Sin embargo, también se sintió feliz por Amaia. Deseaba con todas sus fuerzas que Estela fuera la definitiva. No quería ver sufrir a su hermana otra vez.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta con suavidad para no interrumpir a las amantes. A través de la pared se oían suspiros y jadeos. También palabras susurradas con amor.

Caminó hasta su cama y se sentó en ella para descalzarse. Después, se quitó el mono de encaje blanco y el tanga. Lo dejó todo hecho un ovillo en el suelo, a los pies de la cama, y se dirigió al cuarto de baño anexo a su habitación para desmaquillarse y lavarse los dientes.

Al mirarse desnuda en el espejo, pensó cómo era capaz Mauro de rechazarla con lo buena que estaba. Era tan atractiva que los hombres se giraban al verla pasar. Los maduritos la miraban con anhelo; los jóvenes, con deseo; todos con ganas de follársela.

Terminó de cepillarse los dientes, regresó a su cama y echó para atrás la colcha. Junto con ella, también retiró la sábana de seda blanca. A continuación, se tumbó.

Notó la seda fría en contacto con su piel caliente. Fue una sensación agradable, aunque lo hubiera sido más estar en la cama de Mauro, a pesar de que él carecía de esos lujos.

Cerró los ojos y se dispuso a dormir.

Sin embargo, no pudo hacerlo por los sonidos que llegaban desde la habitación de su hermana.

—Joder —musitó—. Están dándolo todo.

Sin pensar en lo que hacía, con sus manos, empezó a tocarse el pecho, acariciándolo y pasando con suavidad las yemas de sus dedos por los pezones. Cerró los ojos para retener la sensación placentera que estaba teniendo y se imaginó que era Mauro quien la tocaba. Poco a poco, fue descendiendo con los dedos hasta llegar al ombligo y de allí, más abajo aún, hasta su sexo. Con dos

dedos comenzó a frotar su nudo de nervios, ese que la haría llegar al orgasmo, mientras que con la otra mano recorría toda su hendidura.

Cada vez más excitada por los tocamientos que ella misma se estaba haciendo y por los gemidos y jadeos que procedían del cuarto de Amaia y Estela, se metió un dedo en la vagina para, a los pocos segundos, meter otro más. Necesitaba más fricción para alcanzar el éxtasis. Acarició con más fuerza el clítoris y recreó en su mente el apasionado sexo con Mauro. Se imaginó que, en lugar de sus dedos entrando y saliendo de su vulva, era la polla de él la que lo hacía.

Se corrió al mismo tiempo que su hermana y su novia llegaban al clímax en la intimidad de la habitación que ocupaban ellas.

Todavía no había recuperado su respiración normal cuando le sonó una notificación de WhatsApp. Con el pulso aún acelerado, cogió el móvil con la esperanza de que fuera Mauro, que le mandaba un mensaje para quedar otro día y compensar que esa noche la había dejado con las ganas.

Sin embargo, no era Mauro quien le había enviado el wasap.

El remitente era un número que ella tenía registrado como Party.

En él, la informaban de que había una fiesta *rave* esa misma noche y le daban la dirección.

Dudó si acudir o no.

Aún no tenía sueño y necesitaba acabar con toda la energía que sentía, así que dejó el móvil sobre la mesilla otra vez y se levantó.

Caminó descalza hasta el vestidor y seleccionó un minúsculo top dorado, que le cubría solo los senos, y una minifalda del mismo color que el top, ajustada, que le llegaba justo por debajo del culo. Se vistió con rapidez y se calzó unas zapatillas cómodas, las que reservaba para todas esas fiestas ilegales en las que podía estar una noche y un día entero bailando.

Mientras se ponía las zapatillas sentada en la cama, sus muslos se rozaban con cada movimiento. Fue más consciente que nunca de que no llevaba braguitas ni tanga ni nada que cubriera su sexo denudo, a excepción de la minifalda. Seguía mojada y olía sus propios fluidos, pero no le importó. Es más, la ponían cachonda. Se imaginó bailando en mitad de la gente de la fiesta, con los tíos oliéndola como si fueran perros hambrientos, y su corazón se disparó.

Con prisa, buscó un libro en la estantería que había en la pared. Cuando lo encontró, lo abrió y sonrió satisfecha. En el interior del ejemplar había camuflada una bolsita con pastillas rosas. Las páginas habían sido cortadas en el centro, formando un cuadrado, para esconder la droga y que no se notase nada. Si su amiga Ariadna, amante de los libros, supiese el destrozo que había ocasionado a uno de ellos, la quemaría viva. Por suerte, nunca lo descubriría.

***

Nerea salió de su casa con sigilo para no ser descubierta. Esperó al taxi al final de la calle como le había indicado al conductor y, cuando llegó, se subió en él. Le dio la dirección donde se celebraba la *rave* y en pocos minutos llegaron al polígono industrial en el que estaba la nave abandonada.

Había asistido a muchas fiestas ilegales, todas de música electrónica, por lo que se sorprendió al escuchar una canción de Bizarrap y Ptazeta. No le importó que esa *rave* fuera de música urbana porque también le gustaba. Además, el DJ argentino les daba un toque especial a todas las sesiones que realizaba junto a otros artistas. El rap, el pop, el *rock* y el reguetón, entre otros estilos de música, le agradaban mucho.

Se dirigió a la barra para comprar una botella de agua mientras cantaba la canción que estaba sonando en ese momento.

Criminal, ese culo es pa' darle matrícula,
Muerdo y le tatúo la mandíbula,
Criminal…

Le pidió al chico que estaba detrás de la barra la bebida a gritos para hacerse oír por encima de la música. Cuando la tuvo en su poder, se tomó una pastilla de las que había cogido del escondite en el interior del libro. A continuación, bebió agua para tragarla.

Se internó entre el gentío y continuó cantando y bailando con los brazos en alto, contoneando sus caderas y sintiendo cómo la euforia se apoderaba de su cuerpo.

Tras esa canción llegaron otras muchas más, todas las *music sessions* de Bizarrap. Parecía que la fiesta estaba dedicada a él en exclusiva.

***

Nerea salió de la nave industrial buscando un lugar donde vaciar su vejiga, a punto de reventar. Lo encontró enseguida. Había un montón de coches aparcados y decidió hacerlo entre dos de ellos. Se enrolló la minifalda a la cintura, se acuclilló e hizo pis. Un suspiro de alivio y satisfacción se escapó de sus labios.

Mientras orinaba miró al cielo, preguntándose qué hora sería. El sol que lucía le quemaba la piel. En ese momento, notó la vibración de su móvil y el sonido de una llamada procedente del interior del bolsito que llevaba en bandolera.

Sacó un pañuelo desechable para limpiarse su zona íntima y dejó que el teléfono siguiera con su musiquita. Después de limpiarse, tiró el clínex debajo de

uno de los coches y, al tiempo que se alzaba, se bajó la minifalda. El móvil dejó de sonar.

Cuando lo sacó y vio las once llamadas perdidas de Amaia, soltó varios tacos.

El teléfono volvió a sonar y ella se aclaró la garganta para responder.

—Buenos díííaaas —canturreó, alargando la última palabra.

—¿Cómo que buenos días? ¿Tú sabes la hora que es? ¡Las tres de la tarde, Nerea! ¡Las tres! —le gritó su hermana, cabreada. A continuación, la interrogó —: ¿Se puede saber dónde coño estás y por qué no has venido a casa a dormir?

—¡Oye! ¡No me chilles como una histérica! —exclamó ella, molesta también.

—Ya puedes tener una buena excusa —escupió su hermana al otro lado de la línea telefónica.

Nerea inspiró hondo antes de hablar.

—He pasado la noche con el chico con el que quedé ayer —mintió—. Hemos estado todo el tiempo follando como locos hasta que ha amanecido y nos hemos quedado dormidos y saciados. Además, tenía el móvil en silencio. Por eso no he oído tus llamadas. Pero ahora que me he despertado…

—Basta ya —ordenó Amaia—. Sal de la cama de ese tío y vuelve a casa cagando leches.

Acto seguido, su hermana cortó la comunicación.

***

Cuando Nerea llegó a su casa, Amaia la esperaba en el recibidor.

—Ya estoy aquí. He vuelto sana y salva, como puedes comprobar —dijo a modo de saludo.

Su hermana la miró de arriba abajo.

—¿Por qué llevas otra ropa? Anoche, cuando nos despedimos en el Sunset, ibas con el mono de encaje blanco. Además, cuando he entrado esta mañana para despertarte, lo he visto en el suelo y la cama estaba deshecha. Estela me ha comentado que a lo mejor habías madrugado para ir a correr o a caminar por la playa, pero yo sé que no harías eso ni aunque te echaran agua hirviendo por encima. Te conozco demasiado bien.

Nerea puso los ojos en blanco y alzó los brazos al cielo.

—¿Por qué tengo que darte explicaciones? Ya soy mayor de edad.

Comenzó a subir la escalera para dirigirse a su habitación con su hermana tras ella.

—Serás mayor de edad y todo lo que quieras, pero todavía tienes que madurar —replicó Amaia.

—Habló la chica perfecta —murmuró Nerea—. Madurar dice. Ni que fuera

una puta manzana.

A pesar de que habló en voz baja, su hermana la oyó.

—He estado muy preocupada por ti —pronunció Amaia cuando llegaron a la puerta del dormitorio de Nerea. Ella agarró el pomo y la abrió. Pasó al interior con su hermana siguiéndola.

—Bueno, pues ya estoy aquí, así que deja de preocuparte. ¿No ves que estoy bien? —Dio una vuelta sobre sí misma para que la viera por todas partes—. No tengo ni un rasguño.

Amaia se la quedó mirando muy seria. Nerea tenía ojeras grandes y moradas bajo los ojos. Se fijó en su piel sudorosa, además del tufillo a humanidad que le llegó.

—La próxima vez que te quedes a dormir fuera, avísame. No sabes el susto que me he llevado al entrar en tu habitación y no verte. Te he llamado varias veces y no contestabas. La incertidumbre de no saber qué te había pasado estaba matándome.

—Te he dicho que me he pasado toda la noche follando con el tío con el que quedé ayer y que no he oído tus llamadas porque tenía el móvil en silencio —repitió la mentira.

—¿Y en qué momento de la noche te has cambiado de ropa? —la interrogó su hermana, señalando las prendas y las sandalias en el suelo, a los pies de la cama.

—Uf… ¿Por qué tienes que saberlo todo?

—¿Por qué eres mi hermana pequeña y, cuando papá y mamá no están, debo cuidar de ti? —expuso con ironía.

—Cuando has estado estudiando en Barcelona y haciendo las prácticas en la farmacia, me he quedado sola y he sobrevivido.

—Si estoy en Barcelona, es obvio que no puedo estar aquí contigo. No puedo estar en todas partes al mismo tiempo. No soy omnipresente.

—Bueno, basta ya de interrogatorios. Pareces la Inquisición, joder —replicó Nerea, harta de las preguntas de su hermana.

Amaia dio un paso hacia ella.

—Apestas a sudor. Harías bien en darte una ducha.

—Lo haré cuando termines con el tercer grado al que me estás sometiendo. Pareces una policía, coño.

Comenzó a quitarse las prendas que cubrían su cuerpo escasamente bajo la atenta mirada de Amaia.

—Dame una buena explicación de por qué llevas otra ropa distinta y te dejaré en paz —insistió.

Nerea resopló mientras se quitaba las zapatillas.

—Cenando, me ensucié el mono. Al acabar, le pedí a Mauro que me trajese a

casa para cambiarme porque íbamos a ir a una disco para bailar un rato antes de pasar la noche en su barco.

—¿Vive en un barco?

—Sí, pero no te voy a dar su dirección. No quiero que vayas para interrogarlo también.

Nerea se mostró ante ella desnuda. Amaia comprobó que estaba más delgada que la última vez que la había visto durante las vacaciones de Semana Santa.

—Y ahora, si me dejas, me meteré en la ducha.

Rodeó el cuerpo de su hermana y caminó hasta el baño. Cerró la puerta y se sentó en la tapa del váter pensando que se había librado de una buena. Esperaba que Amaia se creyera todas las mentiras que le había dicho y no indagase más. No quería que supiera que iba a fiestas ilegales y que consumía drogas sintéticas, además de alcohol. Si se enteraba de eso, no se despegaría de ella en todo el día y perdería la libertad de la que disfrutaba cuando sus padres no estaban en casa.

Abrió la mampara de la ducha y se metió dentro.

El agua fría la despejó. Empezó a frotarse con la esponja para eliminar el sudor de su piel y al hacerlo, el aroma a vainilla del gel de baño se extendió por la estancia.

Amaia se agachó para recoger las prendas que Nerea había dejado desperdigas por el suelo con la intención de echarlas en el cesto de la ropa sucia que había abajo, en el cuarto donde tenían la lavadora, para que Yolanda, la empleada del servicio doméstico, las metiese en el electrodoméstico y se lavasen.

Revisó el mono blanco para indicar a la chica dónde estaba la mancha, pero no encontró nada en la prenda.

Miró hacia la puerta del baño, ceñuda. Enseguida supo que Nerea le había mentido. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Es que ya no confiaba en ella como cuando eran pequeñas y se lo contaban todo? Su hermana era del tipo de personas que te decían las cosas a la cara, sin tapujos, con una cruda sinceridad, y le daba igual si te molestaba o no. Lo que pensaras de ella la traía sin cuidado. Desde que se había ido a Barcelona, la relación con ella se había vuelto más fría, a pesar de que cada vez que se veían parecía que nada había cambiado entre ellas. Además, hablaban todas las semanas sobre un montón de cosas, aunque últimamente le daba menos detalles de su vida.

Sabía que Nerea necesitaba estar en contacto físico con las personas, piel con piel, no le bastaba una simple llamada de teléfono.

Salió de la habitación con la ropa de su hermana entre las manos, pensativa. Tenía que hallar la manera de volver a conectar con Nerea y retomar su relación, en la que siempre había reinado la sinceridad.



CAPÍTULO 8

Mauro llegó tarde a la cita con su padre. Le había costado mucho aparcar la voluminosa furgoneta. Todo el tiempo que tardó en encontrar estacionamiento —en Palma era casi misión imposible— se lo pasó maldiciendo y soltando tacos.

Había quedado con Santiago a las siete de la mañana para pasear por la playa, como llevaba haciendo los últimos días, y todos había llegado tarde. Odiaba la impuntualidad, tanto suya como la de los demás.

La noche anterior, cuando había quedado con Nerea en el Sunset, tuvo suerte porque, justo cuando él llegaba al *parking* del club, un BMW dejaba un espacio libre en el que le cabía la furgoneta.

—Buenos días, papá. Siento el retraso —lo saludó y se disculpó al mismo tiempo.

—No te preocupes, hijo.

Se dieron un cariñoso abrazo y se descalzaron para pasear por la orilla del mar mientras hablaban.

—Estoy pensando en comprar otro vehículo más pequeño y fácil de aparcar —le comentó Mauro.

—¿Y vender la furgoneta?

—No, no. La furgo la necesito para los cáterin. ¿Dónde voy a cargar las mesas, las sillas, los manteles, las cajas con la vajilla y todo lo demás? Estoy pensando algún modo de transporte que ocupe poco espacio. Lo usaría para ir y venir de la oficina al barco, y moverme por la ciudad cuando no tenga que

trabajar.

—Lo mejor sería una moto —opinó su padre, tras un par de minutos en silencio.

Mauro meditó esa posibilidad.

—Es buena idea —dijo por fin—. Ocupa poco espacio y es fácil de conducir. Tengo que echar cuentas para ver cuánto puedo gastarme en la compra.

—¿Cuándo terminas de pagar el préstamo del barco?

Llegaron al final de la playa y dieron la vuelta mientras las olas del mar chocaban con sus pies descalzos.

—Todavía me faltan dos años —suspiró.

—Tengo dinero ahorrado, si quieres… —le ofreció su padre.

Él negó de inmediato.

—No, no te preocupes. No lo necesito. Pero tengo que echar cuentas y ver si puedo reducir algún gasto, como la factura del móvil o no salir a comer ni a cenar tan a menudo. Quitarme los caprichos que tengo. Ajustarme el cinturón por un tiempo no me vendrá mal.

—Está bien. Si eso es lo que quieres, respetaré tu decisión. Pero ya sabes que me puedes pedir ayuda siempre que lo necesites. Por cierto, hablando de ayuda, ¿cómo vas con los cáterin? ¿Necesitas personal para trabajar? ¿Puedo echarte una mano en alguno?

Mauro sonrió.

—¿Qué pasa? ¿Te aburres estando de vacaciones? ¿Echas de menos a tus alumnos?

—No es eso. Sabes que me gusta sentirme útil y todavía soy joven para trabajar de camarero sirviendo copas y mesas en eventos. En una discoteca ya te digo que no; desentonaría demasiado. Pero en tu empresa… ¿Cuántos años tiene el empleado más mayor?

—Catalina, mi mejor empleada, tiene cincuenta y tres. El resto de la plantilla son más jóvenes.

—¿Ves? No sería tan extraño que yo te ayudase alguna vez. Solo tengo cinco más que esa señora.

Mauro se rio.

—Papá, te lo agradezco mucho, pero lo que debes hacer es descansar para empezar el curso con las pilas puestas. Bastante tienes con soportar a tus infernales alumnos de septiembre a junio en plena adolescencia.

Santiago lo acompañó en su risa y cabeceó.

—De acuerdo, está bien.

***

Mauro pasó toda la mañana trabajando en la oficina, organizando y preparando los cáterin contratados para los siguientes días. Solo salió para desayunar en la cafetería de al lado. Antes de volver, compró un bocadillo de sobrasada y un litro de agua. Comería en la oficina. También cruzó a la acera de enfrente para comprar manzanas en la frutería.

Cuando estaba a punto de irse a casa, a las ocho de la tarde, le llegó una notificación de WhatsApp.

Nerea le mandaba una foto.

La abrió y comprobó que era el *selfie* que se habían hecho la noche anterior. Ella salía extremadamente guapa. Al contemplar su retrato, el corazón se le aceleró.

En ese instante le llegó otro mensaje:

Te echo de menos. ¿Podemos cenar juntos otra vez?

Mientras Mauro tecleaba una respuesta, le llegó otro:

Lo pasé muy bien contigo, aunque no follásemos.

Varios emoticonos de llamas acompañaban al wasap.

El joven sonrió y meneó la cabeza.

Pero hoy podemos remediarlo.

Más emoticonos de fuego.

Mauro decidió llamarla en vez de chatear con ella.

—Dime que aceptas mi proposición —ronroneó Nerea nada más contestar.

—Va a ser que no.

—¡Joder! ¿Por qué?

—Porque he trabajado todo el día y estoy cansado. Solo quiero irme al barco, cenar y acostarme. Mañana tengo un día superliado.

—Se me ocurre una cosa: voy a tu barco, cenamos juntos y me quedo a dormir contigo. No tenemos que hacer el amor si no quieres o estás tan cansado que no puedes.

—¿Dudas de mi resistencia? —cuestionó, burlón.

—Para nada. Admiro tu energía y autocontrol, sobre todo cuando te resistes a mis encantos.

Mauro pensó que esa noche no tendría tanta determinación para no sucumbir a los deseos sexuales de Nerea. Sería finalizar la jornada de una manera espectacular.

A pesar de eso, se negó.

—Gracias por los piropos, pero, de verdad, estoy cansado. Si vienes, me

acostaré tarde, porque no te voy a echar del barco nada más terminar de cenar, y no quiero que te quedes a pasar la noche, aunque no tengamos sexo, porque no podría dormir contigo a mi lado.

—¿Por qué no?

—Muchas gracias por la foto. Buenas noches —se despidió sin responder a la última pregunta de la chica.

***

Nerea miró la pantalla del móvil.

—¡Me ha colgado! ¡Será capullo!

Estaba tumbada en una hamaca en el jardín que rodeaba la piscina de su chalet. Tomando el sol completamente desnuda.

Amaia y Estela estaban jugando en el agua, tocándose por todas partes y dándose morreos de campeonato. Nerea las contemplaba con envidia.

La pareja despegó sus labios cuando la oyó.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Amaia.

—Nada. No te preocupes. Tengo que irme para arreglar un tema —anunció, alzándose de la hamaca—. Con un poco de suerte, no dormiré aquí. De todas formas, te avisaré para que te quedes tranquila, ¿vale?

—Vale, pero dime al menos a dónde vas y con quién vas a estar.

—Voy a ver a Mauro, el chico con el que estuve ayer.

—¿Otra vez te vas a pasar toda la noche follando? —preguntó su hermana sonriendo.

«Ojalá», pensó ella.

—Lo vas desgastar —añadió Estela.

—Tranquilas. Mi chico tiene mucho aguante. —Les guiñó un ojo.

Se dio la vuelta y caminó descalza hasta que entró en la casa.

Llegó hasta la cocina para informar a Manuela, la cocinera, de que esa noche no cenaría allí.

No le importaba que la viera desnuda. La empleada ya estaba acostumbrada a verla pasear por la casa y el jardín en bolas cuando sus padres no estaban en el chalet.

La mujer de mediana edad asintió.

En cuanto Nerea llegó a su habitación, se metió en la ducha para quitarse el sudor de la piel.

Poco después, llamó por teléfono para encargar comida en un restaurante italiano que servía a domicilio. Le dio la dirección del barco de Mauro.

***

Nerea caminaba por la pasarela con la ansiedad de ver otra vez al hombre que no se quitaba de la cabeza ni un minuto del día.

El móvil sonó dentro del bolso que llevaba colgando en bandolera. Lo sacó y sonrió al ver que era Valeria haciendo una videollamada en la que también estaba incluida Ariadna. Se detuvo para hablar con ellas.

—Hola, chicas —saludó, colocándose el teléfono a la altura de su cara.

—Hola —correspondieron ellas al saludo, las dos a la vez.

Valeria tomó la palabra.

—Me ha llamado Marc, el del Sunset. Quiere quedar conmigo esta noche.

—¡Qué guay! —exclamó Ari.

—Le habrás dicho que sí, ¿verdad? —quiso saber Nerea.

Valeria torció la boca.

—¡Joder, tía! ¡No me digas que lo has rechazado! —protestó Nerea.

—¡No! No he rechazado su cita. Pero he pensado que podíais acompañarme a donde he quedado con él, quedaros unos minutos y luego poner cualquier excusa para marcharos.

—Valeria y sus inseguridades —soltó Nerea, poniendo los ojos en blanco.

—Yo no puedo acompañarte. Leo y yo hemos quedado con mis padres esta noche para cenar en el club náutico. Lo siento mucho —se disculpó Ariadna.

—Yo tampoco puedo. Voy a cenar con Mauro.

—¿Tienes una cita con él? ¿Por qué no nos has contado que habíais quedado? —quiso saber Valeria.

—Ha sido algo improvisado. Anoche cené también con él, pero no pasó nada entre nosotros. Así que ahora me propongo darle una sorpresa y ver si esta noche tengo más suerte y acabamos echando el polvo del siglo.

Sus amigas se rieron.

—¿Sigue resistiéndose a ti? —cuestionó Ari.

—Sí, tía. Pero no tardará en caer, y entonces follaremos como salvajes y me besará donde nunca antes me han besado.

—Pues como no te bese en el bolso —pronunció Valeria.

Ariadna estalló en carcajadas. Nerea meneó la cabeza y la sonrisa que tenía en los labios se amplió.

—Muy graciosa, Val. Ja, ja. Me parto —dijo Nerea.

—Pues a mí sí que me ha hecho gracia —repuso Ari.

—Que sepas que me ha hecho pupita en el corazón. —Nerea puso cara triste.

Hablaron un par de minutos más. Le desearon buena suerte a Valeria en su cita con Marc y se despidieron prometiéndose que, al día siguiente, se llamarían de nuevo para contarse cómo había ido la noche.

Nerea se guardó el teléfono en el bolsito y siguió caminando por la dársena.

Cuando llegó a la embarcación de Mauro, dudó si entrar en ella o llamarlo a gritos para que saliera a recibirla. Directamente entró. Como si fuera su propio barco.

Mauro sintió unos pasos en la cubierta. No creía que fueran ladrones porque normalmente actuaban de noche, cuando todo estaba en calma, y eran más sigilosos que la persona que estaba arriba.

Tuvo la corazonada de que se trataba de Nerea.

Salió al exterior y se encontró con ella.

Meneó la cabeza.

—¿Qué parte de «Hoy no podemos quedar» es la que no has entendido?

—No hace falta que te alegres tanto de verme —respondió con sarcasmo.

—Joder, Nerea, te he dicho que estoy cansado y…

—Y por eso he encargado la cena, así no tendrás que cocinar. El repartidor llegará en cinco minutos.

Mauro la miró sorprendido.

Cuando se repuso, habló:

—Gracias. Es un detalle muy amable por tu parte. Al final, voy a pensar que eres buena chica.

—No te emociones demasiado ni te hagas falsas ilusiones. Lo he hecho con toda la intención para que me debas una y cobrármela en carnes cuando yo quiera.

Él fue a replicar, pero ella lo atajó:

—No te preocupes, no será esta noche. Ya me has dicho que estás cansado y no quiero cansarte más.

Mauro repasó su esbelta figura. Cubría su cuerpo con una camiseta de tirantes blanca, con la que enseñaba el ombligo y se le marcaban los pezones porque no llevaba sujetador, y un pantalón vaquero, corto, de color rojo cereza.

En los pies, unas sandalias planas que se anudaban al tobillo.

El cabello lo llevaba suelto. Los mechones caían alrededor de su cara, enmarcándole el rostro. No llevaba ni una gota de maquillaje. Tampoco lo necesitaba para resultar atractiva.

En torno a sus muñecas y antebrazos, varias pulseras de todo tipo y condición. Portaba un pequeño bolso, que llevaba en bandolera, cruzándole el pecho.

Mientras él se la comía con los ojos, Nerea aprovechó para hacer lo mismo.

Mauro iba descalzo, con el torso descubierto y un pantalón de algodón blanco, un poco caído en las caderas. Desde el ombligo, descendía una fina línea de vello oscuro que se internaba en el pantalón. Ella sonrió sabiendo dónde acababa esa línea.

La llegada del repartidor del restaurante italiano acabó con el chequeo que se

estaban haciendo.

—Dársena tres, amarre catorce, barco Mar Blau.

—Aquí es —confirmó Nerea, recorriendo la pasarela que unía la embarcación a la dársena—. Te hago un bízum, ¿vale?

El chico asintió. Después de que ella le pagase, él le entregó dos bolsas con la comida que había pedido.

Nerea regresó a la cubierta del barco. Mauro agarró las dos bolsas para que no cargara con tanto peso.

—Espero que te gusten el *provolone al forno, pane scamorza e pancetta, insalata caprese, lasagne alla bolognese* y el tiramisú.

Mauro se sorprendió al oírla hablar tan bien en italiano.

—No sabía qué te gustaría, así que he pedido un poco de todo —argumentó.

—Has tirado la casa por la ventana, ¿eh?

Nerea amplió su sonrisa.

—Muchas gracias —prosiguió él—. ¿Dónde quieres que cenemos: aquí en cubierta o en el interior?

—Donde tú prefieras. Esta noche voy a cumplir todas tus órdenes.

—Me cuesta creerlo —dijo, escéptico.

—Me merezco un voto de confianza después de invitarte a cenar, ¿no crees?

—Está bien. Cenaremos aquí. Ponte cómoda.

Al instante, recordó que la última vez que le había dicho que se pusiera cómoda ella se había desnudado, por lo que le aclaró:

—Me refiero a que te sientes, no a que te quites la ropa. Voy a buscar vasos, cubiertos y agua.

—No te olvides de las servilletas —mencionó, riéndose por el comentario que él le había hecho.

Mauro dejó las bolsas en el suelo y se metió en el interior del barco.

Nerea se acomodó en un asiento en la popa del navío.

Pocos minutos después, el joven se reunió con ella. Se había puesto una camiseta, algo que disgustó a Nerea porque la privaba de las excelentes vistas de sus músculos y sus oblicuos definidos, pero se dijo que durante la noche, en algún momento, lograría que él se quitase toda la ropa. Comenzaron a cenar comiendo de los táperes donde estaban los alimentos.

—Deja de hablar y come, que se enfría —le ordenó él al ver que Nerea no dejaba de parlotear, contándole que su hermana había regresado a la ciudad acompañada por su nueva pareja y todos los rincones de la isla que le habían enseñado.

—Hablo demasiado, lo sé —aceptó. Se metió una porción de lasaña en la boca y masticó hasta que la tragó—. Cuéntame algo sobre ti. Por ejemplo, ¿qué

estabas haciendo cuando he llegado?

Mauro bebió un poco de agua y contestó:

—Estaba mirando motos en internet.

—¿Quieres comprarte una?

Él le explicó el motivo por el que la necesitaba.

—Pero, de momento, no he encontrado lo que busco. Además, tengo que reducir gastos y ahorrar un poco para comprármela.

—Yo te puedo dar dinero si…

—No —negó con rotundidad.

—No tendrías que devolvérmelo.

—Si hiciera eso, no me quedaría con la conciencia tranquila. Parecería que estoy aprovechándome de ti.

—Bueno, puedes aprovecharte de mí de otra forma —ronroneó con sensualidad.

Mauro comprendió a la perfección lo que ella le insinuaba y sonrió.

—¿No te cansas nunca de tentarme?

—No. Me encanta hacerlo y me pone mucho tu resistencia.

—Si a mí me hubiera dicho una mujer tantas veces que no, ya habría dejado de insistir.

—Pero es que yo no soy una mujer cualquiera. Soy especial —alegó, orgullosa.

—Y con un ego por las nubes —se burló él.

Nerea aprovechó para preguntarle:

—¿Por qué no quieres dormir conmigo? Antes me lo has dicho, cuando hemos hablado por teléfono. ¿Es que temes despertarte en mitad de la noche y, al verme a tu lado, hacerme el amor hasta que amanezca?

Mauro sopesó lo que iba a contestar.

—Si te respondo a esa pregunta con sinceridad, te vendrás arriba y te subirá todavía más el ego que tienes. Llegaría hasta la estratosfera.

La chica sonrió feliz.

—Acabas de contestarme, que lo sepas. Sé que tengo razón en lo que te he dicho, pero no debes tenerme miedo. Te prometo que, si me dejas dormir contigo, te detendré en el caso de que me quieras follar de madrugada.

—¿Estás segura de que podrás detenerme?

—Al cien por cien. —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Otra cosa sería que me pidieras que te la chupase o te hiciera una paja, lo que haría con mucho gusto, aunque no tenga nada a cambio.

Él se atragantó con el tiramisú que estaba comiendo. Tosió un par de veces hasta que consiguió tragarlo.

—Definitivamente, estás loca.

—Pero te gusta, ¿a que sí?

—Anda, termina de cenar.

***

Una vez acabada la cena, Nerea se metió en el baño para lavarse los dientes —siempre llevaba un kit con un pequeño cepillo y un tubito de pasta dentífrica— y vaciar su vejiga. Mientras, Mauro recogió todo, y fregó los vasos y los cubiertos.

—Hablas muy bien italiano —mencionó cuando la vio salir del aseo.

—Gracias. He viajado varias veces con mis padres a la Biennale di Venezia y algo he aprendido. También he estado en el Festival Internacional de cine de Berlín, en el de Cannes, en el de Montreal y en el de Mar de Plata, Argentina.

—¿Hablas alemán y francés?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Me vas a contratar para cuando tengas algún servicio de cáterin con extranjeros? —preguntó riéndose.

—Ya hago servicios de ese tipo —comentó él, mientras se secaba las manos en un paño.

Ella se sentó en el sofá acolchado.

—No domino esos dos idiomas, pero me defiendo bastante bien. El inglés sí lo hablo mucho mejor —respondió, sincera.

—Vaya despliegue de cualidades. Se te dan bien los idiomas, por lo que veo.

—Se me dan mejor otras cosas, más subidas de tono, muy picantes… —Dejó la frase en el aire porque sabía que Mauro la interpretaría a la perfección.

El joven soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

Nerea amplió la sonrisa al ver su gesto divertido.

—¿Siempre acompañas a tus padres a todos los festivales de cine?

—Depende. Si estoy en época de exámenes, no me dejan ir. Por ejemplo, siempre voy al de San Sebastián porque es a finales de septiembre y, aunque el curso ya ha empezado, no tengo exámenes aún. En el Festival de Cine de Málaga estuve cuando mi padre recibió la Biznaga de Oro a la mejor película y la de plata a la mejor dirección hace dos años —le contó, contenta—. Y en los Goya estuve el año pasado cuando mi madre fue nominada al premio a la mejor actriz, aunque finalmente no lo ganó. Este año mi padre está nominado a la Concha de Oro en el Festival de Cine de San Sebastián, pero no creo que se la den.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Mauro, sorprendido.

Nerea arrugó el ceño y frunció los labios.

—No sé. Hay algo en esa película que no me gusta. Lo he hablado con mi padre varias veces, pero él insiste en que…

—Espera un momento: ¿le has hecho una crítica negativa de una película a tu padre? —quiso saber, alucinado.

—De una no. De varias. Bueno, mejor dicho: siempre hago críticas de todas sus películas. Unas me gustan mucho y otras, menos o nada. Además, si yo, que soy su hija, no soy sincera con él, apaga y vámonos. Bastantes pelotas tiene a su alrededor. Y también se lo digo a mi madre cuando no me gusta cómo ha interpretado un papel en alguna película. Cuando lo hace bien, la felicito, y en las que no me ha gustado su actuación, le comento los errores que ha cometido. Debo ser honesta y dar mi opinión sincera. Cuando hago alguna crítica negativa, hay veces que les sienta mal y otras pasan de mí. Mi hermana Amaia, por ejemplo, es la hija perfecta. Siempre le parece bien todo lo que hacen. Yo soy la inconformista.

—Está bien que seas sincera —la alabó—. Podrías trabajar de crítica de cine en alguna revista especializada o programa de televisión o radio.

—¡Uy, no! Me echarían a patadas. Digamos que no suelo ser políticamente correcta y me ganaría muchos enemigos. Mucho me temo que eso afectaría de forma negativa a las carreras de mis padres. Surgirían malos rollos con artistas con los que se llevan genial y no quiero que pierdan sus amistades, aunque algunas son interesadas y a otras las mandaría a tomar por el culo.

Mauro soltó una carcajada. Cuando terminó de reírse, informó a Nerea:

—Voy a lavarme los dientes. Salgo en un par de minutos. Quédate aquí quietecita y, a ser posible, vestida.

Nerea aceptó moviendo la cabeza.

Repasó con la mirada el interior del barco y fijó sus ojos en el portátil que había sobre la cama. Estaba abierto, aunque con la pantalla en negro.

Se acercó hasta él y tocó en la superficie que hacía las veces de ratón. Al instante, la pantalla se encendió y le mostró varias fotos de motos.

—Si quieres, puedo ayudarte a decidir qué moto comprar —dijo ella cuando Mauro salió del baño.

—¿Entiendes de mecánica, cilindrada y cosas así? —indagó él, sentándose a su lado.

—No. Pero tengo buen gusto para elegir modelos y demás.

—Nerea, no estoy comprando una camiseta o un bañador. Esto es serio.

—Venga, déjame ayudarte, por favor —le pidió, uniendo sus manos como estuviera rezando y poniendo cara de niña tomando la primera comunión.

El joven cedió con un suspiro.

—Está bien, pero no podemos alargarlo mucho porque mañana tengo que madrugar y tú tienes que irte a dormir a tu casa.

Ella aplaudió, sonriendo contenta.

Durante veinte minutos estuvieron mirando motos de distintos tamaños, cilindradas y colores.

—¡Esta es preciosa, Mauro! ¡Cómprala! —Señaló con el dedo índice una Vespa *vintage*, que combinaba el rojo cereza brillante con el crema y el asiento en cuero marrón claro.

Él miró el precio.

—A pesar de que es la moto que más me ha gustado de todas las que hemos visto, no puedo comprarla. Se sale de mi presupuesto.

—¿Y qué más da?

—Mis ahorros se verían demasiado mermados. De todas formas, deberé reducir gastos durante algunos meses porque ya no tendré el mismo colchón económico después de comprar la moto que sea.

—¡Qué pena! Es superbonita —comentó Nerea.

—Sí, es una pasada de Vespa. —Mauro miró la foto del vehículo con anhelo y suspiró—. Pero no puedo permitírmela. Buscaré otra similar y que sea más económica.

—Cuando tengas la moto, ¿me darás una vuelta en ella?

—Claro que sí.

Se acercó a él de improviso y le dio un fugaz beso en los labios.

Cuando se retiró, clavó su mirada aguamarina en la oscura del joven. Se mordió el labio inferior, manteniendo a raya las ganas de besarlo otra vez.

—Bueno —carraspeó para aclararse la garganta. Miró la hora en la pantalla del portátil—, creo que debería irme a casa. Ya son más de las once y media, y tú tienes que madrugar mañana. Así que, por una vez y sin que sirva de precedente, voy a obedecerte.

Nerea se levantó del banco acolchado. Agarró su bolsito y se lo colgó en un hombro.

—Llámame cuando tengas un rato libre para, no sé, tomar un café o cenar, en plan amigos, ya sabes, como esta noche —siguió hablando bajo la atenta mirada de Mauro—. Me lo he pasado muy bien, a pesar de que no hayamos tenido sexo. ¿Quién me iba a decir que pasaría un rato divertido y ameno con un tío que está cañón sin acostarme con él? —Sonrió y le guiñó un ojo.

Caminó hasta la escalerilla que subía a cubierta y, antes de poner un pie en el primer peldaño, se giró para despedirse.

Al volverse, rebotó contra el fuerte torso de Mauro. El joven la retuvo, agarrándola por la cintura con las dos manos para que no se diera en la espalda con los escalones.

Los latidos del corazón de Nerea se aceleraron al sentir las manos de Mauro sobre la piel de su cintura. El cosquilleo que tenía en el estómago se expandió

por todo su cuerpo y la respiración se le alteró.

Mauro la observaba como si fuera un puma a punto de devorar a la presa que acababa de cazar. Se dio cuenta de que él también tenía la respiración alterada.

—¿Sabes levitar? Porque no he oído cómo te acercabas a mí —comentó, y soltó una risita nerviosa.

Mauro inspiró hondo antes de hablar:

—Quédate.

Ella colocó sus manos en los fuertes bíceps del chico.

—¿Estás seguro? —Arqueó una ceja.

Nerea vio en los ojos del chico la lucha interna que tenía entre que se quedase para hacer el amor hasta el amanecer o simplemente dormir juntos. No entendía por qué él daba tanta importancia a la diferencia de edad que había entre ellos si los dos eran adultos. Le molestaba que tuviera ese prejuicio porque jugaba en su contra. Debería derribar ese muro para conseguir tener una relación de pareja con él.

—No te preocupes. Me iré a dormir a mi casa. No pasa nada —decidió, bajando la mirada entristecida hasta posarla en su hombro izquierdo.

Sin embargo, Mauro no la soltó. Al contrario, la sujetó con más fuerza y se inclinó sobre sus labios.

—Nerea, me vuelves loco, pero… —Su voz atormentada rozó su boca, provocándole un estremecimiento.

—Ya sé lo que viene a continuación de ese «pero». No lo digas.

—Mírame, por favor.

Ella lo obedeció. Alzó sus preciosos ojos y los clavó en los de Mauro.

—Quiero que duermas conmigo esta noche —le pidió.

—Y yo quiero hacer algo más que dormir.

—Quédate y que pase lo que tenga que pasar —contestó Mauro, antes de apoderarse de sus labios con un beso largo.



CAPÍTULO 9

Cargó a Nerea sobre sus caderas y caminó hasta la cama. La tumbó y se quitó con rapidez la camiseta, que dejó abandonada en el suelo. Desabrochó las sandalias de ella y las dejó junto a la camiseta. Volvió a sus labios para besarla con más pasión. Ella metió su lengua en la boca de él y se enzarzaron en una lucha de lenguas.

Cuando se separaron para tomar un poco del oxígeno que reclamaban sus pulmones con impaciencia, la miró fascinado.

Nerea estaba con el cabello desparramado sobre las sábanas, los ojos brillantes, las mejillas ruborizadas y los labios hinchados por sus besos. Siempre que la miraba pensaba que era la criatura más hermosa sobre la faz de la Tierra. En ese momento, con el pecho subiendo y bajando, y exhalando un dulce aliento, se reafirmó.

—Me vuelves loco. Has conseguido que rompa todas mis reglas, que dude entre lo que está bien y lo que no. Pensar en ti de la manera en que lo hago debería ser un delito. Quiero hacerte cosas que nunca te hayan hecho —declaró entrecortadamente—. Con tu sonrisa paralizas mi mundo. Haces que el tiempo se detenga cada vez que te miro. No pienso en otra cosa que no sea besarte hasta que me duelan los labios y hacerte el amor como si el mundo fuera a acabarse mañana. Me atraes tanto que me cuesta resistirme a ti —confesó.

—Pues deja de hacerlo. Te he dicho un montón de veces que soy mayor de edad. Hazme todo lo que tu imaginación te proponga. No es delito que tengamos sexo ni tampoco una relación de pareja si los dos lo deseamos y estamos de acuerdo.

En la voz de Nerea se notaba la ansiedad que sentía por que él aceptase su propuesta.

—¿Esta es tu forma romántica de pedirme que sea tu novio? —preguntó con una sonrisa juguetona.

—Sí. ¿Algún problema con eso?

—En absoluto.

—Pues entonces, sigue besándome —le ordenó ella.

Antes de apoderarse de los labios de Nerea, le quitó la camiseta de tirantes que llevaba.

—Eres preciosa —musitó, extasiado ante tanta belleza.

Ella alargó los brazos para cogerlo por el cuello y fundir sus labios con los de él. Los besos que se daban prometían una noche placer, de fantasías hechas realidad.

Mauro bajó con su boca por el cuerpo de Nerea, regalándole pequeños y tiernos besos y mordiscos. Cuando llegó al ombligo, le hizo cosquillas con la lengua y, mientras ella se retorcía, presa de la risa, él aprovechó para quitarle los pantaloncitos cortos que llevaba. Los arrastró por sus muslos, acariciándola, consiguiendo que las neuronas de la chica se excitasen revolucionadas. Se los sacó por los pies e hizo lo mismo con el tanga que llevaba.

Nerea, al verse libre de ropa, dobló las rodillas y apoyó los pies en el colchón. Se abrió para él como se abre una flor en primavera, invitándolo a comerla o a penetrarla. Lo que él quisiera.

Sentía el corazón latiendo desbocado como el de un atleta haciendo un *sprint.* La sangre corría veloz por sus venas, quemándola como si fuera la lava de un volcán derramándose.

Mauro la contemplaba deslumbrado.

—No me hagas esperar más, por favor. Tengo demasiadas ganas de ti —suplicó Nerea, acariciándose el interior de sus muslos.

—Tranquila. A ti hay que disfrutarte despacio. Debes aprender a vivir la vida y el sexo a un ritmo menos acelerado del que llevas o te dejarás cosas por el camino. El tiempo que pasa no vuelve. Recuérdalo.

Ella asintió con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

Mauro se deshizo de sus pantalones y del *slip* y comenzó a besarla otra vez. Recorrió con excitantes besos sus tobillos, subiendo por las pantorrillas, intercalando una pierna con la otra. Cuando llegó a sus muslos, su boca viajó por el interior de ellos hasta llegar a las ingles. Al pasar por encima de su pubis, sopló, consiguiendo que Nerea se estremeciera de deseo.

—Mauro, no me tortures más, por favor —gimió—. Está muy bien el rollo ese que me has soltado de que hay que ir despacio y tal, pero ¿no podemos dejarlo para otro momento? Te quiero ya dentro de mí.

—Ya voy, pequeña impaciente. Primero, quiero disfrutar del sabor de tu sexo

y luego, cuando llegues al orgasmo, me enterraré en ti —soltó riéndose.

El joven pegó la boca a sus pliegues íntimos y empezó a comérselos, pasándole la lengua una y otra vez como si fuera un helado. Al mismo tiempo, trazaba círculos en torno a su clítoris, presionando cada vez más y más hasta que logró que alcanzara el clímax.

Mientras Nerea estaba sumida en el potente éxtasis, Mauro aprovechó para ponerse un preservativo y penetrarla poco a poco. El calor de su vagina lo envolvió y sintió que se derretía, igual que un cubito de hielo en mitad del infierno. Cuando la colmó, apoyó los antebrazos en el colchón y descendió hasta sus labios para fundirse en un beso.

Nerea notaba su miembro caliente y suave, como si fuera acero cubierto de seda. Sintió que sus neuronas se evaporaban con cada una de las acometidas de Mauro. Cada vez que él entraba y salía de su sexo, la hacía subir al cielo.

Alzó las piernas para rodear las caderas de Mauro y que sus penetraciones fueran más profundas.

Poco después el placer los recorrió enteros, llevando la felicidad a cada una de sus células.

***

Mauro salió de ella, se quitó el condón y se levantó para ir a tirarlo a la basura.

Ella aprovechó para coger su móvil y mandarle un wasap a su hermana informándola de que se quedaba a dormir con el chico.

Mauro regresó a la cama y vio que tenía en el teléfono, de fondo de pantalla, la foto que se habían hecho cenando en el Sunset. Sonrió complacido.

—Y ahora, señorita, a dormir. Mañana tengo que madrugar y ya me has hecho perder una hora de sueño.

La besó en los labios y la colocó de manera que la espalda de Nerea quedaba pegaba a su fuerte pecho. Con una mano la agarró por la cintura y el otro brazo lo extendió para que ella reposara la cabeza.

—Buenas noches, Bala Perdida.

—Dulces y eróticos sueños conmigo de protagonista, Míster Sexo.

Él soltó una carcajada y la abrazó más fuerte.

Antes de quedarse dormido, le susurró en el oído:

—No quiero que salgas nunca de mi cama.

A Nerea aquellas palabras le sonaron a una declaración de amor en toda regla. Inspiró hondo y soltó el aire despacio, completamente feliz.

***

La alarma del móvil de Mauro sonó a las seis de la mañana, sobresaltándolos.

—Apaga ese sonido infernal, joder —gruñó Nerea de mal humor, con el corazón latiéndole a mil por hora del susto.

Mauro se levantó y se acercó a la mesa donde había dejado su teléfono la noche anterior. Pulsó en la pantalla y el ruido cesó.

Regresó a la cama y le dio un beso en los labios. Ella aún tenía los ojos cerrados, pero sonrió al sentir su rápido beso.

—Déjame dormir un poco más, por favor —suplicó, dando media vuelta hasta quedar de lado.

—Puedes quedarte durmiendo todo el tiempo que quieras —susurró él en su oreja—. Voy a ducharme. —Le dio otro beso, esta vez en la mejilla, y se alzó del colchón.

Nerea murmuró algo sobre que estaría encantada de ducharse con él, pero que tenía mucho sueño y ya lo haría en otro momento. Mauro soltó una pequeña risa y se metió en el baño.

Cuando salió de la ducha, comprobó que ella dormía como una marmota. La contempló mientras se vestía. Desnuda sobre su cama, con el pelo revuelto y una sonrisa en sus carnosos labios, daba fe de haber pasado una satisfactoria noche.

Cogió un papel y un boli para escribirle una nota. Luego, se la dejó sobre la mesa, junto a una taza.

Salió del barco sin hacer ruido para no despertarla.

Cuando se reunió con su padre en la playa, Santiago observó que su hijo estaba muy alegre.

—¡Qué contento vienes hoy! —exclamó después de saludarlo con un abrazo como siempre.

—Me siento pletórico —confesó Mauro.

—¿Tiene algo que ver con una chica? —quiso saber su padre mientras caminaban por la arena, cerca de la orilla, con las zapatillas en la mano. Las olas del mar llegaban hasta ellos, mojándoles los dedos de los pies.

—Sí, el motivo es una chica. Anoche tuve una cita magnífica con ella.

—Me alegro, hijo. ¿La conozco?

Mauro dudó sobre qué contarle.

—Sí —afirmó escuetamente. No quería mentirle. Pero tampoco darle demasiados detalles.

Santiago se detuvo y él también.

—¿Has vuelto con Angélica?

El joven se sorprendió por la pregunta.

—¡No! Nunca volveré con ella —escupió con rencor hacia su exnovia.

—Me alegro de que ella no haya sido tu cita de anoche. No te lo he dicho

nunca, pero me parecía que esa mujer estaba mal de la cabeza. Tenía comportamientos raros, como si padeciese alguna enfermedad mental.

Mauro cerró su mente a los dolorosos recuerdos del pasado. Hablar de Angélica era como echar sal en una herida. Aún escocía. Recordó sus obsesiones al mencionar su padre sus conductas extrañas y no pudo evitar darle la razón. Cuando estaba con ella, aceptaba sus rarezas, pero ahora, viéndolo en perspectiva, Santiago había dado de lleno en la diana. Gracias a Dios que ya no estaba en su vida.

—Entonces, ¿quién es la chica? —preguntó Santiago, curioso.

—Todavía estamos empezando, pero estoy muy ilusionado con ella.

—Has dicho que la conozco. Dime su nombre.

El joven negó con la cabeza y siguieron caminando por la playa.

—Papá, todavía es pronto para que sepas quién es. Cuando llevemos más tiempo de relación y si todo va bien entre nosotros, te la presentaré. Ten un poco de paciencia.

—Espero que sea una buena chica.

Mauro pensó que su padre pondría el grito en el cielo y se rasgaría las vestiduras si supiera que se había enamorado de la alumna más odiada por él.

«Nerea Garamendi es el anticristo», recordó que le había dicho Santiago la última vez que comieron juntos.

En parte, tenía razón. Nerea era un diablo. Pero a él le encantaba.

En ese momento sonó su móvil. Al mirar la pantalla, vio un número que no tenía registrado en sus contactos.

—¿Diga? —contestó.

—Mauro…

Esa voz le hizo daño en los oídos, el cerebro, el corazón y en cada fibra de su ser.

Esa voz que él conocía tan bien, que le traía tantos recuerdos, buenos y malos, alegres y tristes. Había esperado no volver a oírla más. ¿Acaso la habían invocado con sus pensamientos?

Cortó la llamada inmediatamente mientras sentía cómo la rabia crecía en su interior.

—¿Quién era, hijo? —quiso saber Santiago.

El móvil volvió a sonar en su mano.

—Angélica —bufó.

—¿Angélica? ¿Qué querrá después de tres meses? —indagó el hombre.

—Ni lo sé ni me importa. No pienso hablar con ella nunca más —contestó, al tiempo que cortaba otra vez la llamada. Acto seguido, bloqueó ese número para evitar que su exnovia pudiera ponerse en contacto con él.

***

Cuando Nerea se despertó, eran cerca de las doce de la mañana.

Se bajó de la cama y fue dando tumbos hasta el baño. Hizo pis, se lavó el rostro y se miró en el espejo. La imagen que este le devolvió le gustó demasiado.

—Qué cara tienes de bien follada, cabrona —le dijo a su reflejo.

Acto seguido, salió del cuartito y se dio cuenta de que encima de la mesa había una nota junto a una taza.

> Buenos días, Bala Perdida:
>
> Te he dejado café hecho. Hay galletas y magdalenas de chocolate en el mueble que está sobre la nevera. Puedes quedarte en mi barco todo el tiempo que quieras.
>
> Te llamaré.
>
> Mauro

Aplastó el papel contra su pecho y, feliz, se dirigió a la cocina, que estaba a dos pasos. Agarró la cafetera y regresó con ella a la mesa para servirse café en la taza que le había dejado Mauro. Como estaba frío, lo calentó en el microondas. Mientras, releyó la nota otra vez.

La caligrafía de Mauro era cuidada y bonita, sin faltas de ortografía. Le gustó mucho que él tuviera buena letra.

El microondas pitó cuando llegó al final del tiempo marcado y Nerea sacó la taza.

Dejó la nota y el recipiente de cerámica sobre la mesa. Sacó del mueble que Mauro le había indicado una bolsa de magdalenas. Al abrir la bolsa para coger una, el delicioso olor a chocolate llegó hasta su nariz. En ese momento su estómago rugió. No se había dado cuenta hasta ese mismo instante de lo hambrienta que estaba.

—Tener buen sexo abre el apetito —dijo, hablando consigo misma.

Se sentó en el banco acolchado y se dispuso a desayunar mientras hacía un repaso de sus redes sociales. No había nada interesante, así que pocos minutos más tarde las dejó.

Terminó de desayunar y recogió todo.

Cuando estaba secándose las manos después de haber lavado la taza, su móvil sonó.

En la pantalla vio que era Mauro.

Una amplia sonrisa se extendió por su cara y las mariposas de su estómago comenzaron a revolotear nerviosas.

—Buenos díííaaas —saludó alargando la última palabra.

—Buenos días, Nerea. —La voz de Mauro sonaba alegre—. ¿Sigues en el barco?

—Sí. Me he levantado hace un rato y ya he desayunado. Por cierto, las magdalenas de chocolate estaban buenísimas. ¿Dónde las has comprado?

—En la panadería que hay cerca de mi oficina. Me alegro de que te hayan gustado —dijo, contento.

—Me he comido tres. Quedan solo dos.

—No te preocupes. Compraré otra bolsa. Te llamaba porque voy a ir al barco para comer y quería saber si estarías ahí para hacerlo juntos.

—¿Me estás proponiendo una cita? —ronroneó melosa.

Mauro se rio.

—A las tres estaré ahí. Hasta luego, Bala Perdida.

—Adiós, Míster Sexo.

Nada más colgar, con la sonrisa en los labios todavía, abrió la aplicación de WhatsApp para mandarle un mensaje a Amaia. En él le comunicaba que estaba bien, que aún seguía en el barco de Mauro y que comería con él.

Su hermana le respondió con emoticonos de aplausos y fuegos. También le escribió deseándola que disfrutara del día junto a su chico y que la mantuviera informada sobre si iba a ir a dormir a casa o se quedaba otra noche en la embarcación del joven.

Cuando terminó de chatear con Amaia, dejó el móvil sobre la mesa, sacó del bolso el kit con el pequeño cepillo de dientes y el tubito de pasta dentífrica, y se dirigió hacia el baño para lavárselos.

Regresó a la cama y se entretuvo estirando las sábanas para darle un aspecto más presentable. Quería que, al volver Mauro, viera que por lo menos había hecho la cama. No quería que pensara que era una vaga descuidada. Normalmente, le importaba un pimiento lo que pensara la gente de ella. Es más, le gustaba ser la oveja descarriada de la *jet set* mallorquina. Sin embargo, tenía muy en cuenta la opinión de Mauro. Nunca había tenido tantas ganas de agradar a un chico y sentirse amada por él. Aunque no estaba dispuesta a perder su fuerte carácter y su rebeldía innata. Solo iba a suavizarlas un poco.

Cogió sus ropas del suelo y las dejó sobre la cama. No había ni rastro del pantalón y la camiseta de Mauro. Supuso que los habría guardado en algún sitio o tendría un cesto para la ropa sucia.

En ese momento, sonó el teléfono. Era su amiga Ariadna haciendo una videollamada en la que incluía también a Valeria.

Nerea se tumbó en la cama y alzó el brazo para poner en el móvil frente a su cara.

—Buenos días, chicas —saludó, contenta.

—Buenos días a todas —dijo Valeria.

—Hola —habló Ariadna—. ¿Quién va a ser la primera en contar su noche?

—Que lo haga Valeria porque seguro que terminará antes que yo y, además, estoy deseando saber que tal fue la cita con Marc —argumentó Nerea.

En los minutos siguientes, su amiga les contó que la había llevado a cenar a un restaurante a pocos kilómetros de Palma, con una decoración muy bonita y romántica; que los platos elegidos estaban muy buenos, el servicio había sido excelente y, que para acabar la noche, habían ido a una discoteca para bailar un rato. Nerea cambió de posición y se apoyó con un codo sobre la cama, sosteniendo el iPhone con la otra mano.

—Y a las dos de la madrugada me llevó a casa —finalizó Valeria.

—Pero te lo tiraste antes de que te dejara en casa, ¿verdad? —quiso saber Nerea.

—¡Hay que ver! ¡Siempre pensando en lo mismo! Eres una salida, tía —comentó Ari.

—Pues claro que sí. El sexo es importante en una relación —replicó ella.

—Pero no lo único —rebatió Ariadna.

—A ver, chicas —intervino Valeria—, no discutáis. Sabéis que yo no soy de las que se acuestan con los chicos en la primera cita…

—Ni en la segunda, ni en la tercera, ni en la cuarta —la interrumpió Nerea.

—No todas somos tan fáciles como tú —la atacó Valeria.

Nerea bufó e hizo una mueca.

—Venga, Nere, no te enfades —agregó su amiga—. Solo digo que no tengo la misma facilidad que tú para acostarme con un tío. Necesito tiempo, conocerlo un poco mejor, confiar en que va a tratarme bien antes de irme a la cama con él. Yo no soy tan valiente como tú, que eres capaz de tirarte a un desconocido en los baños de cualquier discoteca o en alguna de las fiestas *rave* a las que vas.

Nerea cambió la expresión de su cara, dulcificándola.

—Está bien. Perdona mi comentario. Ha estado fuera de lugar —se disculpó con Valeria.

Ella hizo lo mismo por haber dicho que era una chica fácil y añadió:

—En el tiempo que estuvimos en la disco, nos dimos un buen lote de besos, y cuando estábamos en la puerta de mi casa, nos despedimos con un beso en los labios. Me prometió que me llamaría para quedar otro día porque dijo que lo había pasado muy bien y que le gustaba mi forma de ser. Y esta mañana he recibido un ramo de calas blancas con una tarjetita. ¿A que es precioso?

Desvió la pantalla del teléfono para que sus amigas vieran las flores.

Ariadna y Nerea afirmaron que era muy bonito.

—Y acaba de mandarme un wasap para saber cuándo será la próxima vez que nos veamos —prosiguió, contenta—. Le voy a contestar que mañana por la tarde. Hoy estoy demasiado nerviosa y podría meter la pata. Además, tengo que pensar en lo que me voy a poner. Algo que me estilice la figura, que me haga parecer más delgada y…

Nerea la interrumpió.

—Vamos a ver, Valeria: si Marc te ha pedido una segunda cita, es porque le gustas tal y como eres, por tu personalidad y por tu físico. Deja ya la tontería de adelgazar. Ponte la ropa que te dé la gana. Vístete para gustarte a ti, no a los demás. Joder, pero si eres la doble de Beyoncé. ¡Arriba esa autoestima!

—Val, sabes que Nerea tiene razón. Está bien que te cuides, pero por salud. No para estar más delgada y gustar a los demás —alegó Ariadna.

—Yo no tengo el ego tan subido como vosotras —contestó ella con tristeza.

—Pero eres mejor persona que yo —respondió Nerea.

—Y la mejor estudiante de las tres —añadió Ari.

—Y la que tiene el corazón más bueno y bondadoso —habló otra vez Nerea.

—Y una persona honesta, amable, divertida y simpática. No como la borde de Nere —mencionó Ari, quien no podía estar mucho tiempo sin pinchar a su otra amiga.

—¡Oye! —protestó la aludida—. Que yo también soy todo eso.

—¿Seguro? —cuestionó Ariadna, arqueando una ceja.

Valeria intervino:

—Chicas, no discutáis, por favor. Dejemos ya el tema y centrémonos en la cita de Nerea con Mauro.

La joven procedió a contarles a sus amigas la noche tan especial y mágica que había pasado con el joven. No se guardó ningún detalle. También les enseñó la nota y se la leyó.

—Cállate ya. Están saliendo mariposas de tu boca —se burló Ariadna riéndose.

—Estoy a punto de vomitar arcoíris —confirmó Nerea, sintiéndose en una nube.

—Me alegro mucho por ti —pronunció Valeria—. Se nota en la cara que estás pillada por ese tío.

—Lo que tengo es cara de bien follada. Cuando le puse el apodo de Míster Sexo, no iba mal encaminada —sonrió ampliamente Nerea—. Además, me gusta hablar con él de cualquier cosa. Es ingenioso, divertido, cariñoso…

Ariadna la cortó.

—No hables más porque se van a escapar todas las mariposas que tienes en el estómago —se rio otra vez.

Nerea le enseñó el dedo corazón y Ari le sacó la lengua.

—Bueno, cuéntanos qué tal tú cena con Leo y tus padres —le pidió Valeria a su amiga mientras Nerea cambiaba otra vez de posición. Colocó el teléfono sobre el colchón y apoyó la barbilla en sus manos.

—¿Ya estáis preparando la boda? —se mofó Nerea—. Avísame con tiempo para comprarme un vestido espectacular que deje a todos con la boca abierta. ¿Habrá que llevar pamela o no?

—El día que me case, la protagonista seré yo, no tú —replicó Ari—. Bastante llamas la atención todos los días, en todos los eventos y fiestas a los que vas, así que el día de mi boda no te pases o te echaré de allí —le advirtió.

Valeria preguntó en ese momento:

—¿Es verdad que estáis organizando la boda? Pensaba que Nerea lo decía de coña.

—Es que lo decía de coña —repitió Nerea, poniendo los ojos en blanco.

Ariadna soltó una risita.

—A ver, que todavía soy joven para casarme y Leo también. De momento, me trasladaré a la casita del pinar donde está él para convivir. Lo que más me importa es estar con él, me da igual si hemos firmado un papel o no.

A continuación, les relató a sus amigas la soporífera cena que había tenido con sus padres, por lo que nada más acabar el postre, Leo y ella se disculparon con estos y con sus respectivas parejas y se marcharon de allí.

—¡Anda! No nos habías contado que también estarían la novia de tu padre y tu madre con el cubano —mencionó Valeria.

—Se me habrá pasado comentároslo.

Nerea vio entonces la hora que era y se apresuró a despedirse:

—Chicas tengo que dejaros ya. Mauro está a punto de llegar. Vamos a comer juntos en su barco.

—Vale, venga. Hablamos otro día —se despidió Valeria.

—Hasta luego —dijo Ariadna.

Cuando se cortó la videollamada, Nerea se alzó del colchón, estiró las sábanas y se metió rápido en el baño para ducharse.

***

Cuando Mauro llegó al barco, se oía cantar a Nerea desde la cubierta. Bajó las escaleras mientras escuchaba el ruido del agua de la ducha y entró en el baño.

Y estas ganas no se vaaan,
Cuanto más me comes, más me gusta,
No importa qué diráán,

Si a ti no te asusta, no me asusta,
Yo quiero otra noche.

Abrió la mampara de la ducha y dijo:

—Vaya forma de destrozar una canción. Pareces un gato al que estén estrangulando. Si Aitana se enterase de lo que estás haciendo con su canción *Los Ángeles,* estoy seguro de que le daría un infarto.

—¡Mauro! —exclamó Nerea, abrazándolo. Lo metió en la ducha con ella y empezó a devorar su boca con ardientes besos sin importarle que el agua empapase la ropa de su chico.

Él la separó de su cuerpo riéndose a carcajadas.

—¡Menudo recibimiento! Si llego a saberlo, habría venido antes.

Nerea lo acercó a su boca para continuar besándolo.

El joven cerró el grifo para no malgastar agua.

Mientras ella continuaba reclamando sus labios, aprovechó para desabotonarle la camisa. A continuación, serpenteó con el dedo índice por su pecho descendiendo hasta el ombligo. Mauro notó cómo se tensaba la tela de su pantalón con la erección luchando por salir.

Nerea llegó hasta la cinturilla de la prenda y procedió a desabrochársela. Con movimientos bruscos, logró bajarle el pantalón junto con el *slip* hasta las rodillas. Se agachó hasta que su cara quedó a la altura del miembro duro del chico.

—Ahora sabrás lo que es un buen recibimiento —dijo, alzando sus ojos claros hasta los oscuros de él al tiempo que abría la boca y, con la lengua, lamía la corona rosada.

Cuando Mauro sintió la erótica caricia, cerró los ojos y se abandonó al placer.

Sin embargo, a Nerea no le pareció bien que dejara de observarla.

—Abre los ojos —le ordenó—, y mira cómo te voy a comer toda la polla. Quiero que grabes en tu mente este momento para que luego, cuando no estemos juntos, te la peles pensando en mí.

—Tienes una boca muy sucia, pero me encanta —gimió Mauro, abriendo los ojos y mirando hacia abajo para ver cómo Nerea se metía su pene en la boca.



CAPÍTULO 10

Después de comer, salieron a navegar. Mauro no tenía que trabajar esa tarde porque había adelantado mucho trabajo por la mañana, así que tenía el resto de la jornada libre para disfrutar con Nerea.

En aquel momento él la observaba, hechizado por las sensuales curvas de su cuerpo. Estaba tomando el sol en la cubierta del barco totalmente desnuda.

Él llevaba puesto un bañador rojo y el torso descubierto.

Se acercó a ella para hablarle.

—Deberías ponerte crema. ¿No te han dicho nunca que los bombones al sol se derriten?

Nerea lo miró a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol y le sonrió.

—Esa frase está muy trillada. Tienes que renovar tus piropos —se burló de él —. Pero, a pesar de que hayas sido tan poco original, me ha gustado.

Mauro soltó una carcajada que rebotó en todos los poros de la piel de Nerea.

—Ya me he puesto protector solar, de factor cincuenta, ¿te parece bien? —agregó ella.

Él se sentó a su lado y se inclinó sobre su cara para besar sus labios.

—Te están saliendo pecas en la nariz y en los pómulos —mencionó al terminar de besarla, aún cerca de su cara, recorriendo con los ojos sus rasgos como si quisiera aprendérselos de memoria para recordarlos con exactitud cuando no estuviera con ella—. Pero me gustan. Te quedan bien.

—Gracias —respondió ella sonriendo, feliz.

Lo agarró de la nuca para besarlo otra vez. Lo hizo girar para colocarse ella encima y, cuando lo consiguió, se sentó sobre su pelvis. Recorrió con sus manos los pectorales, besando al mismo tiempo sus tetillas y también el tatuaje de la golondrina. Después de repartir besos por todo su pecho, bajó hasta el ombligo dejando un rastro de humedad. Cuando llegó a la cinturilla del bañador, se lo bajó, liberando así la erección que tenía.

Regresó a su boca para continuar besándolo mientras se colocaba sobre su cuerpo fuerte y duro. Restregó sus pliegues íntimos contra su miembro y los dos jadearon de placer.

—Nerea, espera un momento. Tengo que ponerme un condón.

—No tardes mucho —gimió ella—. Te necesito dentro de mí ya.

—No seas impaciente. Además, he venido preparado. Coge mi bañador, en el bolsillo trasero hay uno.

Nerea alargó el brazo e hizo lo que Mauro le había dicho. Cuando tuvo el envoltorio del preservativo en la mano, se lo entregó a su chico. Este lo rasgó con los dientes y lo sacó del envase. Ella se movió un poco hacia atrás para dejar que él se lo pusiera en su dura erección.

Poco después hacían el amor con desenfreno, en mitad del mar, sin nadie que fuera testigo de cómo se entregaban a la pasión.

***

Cuando regresaron al puerto, estaba anocheciendo. Habían visto el atardecer desde el mar, desnudos y abrazados. Felices.

Se ducharon juntos, enjabonándose el uno al otro entre cosquillas, risas y muchos besos.

Después de secarse, Mauro le pasó el bikini que ella había dejado la primera vez que estuvo en su barco. Nerea solo se puso las braguitas. Él cubrió su desnudez con un *slip* y un pantalón corto. Cuando iba a ponerse la camiseta, ella le pidió que no lo hiciera.

—Vas a privarme de unas excelentes vistas.

—Tú deberías ponerte una también —contestó él, metiéndose la prenda por la cabeza.

—No quiero. Me gusta mostrar mi cuerpo. Estoy orgullosa de él y no me avergüenza estar desnuda delante de un hombre, y menos de ti, con todo lo que hemos hecho hasta ahora y todas las veces que me has visto en bolas.

Ella estaba con la cadera apoyada al lado del fregadero de la pequeña cocina, observando cómo Mauro se vestía.

—Es mejor insinuar que mostrar, porque si enseñas demasiado no dejas nada a

la imaginación, y a mí me excita mucho pensar qué conjunto de lencería habrás elegido especialmente para mí.

—De acuerdo —aceptó Nerea.

Agarró los triángulos del bikini que había dejado sobre la cama y se los puso. Abrió un cajón y sacó una camiseta negra de Mauro. Se le pasó por la cabeza y, cuando la estiró, comprobó que le llegaba hasta la mitad de los muslos.

—¿Estoy mejor así? —quiso saber, dando una vuelta sobre sí misma.

—Te queda de vestido. Me gusta.

Él abrió la nevera y sacó varios alimentos para hacer la cena.

—¿Te ayudo? —se ofreció Nerea.

—Sí. Ve poniendo la mesa. Ya sabes dónde está todo. Por cierto, al salir de la oficina, he comprado una bolsa de magdalenas de chocolate. Como me has dicho que te han encantado…

—¡Qué detalle! Gracias —Le dio un fuerte apretón en el culo y Mauro se rio.

Minutos después, mientras cenaban, recibió una llamada de Amaia.

Contestó y puso el altavoz para seguir comiendo. No le importaba que Mauro escuchase la conversación que iban a tener.

—Buenas noches, cabra loca —saludó Amaia.

Mauro cerró los ojos y meneó la cabeza. Incluso en su familia le tenían puesto un mote parecido al suyo. Los abrió de nuevo y sonrió cuando observó a Nerea poniendo los ojos en blanco.

—Buenas noches, chica perfecta.

—¿Sigues con tu chico? —quiso saber su hermana.

—Sí. Estamos cenando en su barco.

—¿Te quedarás a dormir con él?

Nerea miró a Mauro y este asintió con la cabeza.

—Por supuesto —contestó ella.

—Me ha llamado mamá. Dice que regresarán en tres o cuatros días como máximo.

—Buf —resopló Nerea—. Se me acaba la libertad.

—Por eso, disfruta del tiempo que te queda. Fóllate a tu chico todo lo que puedas hasta que lo dejes seco.

Mauro, al escuchar las palabras de Amaia, abrió los ojos alucinado.

—No te preocupes, lo haré —se despidió Nerea, y soltó una carcajada.

Cortó la llamada y dejó el teléfono sobre la mesa.

—Veo que tu hermana tampoco tiene pelos en la lengua como tú. ¿Es un rasgo genético? ¿Lo lleváis impreso en el ADN?

—Eso es porque no sabía que estaba con el altavoz y que tú estabas escuchando toda la conversación. De haberlo sabido, no habría dicho esas

palabras o las hubiera dicho de una manera más refinada.

El joven asintió moviendo la cabeza varias veces.

—Cuéntame algo de tu hermana —le pidió él.

—¿Por qué? ¿Piensas ligar con ella?

—¿Eso que noto son celos? —la pinchó.

Nerea hizo un gesto con la mano como si estuviera espantando una mosca.

—¿Celos de mi hermana? Para nada. No tendrías ninguna posibilidad con ella. Es lesbiana.

—¿Por qué la llamas chica perfecta?

—Porque lo es. Siempre obedece a mis padres, es responsable, tranquila, políticamente correcta…

—Todo lo contrario a ti —la cortó.

—Pues sí. Somos la noche y el día. Y me alegro, porque si fuéramos iguales, es decir, si Amaia fuera como yo, a mis padres ya les habría dado un infarto. Y, si yo fuera como ella, me habría muerto de aburrimiento.

—No será para tanto —comentó riéndose.

Nerea bebió un trago de agua del vaso que tenía frente a ella y, después de tragar el líquido, habló.

—Ahora te toca a ti. Cuéntame algo de tu hermano. Me dijiste que falleció hace poco, ¿verdad?

Mauro dejó de reírse y Nerea se dio cuenta de que el dolor brillaba en sus pupilas.

—Perdona —se disculpó—. Si no quieres hablarme de él…

—No, tranquila, puedo hacerlo.

Permaneció unos segundos en silencio, recordando.

—Murió a principios de abril.

—¿Qué le pasó? ¿Tuvo algún accidente?

—Murió de una sobredosis. Era adicto a la cocaína y a las drogas de diseño tipo éxtasis, ketamina, *speed* y todas esas mierdas. Estuvo varias veces en una clínica de rehabilitación, pero siempre recaía. No dejaba de ir a fiestas *rave* donde se consumen ese tipo de sustancias —suspiró con tristeza—. Intenté que lo dejara tantas veces… Por eso monté la empresa de cáterin, para ver si, estando ocupado trabajando, dejaba de meterse de todo. Pero fracasé —gimió, impotente.

En ese momento, Nerea rodeó con sus brazos el cuerpo de Mauro y lo apretó contra el suyo, intentando consolarlo.

—Cuando Jaume murió, una parte de mí se fue con él, y no sé si algún día la recuperaré.

—No hables más de él si te resulta doloroso. Cuéntame algo de tus padres.

Mauro inspiró hondo antes de volver a hablar. Necesitaba unos segundos para

serenarse.

—Mi madre murió de cáncer cuando Jaume y yo teníamos diez años.

—¡Joder! Pues sí que estoy fina esta noche. Parece que lo haga aposta. Me da miedo preguntarte por tu padre.

Él deshizo el abrazo y la besó con dulzura en los labios.

—Tranquila —dijo—. Mi padre sigue vivo. Se llama Santiago y es profesor en el instituto Son Vida.

Nerea abrió los ojos como platos y lo miró como si le hubiera salido otra cabeza.

—¿Tu padre es Santiago Vila?

Mauro asintió.

—¡Es mi profesor! ¡Por su culpa me expulsaron tres días del instituto!

—¿Por su culpa? ¿Estás segura? ¿No sería por la tuya? Sabiendo lo irreverente que eres, no me extrañaría. Además, mi padre es una persona muy justa y seria.

—¿Encima lo defiendes? —protestó ella, molesta.

—Claro que lo defiendo, es mi padre. Perdona si te molesta, pero debes entenderlo. Padre no hay más que uno y a ti te encontré en la calle, como se suele decir.

Ella gruñó algo que Mauro no llegó a oír bien.

—¿Qué has dicho? —quiso saber.

Nerea, todavía molesta, declaró:

—A mí no me encontraste en la calle. Nos conocimos en el barco de mi amiga Ari, por si se te ha olvidado.

—No se me ha olvidado, no te preocupes. Jamás podría olvidar la primera vez que te vi, bailando borracha sobre la cubierta del barco y desgañitándote al cantar una canción de Lola Índigo. ¿Ves? Me acuerdo hasta de la música que sonaba en ese momento.

Ella sonrió recordando ese momento y lo que sucedió después. Se acercó a él y le dio un beso.

—¿Fue entonces cuando te enamoraste de mí? —preguntó con voz suave.

—No. Aunque debo reconocer que me sentí atraído por ti desde el primer momento. Desprendías tanta sensualidad y alegría que no pude evitarlo.

—Entonces, ¿por qué rechazaste mi proposición?

—¡Querías comprarme para tener sexo! ¿No te parece indecente? Te rechacé por amor propio.

—No te escandalices tanto —se rio al ver el gesto atónito de su cara.

—Yo no soy un *escort.*

—Pues servirías como tal porque eres muy atractivo, inteligente, educado y

tienes buena conversación —ronroneó con sensualidad.

Mauro la miró con reprobación.

—Que me halagues no va a hacer que cambie de opinión sobre aquello. Fuiste muy maleducada. Me faltaste el respeto.

—Y, a pesar de todo, estás loco por mí —sonrió mientras se enrollaba un mechón de pelo en un dedo—. Y yo por ti, que te quede bien claro.

El joven la observó durante algunos segundos.

—¿Qué hiciste para que te expulsaran del instituto? Mi padre es un hombre con una paciencia infinita. Si te mandó al despacho del director, tuviste que hacer algo muy grave.

Nerea se removió inquieta.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —preguntó mientras seguía jugando con su pelo.

—No. Quiero saberlo.

Ella resopló.

—¡Vale! ¡Está bien! —Puso los ojos en blanco—. Le dije que estaba amargado porque follaba poco y le pregunté que si era porque su mujer ya no le ponía o era porque no se le levantaba.

Mauro se alzó de un salto.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso a mi padre? —explotó.

—No sabía que era tu padre.

—Pero era tu profesor. Debías respetarlo igual que debes respetar al resto del mundo —la reprendió.

Nerea notó cómo su corazón se encogía al ver a Mauro tan enfadado con ella.

—¿Cuándo has dicho que murió tu hermano? —preguntó, bajando la mirada para centrarla en el plato vacío que tenía frente a ella.

—¿Qué tiene eso que ver ahora?

—Creo que tiene mucho que ver —dijo, avergonzada.

—A principios de abril de este año.

Ella cerró los ojos y se mordió los labios. Sabía que lo que le iba a contar haría que él se molestase todavía más. Pero quería ser sincera con Mauro. No deseaba tener secretos con él.

—Cuando me expulsaron del instituto por decirle eso a tu padre, fue a finales de abril. Supongo que estaba demasiado sensible por la muerte de tu hermano y no aguantó mi broma.

—¿Qué? —pronunció, alucinado.

Nerea abrió los ojos y los centró en los de Mauro.

—Lo siento mucho. No sabía por lo que estaba pasando él y…

—¿Y dices que era una broma? No me sirve de excusa —gruñó, indignado.

Él la miraba desde su altura y ella se sintió pequeñita.

—Perdóname —imploró.

Mauro se dio la vuelta y caminó hasta las escaleras para subir a cubierta. Necesitaba respirar la brisa marina y calmarse.

—Recoge tus cosas y lárgate de mi barco —dijo sin girarse.

—Mauro…

—Necesito estar solo. Haz lo que te pido, por favor.

El joven salió a cubierta y se dirigió a proa. Se apoyó en la barandilla y respiró profundamente. ¡Maldita Nerea!



CAPÍTULO 11

Cuando Nerea llegó a su casa, Amaia y Estela aún estaban levantadas, viendo una película.

—¿Qué haces aquí? ¿No te quedabas a dormir con Mauro? —indagó su hermana.

—Hemos discutido —respondió con voz triste.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ahora no me apetece hablar de ello. Me voy a mi habitación. Hasta mañana, parejita.

Amaia se levantó del sofá y la agarró de la mano antes de que se fuera.

—Si me necesitas…

—Lo sé. Pero no quiero hablar.

Su hermana la abrazó, transmitiéndole todo el cariño que sentía por ella, ofreciéndole protección y consuelo al mismo tiempo.

—Recuerda que siempre sale el sol después de la tormenta —susurró en el oído de Nerea—. Duerme tranquila. Seguro que mañana arreglaréis lo que haya pasado.

Ella no contestó. Se distanció del cuerpo de Amaia y se giró para empezar a subir las escaleras.

Cuando desapareció de la vista de su hermana, esta regresó junto a Estela, que había presenciado todo en silencio.

—Nunca había visto así de triste a Nerea por haberse peleado con alguno de sus novios. Normalmente, les manda a tomar por el culo y se busca a otro. Si está así, es porque ese tal Mauro la tiene completamente enamorada. Espero que lo solucionen pronto porque no me gusta verla así.

***

Mauro regresó al camarote en cuanto sintió que Nerea había abandonado el barco.

Sobre la cama estaba su camiseta negra. Nada más.

Ella se había vestido con su pantaloncito y el top que llevaba cuando apareció la noche anterior en su barco. También se había llevado el bikini. Incluso el tanga que él le había quitado antes de hacer el amor.

No dejaba de pensar cómo podía haberle faltado el respeto a su profesor, su padre, de la manera en que lo había hecho.

«Maldita descerebrada e impertinente. Maleducada, irrespetuosa, niñata malcriada», repetía Mauro en su mente una y otra vez en modo bucle.

Caminó hasta la cama y agarró la camiseta. La prenda desprendía el olor dulce de la piel de Nerea. Se la acercó a la nariz e inspiró profundamente.

—Joder, maldita seas, Nerea. ¿Por qué eres así? ¿Es que no te importan los sentimientos de los demás? ¿No te importa hacerle daño a la gente? —habló consigo mismo.

¿Cómo podía estar enamorado de ella cuando saltaba a la vista que eran completamente diferentes? ¿Cómo podía gustarle sabiendo lo rebelde e irresponsable que era y las faltas de respeto que tenía con las personas?

Agarró la bolsa de deporte donde tenía la ropa sucia y metió la camiseta. Al día siguiente debería ir a la lavandería para hacer la colada, porque la bolsa estaba tan llena que apenas si podía cerrar la cremallera.

Dejó la bolsa en el suelo, junto a las escalerillas. Regresó a la mesa y recogió todo lo que había en ella. Lavo los platos, los vasos y los cubiertos, y se dirigió al baño para lavarse los dientes e irse a dormir.

En el espejo había dibujado un corazón con carmín rojo. En su interior, Nerea había escrito las letras N x M, como si fuera la puerta de los aseos de un instituto. Pero había algo más escrito debajo del corazón.



Cerró los ojos y una lágrima se escapó de ellos.

Los recuerdos dolorosos de la muerte de su madre, de su hermano, la desesperación de su padre al perder a la mitad de la familia que había formado, su mirada y actitud tan triste desde entonces…

Cuando abrió los ojos, se quedó observando unos segundos el corazón en el espejo y las palabras que había escritas. Dudó si borrarlo o no. Al final, decidió que lo conservaría, a pesar de que lo había dibujado la persona con la que en ese mismo instante estaba tan enfadado y decepcionado.

Se dijo que era masoquista por mantenerlo, pero eliminarlo sería como perder los bonitos momentos que había pasado con ella y, por muy molesto e indignado que estuviera, seguro que se arrepentiría si lo borraba.

Así que salió del baño y se dirigió a la cama para dormir. O intentarlo, al menos.

«Mañana será otro día y volverá a brillar el sol», pensó mientras apartaba la sábana para acostarse.

***

Mauro estaba en su oficina cuando sonó el teléfono fijo.

—¿Diga?

—Mauro, soy Angélica, no cuelgues, por favor. Necesito que hablemos…

Pero él no hizo caso de su petición y colgó el teléfono con rabia.

¿Qué cojones quería ahora la sinvergüenza de su exnovia? ¿No le había hecho ya suficiente daño?

El teléfono volvió a sonar, pero Mauro no lo cogió. Estaba seguro de que era ella. Puso el contestador por si acaso fuera un cliente, pero algo le decía que no,

que Angélica insistía en hablar con él.

¡Si no tenían nada de qué hablar! Había quedado todo muy claro el día que falleció Jaume.

Recordó las palabras de su ex: «Lamento la muerte de tu hermano, pero no puedo ir ni al tanatorio ni al funeral. Además, no tendría sentido. Quiero romper nuestra relación porque estoy enamorada de otro hombre y llevo varios meses saliendo con él», dijo mientras Mauro oía a lo lejos una voz masculina que le decía que dejase el móvil y volviese a la cama para seguir follando.

Escuchó el mensaje en el contestador. Efectivamente, era de Angélica. En él le pedía que cogiera el teléfono porque necesitaba hablar sobre su relación.

—¿Qué relación, maldita hija de tu madre? —masculló, indignado.

Cuando ella dejó de hablar, borró el mensaje.

Se alzó del asiento de cuero y paseó un rato por la oficina. Fue al baño y se mojó la cara con agua. Se secó con la toalla y salió de allí para seguir paseando por la oficina como un animal enjaulado, intentando tranquilizarse.

Minutos después, cuando lo consiguió, se sentó de nuevo y siguió trabajando.

***

A las doce de la mañana, Nerea se detuvo en la puerta de la oficina de Mauro. Respiró hondo mientras observaba todo. Estaba en el bajo de un edificio de tres plantas. El negocio tenía un amplio ventanal por el que entraba mucha luz. En cristal estaba dibujado el logotipo de la empresa y el nombre «Kterin Mar Blau». A través del vidrio transparente, pudo ver a Mauro concentrado en el ordenador mientras escribía algo con el teclado. El interior de la oficina era sencillo y funcional. La mesa de Mauro era amplia y el asiento donde estaba sentado era de cuero negro. Delante del escritorio de madera clara había dos sillas del mismo tono que su asiento giratorio.

Al fondo del local había dos puertas. Se imaginó que una sería el baño y la otra, alguna especie de archivo. O puede que fuera un almacén para guardar las mesas, sillas y demás utensilios que usaban para los cáterin.

Se dirigió hacia la derecha del gran ventanal, donde estaba la puerta de entrada a la oficina. Respiró hondo y entró sin llamar.

Mauro alzó los ojos en cuanto oyó que la puerta se abría. La sonrisa que tenía preparada para recibir al posible cliente se desvaneció en cuanto vio a Nerea.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, molesto.

—He venido a pedirte perdón.

—Ahora no. Estoy trabajando.

Nerea dio dos pasos más para adentrarse en la oficina.

—Por favor, Mauro…

—Estoy trabajando —repitió—. Ahora no tengo tiempo para atenderte y, además, no estoy de humor.

Ella se acercó a la mesa hasta quedar frente a él.

Mauro llevaba puesta una camisa blanca con los puños doblados hasta los codos y un pantalón corto azul marino. Estaba guapísimo. Incluso con el ceño fruncido por el enfado y los ojos oscuros clavados en Nerea. Su mirada denotaba lo molesto que estaba con ella.

—Vete y no me molestes en unos cuantos días.

—No me iré hasta que no aclaremos lo de anoche.

El joven repasó su cuerpo enfundado en un vestido veraniego de tirantes, corto, con estampado de hojas verdes, que le quedaba genial. El cabello lo llevaba recogido en una coleta alta que dejaba ver sus orejas con varios pendientes de aro en cada una. A pesar de que se había maquillado, se observan unas sombras moradas bajo sus ojos claros, como si no hubiera dormido en toda la noche. A él le pasaba igual. También estaba ojeroso.

—Además, te he traído un regalo como ofrenda de paz —añadió.

Mauro apretó los puños y el mentón.

—No quiero regalos.

—Este sí lo vas a querer. Mira a través del cristal, por favor —le indicó.

Él mantuvo la mirada unos segundos más en los ojos de Nerea. Después, la dirigió hacia la calle.

Aparcada sobre la acera estaba la Vespa *vintage* que habían visto en internet.

Era una preciosidad. Más bonita que en la foto. Los rayos del sol incidían sobre los colores crema y rojo, haciendo que estos brillaran más. Por un momento, se quedó embobado admirando esa belleza de dos ruedas. Pero le duró poco tiempo. Hasta que se dio cuenta de que Nerea intentaba comprar su perdón.

Giró la cara hacia ella y clavó su mirada en los ojos claros que lo contemplaban con ilusión.

—¿Así es como arreglas tú las cosas, con dinero, sobornando a la gente para que te perdone? —dijo con una voz seria y fría.

La ilusión que había en los ojos de Nerea fue mermando hasta casi desaparecer.

—No la quiero. Llévatela.

Ella sintió que las lágrimas llegaban a sus ojos, pero las retuvo. No iba a llorar.

—Es tuya. —Sacó del bolso la documentación y las llaves de la moto, y las dejó sobre la mesa, al lado del teclado—. La he comprado para ti.

—No deberías haberlo hecho. No la quiero —repitió—. Estoy enfadado y

ahora no es un buen momento para hablar, así que lárgate de aquí y déjame trabajar.

—Mauro, no digas eso, por favor. Dame una oportunidad. Haré que valga la pena. Te prometo cambiar, quiero que lo nuestro funcione. Le pediré perdón a tu padre. Seguiré todos tus consejos, cumpliré todas tus normas, prometo amarte y respetarte siempre, hasta el fin de nuestros días. —Hizo una pausa y frunció el ceño. A continuación, agregó—: Joder, parece que esté pronunciando mis votos matrimoniales.

Aquella última frase le hizo gracia a Mauro, por lo que esbozó una sonrisa. Cerró los ojos y meneó la cabeza a ambos lados. El enfado iba desapareciendo poco a poco y sintió cierto alivio. No le gustaba estar cabreado con ella. No sabía cómo, en tan poco tiempo, había nacido un sentimiento de amor tan fuerte hacia esa chica alocada, rebelde e impulsiva, esa bala perdida que lo estaba volviendo loco. Se le había metido bajo la piel y había llegado hasta su corazón.

Desde que habían discutido la noche anterior, la echaba tanto de menos que le dolía. No aguantaba estar más tiempo separado de Nerea, así que decidió pasar página y perdonarla.

Además, se estaba comportando como un niño pequeño cuando tiene una rabieta. Pensándolo bien, el asunto de lo que Nerea le había dicho a su padre no era tan grave, pero el comentario había sido del todo desacertado y en el peor momento. A Santiago le había dolido mucho.

—Ven aquí. —Mauro se desplazó hacia atrás con el asiento de ruedas, distanciándose del escritorio.

Ella rodeó la mesa y se puso frente a él, con sus rodillas pegando a las de Mauro.

—Siéntate en mi regazo —le ordenó, al tiempo que la agarraba de la cintura y la hacía descender hasta donde él le había indicado.

Cuando la tuvo acomodada con las piernas colgando hacia un lado, subió las manos desde su cintura por toda la espalda hasta que llegó a su nuca. La agarró del cuello para acercar sus labios y poder besarlos.

Los reclamó con ansia, con pasión y con todo el amor que sentía por ella. Nerea le devolvió el beso con alegría e ilusión. Mauro no dejaba de acariciar sus mejillas con los pulgares mientras que, con el resto de los dedos, abarcaba su nuca. Bajó una de las manos hasta el pecho de Nerea y sintió su corazón latiendo a mil por hora. Él lo tenía también así.

Se separaron para tomar un poco del aire que sus pulmones reclamaban con impaciencia.

—¿Eso quiere decir que me perdonas? —preguntó ella.

—¿No te ha quedado claro? ¿Quieres que te dé otro beso? —comentó él con

una sonrisa en los labios.

—Puedes darme todos los que quieras —ronroneó con sensualidad sobre la boca de Mauro.

—Tendremos que dejarlo para otro momento. Ahora estoy trabajando y no puedo entretenerme más, de verdad. Pero puedes quedarte por aquí, sin distraerme —le advirtió—, y comemos juntos.

Ella aceptó encantada y le dio un fugaz beso. Se alzó de su regazo y rodeó la mesa para sentarse en una de las sillas que había frente al escritorio.

—Por cierto, gracias por la Vespa.

—De nada.

—Te devolveré el dinero, aunque tardaré algunas semanas.

—Es un regalo, Mauro. Acéptalo. No pienses que estás en deuda conmigo o que me debes algo, porque no es así. Pero… Pensándolo mejor… Podrías pagarme en carnes.

Nerea arqueó una ceja y lo miró con una sonrisa divertida en la boca.

—Está bien. Me la quedo como regalo de cumpleaños adelantado.

—Pero si para tu cumpleaños todavía faltan varios meses —se rio ella.

Él cabeceó sonriendo también.

—En cuanto a lo de pagarte en carnes —mencionó él—, tendrás que esperar a esta noche, cuando estemos en mi barco.

Con su mirada oscura, le prometió una noche de placer inigualable.

Ella sintió cómo su sexo se humedecía.

Se obligó a tranquilizarse mientras sus rodillas temblaban. Menos mal que estaba sentada. De no haberlo estado, se habría caído al suelo. Mauro sabía cómo calentarla con solo una mirada. Además, su voz profunda y grave erizaba todo el vello de su piel cuando hablaba en ese tono meloso que había usado.

—Ya que voy a quedarme aquí, ¿puedo ayudarte en algo? —se ofreció Nerea —. Necesito estar ocupada o me pasaré el tiempo imaginando todas las formas en las que vamos a hacer el amor esta noche y arderé por combustión espontánea. Tendrás que llamar a los bomberos.

Mauro soltó una carcajada muy masculina.

Cuando dejó de reírse, le encomendó una tarea.

—La puerta de la izquierda es el baño. Dentro hay una bolsa de deporte con ropa sucia. ¿Podrías ir a la lavandería de la esquina y hacerme la colada, por favor? Será poco tiempo, te lo prometo. Cuando vuelvas, nos iremos a comer.

—Nunca he usado una lavadora. No sé cómo funciona —declaró ella, un poco avergonzada.

—Siempre hay una primera vez. No te preocupes. Es muy sencillo. Además, allí hay un cartel en el que lo explican todo. Espera un momento y te doy el

dinero que cuesta.

—No hace falta —dijo, levantándose de la silla—. Yo tengo.

—Ya me has regalado la moto. No voy a permitir que te gastes más.

—Seguro que me arruino —ironizó, poniendo los ojos en blanco.

Nerea se dirigió hacia el baño, cogió la bolsa de deporte y regresó al lado de Mauro. Le dio un beso en los labios y se despidió de él.

***

Mauro estaba concentrado en su trabajo cuando oyó que la puerta se abría de nuevo.

—¿Qué tal se te ha dado la colada? —dijo sin despegar los ojos de la pantalla del ordenador.

—Mauro…

Desvió la mirada desde el ordenador hasta centrarla en la mujer que había irrumpido en su oficina.

—Angélica —gruñó.

Ella empezó a caminar.

—No des un solo paso más —le advirtió con voz dura—. No quiero que te acerques a mí. Da la vuelta y vete por donde has venido.

—Necesito hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Márchate.

—Quiero pedirte perdón por no estar a tu lado cuando Jaume falleció.

—¿Solo por eso? ¿No deberías disculparte conmigo, además, por haberme sido infiel?

—Sí, también.

Mauro se levantó y caminó hasta ella. Se detuvo cuando estaba a un par de metros de Angélica. No deseaba acercarse más. La miró con la rabia hirviéndole en las venas.

—Ya lo has hecho —mordió las palabras—. Ahora, sal de mi oficina y de mi vida. Y no vuelvas, porque no quiero verte nunca más.

—Mauro, por favor, he venido para que nos reconciliemos, para que seamos amigos y puede que en un futuro…

—No volvería contigo ni aunque fueses la única mujer en toda la galaxia.

—¿Ya no me quieres? —preguntó ella, dolida.

—No.

Angélica recibió su negativa como si le hubiera dado una bofetada.

—No puede ser.

—Claro que sí. He conocido a otra persona y estoy muy enamorado de ella.

—Mientes —lo acusó.

—Me da igual si me crees o no. Aunque estuviera sin pareja, no volvería contigo ni por todo el oro del mundo. Ni aunque me jurases que tienes una poción mágica para resucitar a mi madre y a mi hermano.

Ella alzó la mano para agarrarlo de un brazo.

Mauro echó un paso hacia atrás.

—No se te ocurra tocarme. Ese privilegio lo perdiste hace mucho tiempo.

Nerea observaba desde la puerta de cristal la actitud rígida y furiosa de Mauro con esa joven de pelo negro azabache. No pudo escuchar lo que decían porque la puerta estaba cerrada, el cristal era muy grueso y hablaban en un tono bajo.

Pero vio en el rostro contraído de Mauro, sobre todo en sus ojos, que estaba furioso con esa mujer. Es más, la odiaba. El odio salía en oleadas de su cuerpo mientras la miraba como si quisiera matarla o darle una paliza.

Estaba segura de que no iba a hacer nada de eso. Él no era un hombre violento, pero lo notó tan intranquilo, tan rabioso, indignado y molesto con aquella chica que decidió entrar y detener esa situación que estaba viviendo. No deseaba verlo sufrir por nada ni por nadie.

—Ya estoy aquí, amor —soltó con alegría.

Mauro desvió la mirada hacia Nerea y en sus ojos ella pudo ver cierto alivio. Se sintió como si fuera su salvadora, su ángel de la guarda.

Se acercó a él y le plantó un beso en los labios.

Después, se giró hacia la joven morena y se presentó.

—Hola, soy Nerea, la novia de Mauro —dijo con una sonrisa espléndida en la boca.

Sin embargo, con la mirada la informó de que el chico ya no estaba disponible y más le valía irse de allí o sacaría sus uñas y le destrozaría su bonita cara.

Agarró a Mauro por la cintura y reposó la cabeza en su hombro, marcando su territorio.

—¿Y tú quién eres? —preguntó con curiosidad.

—Ya se iba —respondió Mauro.

Nerea notaba su cuerpo en tensión. Pensó qué hacer para ayudarlo. Por sus palabras, había deducido que él deseaba librarse de esa mujer lo antes posible.

Lo miró a los ojos y en ellos vio que invitaba a esa chica a marcharse de allí. Pero ella no se movía.

—Si no sabes dónde está la puerta, te lo digo yo, *bonita* —habló Nerea, instándola a abandonar la oficina.

—Volveré en otro momento. Cuando no esté la *zorrita*.

Nerea, al escuchar el apelativo que le había dedicado, dejó de abrazar la cintura de Mauro y le arreó un golpe en la cabeza con la bolsa de deporte que

aún tenía en la mano. La derribó y Angélica terminó con su cuerpo en el suelo.

—No soy una zorra, soy una leona, y a esta leona no la gana nadie. Si quieres tener pelea, salgamos a la calle —la amenazó.

Mauro se interpuso entre ellas.

—Nerea, basta ya. Angélica, lárgate si no quieres tener problemas.

—Esto no quedará así. Pienso denunciarte por agresión —intentó intimidar a Nerea mientras se alzaba del suelo, con una mano en la mejilla donde había recibido el golpetazo.

—Denúnciame si quieres. No me importa. Pero, como vuelvas a acercarte a Mauro, te arrancaré los ojos y me los comeré, puta.



CAPÍTULO 12

Cuando Angélica salió de la oficina, Nerea se volvió hacia Mauro y le preguntó:

—¿Qué coño quería esa tía? ¿De qué la conoces? ¿Quién es?

El joven la abrazó. Al instante, se sintió en calma.

—Tranquila. No es nadie importante.

—Mauro, no me jodas. He visto cómo os mirabais. Esa puta quiere tener algo contigo, pero tú estabas tenso. ¿Te está haciendo algún tipo de chantaje sexual?

Deshizo el abrazo y clavó sus ojos aguamarina en los negros de él.

—No. Eso solo podrías hacerlo tú. —Le sonrió.

La besó en la frente y volvió a estrecharla entre sus brazos. Emitió un largo suspiro antes de hablar.

—Angélica es mi exnovia.

—Y quiere volver contigo —supuso Nerea.

—Pero no lo va a conseguir. —Se distanció de ella, pero aún reteniéndola entre sus brazos—. Me hizo mucho daño y no volveré con ella ni aunque mi vida dependa de eso. Además, estoy tan enamorado de ti que no podría amar a otra mujer.

Nerea sonrió ampliamente. Los ojos le brillaron como si tuviera mil luciérnagas en su interior.

—Vaya manera más romántica de declararme tu amor —pronunció, emocionada—. Yo también te quiero.

Se puso de puntillas para alcanzar los labios de Mauro y lo besó

apasionadamente.

En ese momento, el estómago de Nerea rugió.

Él emitió una pequeña risa. Ella se puso colorada.

—Guardo el documento en el que estoy trabajando, apago el ordenador y nos vamos a comer —dijo Mauro.

***

A las cuatro de la tarde estaban terminando de comer en un bar cercano a la oficina.

—¿Estuviste mucho tiempo con tu ex? —indagó Nerea.

—No quiero hablar de ella.

—Por favor, cuéntame qué pasó. Prometo guardar el secreto.

—No hay ningún secreto que guardar.

—Pues voy a estar dándote el coñazo hasta que me cuentes qué te pasó con esa tía —le advirtió—. Así que sé bueno y dime qué ocurrió para que la odies tanto. No quisiera cometer los mismos errores que ella y perderte.

Mauro se removió inquieto en la silla.

—Te voy a hacer un resumen para matar tu curiosidad —cedió. Se aclaró la garganta y comenzó a contarle—: Estuve con Angélica cuatro años. Cuando Jaume murió, la llamé para comunicárselo, pero en ese momento ella estaba tirándose a un tío y me dijo que no podía asistir ni al tanatorio ni al funeral, que se había enamorado de otro hacía varios meses y que rompía nuestra relación.

—¡Qué hija de puta! —exclamó Nerea.

—Ya ves. Además de ponerme los cuernos, no estuvo a mi lado cuando más la necesitaba.

—Mira, es mejor así. ¿Qué querías? ¿Seguir viviendo una mentira? ¿Que ella te engañase todavía más con ese tío?

Mauro meneó la cabeza negando.

Nerea cogió aire para seguir hablando.

—Me alegro de que ya no estés con ella, porque si aún tuvieseis una relación de pareja, sabiendo lo responsable y fiel que eres, no estaríamos juntos en este momento. Así que, como dice mi padre, no hay mal que por bien no venga.

El joven sonrió.

—Mi padre también dice eso.

—Ahora que mencionas a tu padre… Quiero pedirle perdón por haberle dicho aquellas cosas tan feas en el momento más inoportuno y doloroso de su vida.

—Si supiera que tenemos una relación, le daría un ictus.

—Entonces, ¿vamos a vivir nuestro amor escondiéndonos de tu padre? —

preguntó, ofendida.

—No, no es eso. No somos niños de diez años para escondernos de mi padre y tampoco estamos haciendo nada malo. Pero antes, quiero preparar el terreno con él. Siente mucho resentimiento hacia ti. Déjame allanar el camino. Además, el otro día comí con él y me contó que el próximo curso te va a tener en su clase. Podrás disculparte cuando lo veas en el instituto.

—Pues yo tenía intención de hacerlo antes. Porque cuando vengan mis padres quiero que los conozcas y ellos, como estarán encantados contigo, seguro que te invitan a acompañarnos a todos los estrenos de cine y festivales. Saldremos en la prensa. No me gustaría que Santiago se enterase de que somos novios por los medios de comunicación.

—No corras tanto, Nerea. ¿Te olvidas de que tengo que trabajar? No podré asistir a ningún festival de cine ni estreno de película. No puedo descuidar mi empresa —alegó.

Ella bebió un poco de agua mientras lo escuchaba. Dejó el vaso sobre la mesa y le preguntó:

—¿Es que no tienes ningún fin de semana libre? ¿Nunca te vas de vacaciones?

—De vez en cuando, pero pocas veces. Es lo que tiene ser autónomo. No puedes enfermar ni romperte un brazo o una pierna. Si te operan, tienes que reincorporarte enseguida. No tienes vacaciones cuando todo el mundo las tiene.

Nerea lo interrumpió:

—Mis padres también son autónomos y tienen vacaciones y días libres siempre que quieren. Si se ponen malos o se rompen algún hueso, dejan de trabajar y ya está. Se quedan en casa hasta que se recuperan.

—Tus padres tienen una profesión totalmente distinta a la mía. Trabajar en la hostelería conlleva todos estos matices que te he comentado —argumentó él.

Nerea cogió con la cucharilla una porción del helado que estaban comiendo entre los dos de postre y se la llevó a la boca. Mauro hizo lo mismo.

—Los camareros también trabajan en la hostelería y tienen vacaciones y días libres cada semana —insistió ella.

—Pero no las tienen cuando ellos quieren. Las tienen cuando el jefe se las da, que suele ser en temporada baja, durante el invierno. Y, respecto a los días libres, los tienen cuando el bar o restaurante tenga cerrado por descanso del personal. Normalmente suele ser algún día entre semana, por ejemplo un martes o un miércoles —le explicó.

—¿Por qué siempre tienes que tener la razón en todo? —dijo enfurruñándose.

Mauro esbozó una sonrisa.

—Venga, no te enfades. Tengo razón porque sé de lo que hablo. Llevo varios años trabajando en la hostelería. Mientras estudiaba la carrera, estuve empleado

en varios restaurantes de Palma. Trabajaba los fines de semana de extra de camarero. Algunas veces, de pinche de cocina. Y sabes que tengo la empresa de cáterin desde hace tres años.

—Vale, está bien. Tú ganas, sabelotodo —resopló con fastidio.

***

Cuando estaban pagando la comida, a Nerea le sonó el móvil.

—Hola, chica perfecta —saludó a su hermana.

—Hola, cabra loca —respondió Amaia.

—Antes de que me preguntes, te diré que estoy bien. Ya he arreglado las cosas con Mauro. De hecho, estoy ahora mismo con él. Hemos comido juntos. Pero voy a ir a casa para darme una ducha y coger algo de ropa porque voy a quedarme en su barco hasta que vengan papá y mamá.

—Te llamaba precisamente por eso. Nuestros queridísimos padres llegarán mañana por la tarde. Se te acaba el tiempo, guapa. Aprovéchalo.

—¡Mierda! ¿Y no puedes hacer algo para retrasar su vuelta? —le pidió.

—¿Y cómo quieres que haga eso? No tengo poderes mágicos.

—Pero eres más inteligente que yo.

—Eso no es verdad. Tú también eres muy inteligente, pero no sueles usar la cabeza nada más que para peinarte. Eres una perezosa.

—También la uso para otras cosas —protestó Nerea.

—Sí, claro, para imaginar todas las formas en las que te vas a tirar al tío con el que hayas ligado en ese momento —comentó Amaia con sarcasmo.

Nerea puso los ojos en blanco mientras Mauro escuchaba la conversación. A pesar de que esa vez no tenía puesto el altavoz del móvil, tenía el volumen tan alto que se escuchaba con toda claridad. Gracias a Dios que no había nadie en el bar, a excepción del camarero, que estaba entretenido en la barra a varios metros de ellos. Si estaba prestando atención a la charla que tenían las dos hermanas, no dio muestras de ello.

—Bueno, pues invéntate algo.

—No pienso inventarme nada. Tienes hasta mañana por la tarde para disfrutar de tu amorcito, dormir en su barco y tener sexo hasta que lo dejes seco —se rio Amaia.

—Gracias por nada, hermanita —bufó Nerea.

—Hasta luego.

Dejó el teléfono sobre la mesa y miró a Mauro.

—¿Te has enterado de todo?

Él afirmó con la cabeza.

—Voy a llevarle el platillo con el dinero al camarero para irnos cuanto antes —comentó Mauro—, porque si esperamos a que venga él nos pueden dar las uvas.

—Déjalo aquí. Que se quede con las vueltas.

—Está bien.

Los dos se levantaron al mismo tiempo y salieron del bar. Caminaron hacia la oficina mientras Nerea llamaba a un taxi para que fuera a recogerla.

Llegaron a donde estaba aparcada la Vespa y Mauro se detuvo un momento para admirar sus colores y formas.

—El taxi llegará en quince minutos —comentó ella, pero, al ver cómo su chico miraba la moto, con adoración, añadió—: ¡Ay, Dios! Dime que te gusto más que ella, por favor.

—¿Estás celosa? —cuestionó él.

—¿Celosa de una moto? ¿Estás mal de la cabeza o qué?

—Con ella puedo hacer cosas que contigo no puedo —la pinchó.

—¿Sí? ¿Como cuáles? —Sin darle tiempo a responder, siguió hablando—: A mí también puedes montarme como a ella.

Mauro soltó una carcajada que resonó en toda la calle, a esas horas de la tarde vacía debido al sol de justicia que caía sobre la ciudad.

—¿Sabes que eres muy graciosa? —preguntó, abarcando su delgada cintura e inclinándose hacia sus labios para besarlos.

El beso fue rápido.

Hacía tanto calor que decidieron meterse en la oficina, con el aire acondicionado, mientras esperaban al taxi de Nerea.

—¿A qué hora terminarás de trabajar?

—Sobre las ocho.

—Te espero en el barco, entonces.

—Vale. Cenaremos allí, pero no puedo acostarme tarde porque mañana tengo un cáterin desde la una del mediodía hasta las siete de la tarde. Tengo que estar allí un par de horas antes para montarlo todo. Además de pasar por el almacén y cargar en la furgoneta lo que necesito.

Ella se enfurruñó.

—¿Voy a estar todo el día sin verte?

—Tengo que trabajar. Además, hay dos camareros de baja, uno por un esguince de tobillo y el otro por una lesión en la mano.

Nerea frunció el ceño, pensativa.

Mauro encendió el ordenador. Cuando estuvo todo listo, abrió el archivo y releyó las últimas frases para saber en qué punto se había quedado y qué tenía que escribir a continuación.

—Tengo una idea —dijo Nerea.

El joven desvió sus ojos desde la pantalla hasta ella, sentada en una de las sillas que había al otro lado del escritorio.

—Me da miedo preguntar —soltó con burla.

La chica puso los ojos en blanco.

—No pienses mal, por favor. Estoy segura de que te va a encantar.

—A ver, dispara.

Ella se inclinó un poco hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa que los separaba.

Él inspiro hondo para controlarse y no saltar sobre ella como un lobo hambriento al observar que, en esa posición, tenía una visión muy sensual de su escote.

—Podría ayudarte en ese cáterin.

—¿Tú? —preguntó, abriendo los ojos como platos.

—Sí, yo. No sé por qué pones esa cara tan rara.

—No te veo trabajando de camarera.

Nerea se ofendió.

—¿Por qué? ¿No confías en mí? No creo que sea tan difícil llevar una bandeja con copas.

—No subestimes el trabajo de los camareros —la reprendió—. Portar en una mano una bandeja cargada con copas no es tan fácil como parece. Debes mantener el equilibrio mientras andas entre los asistentes al evento.

—Dame la oportunidad, por favor. Será mi primer trabajo y estaremos juntos todo el día —le pidió.

—Nerea —añadió con paciencia—, allí no podemos besarnos ni entretenernos hablando. Tenemos que trabajar.

—Lo entiendo. Te juro que trabajaré como la que más. Me esforzaré tanto que querrás contar conmigo cada vez que te falte alguien —le prometió.

Mauro vio su mirada llena de ilusión y cedió.

—No sé si me arrepentiré de esto o no, pero vale, está bien.

Nerea casi pegó un salto de la silla. En sus labios se dibujó una enorme sonrisa.

—Gracias. Te prometo que no te arrepentirás.

Mauro abrió el cajón del escritorio y sacó una tarjetita.

—Pásate por esta tienda de vestuario laboral y diles que vas de mi parte. Tienen que darte el uniforme de trabajo. Puedes elegir pantalón o falda. Te darán también un par de zapatos.

—¿Tengo que pagar algo? —quiso saber, agarrando la tarjeta que él le tendía.

—No. Tengo cuenta con ellos. Me pasarán la factura a final de mes.

Nerea se guardó el cartoncito en el bolso. Se levantó de la silla para rodear la mesa y despedirse de Mauro con un beso en los labios. El taxi había llegado ya y la esperaba en la puerta de la oficina.

—Nos vemos luego —se despidió él con una amplia sonrisa.

—Vale —respondió ella saliendo a la calle.

Antes de subirse al taxi, se volvió y vio que su novio la miraba todavía. Se llevó una mano a los labios y le lanzó un beso. Mauro hizo el gesto de que lo cogía y se lo llevó a su corazón.

***

Cuando Nerea llegó a su casa, le contó a Amaia sus planes para el resto de la jornada y el día siguiente.

—Mamá me ha dicho que llegarán sobre las cinco de la tarde. Si no estás aquí para recibirlos… —dijo su hermana.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo dejar colgado a Mauro a mitad del cáterin. Debo cumplir mi horario de trabajo igual que tú lo hacías en la farmacia cuando estabas de prácticas —replicó ella.

Amaia la miró de arriba abajo.

—¿Cuándo te has vuelto una chica responsable?

—Menos coñas, hermanita —resopló Nerea.

—Vale, no te preocupes. Les contaré a papá y mamá dónde estás y lo que estás haciendo. Van a flipar cuando lo sepan —contestó Amaia con alegría.

—Gracias. —Nerea le dio un beso a su hermana en la mejilla y subió a su habitación.

Cogió una maleta pequeña con ruedas y la abrió. Metió el neceser con todo lo necesario: un bikini, dos camisetas, dos vaqueros cortos, unas zapatillas y un par de conjuntos de lencería. Añadió el cargador del móvil, dinero en efectivo, documentación, tarjetas bancarias y otro bolsito. También una caja de preservativos. Aunque sabía que Mauro tenía, pero quiso guardarla en el *trolley* por si se acababan.

Cuando estuvo lista, salió a la calle, donde la esperaba el taxi.

Le dio la dirección de la tienda de vestuario laboral y, cuando llegaron, le dijo al taxista que la esperase.

A los diez minutos salió con una bolsa, donde llevaba el uniforme y los zapatos, y le indicó al conductor a dónde tenía que llevarla: al club náutico.

En poco tiempo llegaron. Nerea le pagó al señor con tarjeta y le dejó diez euros de propina en efectivo. El hombre se bajó del auto, contento, sacó el *trolley* del maletero y se lo dejó en la acera. Se despidió con una sonrisa que no

le cabía en la cara. Había hecho el día con ella.

Nerea agarró el asa de la maleta de ruedas y caminó adentrándose en el puerto con la bolsa del uniforme de trabajo que debería llevar al día siguiente en el cáterin en la otra mano.

***

Mauro llegó poco después al barco y se encontró con una escena que no se imaginaba.

Nerea se había quitado el vestido que llevaba cuando había estado en la oficina y en esos momentos llevaba puesta una camiseta blanca de él que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Iba descalza y se había hecho con algunos mechones de pelo dos moñitos que llevaba en la parte superior de la cabeza. El resto de su melena castaña clara caía suelta por la espalda. Le resultó muy graciosa con el recogido que se había hecho. Parecía una niña pequeña, tierna y dulce. Pero él sabía que la imagen que proyectaba en esos momentos no correspondía con la realidad. Nerea estaba entretenida limpiando la cubierta con una manguera. Recordó la noche que apareció allí borracha y se tropezó con ese mismo tubo de goma. Esbozó una sonrisa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sobresaltándola.

Ella lo miró y sonrió alegre.

—¿No es obvio? Estoy lavando el suelo de tu barco.

—No tienes por qué hacerlo —dijo, poniendo un pie en la cubierta.

—Espera a que se seque.

Pero él no le hizo caso y dio otro paso más.

Entonces ella le mojó las zapatillas que él llevaba.

Eso lo detuvo.

—¿Qué coño…? Nerea, me has mojado las playeras.

—Ya lo veo. Pero te lo has ganado de castigo por pisar el suelo mojado.

Mauro clavó sus ojos oscuros en los aguamarina de ella.

—¿Quieres que te moje yo a ti?

—No hace falta. Ya lo hago yo solita —comentó, al mismo tiempo que se echaba agua por el pecho, los brazos, el pubis y las piernas.

El joven vio cómo se le pegaba la camiseta al cuerpo y se calentó en décimas de segundo. La prenda se adhería a sus pechos —libres del sujetador—, su vientre y sus caderas marcando todo deliciosamente. Notó la erección chocando contra sus pantalones.

—¿Qué? ¿Disfrutando del espectáculo? —indagó Nerea con una sonrisa lasciva.

—Pues sí.

Ella continuó mojándose un poco más mientras él se la comía con la mirada.

Mauro dio otro paso hacia Nerea, pero esta desvió la manguera y echó agua sobre sus piernas, empapándole la mitad de los pantalones que llevaba y otra vez, las zapatillas.

—Nerea, para quieta. Me vas a mojar lo que llevo en la bolsa —dijo, alzándola por encima de su cabeza para evitar que le entrase agua.

La chica obedeció. Dejó el tubo de goma en el suelo y se acercó a él.

—¿Qué hay dentro? ¿Es para mí? —quiso saber con curiosidad.

El joven abrió la bolsa para que ella mirase dentro al tiempo que le contaba:

—Pan de limón con semillas de amapola, pan moreno y sobrasada.

—¡Me encanta el pan de limón! Tan esponjoso y dulce. Dame un trozo.

—Las cosas se piden por favor —la aleccionó él.

—Por favor —resopló Nerea, poniendo los ojos en blanco.

Mauro sacó el bizcocho de la bolsa y partió un pedazo con la mano.

La chica lo agarró con ansia y se lo metió en la boca. Masticaba con los dos carrillos llenos y a Mauro, verla así, le hizo soltar una carcajada.

—¡Está buenísimo!

—No hables con la boca llena —dijo él todavía riéndose.

—Quiero más —le pidió.

Mauro la miró de arriba abajo y su erección creció más.

—Vamos dentro, quítate esa camiseta empapada y, si haces todo lo que te pida, te daré otro trozo.

En los ojos de Nerea brilló el deseo y ardieron las llamas del fuego de la pasión.

Nada más entrar, se despojó de la camiseta y la echó en el fregadero de la cocina.

Mauro depositó la bolsa sobre la encimera. Se quitó las zapatillas mojadas y los pantalones.

—Ponte frente a la mesa y coloca las manos sobre ella, mirando hacia la ventana.

Nerea corrió a cumplir sus órdenes.

Cuando estuvo colocada de la manera en que él le había pedido, lo sintió pegado a su trasero.

—Te voy a pagar en carnes lo de la Vespa ahora mismo.

Recorrió con sus manos las nalgas firmes por encima del encaje negro.

—No te imaginas lo mucho que me pone ver unas braguitas sexis y saber que solo yo te las puedo quitar —susurró con la voz ronca por la excitación.

Le deslizó las bragas por los muslos, dejando ríos de lava ardiendo por donde

pasaban sus dedos, y Nerea notó que le fallaban las piernas, así que afianzó sus manos sobre la superficie de la mesa para evitar caerse.

Jadeó al sentir el primer beso de Mauro en la nalga derecha. No paró de gemir en el tiempo que él recorría una nalga y luego la otra. Cada vez se iba humedeciendo más.

—Mauro, por favor… —consiguió decir, con las terminaciones nerviosas alteradas y el corazón bombeando frenético.

—Tranquila. Ya voy.

Nerea oyó cómo rasgaba el envoltorio de un preservativo y miró por encima de su hombro. Vio a Mauro desenrollando el condón en torno a su falo y eso hizo que se mojara todavía más.

Volvió la vista al frente y se preparó para lo que venía a continuación. Abrió más las piernas y puso el culo en pompa para que él tuviera un mejor acceso a su vagina. Sintió cómo su novio se introducía en ella hasta colmarla. Cómo sacaba su duro miembro de su interior y volvía a embestirla mientras la sujetaba con las manos puestas en sus caderas. Su imaginación recreó esa escena que estaba ocurriendo, cómo la tomaba desde atrás, apoderándose de su sexo, arrasando todos sus sentidos.

—Mauro —jadeó excitada.

—¿Te gusta así?

—Me encanta, sigue —gimió ella, apretando los músculos de su vagina para sentirlo más.

—Eres preciosa. Tienes un cuerpo espectacular y una piel muy suave. Me encanta acariciarte —susurró en su oreja—. Me vuelve loco todo de ti: tu risa, tu voz, los sonidos que emites cuando hacemos el amor, tus labios… Eres tan divertida y alegre y tienes tanto entusiasmo por todo que no me importa que seas rebelde e impaciente algunas veces.

—Hoy tienes el romanticismo subido —jadeó, sintiendo cómo un calor exquisito se arremolinaba en su bajo vientre.

—¿Tienes alguna queja porque sea romántico o te diga cosas bonitas?

—En absoluto. Me encantan todas las ñoñerías que me dices —se burló de él.

—¿Ñoñerías? Te vas a enterar. Te voy a follar tanto y tan bien que no vas a poder andar en varios días —masculló en su oreja, aumentando el ritmo. Deslizó una de sus manos desde la cadera hasta el clítoris y lo frotó con fuerza para conseguir que ella se corriera.

***

Cuando Nerea alcanzó el éxtasis, Mauro salió de su sexo y caminó con ella

agarrada de su mano hasta sentarse en el banco acolchado. Él aún no se había corrido, por lo que estaba preparado para un segundo asalto. La hizo sentarse sobre su duro miembro, metiéndoselo poco a poco hasta que su culo chocó contra sus ingles.

—Aún te dura el orgasmo. Notó cómo te late el coño —susurró junto a su mejilla.

—Me encanta que me digas cosas guarras —se rio ella entre la neblina que poblaba su mente en aquel momento.

—¿Guarras? —se extrañó él.

—Sí, guarras, vulgares o sucias, como prefieras.

Mientras ella subía y bajaba por la larga erección, Mauro llevó una mano al nudo de nervios otra vez. Con la otra le acarició la espalda al tiempo que repartía besos por sus hombros y su nuca. Pocos minutos después, consiguió que Nerea viera las estrellas.

Él aguantó como pudo su orgasmo. Quería que ella tuviera un tercero y no estaba dispuesto a correrse antes de lograrlo.

Salió del sexo de su novia y la agarró de una mano.

—Quiero follarte encima de la mesa. Túmbate con la espalda pegada a ella.

—¿Has tomado Viagra? —quiso saber.

Mauro soltó una carcajada.

—No. Creo que soy demasiado joven para tomar eso.

—¿Cómo es posible que tengas tanto aguante?

—Porque sé controlarme. ¿Y tú? ¿Cómo es posible que me sigas el ritmo?

—Porque soy una adicta al sexo, pensaba que ya te habías dado cuenta —soltó Nerea riéndose.

Ella se sentó en la mesa y se tumbó sobre la superficie. Él la cogió de las piernas y se puso una en cada hombro. La sujetó con las manos en su cintura.

—¿Estás preparada?

—Sí.

La embistió con la fuerza de un toro, con un ritmo castigador que no pudo controlar hasta que los dos terminaron corriéndose.



CAPÍTULO 13

Angélica se miró en el espejo del baño de su casa la mañana siguiente al altercado en la oficina de Mauro y sonrió al ver el hematoma que había en su mejilla. La zona estaba inflamada y el color morado le llegaba casi hasta el ojo. Le dolía mucho, pero se aguantó. No quería tomar nada para el dolor ni tampoco para rebajar la hinchazón.

Cuando salió de la oficina de Mauro el día anterior, se metió en el coche y se miró en el espejo interior. Observó la zona golpeada desde todos los ángulos.

Comenzaba a enrojecer, pero sabía que al día siguiente estaría mucho peor. Así que, en vez de ir a las urgencias del hospital más cercano, se marchó a su casa.

Llegó a su domicilio y cerró la puerta. Se dirigió a su habitación para mirarse en el espejo de cuerpo entero. Se quitó el pantalón largo de lino que llevaba y la camisa de manga francesa. Cuando estuvo solo con la ropa interior, observó los cardenales que tenía en los brazos y en los muslos. También los moratones de las rodillas. Se los había hecho unos días antes golpeándose contra los muebles de su casa para descargar la rabia porque Mauro no le cogía el teléfono. Algunos habían cambiado del color azul violáceo hacia un amarillo verdoso.

Frunció el ceño. Tenía que darse prisa antes de que las marcas desaparecieran.

Meditó algunos segundos qué debía hacer a continuación.

Acto seguido, le dio un fuerte cabezazo a la puerta de su dormitorio. A pesar del dolor, volvió a golpearse contra ella. Tenía la intención de provocarse un buen chichón en la frente.

Quería estar llena de hematomas antes de acudir al médico. Así, nadie duraría de que había recibido una buena paliza.

Después, con el parte de lesiones, iría a la comisaría para denunciar a Mauro

por violencia de género. Lo tenía todo planeado.

A pesar de que él no la había tocado en ningún momento, le había dolido mucho su rechazo. La rabia creció en ella al comprobar que Mauro había rehecho su vida con una jovencita mucho más guapa que ella y, por las pintas de la chica, rica. Aunque sus modales dejaban mucho que desear. Se notaba a la legua que era una niñata caprichosa que pertenecía a la *jet set* mallorquina.

Además de la tensión que flotaba en el ambiente de la oficina cuando estuvieron los tres reunidos, se notaba también un halo de ilusión y amor. Aquello la irritó sobremanera, por lo que decidió joder la relación de la parejita feliz.

Se dio un buen repaso al cuerpo comprobando todos los cardenales que tenía y se felicitó a sí misma por el buen trabajo que había hecho.

Se vistió, aguantándose el dolor de todo el cuerpo. Cuando estuvo lista, salió de su casa para dirigirse al hospital y comenzar con su actuación.

***

Cuando Nerea estuvo vestida con el uniforme de la empresa de cáterin de Mauro, salió a cubierta, donde la esperaba él.

El joven la miró de arriba abajo y torció el gesto.

—No recuerdo esa falda tan corta —indicó.

—Es que me llegaba por las rodillas y, con las piernas tan bonitas que tengo, sería una pena no lucirlas.

—Nerea, vas a trabajar, no a ligar. Además, todas mis empleadas que han elegido llevar falda en vez de pantalón no se la acortan ni se la enrollan a la cintura como estoy seguro de que has hecho tú.

—Por favor, déjame llevarla así. Por las rodillas, me resulta incómoda para andar. Y, además, llevo estos zapatos de salón horribles y con poco tacón. Son zapatos de mojigata —protestó ella.

Mauro la miró muy serio.

—Son cómodos para trabajar.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Te los has puesto alguna vez?

—Me lo han dicho mis empleadas.

—¿Y cómo sabes que no te han mentido? A lo mejor te estaban haciendo la pelota —argumentó Nerea.

El joven puso los ojos en blanco.

—Todos mis empleados son personas honestas.

—Seguro que hay alguna bruja o algún capullo.

—Deja de decir tonterías y camina, que vamos tarde —le ordenó con

paciencia.

Anduvieron por la dársena hasta que llegaron al *parking* del club. Nerea vio la Vespa aparcada con un candado puesto para evitar robos y la furgoneta del cáterin junto a la moto.

Los dos subieron a la furgoneta al mismo tiempo. Mauro metió la llave en el contacto y encendió el motor.

***

—Nerea, quiero presentarte a Catalina, mi mejor empleada y mano derecha.

La mujer, vestida con el mismo uniforme que ella, pero con la falda hasta las rodillas, se acercó a su cara para darle dos besos en las mejillas.

—Encantada —pronunció con una sonrisa amable.

—Igualmente —dijo Nerea sonriendo también.

—Debes cumplir todas las órdenes que ella te dé —intervino Mauro—. Yo estaré por aquí controlándolo todo, así que, si veo que la desobedeces, te mandaré a tu casa de inmediato y no volverás a ayudarme en ningún cáterin más —le advirtió.

Nerea se enderezó.

—No te preocupes, Mauro. Cuando quiero, soy buena y obediente. —Miró a Catalina y añadió—: Dime qué tengo que hacer, por favor.

—Acompáñame y te explicaré cómo funciona todo. Luego pensaremos en qué sitio vas a estar, cuál va a ser el mejor para ti —habló la empleada.

Un par de horas después, Nerea deambulaba entre los asistentes al evento con una bandeja cargada con copas vacías. Mauro la observaba sin que ella se diera cuenta. La chica estaba más pendiente de que nada se le cayera de la bandeja y de no chocar contra ninguna persona o empleado que de si el jefe la estaba vigilando o no.

Estaba contenta porque se sentía útil. Deseaba hacer su trabajo lo mejor posible para que Mauro siguiera contando con ella. Le gustaba ayudar a su novio en la empresa. No le importaba hacer de camarera o secretaria o llevarle la ropa sucia a la lavandería, siempre que fuera beneficioso para él.

Nerea llegó hasta la barra y dejó la bandeja allí.

—Coge esta otra de vino blanco y llévala por allí. —Catalina le indicó la parte izquierda del salón donde se celebraba la fiesta—. Cuando repartas todas las copas, pon en la bandeja las que estén vacías y vuelves aquí. Yo voy un momento al aseo y enseguida regreso. —Se la quedó mirando unos segundos y agregó—: Estás haciendo un buen trabajo, Nerea. Sigue así.

—Gracias —respondió ella, contenta.

Catalina se fue de la barra y dejó sola a Nerea.

Antes de cargar con la bandeja, contó las copas. Sentía los brazos y las manos cansadas de llevar tanto peso de un lado a otro. Flexionó los dedos y los brazos varias veces mientras decidía que por un par de copas que llevase menos no le iba a importar a nadie. Estaba segura de que ninguno de los asistentes al evento tenía en cuenta la cantidad de copas que había en cada bandeja.

Agarró una copa y miró a ambos lados. No había nadie observándola, así que se la bebió de un trago. El líquido frío le refrescó la garganta. Estaba tan bueno que se bebió otra más. Cuando iba a beberse una tercera, oyó la voz de Mauro a su espalda al tiempo que él le impedía levantar el brazo para tomar el vino blanco.

—Las copas son para los invitados, no para que te las bebas tú —le susurró en el oído.

—Es que tengo sed —se excusó ella, ladeando la cara para mirarlo.

—Hay botellas de agua allí. —Le señaló una mesa anexa a la barra.

—Además, tengo los brazos cansados y he pensado que podía llevar menos peso…

—Eso no es motivo para que te bebas dos copas de vino y, si no llega a ser por mí, habrías tomado una tercera.

Mauro la miró con reprobación.

—Lo siento. Te pagaré las copas que he bebido.

—No quiero que me pagues nada. Quiero que no te tomes tantas libertades y dejes de beberte las copas que tienes que servir —la riñó en voz baja. La miró a los ojos y prosiguió—: Si estás cansada, puedes tomarte diez minutos. Ve al salón de al lado. Está vacío y hay un sofá para que te tumbes a descansar. Haré tu trabajo hasta que vuelvas.

Con los dedos, le rozó la mejilla. Sintió la tentación de besarla, pero se contuvo.

—Anda, ve —la instó para que se marchase.

—Gracias. Te prometo que en diez minutos estaré aquí. Voy a poner la alarma en el móvil para que no se me pase la hora.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia donde Mauro le había indicado.

Él la observó marchar y soltó un suspiro de deseo al ver cómo contoneaba las caderas.

Mauro cargó con la bandeja y se alejó de la barra.

***

Cuando Nerea regresó al salón, Catalina le mandó coger una cafetera y una

lechera y preguntar a los asistentes que ocupaban las mesas si deseaban café.

—Si alguien te pide una infusión, le dices que otro camarero se la traerá enseguida y sigues sirviendo las mesas. Voy a enviar a Joan para que haga el mismo recorrido que tú con la bandeja de las cajitas de infusiones y la tetera con agua caliente.

Nerea asintió y se dirigió a la primera mesa con un recipiente de metal en cada mano. Ofreció café a las tres personas que la ocupaban. Después pasó a la segunda y así fue caminando de una mesa a otra. Nadie le dio las gracias por servirle y algunos asistentes la miraban como si fuera una mota de polvo insignificante. Se preguntó a sí misma si ella era tan desagradecida y si también miraba a los demás con suficiencia. Se dio cuenta de que, en ocasiones, sí había sido igual de estúpida y altiva que los invitados al evento. Se prometió ser más amable con la gente a partir de entonces.

Mauro la controlaba desde una esquina del salón. En ese instante, ella estaba vertiendo café en una taza que le había solicitado un hombre de unos sesenta años, sentado en una silla.

—Tú eres la hija de Míkel Garamendi, ¿verdad? La oveja negra de la familia —le dijo el señor.

—Sí, lo soy —contestó Nerea mientras le servía, molesta por el mote.

Antes de tener una relación con Mauro no le había importado que le gente la apodase así, se lo había ganado a pulso, pero ahora que él era su novio no deseaba que lo hicieran. No quería ensuciar su buena reputación.

—¿Y qué haces aquí? —quiso saber el hombre.

—¿No es obvio? —replicó sin mirarlo, concentrada en el líquido que vertía dentro de la taza—. Trabajar. ¿Quiere un poco de leche, señor? —añadió.

Entonces, el sesentón puso una mano en su culo.

—Me llamo Mateu.

Ella se retiró, mirándolo incómoda y molesta.

—No me toque, señor —dijo entre dientes.

—Tienes un buen culito, respingón y duro, como a mí me gusta —respondió, tocándole el trasero otra vez.

—No me toque, señor —repitió Nerea en un volumen de voz un poco más alto por si no la había oído bien.

Intentó marcharse de allí, pero el hombre la retuvo con fuerza, apretándole la nalga derecha.

Ella actuó rápido: vació el contenido de la cafetera y el de la lechera sobre las ingles del hombre.

Este se levantó de un salto, gritando. Los líquidos le quemaban la entrepierna.

Mauro, desde el punto donde estaba, vio lo que sucedía y caminó rápido hacia

la mesa mientras el resto de los asistentes contemplaban la escena atónitos.

—Perdone, señor. No entiendo cómo he podido ser tan torpe —fingió que se disculpaba, pero en su interior estaba disfrutando.

«Jódete, capullo», le dieron ganas de soltarle en vez de la disculpa.

Mauro llegó hasta Nerea y el hombre, que no paraba de aullar por la quemazón.

—¡Lo ha hecho a propósito! —gritó Mateu al ver al jefe.

—Se me ha ido la mano —se excusó la chica.

—¡Debe despedirla inmediatamente! —chilló el sesentón con la voz estrangulada por el dolor de huevos que tenía.

—No se preocupe, señor —contestó Mauro—. Cálmese, por favor. —Ladeó la cara y vio a uno de sus empleados cerca, contemplando la escena—. Ocúpate tú, Martí. Enseguida vuelvo.

El camarero se hizo cargo de la situación mientras Mauro agarraba a Nerea de un brazo y la arrastraba fuera del salón.

Una vez que llegaron al exterior, ella intentó explicarse.

—Ese cabrón me ha tocado el culo…

—Lo he visto todo, no hace falta que me lo cuentes.

—No irás a reñirme.

Él se sorprendió al escuchar su comentario.

—¿Reñirte por defenderte de un capullo que soba a las mujeres sin su permiso? ¡No! ¡Claro que no!

Le agarró los dos envases metálicos que Nerea aún mantenía en sus manos y los dejó en el suelo.

Luego, llevó las manos a su cara y clavó su mirada en la de ella.

—¿Estás bien? —indagó al tiempo que le acariciaba las mejillas con los pulgares.

—Sí, no te preocupes.

Él se aproximó a sus labios y los besó con suavidad.

—Seguro que mis empleadas te felicitarán por lo que has hecho. A muchas les ha pasado lo mismo que a ti. Siempre hay algún gilipollas que no respeta a las mujeres. Pero también hay mujeres que tocan a mis camareros sin su permiso, como hiciste tú conmigo el día que nos conocimos. Todos aguantan el tipo como pueden. Sin embargo, tú… —Sonrió y la abrazó.

Nerea se refugió entre los fuertes brazos de su novio.

—Sin embargo, yo ¿qué? —lo animó a continuar.

—Le has castigado por lo que ha hecho. Te has vengado de él.

Deshizo el abrazo y se agachó para coger del suelo la cafetera y la lechera.

Cuando se alzó, miró a Nerea sonriendo y dijo:

—Volvamos dentro. A partir de ahora, te quedarás detrás de la barra. No quiero que otro imbécil te toque sin tu permiso.

***

Cuando estaban llegando al almacén donde se guardaba todo lo del cáterin una vez finalizado el evento, Nerea recibió una llamada de su madre.

—¡Hola, cariño!

—Hola, mamá.

—¿Ya has terminado de trabajar en el cáterin? ¿Qué tal tu primera vez en tu primer trabajo? Papá y yo estamos muy orgullosos de ti. Parece que ya vas sentando la cabeza y siendo más responsable. ¡Felicidades, mi amor! —soltó su madre de carrerilla, con voz alegre.

Nerea puso los ojos en blanco con el móvil a dos centímetros de la oreja.

Mauro, conduciendo, lo oyó todo debido al volumen tan alto que tenía. Sonrió por la efusividad de la mujer.

—¡Mamá! ¡Por favor! ¡No es para tanto!

—¿Cómo que no, cariño? ¡Estás madurando! Tienes que presentarnos a ese chico que te ha hecho cambiar en tan poco tiempo.

—Para el carro, mamá. Creo que Amaia ha exagerado las cosas. —Se imaginó a su hermana entusiasmada contándoles a sus padres recién llegados del aeropuerto todo lo referente al nuevo novio de Nerea.

—¿Por qué no venís a cenar esta noche con nosotros? —preguntó Estíbaliz como si no hubiera escuchado lo que acababa de decir su hija.

Mauro la miró de reojo asombrado. Cuando Nerea le contó que cuando sus padres supieran que estaba saliendo con alguien querrían conocerlo enseguida, pensó que estaba exagerando, pero se dio cuenta al oír a la madre de su chica que no era así.

—Mamá, todavía nos falta llegar al almacén y descargar todo lo que llevamos en la furgoneta. Además, estamos cansados. Yo tengo un dolor de brazos, manos y pies que flipas. ¿Por qué no lo dejamos para otro día? Mauro tiene que mirar su agenda de trabajo antes de quedar con alguien.

—Bueno, pues que lo haga y te diga qué día tiene libre para conocernos.

—No sé si es buena idea que os conozcáis tan pronto —murmuró Nerea.

Aun así, su madre la oyó.

—¿Por qué no es buena idea? Amaia nos ha dicho que vais en serio.

Mauro giró la cabeza un segundo y la miró. Nerea también lo hizo y lo vio con las cejas arqueadas en una muda pregunta. Ella desvió sus ojos claros hasta el techo de la furgoneta pidiendo paciencia. El joven devolvió su mirada a la

carretera.

—Primero, tengo que saber si él quiere conoceros. Llevamos muy poco tiempo y, a lo mejor, es muy precipitado. Mauro podría sentirse obligado y no quiero que lo haga —dijo a modo de excusa para no ponerle las cosas tan fáciles a su madre. Sacaba otra vez su lado rebelde e indómito. A pesar de que sabía que Mauro quería conocer a sus padres y de que ella misma también quería, sentía la necesidad de chinchar a su madre como hacía siempre.

Estíbaliz tardó unos segundos en responder:

—Está bien, cielo. Esperaremos hasta que tu chico esté preparado para conocer a sus futuros suegros.

—Mamá, no empieces a preparar ya la boda…

—Vale, vale. No vengas muy tarde esta noche. Estamos deseando verte.

Nerea carraspeó para aclararse la garganta.

—Mamá, respecto a lo de ir a casa esta noche… —Hizo una pausa—. Me quedaré a dormir en el barco de Mauro. —Antes de que su madre dijera nada, añadió—: Pero te prometo que estaré en casa sobre las once o las doce de la mañana como máximo.

Estíbaliz no contestó.

—¿Mamá? ¿Sigues ahí? —se aseguró Nerea.

—Sí, sigo aquí —dijo con voz seria—. Sabes que no me gusta que duermas fuera de casa.

—Mamá, por favor, Mauro es un buen chico. No va a hacerme nada malo. No va a violarme ni nada de lo que estás pensando —argumentó para que la dejara pasar esa noche con él.

«Si ya hemos hecho de todo», pensó recordando la cantidad de veces que habían tenido sexo.

Estíbaliz volvió a hablar.

—Te propongo un trato —comenzó—: pasa esta noche con tu chico y mañana que te traiga a casa y así lo conocemos.

—Mamá, Mauro tiene que trabajar mañana. No sé si podrá llevarme. A lo mejor tengo que pillar un taxi —dijo, mirando a su novio. Este desvió la mirada un momento y asintió con la cabeza. Nerea se quitó el teléfono de la oreja y le preguntó a Mauro en voz baja—: ¿Puedes llevarme a casa? —Él contestó que sí. Nerea volvió ponerse el móvil en la oreja—. Está bien. Me llevará a casa, pero no sé a qué hora. Te llamaré o te mandaré un mensaje para avisarte.

—De acuerdo —respondió su madre con alegría—. Estamos deseando conocerlo.

—Mamá, no creo que pueda entretenerse mucho con las presentaciones. Tiene que trabajar.

—Cariño, solo serán cinco minutos. Por cierto, ¿tienes condones?

—Una caja de doce, ¿te vale? Adiós, mamá —respondió Nerea, y cortó la llamada inmediatamente antes de que Estíbaliz pudiera añadir algo más.

Metió el teléfono en el bolso al tiempo que se disculpaba con Mauro.

—Perdona a mi madre. A veces, se ilusiona demasiado. Si no quieres conocerlos aún, puedo pillarme un taxi y…

Mauro aparcó en la acera donde estaba el almacén, apagó el motor y ladeó la cara para mirarla.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan vergonzosa, Bala Perdida? —preguntó en un tono burlón.

—Es que mis padres se ilusionan con cualquier cosa.

—Ah. Y yo soy cualquier cosa.

—Sé qué ha sonado así, pero no es eso lo que quería decir —se disculpó ella.

—¿Y qué es lo que querías decir? —indagó el joven.

—Ya has oído a mi madre. Se ha referido a ellos como «tus suegros». A estas alturas, ya debe estar preparando nuestra boda. Y, cuando te conozcan, seguro que adelantarán la fecha para no dejarte escapar. No quiero que te sientas obligado a conocerlos si no…

Mauro la interrumpió:

—¿Recuerdas cuando te dije que los vi en la fiesta de los Van der Vaart y estuve a punto de pedirles que se sacaran una foto conmigo? ¡Cómo no voy a querer conocerlos, mujer! Sabes que tus padres son mi director de cine y mi actriz favoritos. ¡Por supuesto que quiero conocerlos! Además, tenemos una relación seria, ¿verdad? ¿O solo estamos pasando el tiempo?

Nerea no dijo nada.

—¿O es que no quieres que los conozca? —agregó el chico.

—¿Cómo no voy a querer que conozcas a mis padres? Claro que sí quiero, pero me parece un poco precipitado. A lo mejor la semana que viene, el día que tengas libre… Y contestando a tu pregunta: sí, tenemos una relación seria. Creía que ya te habías dado cuenta de que estoy tan enamorada de ti que deseo estar contigo todo el tiempo que falta desde ahora, en este mismo instante, hasta la eternidad.

—Pues entonces no se hable más —finalizó Mauro, dando por zanjada la conversación.

Se quitó el cinturón de seguridad para acercarse a ella y besarla.

Minutos después, se bajaron de la furgoneta los dos a la vez.

En ese momento llegaron un par de empleados de Mauro para ayudarlos a descargar el contenido del vehículo.

Cuando lo tuvieron todo colocado en el almacén, se subieron otra vez en la

furgoneta y pusieron rumbo al club náutico donde él tenía atracado su barco.



CAPÍTULO 14

Mauro aparcó la furgoneta en el *parking* del club náutico y los dos se bajaron de ella.

En cuanto pusieron un pie en el suelo, se les acercaron un par de policías.

—¿Usted es el señor Mauro Vila Rodríguez? —le preguntó uno de los agentes.

—Sí, soy yo.

El policía que le había preguntado hizo un gesto a su compañero. El otro agente se acercó a Mauro, colocándose a su espalda.

—Se procede a su detención por un presunto delito de violencia de género contra su expareja Angélica Martínez López —dijo, sacando las esposas.

—Yo no he agredido a nadie —se defendió él, indignado.

—Eso nos lo aclarará cuando lleguemos a comisaría.

Nerea no daba crédito a la escena que se representaba ante ella.

—¡Él no ha hecho nada! —gritó.

—Señorita, cálmese —le ordenó el otro policía, mientras su compañero procedía a leerle sus derechos a Mauro.

—¡No me da la puta gana calmarme! ¡Mi novio es inocente! —chilló Nerea, histérica.

—No hace falta que me ponga las esposas, señor agente. No voy a escaparme. No soy un delincuente ni un agresor. Los acompañaré a comisaría de buena gana para solucionar esta equivocación lo antes posible —dijo Mauro con toda la

tranquilidad que pudo mientras lo conducían hasta el coche patrulla aparcado a unos metros.

Nerea los siguió, vociferando que Mauro no había hecho nada, pero los agentes siguieron con su tarea.

Al ver que no conseguía impedir que la policía se llevase a su novio, sacó el móvil del bolsito y buscó el número de Valeria.

Cuando su amiga contestó al teléfono, Nerea le dijo rápidamente:

—¡Tienes que pasarme YA —elevó la voz para recalcar la acción— el número de tu padre!

—¿Para qué lo quieres? ¿Te ha pasado algo? —quiso saber Valeria.

—Te lo contaré más adelante. Ahora es muy urgente que me des su número. Lo necesito YA —le gritó la última palabra.

—Está bien. Enseguida te lo paso por WhatsApp.

Nerea cortó la llamada sin despedirse de ella.

Pocos segundos después, recibió un wasap de su amiga.

Lo abrió y pulsó en el contacto que le había pasado Valeria.

Cuando oyó como el señor De la Torre contestaba al teléfono, soltó:

—Soy Nerea Garamendi, amiga de su hija Valeria. Necesito su ayuda, por favor.

***

Mauro pasó dos horas en custodia en los calabozos de la comisaría. Transcurrido ese tiempo, lo trasladaron a la sala de interrogatorios. Allí lo esperaba un hombre de piel oscura y cabello canoso, con un traje de color arena hecho a medida, camisa blanca y corbata *beige* que se presentó nada más verlo.

—Señor Vila, soy Eduardo de la Torre, su abogado.

Mauro le estrechó la mano que le tendía el hombre trajeado.

—Quítele las esposas a mi cliente. No es una persona peligrosa. Quiero hablar con él a solas antes de que le tomen declaración —dijo, mirando al policía que lo había llevado hasta aquella sala. El agente asintió, le quitó las esposas a Mauro y abandonó la estancia, dejando la puerta entornada para vigilar por si sucedía algo.

—Nerea me ha contado lo que ha sucedido. Es amiga de mi hija Valeria —le aclaró Eduardo—. Además, soy el abogado de la familia Garamendi. Por eso me ha llamado. Y, a partir de ahora, seré tu abogado.

—¿Cómo está Nerea? ¿Dónde está? —preguntó, preocupado.

—Está bien. Está fuera, esperando a que salgas. Aunque le he dicho que se vaya a casa porque pasarás la noche en el calabozo, pero es una chiquilla muy

tozuda y no me ha hecho caso.

El joven asintió con la cabeza. Él sabía bien cómo era su novia.

—¿Está sola? ¿Puedo verla?

—No. Mi hija y su amiga Ariadna están con ella. También ha venido su hermana con otra chica. Y no puedes verla. No está permitido.

Mauro suspiró. Por una parte, sentía alivio porque ella no estaba sola en esta situación tan confusa y complicada. Pero, por otra parte, se sentía triste por no poder abrazarla y besarla. Seguro que estaría hecha una furia con todo este tema, despotricando contra todos: las leyes, el sistema, los policías… Esperaba que no montase un escándalo y la detuviesen también por alterar el orden público.

Se imaginaba a su novia cagándose en todos los muertos de Angélica y en la familia que aún tenía viva, insultándola de la peor forma posible y planeando una venganza que consistiría en una muerte lenta y dolorosa. Menos mal que estaba acompañada de sus amigas, su hermana y la otra chica —intuía que sería la pareja de Amaia—, y ellas no la dejarían cumplir su objetivo y la calmarían para que dejase de soltar sapos y culebras por su boca atacando a todo el que se le pusiera por delante.

Entonces se dio cuenta de algo. Si los padres de Nerea estaban allí también, se llevarían una primera impresión muy mala de él.

—¿Los señores Garamendi también han venido?

—No. Creo que no saben nada de lo que está pasando. Nerea me ha pedido que no les avisara, de momento.

El joven movió la cabeza con lentitud, asintiendo.

—Soy inocente. No he hecho nada de lo que se me acusa.

—Cuando te han detenido hace un par de horas, ¿te han leído tus derechos?

—Sí, lo han hecho. Pero me lo han quitado todo: el reloj, el móvil, el cinturón, los cordones de los zapatos. Hasta la pajarita del uniforme —le relató al letrado —. Llegaba de trabajar cuando me detuvieron.

El abogado repasó la indumentaria de su cliente, compuesta de un pantalón de tela negra, camisa blanca y chaleco también negro. Los zapatos, sin cordones como le había contado Mauro, eran del mismo color que el pantalón. Observó su rostro preocupado y notó la frustración e impotencia que salía de él. Parecía un ser desvalido. Miró los ojos tristes del joven y los vio llenos de sinceridad. Estaba apesadumbrado.

—Tranquilo, chico, es lo normal. Os los quitan para que no os autolesionéis. —Mauro lo miró extrañado a la par que angustiado por la situación que estaba viviendo. El señor De la Torre procedió a explicarle—: Hay mucho tarado ahí fuera que, cuando lo meten en el calabozo, se daña a sí mismo y luego dice que ha recibido una paliza por parte de la policía o, directamente, se suicida. —

Mauro abrió los ojos como platos, incrédulo y alucinado por lo que le contaba el abogado—. Te lo devolverán, no te preocupes. Pero dejemos ese tema y centrémonos en lo importante: no declares ahora.

—¿Por qué? —quiso saber el joven, notando cómo la angustia le estrangulaba el corazón.

—Porque yo no he visto el atestado aún. Mañana me lo pasarán en sede judicial y veré lo que ha declarado la chica presuntamente agredida por ti.

—Pero es que yo no he hecho nada. Quiero que sepan que soy inocente —clamó defendiéndose.

—Mi consejo es que no declares. Es lo mejor para ti, créeme. No te preocupes porque tendrás tu derecho a hacerlo más adelante. Primero, quiero ver la declaración de esa mujer y, luego, te diré lo que debes hacer.

Mauro asintió.

El agente entró en la sala, dando por concluida la conversación entre cliente y abogado. Se sentó en una silla frente a Mauro y el letrado. Entre ellos había una mesa. Colocó una carpeta con unos papeles dentro.

A continuación, procedió a leerle sus derechos otra vez al joven. También le dijo de qué se le acusaba.

Mientras Mauro escuchaba al agente, se sintió frustrado, impotente y rabioso. ¡Maldita Angélica! ¿Por qué estaba mintiendo? ¿Por qué lo había denunciado por algo que no había hecho? ¿Quería vengarse de él? Pero ¿por qué? Si fue ella le que le puso los cuernos y rompió la relación.

Apartó sus pensamientos a un lado para contestar a las preguntas del policía.

—¿Ha comprendido todos sus derechos?

—Sí, agente.

—¿Sabe por qué lo han detenido?

—Sí.

—Pues entonces firme aquí. —Le señaló una línea al final de la hoja donde constaban los derechos que le había leído el policía.

Mauro lo hizo mientras el agente le preguntaba:

—¿Quiere declarar ahora?

El joven miró primero al abogado y después dirigió su mirada hacia el policía.

—No.

El agente le pasó otro papel.

—Entonces, firme aquí. Este documento indica que se reserva su derecho a declarar en sede judicial.

El agente recogió las dos hojas, las metió en la carpeta y abandonó la sala, dejando solos a Mauro y a Eduardo. Dejó la puerta otra vez entornada.

—Ahora, cuéntame todo lo que ha pasado. No te guardes ningún detalle por

simple que parezca. Todo es importante.

Mauro procedió a relatarle lo sucedido en su oficina el día anterior. También le contó por qué Angélica lo había dejado y en qué momento lo hizo. El señor De la Torre le dio algunos consejos.

—No te preocupes. Mañana lo contrasto con el atestado —dijo, levantándose de la silla que estaba ocupando—. Nos vemos mañana en sede judicial. Acuérdate de todo lo que hemos hablado.

Mauro también se alzó de su silla, apesadumbrado.

—Intenta descansar esta noche, aunque sé qué va a ser difícil —le recomendó el abogado, apretándole un hombro—. Te darán un bocadillo y agua. Cena. Tienes que estar fuerte para lo que te espera mañana.

Después, Eduardo se dio la vuelta y salió de la estancia. Otro policía entró y le puso a Mauro las esposas antes de sacarlo de la sala para conducirlo a los calabozos.

***

Nerea deambulaba de una esquina a otra de la sala donde estaba esperando noticias de Mauro cuando vio llegar al señor De la Torre. Corrió hacia él y se plantó delante, obligando al hombre a detenerse.

—¿Cómo está Mauro? ¿Por qué no viene con usted? —preguntó atropelladamente.

Eduardo contempló el rostro ansioso de la chica. En sus ojos brillaban la rabia y la indignación. También creyó ver odio. Supuso que sería contra la persona que había denunciado a su novio. Se dio cuenta de que Nerea llevaba el mismo uniforme que Mauro, pero minifalda en lugar de pantalón.

—Tu chico está bien. No tiene ningún daño físico.

—¿Y qué me dice del daño moral? ¡Esa hija de puta ha puesto una denuncia falsa contra él! ¿Se imagina lo que van a pensar sus clientes y el resto de la gente? ¡Podría perder su empresa porque una imbécil ha ensuciado su reputación con una denuncia falsa! —gritó, furiosa.

—Nerea, tranquilízate. Estás dando un espectáculo —le recomendó su hermana al mismo tiempo que lo hacían sus amigas y el abogado.

—¡Me importa una mierda! —volvió a chillar.

En ese momento, Ariadna le puso una mano en la boca para que no siguiera vociferando mientras con la otra mano, situada en la nuca, le impedía que retirase la cara.

—Tienes que calmarte. ¿No te das cuenta de que esto podría perjudicar a Mauro? —le hizo ver su amiga.

Ella miró a Ari con los ojos anegados en lágrimas y asintió.

—Ahora voy a retirar mis manos, pero, como vuelvas a gritar, te daré tal paliza que no podrás moverte de la cama en un mes —la amenazó.

Poco a poco, Ariadna quitó las manos de la boca y la nuca de su amiga.

—¿Por qué no le han soltado ya? —quiso saber en un tono más bajo.

—Esto no funciona así, jovencita —contestó Eduardo, y procedió a explicarle —: Pasará la noche aquí, en los calabozos. Mañana a primera hora lo llevarán a disposición judicial y testificará. Después, el juez decidirá si lo deja en libertad sin cargos, con ellos o le impone alguna medida cautelar como orden de alejamiento de la presunta víctima, etcétera. Yo estaré allí antes de que empiece el juicio para ver el atestado, es decir, la declaración de esa mujer, y si tiene algún informe médico, y cuando él llegue tendré unos minutos para aconsejarle cómo debe proceder.

—Esa hija de puta debería estar encerrada aquí en lugar de él —siseó con odio.

Eduardo miró a las chicas que rodeaban a Nerea.

—Es mejor que os vayáis a casa. Aquí no tenéis nada que hacer.

—No pienso moverme de aquí —dijo Nerea, cabezona.

—Mauro está muy preocupado por ti —le contó el abogado—. Sin duda, él querría que te fueras a casa y descansaras todo lo posible. No le gustaría que pasaras la noche en una comisaría.

—He dicho que no…

Ariadna la interrumpió.

—Vete a casa, es lo mejor —dijo, tirando del brazo de su amiga.

—No quiero ir a casa. No puedo. Le dije a mi madre que pasaría la noche con Mauro en su barco. No puedo presentarme a las tres de la madrugada en casa porque me haría preguntas que no quiero contestar. Además, no quiero que sepan nada de este asunto. ¿Entendido?

Miro a sus dos amigas, a su hermana y la novia de esta. También al señor De la Torre.

Todos asintieron.

—Amaia y Estela, volved a casa. Yo me iré al barco a dormir, aunque no sé si dormiré mucho. Quedé con mamá que la llamaría por la mañana o le mandaría un mensaje antes de ir con Mauro a casa para presentárselo. Pero con todo esto… —suspiró frustrada—, no sé si lo haré.

—Envíale un mensaje mañana por la mañana diciendo que Mauro no se encuentra bien y que te quedas con él hasta que se recupere. Dile que tiene gastroenteritis —le aconsejó su hermana—. Nosotras te cubriremos —dijo refiriéndose a Estela y a ella misma.

Nerea asintió aceptando la idea que le había propuesto Amaia.

Ariadna intervino en ese momento:

—¿Seguro que quieres estar sola en el barco? Puedo acompañarte. Mis padres no están en Palma estos días y le puedo enviar un mensaje a Leo diciéndole que no me espere a dormir porque voy a pasar la noche contigo.

—Yo también puedo quedarme a dormir contigo —añadió Valeria. Miró a su padre y este dio su consentimiento con gesto afirmativo.

—No os preocupéis, chicas. No me da miedo estar sola en el barco —replicó ella.

—Ya sabemos que eres muy valiente y que eres capaz de enfrentarte a cualquier cosa que se te ponga por delante, pero hasta una *superwoman* como tú necesita un descanso de vez en cuando, alguien que te cuide, te mime y se preocupe por ti. La amistad es como un matrimonio: para lo bueno y lo malo, en la salud y en la enfermedad, todos los días de nuestra vida. Déjanos estar contigo esta noche —expuso Ariadna, y Valeria a su lado asintió.

—Gracias, chicas —dijo, abrazándolas a las dos al mismo tiempo—. Sois las mejores amigas que podría tener —susurró entre sus cabezas sintiendo el cariño que se tenían.

Pasados unos segundos, el trío deshizo el abrazo. Valeria estaba emocionada y soltó alguna lagrimilla. Ari tenía los ojos empañados, pero aguantó las lágrimas, igual que hizo Nerea.

—Si queréis, os llevo a las tres con mi coche —se ofreció Eduardo.

Ellas asintieron.

Nerea se despidió de Amaia y Estela mientras su hermana le pedía que la mantuviera informada en todo momento y que, si necesitaba que estuviera con ella también, no dudase en pedírselo.

—Le pondré a mamá cualquier excusa para mantener este asunto en secreto.

—¿Pretendes quitarme el puesto de oveja negra de la familia? —bromeó Nerea—. Pensaba que tú no mentías nunca, chica perfecta.

Amaia puso los ojos en blanco.

—Si le digo que voy a ayudarte a cuidar de Mauro, insistirá en ir ella también y descubrirá tu engaño. Empezará a hacer preguntas y ya sabes que no parará hasta descubrir la verdad. Es mejor que le diga que nos vamos de compras, a la playa o al gimnasio.

—¿Vas a ir a un gimnasio teniendo uno en casa? —Nerea le hizo ver a su hermana que esa excusa no colaba.

—Bueno, no te preocupes. Ya me inventaré algo —dijo, dándole un abrazo de despedida.

***

A primera hora de la mañana llevaron a Mauro a sede judicial. Cuando llegó, su abogado ya estaba allí.

—El médico forense está examinando a la víctima para comparar las lesiones que tiene con las que se describen en el informe del hospital —le contó Eduardo cuando estuvieron a solas.

—¿Angélica está aquí? —preguntó, sintiendo que se le revolvía el estómago al saber que ella estaba en el mismo edificio que él.

—Tiene que declarar ante el juez, igual que tú —le confirmó.

—No quiero verla. No quiero tenerla cerca.

El letrado lo miró unos segundos.

—No te preocupes por eso ahora. Vamos a preparar tu defensa. He visto el parte de lesiones que ella ha presentado. Indica que tiene hematomas en la mejilla derecha, brazos y rodillas. También un chichón bastante grande en la frente. Tú me contaste que Nerea le dio un golpe con la bolsa de deporte en el pómulo, pero el resto hay que comprobar cómo se lo ha hecho, si se ha golpeado a sí misma como pienso que ha sucedido o qué.

—No quiero que el nombre de Nerea salga a relucir. Tendrás que planear mi defensa sin que ella se vea involucrada —le pidió Mauro.

—Tranquilo. Ya contaba con eso. Te prometo que su nombre no se mencionará. Intentaremos demostrar que la denuncia es falsa y que ella se ha provocado esas lesiones; si no lo ha descubierto el médico forense ya, cosa que dudo, porque son implacables y descubren hasta el más mínimo detalle.

Mauro movió la cabeza con gesto afirmativo.

***

—El color de los hematomas no se corresponde con el tiempo en el que sucedieron los hechos ni tampoco con las contusiones de una agresión que, según el atestado de la víctima, le propinó el presunto agresor —declaró el forense. A continuación, explicó cómo había llegado a esa conclusión—: El hematoma subcutáneo abultado en la piel que cubre la parte frontal del rostro —se refirió al chichón que tenía Angélica en la frente— no corresponde a los puñetazos que, según la declaración de la víctima, le dio el presunto agresor. Ha sido provocado al golpearse con una superficie dura. También los hematomas que tiene en las extremidades y articulaciones. En el parte de lesiones que redactó el doctor que la atendió en el hospital, la víctima indica que fueron producidos por puñetazos y patadas. Esto es imposible según he podido comprobar… —Continuó argumentando hasta que llegó al final de su turno para

declarar.

Mauro se acercó a su abogado y murmuró:

—¿Esto demuestra que se los ha hecho ella misma?

—Lo que prueba es que ha mentido al informar de cómo se ha producido la agresión y que no son del día que dice. Por el color de los hematomas, se puede saber si se produjeron ayer, antes de ayer, hace tres o cuatro días o más tiempo —susurró Eduardo.

—Qué hija de su madre —masculló con voz apenas audible. Sin embargo, el letrado lo escuchó—: ¿Cómo puede ser tan mezquina? ¿Tan mala persona?

El señor De la Torre no contestó a las preguntas porque entendió que eran retóricas.

***

El juez, tras escuchar a todas las partes implicadas y con la declaración del médico forense, emitió un auto donde se declaraba que el señor Mauro Vila Rodríguez quedaba absuelto de los cargos que se le imputaban y que se archivaba el caso por falta de pruebas que incriminaran al presunto agresor.

Mauro suspiró aliviado y le estrechó la mano a Eduardo, agradeciéndole que hubiera sido su abogado.

Cuando se reunió con Nerea, que lo había esperado fuera del juzgado junto con Valeria y Ariadna, la besó como si el mundo fuera a acabarse ese mismo día. La pareja se abrazó tan fuerte que casi les costaba respirar.

—¿Estás bien, mi amor? —quiso saber Mauro, recorriendo su cara con una mirada preocupada.

—Ahora que estás aquí, conmigo y libre, sí. Esta noche no he podido pegar ojo pensando en ti todo el tiempo.

La chica se acercó a su boca y reclamó sus labios con un beso apasionado.

Cuando pusieron fin al beso, Nerea enterró la cara en la curva de su cuello y aspiró el aroma masculino de su piel. Lo había echado tanto de menos…

—Esa hija de puta me las va a pagar —susurró contra la piel de Mauro.

Eduardo intervino:

—Podrías interponer una demanda por delito de falsa denuncia —le comunicó a Mauro.

—No, no quiero hacerlo.

Nerea se distanció de él, pero sin romper el abrazo. Alzó los ojos para mirarlo.

—¿Por qué no? Se merece pasar una noche entera en el calabozo como la has pasado tú.

—No quiero volver a pisar un juzgado nunca más. No es una experiencia

bonita —alegó él.

—Me importa una mierda. Esa cabrona se merece pagar por lo que te ha hecho —se enfadó ella.

—¿No te das cuenta de que si lo hacemos investigarán y descubrirán que fuiste tú quien la golpeó con la bolsa de deporte? —le hizo ver Mauro—. ¿Quieres que te detengan? ¿Quieres pasar una noche en el calabozo y ser juzgada? ¿Eso quieres? Porque yo no. No quiero que te pase nada malo. —Volvió a abrazarla con fuerza—. Quítate esa idea de la cabeza. Es mejor que pasemos página y olvidemos el asunto.



CAPÍTULO 15

Cuando llegaron al barco, Mauro se dio una buena ducha. Ella se sentó en la tapa del váter y sonrió al ver en el espejo el corazón dibujado con las iniciales de ellos.

Desvió la mirada al escuchar que Mauro le hablaba.

—El señor De la Torre me dijo que tus padres no saben nada de esto.

—Así es —le confirmó mientras contemplaba cómo el agua resbalaba por el magnífico cuerpo de su novio.

—No quiero que lo sepan. Pensarían mal de mí, a pesar de que soy inocente, y puede que nos prohibieran tener una relación —comentó, preocupado, mientras se enjabonaba los pectorales y las axilas.

—No se van a enterar, no te rayes. Y, en el caso de que lo supieran, no te juzgarían. Mis padres siempre dicen que no puedes juzgar a nadie sin pruebas.

Mauro suspiró.

—Habías quedado con tu madre que hoy pasaríamos a conocerlos, que le mandarías un mensaje o la llamarías antes de ir —le recordó a Nerea.

—No te preocupes por eso ahora. Mientras esperaba a que salieras del juzgado, le he enviado un wasap contándole que esta mañana al levantarte te sentías mal, has vomitado varias veces y te encontrabas mareado y he pedido un taxi para que nos llevara al hospital. Allí te han examinado y el médico de urgencias ha dicho que tenías gastroenteritis, así que me quedaba contigo hasta que te recuperases —le explicó la mentira que le había soltado a su madre.

—Te va a crecer la nariz más que a Pinocho —la riñó él con cariño, al mismo tiempo que cerraba el grifo de la ducha.

Abrió la mampara y cogió una toalla para secarse mientras Nerea se lo comía con los ojos. La joven emitió un suspiro de deseo y Mauro, al oírlo, sonrió.

—¿Por qué tienes que estar tan jodidamente bueno?

Él soltó una varonil carcajada y luego clavó sus ojos negros en los aguamarina de ella.

—Levántate y apoya las manos en el lavabo mirando al espejo —le ordenó Mauro. Nerea corrió a cumplir su orden. Las trenzas de boxeadora que llevaba a cada lado de la cabeza cayeron hacia delante, llegándole hasta los senos.

El joven se colocó detrás de ella todavía desnudo y la miró a los ojos reflejados en el espejo.

Le desabrochó los pantalones y los deslizó por las piernas junto con las braguitas de seda negra, dejando las prendas a la altura de los tobillos. Recorrió con dedos codiciosos sus muslos y su culo hasta que metió un dedo en su vagina. La penetró lentamente y volvió a sacarlo. Repitió la acción mientras repartía besos por toda su espalda, los hombros y la nuca.

Nerea sentía con cada roce cómo un calor exquisito se expandía por todo su cuerpo. Se concentró en el rostro de Mauro, en sus ojos, que aún seguían observándola en el espejo. Se mordió el labio inferior y, después de soltarlo, emitió un jadeo.

Mauro aceleró el ritmo de las embestidas de su dedo y añadió otro más para el que roce fuera mayor. Con la mano libre empezó a frotarle el clítoris con la intención de catapultarla al orgasmo. La imagen que les devolvía el espejo era tan erótica que hizo aumentar la temperatura de sus cuerpos, como si tuvieran fiebre.

Al mismo tiempo que él seguía jugando con su sexo, por fuera y por dentro, Nerea sintió una descarga de placer que la recorrió entera, llevando la felicidad a cada una de sus células.

Gritó en medio del éxtasis incontrolable que estaba viviendo.

Mauro notó que las piernas de Nerea fallaban y, con rapidez, la sujetó por la cintura para evitar que se desplomara en el suelo del pequeño baño.

La cogió en brazos y se fue con ella hasta la cama para tumbarla allí hasta que se recuperase del potente clímax.

—Mauro —musitó ella, observando su miembro erecto—. Hazme el amor.

Él no lo dudó, agarró un condón y se lo puso. Nerea separó los muslos para que su chico hiciera lo que ella le había pedido.

***

Media hora después, aún estaban en la cama cuando sonó el móvil de Mauro.

—Es mi padre. —Se puso un dedo en los labios para indicarle a Nerea que permaneciera en silencio.

Contestó al teléfono.

—Hola, papá. ¿Qué tal estás?

—Bien, hijo. ¿Y tú? Hace días que no sé nada de ti. Ya no vienes a pasear conmigo por la playa.

—Es que he estado muy ocupado. Perdóname, debería haberte avisado —se disculpó Mauro.

—¿Mucho trabajo? ¿O es que te ha retenido esa chica misteriosa con la que has empezado a salir?

Nerea, a su lado, escuchaba la conversación. Al oír lo de «chica misteriosa» alzó las cejas.

—Un poco de las dos cosas —se rio el joven.

—Me alegro, hijo. ¿Cuándo me la vas a presentar formalmente?

—Todavía es pronto —replicó—. Ten un poco de paciencia.

—De acuerdo —suspiró Santiago—. Oye, ¿quedamos mañana para pasear por la playa o te viene mejor que comamos juntos?

Mauro pensó unos instantes.

—Me viene mejor comer contigo. ¿A las dos y media en el sitio de siempre?

—Vale. Nos vemos mañana.

—Adiós, papá.

—Adiós, hijo. Te quiero.

—Yo también te quiero, papá.

Cuando cortó la llamada, miró a Nerea.

—Tu padre quiere conocerme —sonrió, divertida—. ¡Pero si ya me conoce! Aunque no sabe que tenemos una relación.

Mauro asintió con la cabeza.

—Tengo que ir preparando el terreno para el día que tenga que presentarte oficialmente como mi novia.

—¿Crees que me aceptará? Con todo lo que le dije y lo mal que me he portado con él… —Hizo una mueca.

—Pues no estoy seguro —dudó—. ¿Sabes qué me dijo de ti la última vez que hablamos de sus alumnos? —Nerea puso atención a las palabras que iba a pronunciar su chico—. Que eras el anticristo, un demonio.

Ella torció el gesto.

—No me extraña que piense así —alegó—. Reconozco que muchas veces mi comportamiento en clase no ha sido el adecuado. Le he faltado el respeto y he sido borde con él bastante a menudo.

—Por eso, cuando empiece el nuevo curso y vuelvas a tenerlo de profesor, tienes que ser la alumna más buena de su clase.

—Sabes que me cuesta obedecer.

—Pues trabajaremos durante todo el verano en eso para que, cuando llegue septiembre, estés lista. Sé qué puedes hacerlo. Ayer en el cáterin lo hiciste muy bien.

—Ya… Excepto cuando le eché el café y la leche calientes en los huevos al capullo del sesentón —recordó Nerea.

Mauro rodeó su cintura con un brazo y la puso de lado para pegar la espalda femenina a su torso.

—Lo hiciste para defenderte —susurró—. Y, a mi parecer, estuvo bien. Nadie debería permitir que lo toquen sin su permiso.

La besó en el pelo y después, en la oreja.

—Tengo que ir a la oficina. ¿Te quedas aquí o vienes conmigo? —le comentó Mauro.

—¿Vas a ir con la Vespa?

—Claro. Ya que la tengo, deberé usarla, ¿no crees?

—Pues entonces me apunto. Me ducho en dos minutos y nos vamos.

Saltó de la cama y se metió en el cuarto de baño.

Cuando estuvo lista, se dirigieron hacia el *parking* y montaron en la Vespa después de ponerse los cascos. Nerea se abrazó con fuerza al cuerpo de Mauro y pegó sus muslos a los de él.

Pasaron casi todo el día en la oficina. El tema de la denuncia, pasar una noche en el calabozo y al día siguiente en los juzgados, había retrasado bastante el trabajo.

Mauro le explicó cómo funcionaba todo en su empresa y ella tomó buena nota de las enseñanzas de su chico por si acaso, en un futuro, tenía que hacer labores de secretaria.

***

Al día siguiente, por la mañana, Estíbaliz llamó a su hija para interesarse por el estado de salud de su novio. Nerea le contó que estaba mucho mejor.

—Entonces, ¿podemos quedar para comer y conocerlo? —propuso su madre.

—¿Por qué no lo dejamos para mañana, que estará recuperado del todo? —replicó Nerea.

—De acuerdo, cariño. ¿Cuándo vas a venir a casa? Tu padre y yo estamos deseando verte.

—Comeré con vosotros. Mauro ya puede valerse por sí mismo, así que no me necesita —se comprometió, ya que su chico había quedado para almorzar con su padre y ella se quedaba sola.

***

Santiago vio llegar a su hijo Mauro en una Vespa *vintage* preciosa. Los colores crema y rojo brillaban bajo el sol del mediodía. Admiró sus líneas elegantes mientras el joven la aparcaba al lado de la acera. Cuando se quitó el casco, Santiago le comentó:

—Por fin te has comprado la moto. Es muy bonita, hijo.

—Me la ha regalado mi novia —confesó, alegre.

—Ah… Pues qué detalle por su parte. Tendrá un buen trabajo, porque esas Vespas *vintage* no son nada baratas.

—Tenía dinero ahorrado y ha decidido regalármela —mintió él.

Le dolía en el alma engañar a su padre, pero aún era pronto para contarle lo de Nerea.

—¿En qué trabaja? Porque es difícil ahorrar algo en los tiempos que corren. Supongo que ganará un buen sueldo —indagó Santiago.

Mauro abrió la puerta del bar donde iban a comer y dejó a su padre pasar primero.

—Trabaja en la industria del cine —dijo sin entrar en más detalles.

Se acomodaron en la misma mesa de siempre y el camarero les dejó el menú. Antes de que se marchara, ellos le pidieron agua para los dos.

—Entonces, trabaja en el cine —comentó Santiago, dándole pie a su hijo para que continuase hablándole de su nueva novia.

—Sí —respondió Mauro, escueto, mirando el menú—. Ya sé lo que voy a comer. ¿Te has decidido ya, papá?

—Todavía no. Espera un momento que lea todos los platos que hay. Mientras, cuéntame en qué consiste el trabajo de tu novia. ¿No será actriz?

—No, no es actriz.

Mauro rememoró cuando Nerea le gastó la broma de que quería ser actriz porno y sonrió.

—¿Entonces? —lo alentó a continuar su padre.

—Entonces, si no dejas de hablar y eliges ya lo que vas a comer, nos darán las uvas de Fin de Año —pronunció echando balones fuera.

—Ya voy. Pero sigue contándome cosas de tu chica. ¿Cómo se llama? Todavía no me has dicho el nombre.

Mauro tragó saliva.

—Nuria, se llama Nuria.

Santiago pensó un momento.

—No conozco a ninguna Nuria —señaló—. Me dijiste que la conocía en persona.

—Papá, céntrate en el menú y elige ya lo que vas a comer porque quiero que venga el camarero para pedirle mi comida. Me muero de hambre.

Su padre lo miró serio.

—Hay algo que no me quieres contar sobre esa chica —añadió.

—Es que prefiero no darte muchos detalles para que no te hagas ilusiones por si acaso sale mal. Empezamos nuestra relación hace pocas semanas —se excusó él, diciéndole la verdad a medias.

El camarero regresó a la mesa para servirles el agua y pedirles la comanda. Tras apuntarse los platos que querían cada uno, se retiró.

—Pues, si se ha gastado un montón de dinero en una moto cara, estará muy enamorada de ti, a pesar de que lleváis poco tiempo juntos —insistió Santiago.

Mauro cerró los ojos y respiró profundamente.

Cuando los abrió, centró su mirada en el rostro de su padre.

—¿No vas a dejarme en paz?

—Es que siempre me lo has contado todo y ahora no entiendo por qué no. El otro día, cuando me contaste que tenías novia, te vi muy ilusionado. Parecías feliz. Solo quiero saber algo más sobre la causante de esa felicidad.

El joven asintió.

—Está bien. Te voy a contar algo sobre ella, pero no quiero que digas nada. Solo escucha y ya está, ¿vale? —cedió.

El camarero llegó con una bandeja. Puso en el centro de la mesa la ensalada que iban a compartir padre e hijo. A continuación, les sirvió el primer plato. Les deseó buen provecho y se marchó.

—Es alegre, divertida, inteligente, cariñosa y me hace reír mucho. Tiene buena conversación. Me encanta hablar con ella durante horas. Es ingeniosa y un poco borde a veces.

«Y en la cama es puro fuego», pensó, pero se abstuvo de comentarlo.

—¿Cuántos años tiene? —quiso saber Santiago.

—Es bastante más joven que yo.

Su padre lo miró con una ceja arqueada.

—No es menor de edad, si es lo que te preocupa —se apresuró a aclararle.

—Bien. Entonces, ¿qué edad tiene?

—Dieciocho —murmuró.

Santiago se quedó pensativo unos instantes.

—Dieciocho. ¿Y ya está trabajando? ¿Qué estudios tiene? Porque para trabajar en la industria del cine y ganar tanto dinero para regalarte una moto tan cara… —Dejó la frase en el aire.

—Papá, ¿recuerdas que te he dicho que solo tenías que escuchar lo que iba a contarte? Pues no lo estás haciendo.

—¿Cómo que no? Estoy escuchando todo lo que me cuentas sobre esa chica, la tal Nuria. Pero hay algo que no me quieres contar. Escondes un secreto, lo sé.

Noto que hay algo que te preocupa.

Mauro emitió un largo suspiro. Bajó la mirada hacia su plato pensando en qué decir a continuación. Cuando lo decidió, alzó la vista para centrarla en los ojos de su padre.

—Angélica…

Le contó a su padre que su exnovia lo había llamado varias veces, pero que él siempre le colgaba el teléfono. También le contó que fue a verlo a la oficina y que él la echó de allí. Omitió el detalle del golpetazo que le dio Nerea con la bolsa de deporte. Era mejor que no lo supiera nadie. No quería que ella se viera involucrada todavía más en esto. Habían tenido suerte porque Angélica no había comentado nada de la intervención de Nerea, pero no las tenía todas consigo porque, si había sido capaz de poner una denuncia falsa contra él, qué no haría contra Nerea ahora que él había sido absuelto.

Le contó todo lo que sucedió a continuación: la policía fue a buscarlo, lo llevaron a comisaría, pasó la noche en el calabozo y el resto, hasta quedar libre.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó Santiago, enfadado.

—No quería preocuparte. Además, Nerea llamó al abogado de su familia y…

—¿Has dicho Nerea? Pero ¿tu novia no se llamaba Nuria? —se extrañó su padre.

—Eh, sí, sí, perdona, me he equivocado de nombre —replicó Mauro, tenso.

Santiago puso una cara de «a otro perro con ese hueso» y le advirtió:

—No me mientas. Según me has contado, estás muy enamorado de tu nueva novia, ¿y te confundes de nombre?

—Oye, papá, no he venido aquí para discutir contigo. ¿Por qué no dejamos el tema de mi novia y de mi ex y terminamos de comer tranquilamente?

—¿Por qué no me dices la verdad sobre esa chica con la que sales? —lo instigó.

Mauro resopló.

—Porque no te va a gustar quién es.

—¿Por qué?

—Porque es una chica que no te cae bien y, cuando sepas quién es, no querrás que tenga relación con ella.

Santiago pensó un momento. Mauro había dicho el nombre de Nerea.

Una lucecita se encendió en su cabeza al unir Nerea a «es una chica que no te cae bien».

Entonces se produjo la explosión.

—¿Tu novia es Nerea Garamendi? ¿Mi peor alumna? —masculló mordiendo la palabras, intentando controlarse para no dar un espectáculo en el bar lleno de clientes.

—Papá, tranquilízate, por favor. No es una chica tan mala como crees. Cuando la conoces bien…

—¡Esa chica es el anticristo, por Dios! —exclamó su padre, indignado.

—Me contó las cosas tan horribles que te dijo cuando la expulsaron del instituto y está muy arrepentida —intentó defenderla—. Me ha prometido que, cuando te vea, te pedirá perdón y que el próximo curso se comportará adecuadamente.

—¿Y tú la has creído? Pensaba que, después de lo de Angélica, no dejarías que te engañasen otra vez tan fácilmente.

—Dale una oportunidad, por favor —le pidió Mauro.

—No quiero que vuelvas a verla. Es una niñata rica y caprichosa. Maleducada, irresponsable y prepotente. Además de mala estudiante y perezosa. Te llevará por el mal camino, hijo. Aléjate de ella antes de que eso ocurra —le aconsejó.

—No tengo cinco años para que me digas con quién puedo relacionarme y con quién no —rebatió Mauro.

A Santiago, aquella respuesta de su hijo le sentó como una patada en el estómago.

—¿Estás con ella por su dinero?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso? Sabes que no soy avaricioso ni egoísta —repuso.

—Entonces, debe ser muy buena en la cama —señaló su padre.

Mauro apretó la mandíbula.

—Eso ha estado fuera de lugar.

—Hijo, entiendo que tienes tus necesidades sexuales…

—No sigas hablando de ella como si la usara para satisfacer mis instintos más bajos. Estoy enamorado de Nerea. Y te guste o no voy a seguir con ella. Además, te estás comportando como Nerea cuando te dijo aquello de que estabas frustrado sexualmente —le recordó—. La expulsaron tres días del instituto. ¿Te echo tres días de mi vida?

Santiago observó a su hijo con una mezcla de enfado y tristeza. También con preocupación, porque estaba relacionándose con alguien que no le convenía. ¿Por qué, con todas las chicas que había en la isla, había tenido que enamorarse de Nerea Garamendi?

Mauro miró a su alrededor. Algunos clientes ya habían terminado de comer y se habían ido del bar. Solo quedaban su mesa y otras dos más alejadas.

A pesar de eso, bajó la voz.

—Papá, cuando murió Jaume, una parte de mí se fue con él. Pero, gracias a Nerea, esa parte ha regresado. Ella hace que me sienta vivo, que tenga ilusión.

Nerea me hace feliz. Es la mujer a la que amo. Es mejor que te vayas acostumbrando porque no voy a romper mi relación con ella. Dale una oportunidad, por favor. Danos una oportunidad como pareja. Seguro que, cuando la conozcas mejor, cambiarás tu opinión sobre ella.

Mauro se calló a la espera de que su padre dijera algo. Con un nudo en el estómago, se mantuvo a la expectativa.

Santiago, por fin, se pronunció sobre el tema.

—Entonces, no vas a renunciar a ella, ¿verdad?

—No —confirmó Mauro con voz clara, manteniendo la mirada de su padre.

El hombre retiró la silla y se levantó.

—Algún día te arrepentirás y, cuando eso ocurra, no vengas a buscarme —sentenció.

Salió del bar antes de que Mauro pudiese detenerlo.

El joven también se alzó de la silla que había ocupado, dejó el importe de los dos menús sobre la mesa y salió corriendo tras su padre.

El camarero, que había contemplado la escena, esperó unos minutos para ver si volvían, pero, al comprobar que esto no iba a ocurrir, agarró el dinero y recogió la mesa.

***

Una vez en la calle, Mauro corrió detrás de su padre. Lo alcanzó enseguida y se colocó delante de él para impedirle que continuase su camino.

—Papá, no vamos a pelearnos por una chica como si fuéramos dos adolescentes disputándose un ligue.

—Mauro, ¿cuánto tiempo llevas con Nerea? ¿Dos semanas? ¿Tres? ¿Un mes? Y en este tiempo ella te ha hecho cambiar. Te has vuelto mentiroso y desobediente.

El joven abrió los ojos como platos.

—No te he mentido. Simplemente no te he contado todos los detalles, pero eso no es mentir.

—Lo que tú digas, hijo.

—Papá, sabía que te iba a sentar mal cuando supieras que tengo una relación con ella. Por eso no te lo he dicho antes. Quería allanar el camino primero.

—Pues lo has hecho genial, Mauro —ironizó.

El joven pasó por alto ese comentario.

—Además, no soy un perro que tenga que obedecerte en todo. Tengo veintiséis años, por el amor de Dios. Ya soy adulto para tomar mis propias decisiones sin tener que recurrir a mi papá.

Santiago lo miró con pena.

—¿Vas a renunciar a esa chica? —repitió la pregunta.

—No. Con ella soy feliz. De verdad, papá. ¿Por qué no puedes darle una oportunidad a Nerea? La gente se equivoca continuamente. Hay personas que dicen cosas en los momentos más inoportunos. Está muy arrepentida por lo que pasó y tiene la intención de disculparse contigo en cuanto te vea. Es una buena chica. Rebelde e impulsiva, sí. Pero estoy seguro de que cuando la conozcas mejor, en un ambiente más familiar, más cercano, cambiarás tu opinión sobre ella. Dale una oportunidad, por favor.

Santiago no contestó de inmediato. Se tomó su tiempo antes de volver a hablar.

—No estoy dispuesto a perder a mi hijo por una niñata caprichosa —dijo—. Le daré una oportunidad, si eso es lo que quieres. Pero a la mínima falta de respeto que tenga conmigo o con cualquier otra persona…

—Gracias, papá —lo interrumpió, abrazándolo con fuerza—. No te arrepentirás. Te lo prometo.



CAPÍTULO 16

Mauro regresó a la oficina, contento por haber solucionado las cosas con su padre y aliviado por haberle contado la verdad sobre su relación con Nerea. Estaba muy ilusionado con esa nueva situación. Tenía ganas de contárselo a su novia y deseaba que todo fuese bien entre las dos personas que más quería en su vida.

Pero toda la alegría que sentía se vino abajo al descubrir que el ventanal de su oficina estaba completamente roto. La acera estaba cubierta de cristales, al igual que el suelo de la oficina. En el interior, pudo ver dos piedras de gran tamaño. Con toda seguridad, habrían sido las causantes del estropicio.

Se preguntó si lo habrían hecho para robarle, aunque no tenía nada de valor allí, excepto el ordenador y la impresora. No tenía dinero en efectivo ni tarjetas bancarias. Eso lo llevaba siempre consigo.

Inmediatamente, sacó el móvil y buscó en los contactos el número de la compañía aseguradora para informarles. Cuando terminó de hablar con la chica que le atendió, hizo fotos desde el exterior y las envió al número que le dio esta empleada.

Entró en la oficina con cuidado para no pisar los cristales esparcidos por el suelo y comprobó que no le faltase nada.

El ordenador estaba en su sitio. La impresora también.

Seguro que algún gamberro había lanzado las piedras para divertirse un rato destrozando el escaparate de su empresa.

—Hola, Mauro.

Levantó los ojos y se encontró con la panadera. La mujer estaba al otro lado del ventanal roto, en el exterior.

—Hola, Candela.

—Menudo estropicio —comentó ella.

—Sí.

—He visto quién lo ha hecho —declaró—. Era una mujer con una sudadera azul marino con capucha y pantalón vaquero del mismo color. Llevaba la capucha puesta, así que no le he visto la cara, pero sí le he visto un largo mechón de pelo negro que salía de la capucha. Si hubieras llegado diez minutos antes, la hubieses pillado *in fraganti*. He avisado a la policía y les he dicho que estaban robando en la oficina de enfrente de mi panadería. No creo que tarden mucho en llegar —le explicó de carrerilla.

—Gracias, Candela.

—Me he fijado en ella porque me ha parecido raro que, con el bochorno que hace hoy, fuera tan abrigada. Cuando he visto que tiraba la primera piedra, he cogido el móvil para grabarlo, pero no he llegado a tiempo. Solo he grabado su huida.

Candela le mostró el vídeo en su teléfono. Tan solo había once segundos grabados y en él se veía a la mujer por detrás, corriendo hacia el final de la calle y se perdía al doblar la esquina.

Sin embargo, Mauro reconoció la manera de correr de su exnovia.

Justo en ese momento, llegó un coche patrulla con dos policías dentro.

Se bajaron del coche y se acercaron para hablar con Mauro y la panadera.

***

Mientras el carpintero de la compañía aseguradora colocaba paneles de madera grandes para tapar el hueco del ventanal —tardarían unos días en llevarse el cristal porque el cristalero debía serigrafiar el nombre de la empresa con el logotipo—, Mauro llamó a su padre y le contó el incidente. Estaba seguro de que había sido Angélica como venganza por quedar absuelto de los cargos que se le habían imputado. Santiago se acercó hasta la oficina para acompañar a su hijo.

El teléfono fijo sonó encima de la mesa. Mauro cogió el aparato inalámbrico y contestó, pero al otro lado no se oyó nada. Colgaron rápidamente.

En ese mismo instante sonó su móvil. En la pantalla vio que era Nerea.

—Hola, Bala Perdida —saludó en un susurro. Se fue al baño para tener intimidad y hablar con ella lejos de oídos indiscretos.

—Hola, Míster Sexo. ¿Qué tal el día sin mí? ¿Me has echado de menos? ¿Qué

tal la comida con tu padre? A mí los míos me han recibido como si hiciera siglos que no me ven y me han hecho un montón de preguntas sobre ti —dijo con voz alegre.

Mauro cerró la puerta y se apoyó contra ella. Le contó cómo había transcurrido el almuerzo con Santiago, que ya le había revelado la verdad sobre quién era su novia y el posterior enfado. Pero que luego se habían reconciliado y su padre había decidido darle una oportunidad a su relación.

—Así que ya sabes, pórtate bien porque no quiero tener que elegir entre mi padre y tú.

—No te preocupes. Seré la mejor persona del mundo. ¿Podemos vernos esta noche?

—Verás, tengo que contarte otra cosa.

A continuación, le comentó la rotura del ventanal y el resto.

—¡Hija de puta! —soltó Nerea cuando él le dijo que sospechaba de Angélica.

—Solo tenemos el vídeo que ha grabado la panadera, en el que se ve a una mujer corriendo. Pero, por la forma de hacerlo, juraría que ha sido ella. Además, tiene un motivo: la venganza. Candela ha sido testigo de todo y así se lo ha dicho a los policías que han venido.

—Enseguida pillo un taxi y voy para allá.

—No hace falta que vengas. El carpintero ya está terminando su trabajo y nos iremos todos.

—Vale. Pues nos vemos en tu barco. Puedo pedir comida china o unas hamburguesas. ¿Qué te apetece? —le propuso.

—Lo que tú quieras.

—De acuerdo. ¿Sobre qué hora estarás en nuestro nidito de amor?

Mauro soltó una carcajada al escuchar cómo había denominado Nerea a su barco.

—Calculo que sobre las diez o diez y media, como muy tarde —dijo cuando terminó de reírse, pero con la sonrisa aún pegada a los labios.

—Vale. Pues nos vemos a esa hora. Hasta luego, amor.

—Hasta luego, cariño.

Cortó la comunicación y se quedó unos segundos más en el interior del baño pensando en Nerea. Era la primera vez que la llamaba «cariño» y le había sonado muy bien. Igual de bien que cuando ella le había dicho «amor» o «Míster Sexo».

Se imaginó a Nerea, al otro lado de la línea, sonriendo al oír el calificativo.

Salió de baño y casi se chocó con su padre.

—¿Estabas hablando con ella? —quiso saber Santiago.

—¿Estabas escuchando con la oreja pegada a la puerta? No sabía que eras tan

cotilla.

—¿Va a venir aquí?

—No. Cuando le he contado lo de la rotura del cristal, ha querido venir, pero le he dicho que estábamos acabando y que era mejor que nos viésemos en mi barco. Cenaremos allí.

Santiago asintió moviendo la cabeza con lentitud.

—Ten cuidado con esa chica —le advirtió, preocupado—. La gente como ella se encapricha de las personas y, cuando se cansan, les dan una patada en el trasero.

—Papá, me has dicho este mediodía que le ibas a dar una oportunidad. No seas gafe, por favor.

—Hijo, es que no termino de fiarme de Nerea Garamendi.

—No hace falta que digas su nombre junto con el apellido —comentó, jocoso.

Pero a Santiago no le hizo gracia.

Colocó una mano sobre el hombro de Mauro y se lo apretó.

—Ten cuidado. No quiero que te hagan daño otra vez. Mañana nos vemos. Te espero en la playa a primera hora para dar un paseo y hablar.

Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Mauro hizo lo mismo con él.

Se despidieron y Santiago se marchó.

Mauro se quedó un rato más hasta que el carpintero terminó su tarea.

***

Nerea se duchó con rapidez y, cuando tuvo la piel seca, extendió una crema hidratante con aroma a vainilla por todo su cuerpo. Se desenredó el pelo y se vistió con una minifalda color cereza con un poco de vuelo y un top blanco, con el que mostraba el ombligo. Se calzó los pies con unas sandalias de tiras blancas con cuña de esparto y cogió un bolsito del mismo tono, en el que metió el móvil, las llaves de casa, dinero en efectivo, un par de tarjetas bancarias, su documentación y alguna cosa más.

Regresó al baño y puso brillo en los labios. Repasó su indumentaria en el espejo y se dijo a sí misma que estaba muy buena, que era la tía más sexi de toda la isla, incluso de toda España y parte de Europa. Con la autoestima por las nubes, salió del baño y de su habitación.

Cuando llegó al final de las escaleras, se dirigió hacia el jardín, donde estaban sus padres y su hermana con Estela.

—He quedado a cenar con Mauro. No me esperéis levantados.

—A la una en casa —le ordenó su padre.

Nerea abrió la boca para protestar, pero su madre no le dejó hablar.

—¿Le has dicho ya que mañana está invitado a comer en casa para conocerlo? —quiso saber Estíbaliz.

—No, se lo diré esta noche. —Miró a su padre y añadió—. Ya tengo dieciocho años. No tengo que llegar a casa a la una. Confórmate con saber que vendré a dormir.

—Mi casa, mis reglas. Mientras vivas con nosotros, las cumplirás —replicó Míkel.

—Vale —bufó, dándose la vuelta y despidiéndose con la mano de todos.

Sus padres se miraron sorprendidos porque ella había aceptado tan pronto y, además, sin discusión de ningún tipo.

—Ese chico la está cambiando para bien —comentó su hermana—. Parece que con él está madurando. Ya no es tan alocada como ha sido siempre. Incluso diría que se está volviendo responsable.

Míkel y Estíbaliz le dieron la razón a su hija mayor.

Mientras Nerea esperaba al taxi, pidió *online* un par de hamburguesas con queso y beicon, patatas fritas *deluxe*, dos refrescos de cola y un par de helados de nata con *topping* de chocolate y sirope de fresa.

Cuando terminó de hacer el pedido, le llegó un wasap de Amaia.

Te recomiendo que pases de la cena y vayas directamente al postre. Tienes poco tiempo para follarte a tu chico.

Nerea soltó una carcajada al tiempo que llegaba el taxi. Abrió la puerta y se montó en él. Tras darle la dirección al conductor, respondió al mensaje de su hermana.

Necesitamos energía para la maratón sexual que nos espera y la energía se obtiene de los alimentos. Estuve atenta en clase de biología cuando dieron ese tema. ;)

Amaia le mandó otro wasap con emoticonos de llamas de fuego y, a continuación, un *gif* de una chica riéndose a carcajadas. Luego escribió que disfrutase del tiempo con su chico y que recordase que a la una tenía que estar en casa.

Nerea puso un emoticono de un pulgar hacia arriba, salió de la aplicación y guardó el móvil en el bolsito.

***

Mauro llegó a las diez y media.

En la cubierta del barco estaba Nerea, que había dispuesto todo como si se tratase de un pícnic.

Se la comió con la mirada mientras ella se mantenía de pie con una magnífica

sonrisa en los labios y los ojos brillando de ilusión.

—No llevas sujetador —dijo, mirando cómo sus tetas se marcaban contra la tela del top blanco que llevaba, con los pezones ya duros.

—Tampoco llevo bragas —le confió ella con voz sensual.

—Te dije que no podías ir así por la calle, excitando a todo el mundo. ¿Tus padres te han dejado salir así de casa?

—Me he quitado la ropa interior cuando he llegado aquí. —Se acercó a él y se colgó de su cuello para besarlo.

Mauro la abrazó como si quisiera meterse dentro de ella. Pero se controló. Ya tendrían tiempo después de cenar para hacer el amor.

—Antes de que se me olvide —comentó ella, despegándose de su boca unos centímetros—, me ha dicho mi madre que mañana te esperan a comer para conocerte.

—Bien. ¿A qué hora tengo que estar en tu casa?

—Sobre las dos y media o las tres.

—De acuerdo. ¿Tengo que ir vestido de alguna manera especial o…?

—No, lleva ropa cómoda, deportiva. No es una gala de entrega de premios ni una fiesta o evento al que haya que asistir de etiqueta. Sé tú mismo.

—Vale.

Mauro volvió a besar a Nerea unos segundos más.

Ella, otra vez, se despegó de su boca para hablarle.

—Tengo que estar a la una en casa. Normas de mi padre.

—Me parece bien. Hoy quiero acostarme pronto. Mañana he quedado con mi padre a primera hora para dar un paseo por la playa.

—Entonces —Nerea se mordió el labio. Luego lo soltó poco a poco. Mauro se calentó todavía más de lo que ya estaba—, ¿pasamos de la cena y vamos directamente al postre?

Él meditó un momento.

—Te propongo otra cosa: echamos un polvo rápido, cenamos y después te hago el amor hasta que tengas que irte a casa.

—Acepto con una condición —respondió ella.

Mauro arqueó una ceja a la espera de su petición.

—Que lo hagamos aquí, en cubierta.

El joven empezó a mover la cabeza, negándose.

Ella insistió.

—Venga, será muy fácil. Te sientas y yo me subo a tu regazo. No llevo bragas y estoy cachonda. Además, no hay por aquí nadie que pueda vernos y ya ha oscurecido —le pidió mientras rozaba su pubis contra la erección de él—. Di que sí, por favor —susurró en su oreja, con el deseo impregnado en cada una de sus

palabras.

Al sentir el aliento de Nerea rozando la piel de su oreja, el miembro de Mauro se endureció más todavía. Estaba a punto de perder el control. La idea que le había propuesto ella era morbosa y excitante, aunque peligrosa. A pesar de que no había nadie por allí cerca, estaban las cámaras de seguridad del club náutico. No deseaba que los grabasen.

—Hay cámaras de vigilancia…

—No me importa.

—A mí sí.

—Vamos —insistió Nerea—. No me voy a desnudar. Ni siquiera tendré que quitarme la falda.

Puso las manos en sus hombros y lo obligó a sentarse.

—No tengo condones aquí. Déjame bajar a por uno.

—Empecé a tomar la píldora cuando nos reencontramos porque sabía que llegaría el día en que querría hacerlo a pelo contigo. Solo tenía que convencerte.

—No quiero correr riesgos —murmuró mientras Nerea manipulaba su pantalón.

—Yo tampoco, por eso estoy tomando esas pastillas.

Le desabrochó el botón y le bajó la cremallera. Mauro se alzó un poco para que ella deslizase el pantalón y el *slip* hasta sus rodillas.

—Estamos jugando con fuego.

—Pues quemémonos juntos —susurró Nerea mientras se sentaba en su regazo y descendía sobre su erección.

Ninguno se dio cuenta de que, agazapada en la dársena, tras el noray, había una persona espiándolos. La columna corta de hierro dúctil donde estaba amarrado el barco con una gruesa soga le proporcionaba la oportunidad de ver sin ser visto, junto a la oscuridad de la noche y a la escasa luz que daban las pocas farolas que estaban en el aparcamiento.

***

—Guau, ha sido genial —jadeó Nerea con la respiración aún alterada.

—Sí, ha sido espectacular. Nunca lo había hecho así, piel con piel —le correspondió Mauro antes de besarla en los labios. Tras un par de minutos, se despegó de la boca de Nerea y prosiguió—: Pero esta ha sido la primera y la última. No quiero correr riesgos. A veces, la píldora falla, por ejemplo, si estás enferma y tomas algún antibiótico y tal. —Pegó su frente a la de ella—. No me gustaría ser padre tan pronto y tú eres demasiado joven para tener un bebé. Hemos sido unos irresponsables. Debemos tener más cuidado y protegernos.

Volvió a besarla antes de que ella pudiera decir nada. Cuando se distanció de aquella boca que le volvía loco, recorrió con su mirada la cara de su chica.

—Me encantan tus ojos, tus pequitas, tu naricilla, tus labios, la forma de tu boca, el olor a vainilla de tu piel, tu risa, tu voz, la suavidad de tu pelo y de tu piel…

—¡Para! —exclamó Nerea riéndose. Con el dedo pulgar y el índice, pinzó sus labios para silenciarlo—. Están saliendo arcoíris, unicornios y corazones rosas de tu boca —se burló de él.

Mauro comenzó a hacerle cosquillas y ella, a retorcerse. Consiguió que le quitara los dedos que pegaban sus labios.

—¡Para, Mauro, por favor! —le suplicó—. Todavía estás dentro de mí y noto cómo tu semen resbala por…

El joven aprovechó para reclamar su boca otra vez, cortando su comentario.

—Vamos a acabar superpringados —le hizo ver Nerea.

—¿Ahora vienes con remilgos? Si tienes menos delicadeza que una piedra —bromeó.

—Ja, ja. Muy gracioso. Me parto —dijo, inclinándose otra vez sobre su boca para darle un fugaz beso—. Tengo hambre. Necesito lavarme y comer. He pedido hamburguesas…

—Estarán frías ya —comentó él, alzándola de su regazo.

—No importa. Las calentamos en el microondas y ya está. Voy a lavarme rápido.

Nerea desapareció en el interior del barco en décimas de segundo.

Mauro se subió el *slip* y el pantalón y fue tras ella.

Cuando estuvo en el camarote, se quitó las prendas pegajosas por sus fluidos y la camiseta. Se descalzó y se metió en la ducha mientras Nerea se lavaba su zona íntima con una esponja en el lavabo. Había puesto una alfombrilla en el suelo para no mojarlo, a pesar de que se aseguraba bien de escurrir la esponja antes de pasársela por el sexo y el interior de los muslos. Repitió la operación dos o tres veces más.

—¿No sería mejor que te ducharas? —cuestionó él.

—No. Con esto me vale. Tengo hambre y no puedo esperar más. Mientras tú te duchas, calentaré la cena. No tardes mucho o empezaré sin ti —dijo, al tiempo que se secaba con una toalla.

—Tardo dos minutos.

Nerea salió del baño y se puso las bragas. A continuación, comprobó que no tuviera ninguna mancha de semen en la falda. Como vio que no estaba sucia, la dejó encima de la cama. No le importa cenar en bragas y con el top. Estaba segura de que a Mauro tampoco le desagradaría.

Luego sacó las hamburguesas de sus envases y las colocó en dos platos. Hizo lo mismo con las patatas fritas. Calentó los platos uno a uno en lo que Mauro terminaba de ducharse, se secaba y cubría su formidable cuerpo con una camiseta negra sin mangas y el pantalón corto de deporte.

Cuando todo estuvo caliente, salieron al exterior para cenar.

Mientras degustaban las hamburguesas, Mauro no dejaba de observar el regazo de Nerea, sentada en la cubierta al estilo indio. Era una escena muy sensual y erótica ver la entrepierna de su novia cubierta solo por una braguita. Notó cómo su miembro viril cobraba vida.

—Supongo que te gusta lo que estás mirando en este momento —insinuó Nerea—, porque estás comiéndote la hamburguesa como si fuera mi coño y, además, tienes una tienda de campaña en los pantalones. Tu soldadito está preparado para presentar batalla.

Mauro siguió masticando, pero con la mirada le confirmó que había dado en el clavo.

Ella se rio. Cogió una patata del plato y comenzó a chuparla como si le estuviera haciendo una felación.

—Deja de excitarme, por favor —dijo Mauro cuando tragó lo que tenía en la boca—. Cenemos tranquilamente y luego tendremos tiempo de hacer el amor.

—Eres un aburrido —le reprochó riéndose.

—Y tú, una chica muy mala.

—Pues esta chica mala ha terminado de cenar. —Se puso en pie y añadió—: Voy a buscar el postre. Lo dejé en la nevera. Acábate pronto la hamburguesa y cómete el resto de las patatas —le ordenó antes de girarse, y desapareció en el interior del barco.

Regresó pocos minutos después con los dos helados y un par de cucharillas.

Se sentó al lado de Mauro y le entregó el suyo.

—¿Estás nervioso por conocer mañana a mis padres? —le preguntó.

—Sí, un poco —reconoció él.

—No te rayes. Les vas a encantar —dijo, chocando su hombro con el de él.

—Me preocupa que me vean demasiado mayor para ti.

—Solo nos llevamos ocho años. Mis padres se llevan diez. No pueden decirnos nada porque entre ellos también hay una buena diferencia de edad.

—Ah, no lo sabía —respondió Mauro, sorprendido.

—Por eso a mí nunca me ha importado la edad que tenemos —contestó Nerea encogiéndose de hombros.



CAPÍTULO 17

Después de cenar hicieron el amor y a la una Nerea llegó puntual a su casa. Mauro la había llevado en la Vespa. Se despidieron con un dulce y tierno beso junto a la verja de hierro negro del jardín. El chico esperó hasta que ella estuvo dentro de la casa y, cuando se aseguró de que estaba a buen recaudo, encendió el motor de la Vespa y se marchó de allí.

Nerea entró en casa evitando hacer ruido. Todas las luces estaban apagadas. El silencio inundaba el chalet.

Por eso se sobresaltó y dio un grito al oír la voz de su padre.

—Llegas puntual.

—¡Joder, papá! ¡Casi me matas del susto! —dijo llevándose una mano al corazón, que latía con tanta fuerza que Nerea pensó que le rompería las costillas.

—No digas tacos —la regañó Míkel.

—Pues tú no me aceches como si fueras un asesino —protestó ella.

—No estaba acechándote. Solo estaba esperando para ver si cumplías con la hora de llegada. Amaia nos ha contado que, desde que sales con ese chico, te has vuelto un poco más responsable. Quería comprobarlo.

—Tampoco tan responsable, ¿eh? No te hagas ilusiones —soltó.

—Os he visto desde la ventana —comentó su padre.

—¿Estabas espiándonos igual que una vieja cotilla? —se burló.

—Quería saber qué aspecto tiene antes de conocerlo. Menos mal que la calle está bien iluminada.

Nerea comenzó a subir la escalera al lado de su padre.

—Se han pasado con tantas farolas. Cualquier día aterrizará un avión aquí en vez de en el aeropuerto.

Míkel se rio bajito. Le había hecho gracia el comentario de su hija.

Ella sonrió al escuchar la suave risa de su padre. Entrelazó un brazo con el suyo y caminaron hasta su dormitorio.

—Buenas noches, cariño. Qué descanses —se despidió su padre, y le dio un beso en la frente.

—Hasta mañana, papá —respondió Nerea, abrazándolo con fuerza.

***

Por la mañana la llamó Valeria para quedar y salir de fiesta esa noche.

—También he llamado a Ari y me ha dicho que sí, pero que vendrá con Leo. Así que yo iré con Marc y tú puedes traerte a Mauro —le comentó su amiga.

—¡Un plan de parejas! ¡Me encanta! —aceptó, contenta, Nerea.

—A las doce en la discoteca Dreams.

—Vale. Hasta esta noche.

Se levantó de la cama y se fue directa al baño para ducharse.

Cuando estuvo vestida, bajó a desayunar con su familia.

Dio un beso en la mejilla a sus padres, a su hermana y a Estela, y se sentó en la silla libre que había al lado de su padre.

—Estoy deseando conocer a tu chico —comentó su madre con ilusión.

—No lo agobies, mamá, o lo asustarás —replicó Nerea, extendiendo mermelada sobre su tostada.

—Yo también estoy deseando conocerlo —intervino Míkel—. Por lo que vi anoche, parece un joven muy cariñoso —dijo recordando el beso que había contemplado desde la ventana—. Y tiene una Vespa *vintage* que me gusta mucho.

—Es que Mauro tiene muy buen gusto, por eso está conmigo en vez de con cualquier otra —sonrió, orgullosa.

—Eso es porque no te conocen bien todavía. —Amaia se burló de ella—. No sabe lo cabra loca que eres.

—Sí lo sabe, chica perfecta. —Arrugó la nariz e hizo una mueca con los labios.

—A ver, niñas, no os peleéis —medió Estíbaliz antes de que la cosa fuera a más. Sabía que sus hijas estaban bromeando, pero, a veces, esas bromas acababan en fuertes discusiones, sobre todo, por el mal de genio de Nerea.

—¿A qué hora llegará? —quiso saber Míkel.

—Le dije que estuviera aquí sobre las dos y media o las tres. Pero puedo llamarle y cambiar la hora.

—No, no hace falta. Ese horario está bien.

—Es que trabaja hasta las dos y por la tarde no sé si tendrá que volver a la

oficina —explicó Nerea.

—Amaia nos contó que es el dueño de una empresa de cáterin —comentó su madre.

—Sí. El negocio es suyo y le va muy bien. Tiene muchos clientes. Y treinta empleados, creo.

—Un joven emprendedor. ¡Me gusta! —exclamó Míkel, contento—. Ahora tengo más ganas todavía de conocerlo.

***

Cuando Mauro llegó con la moto, Nerea lo esperaba en la verja de hierro. La abrió para permitirle pasar y el joven condujo la Vespa hasta que llegó a una fuente de mármol blanco, rodeada de macetas con flores de varios colores.

La aparcó y se bajó de ella mientras se quitaba el casco.

—¿Puedo dejarla aquí o la llevo a otro sitio? —le preguntó a su novia observando que, a la izquierda, pegado a un muro, había un tejado y bajo él, varios coches de alta gama.

—Ahí está bien —contestó, antes de darle un beso en los labios. Luego repasó su ropa: un pantalón blanco y una camisa en color azul cielo, con las mangas dobladas hasta los codos—. Estás muy guapo —le piropeó.

—Tú también estás muy guapa —dijo, recorriendo con sus ojos el vestido verde hierba, de tirantes y largo hasta medio muslo, que llevaba Nerea—. Pareces una niña buena, tan modosita, pero a mí no me la das —susurró acercándose a su oreja.

Ella soltó una risa divertida y lo miró con picardía.

—Esta mañana me llamó Valeria para salir de fiesta en pareja. Ari con Leo, ella con Marc y nosotros. Le he dicho que sí. Espero que no te importe que haya aceptado sin consultártelo primero.

—Me parece bien. Mañana no tengo que ir a la oficina hasta las once porque el cristalero no irá hasta esa hora para ponerme la ventana y no tengo nada más que hacer allí, así que podemos salir un rato con tus amigas y sus novios.

—¡Guay!

Nerea agarró a Mauro de la mano y se dirigieron hacia el chalet. Mientras se acercaban a la vivienda, el joven la contempló. Era una casa de dos plantas, toda blanca, porche delantero con cuatro columnas y varias ventanas. Encima del soportal había un balcón. El tejado era de color tierra y las puertas y las ventanas tenían marcos azules.

A ambos lados del chalet había varias palmeras y un muro de más de dos metros de alto que rodeada toda la finca.

—Espera un momento. —Mauro soltó la mano de Nerea y regresó a la moto. Levantó el sillín y sacó una botella de vino y una caja con una orquídea. Volvió con Nerea.

—¿Y eso?

—El vino es para tu padre, espero que le guste. Y la flor es para tu madre. Leí en una revista que le gustan las orquídeas y a tu padre el vino, así que se me ocurrió tener un detalle con los dos.

—¿Tratas de impresionarlos?

Mauro se encogió de hombros.

Ella le sonrió, se acercó a su boca y besó sus labios.

—Tranquilo, Míster Sexo —dijo al notarlo nervioso—. Nadie te va a comer. Bueno, nadie que no sea yo —pronunció riéndose y mirando a su chico con picardía.

Míkel y Estíbaliz salieron a su encuentro cuando la pareja ponía un pie en la sombra que daba el porche.

—Papá, mamá, este es Mauro, mi novio —les presentó con la felicidad saliendo por todos los poros de su piel.

El joven le entregó a Míkel la botella de vino y luego estrechó la mano que el director de cine le tendía. Dirigió su mirada hacia Estíbaliz y le dio la orquídea, que ella cogió encantada. A continuación, se acercó a él y le estampó dos sonoros besos en las mejillas.

—Muchas gracias. Es un bonito detalle por tu parte, pero no era necesario, de verdad —dijo la madre de Nerea.

—Tienes buen gusto para los vinos —mencionó su padre, mirando la etiqueta de la botella. Conocía esa bodega. Sus caldos eran realmente exquisitos.

—Es que me daba apuro presentarme con las manos vacías —pronunció Mauro con un poco de vergüenza.

—Un chico educado y amable —susurró Estíbaliz para sí misma.

—¿Entramos ya? —propuso Nerea, volviendo a agarrar de la mano a su chico.

El *hall* estaba decorado en tonos blancos y dorados, con una mesa en un lateral y encima de esta, un gran espejo con el marco color oro viejo. A cada lado, unos butacones tapizados en color blanco y hojas de parra doradas. A Mauro le parecieron demasiado barrocos esos muebles, aunque reconoció que eran elegantes. Del techo colgaba una enorme lámpara de araña y, al fondo, había una escalera con una balaustrada de mármol.

—Pasemos al salón —señaló Míkel, abriendo unas puertas correderas a su derecha.

Esa estancia no tenía nada que ver con el recibidor. Era mucho más acogedora. El suelo laminado en un tono *beige* imitaba a la madera; dos de las

paredes estaban revestidas de estanterías del suelo al techo, abarrotadas de libros, discos y películas en DVD. Había dos sofás de tres plazas de color melocotón. Una mesa baja, entre medias de los sofás, con varios marcos con fotos familiares, y un televisor de pantalla plana de sesenta y cinco pulgadas —calculó Mauro— y marca Loewe. En la otra parte, unas puertas abiertas daban acceso al jardín.

—También tenemos gimnasio y *spa*, pero luego te lo enseñaremos. Ahora, vamos a comer —comentó Míkel.

Salieron al porche trasero, donde había dispuesta una mesa con seis servicios.

Amaia y Estela estaban sentadas, pero se alzaron en cuanto los vieron llegar.

Nerea presentó a Mauro a su hermana mayor y su novia, y después tomaron asiento. Míkel presidía la mesa. A su derecha estaba Estíbaliz y a continuación, Nerea. A Mauro le indicó el director de cine que se colocara a su izquierda, quedando frente a su mujer. A su lado se sentó Amaia y, seguida de esta, ocupó una silla Estela.

Yolanda, la empleada del servicio doméstico, esperaba en una esquina del porche a que los señores de la casa le dieran la orden para comenzar a servir la comida.

—Yoli, tráeme un sacacorchos, por favor —le pidió Míkel—. Vamos a empezar este vino.

La joven corrió a cumplir el mandato de su jefe.

—Espero que le guste, señor Garamendi —deseó Mauro.

—Por favor, muchacho, tutéame.

—A mí también —dijo Estíbaliz—. Odio que me hablen de usted como si fuera una anciana.

El chico asintió.

La empleada regresó con el descorchador.

Míkel se puso de pie y procedió a sacar el corcho insertado en el cuello de la botella mientras Estíbaliz interrogaba a Mauro.

—¿Cómo conociste a Nerea? Porque ella apenas nos ha contado nada.

Mauro dirigió su vista hacia la chica y la miró con todo el amor que sentía por ella recordando cómo había sido su primer encuentro.

—La conocí a principios de mayo en el yate de su amiga Ari. Luego la vi al día siguiente, en la fiesta que dio la familia Van der Vaart para celebrar la mayoría de edad de su hija.

Estíbaliz hizo memoria.

—Eras tú el chico que tiró Nerea a la piscina —afirmó más que preguntó—. Ahora recuerdo haberte visto allí sirviendo copas y canapés. Espero que Nerea se disculpara por lo que te hizo. —Dirigió una severa mirada a la chica.

Esta puso los ojos en blanco y resopló.

—Sí, se disculpó pocos minutos después. —Mauro sonrió al recordar lo sucedido en la furgoneta.

—¿Qué excusa te puso? —quiso saber Amaia.

—Pues, ahora mismo, no lo recuerdo, pero fue muy convincente y la vi tan arrepentida que no me quedó más remedio que perdonarla.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —preguntó Nerea.

—No —respondieron al mismo tiempo su madre y su hermana.

En ese momento intervino Míkel, que ya había terminado de descorchar la botella de vino.

—¿Te sirvo una copa, Mauro?

—No, gracias, no bebo alcohol.

—¿Fumas? —quiso saber Estíbaliz.

—No, tampoco.

—Ahora te preguntarán si tomas drogas —comentó Nerea con sarcasmo.

—Yo dejé de fumar hace años —declaró Estíbaliz, haciendo caso omiso del comentario de su hija.

Míkel se sentó tras servirle vino a su esposa.

—Yo no he fumado nunca —mencionó el padre de Nerea, oliendo el vino en su copa. Después, tomó un pequeño trago y lo saboreó antes de que descendiera por su garganta—. Exquisito, muy buena elección, muchacho —le felicitó.

—Gracias, señor… Gracias, Míkel —se corrigió.

—Papá, ¿me sirves a mí una copa? —le pidió Nerea.

—No. Tú beberás agua.

—Ya tengo edad para consumir alcohol —bufó ella.

—He dicho que no. Beberás agua como tu hermana y —miró a Mauro, que en ese momento estaba sirviéndose agua de una botella— como tu novio. Estela, ¿quieres un poco? —le ofreció a la pareja de su hija mayor. Esta declinó la invitación y le pidió a Mauro que le pasara la botella cuando terminase de llenar su copa.

Yolanda llegó con un carrito de cocina, en el que había varios platos. Procedió a servir a cada uno el suyo.

Mientras comían, mantuvieron una amena y agradable charla sobre la empresa de cáterin de Mauro, los estudios de Farmacia de Amaia y Estela, y lo mala estudiante que era Nerea.

—Si tratáis de avergonzarme delante de mi novio, no lo vais a conseguir. Ya lo sabe todo sobre mí. Le he contado que tengo repetir segundo de bachillerato porque no me he esforzado lo suficiente este curso. Él me ha hecho prometer que, a partir de ahora, estudiaré más para aprobar todas las asignaturas. Como

Mauro siempre ha sido un excelente estudiante, muy responsable y trabajador, me dará clases particulares en el caso de que tenga algún problema con alguna asignatura.

Mauro miraba embelesado a Nerea mientras ella hablaba. Tenía una sonrisa tonta en la cara y los ojos llenos de amor. Parecía hechizado por las palabras de su novia, por su voz y su belleza.

—Así que no os preocupéis. Esta vez aprobaré todo el curso —finalizó.

Míkel y Estíbaliz intercambiaron una mirada y sonrieron contentos.

Nerea volvió a hablar, cambiando de tema.

—Mauro es un gran admirador vuestro. De hecho, cuando os vio en la fiesta de los Van der Vaart, quiso hacerse una foto con vosotros, pero no os lo pidió porque no quería molestaros —les confesó a sus padres.

Estos miraron al chico, sonriéndole abiertamente.

—Pues eso lo solucionamos enseguida —dijo Míkel.

Sacó su móvil del bolsillo y se lo tendió a Nerea para que ella sacara la foto. Estíbaliz se alzó de su silla y se colocó al otro lado de Mauro, dejando al chico entre su marido y ella. Míkel le pasó un brazo por los hombros y amplió su sonrisa. Estíbaliz entrelazó el brazo de Mauro con el suyo y también puso una espléndida sonrisa.

Nerea enfocó con el móvil al trío y dijo:

—¿Preparados? Tres, dos, uno… ¡Clítoris!

Sus padres estallaron en carcajadas, al igual que Amaia y Estela, aunque ellas no salían en la foto. Mauro abrió los ojos como platos y miró a su novia como si tuviera dos cabezas.

—¿Qué? No me mires así. Sabes que siempre lo digo —se excusó.

—Pero ¿delante de tus padres? —cuestionó él.

—No te preocupes, Mauro, ya estamos acostumbrados a sus salidas de tono —le contó su madre.

—Tengo que repetir la foto porque Mauro ha salido mal, a pesar de lo guapo que es —dijo Nerea.

Cuando estaba a punto de pulsar en el círculo blanco para tomar la instantánea, volvió decir clítoris y todos se rieron.

Antes de devolverle el teléfono a su padre, envió las dos fotos al suyo para pasárselas después a Mauro.

Continuaron hablando sobre cine hasta que terminaron de comer.

Yolanda retiró los platos vacíos y sirvió el café.

Hicieron una pequeña sobremesa y, al acabar, Nerea se levantó de la silla que había estado ocupando todo el tiempo.

—Voy a enseñarle el resto de la casa a Mauro.

Él se puso de pie y se reunió con ella. Nerea lo agarró de la mano y tiró de su novio para meterlo en la casa.

Míkel y Estíbaliz se quedaron observando cómo se alejaba la pareja.

—Parece que el amor que siente ese joven por nuestra hija es sincero y está muy enamorado —comentó el director de cine.

—Lo está, créeme. Sé perfectamente cuándo un hombre mira a una mujer por la que se siente fascinado como si ella fuera la única que hay sobre la faz de la Tierra —respondió la actriz.

***

Nerea atravesó el salón y llegaron al pasillo mientras ella le explicaba que una de las puertas era un baño, la otra daba acceso a la zona donde dormían Tomeu, el chófer, Manuela, la cocinera, y Yolanda, la chica del servicio, y la otra era la cocina.

Entraron en ella y Mauro soltó un silbido de admiración.

—Vaya pasada de cocina. ¡Me encanta! —comentó, observando los electrodomésticos en color acero, que contrastaban con los muebles negros. En el centro de la estancia había una isla con una placa de inducción y, sobre esta, una campana extractora de humos muy moderna. A la izquierda, delante de dos grandes ventanas, había una mesa con varias sillas.

Manuela estaba metiendo en ese momento los platos en el lavavajillas mientras Yolanda recogía la mesa en la que los empleados habían comido y Tomeu bebía café de una taza. Todos saludaron a la pareja y ella le dijo a Mauro sus nombres y qué función tenían cada uno en su casa.

—Si no fuera por Manuela, nos hubiéramos muerto de hambre hace tiempo —declaró Nerea.

La mujer sonrió al escucharla.

—Gracias por la comida —dijo Mauro—. Todos los platos estaban muy buenos.

Manuela amplió su sonrisa y le agradeció el cumplido.

—Entre Manuela y Yolanda se encargan de mantener limpia la casa y Tomeu es el chófer, hace los recados, va a la compra con la lista que le hace Manuela… Dos veces a la semana, viene un jardinero para el mantenimiento del jardín y la piscina, pero hoy no está. Ya te lo presentaré otro día. Bueno, subamos al piso de arriba. Hasta luego —se despidió de los empleados.

Cuando llegaron a la planta superior, Nerea le fue indicando a quién correspondía cada una de las puertas, pero no abrió ninguna.

—Aunque todas las habitaciones tienen un baño incorporado, hay otro al final

del pasillo, por si acaso se estropea alguno de los otros. Pero casi nunca lo usamos. La puerta de la derecha es el cuarto de invitados y la de la izquierda es mi habitación.

Nerea abrió la puerta de madera blanca y se metió dentro con él.

Mauro se quedó en silencio unos instantes observando el cuarto de su chica.

Una de las paredes, donde estaba la cama con cabecero de color crema y colcha en varios tonos degradados que iban desde el morado hasta el lila pasando por el violeta, estaba revestida con papel pintado con buganvillas de colores rosas, blancas y fucsias.

A cada lado de la cama había dos mesas de madera en tono crema, igual que el cabecero, y sobre ellas, dos lamparitas con el capuchón rosado. En una esquina estaba el tocador con el espejo ovalado y, frente a él, una silla tapizada del mismo modo que la pared.

A la derecha de la cama había una gran ventana con cortinas rosadas por la que entraba mucha luz. A la izquierda había una estancia, como una salita, con un sofá de dos plazas, varias estanterías con pocos libros, muchas fotos de Nerea y sus amigas, de sus padres con su hermana y ella en distintos momentos familiares e íntimos. Del techo colgaba un sillón de mimbre con forma de huevo, con varios cojines en su interior de los mismos tonos que la colcha de la cama.

Atravesando esa pequeña zona se accedía a un vestidor lleno de perchas con ropa, un zapatero que iba desde el suelo hasta el techo con zapatos, sandalias, botas y zapatillas de deporte. Al lado había dos estanterías con bolsos de varios tamaños y colores. Debajo de las estanterías había una cajonera, donde Nerea guardaba los bikinis y la lencería.

Al final del vestidor estaba el cuarto de baño, decorado en tonos blancos, morados y rosa palo. Tenía un espejo que iba de lado a lado de la pared, dos lavabos, el váter y una ducha con una mampara transparente. En la otra pared estaban colgadas dos toallas y en el suelo, una gran alfombra para que, cuando la jovencita saliese de la ducha, no se resbalase.

—Bueno, pues esto es todo —dijo Nerea—. ¿Te gusta mi habitación?

—La verdad es que no me la imaginaba así —respondió Mauro con sinceridad.

—¿Así cómo? —quiso saber ella mientras salían del baño.

—Tan ordenada y bonita. Parece el dormitorio de una princesita en vez del de una bala perdida —la pinchó—. Me la imaginaba más revuelta, con ropa y zapatos tirados aquí y allá, con la cama deshecha y en colores más llamativos como el rojo.

—Para que lo sepas, listillo, la decoración la elegí yo. Y lo de que esté ordenada tienes que agradecérselo a Yolanda y Manuela.

—Me gusta el sillón colgante —comentó al pasar por la pequeña salita.

—¿Sabes que tengo una fantasía sexual con ese sillón? —confesó con sensualidad.

—¿Quieres hacer el amor ahí? No creo que soportase el peso de los dos.

—¿Qué tal si lo probamos? Así sabremos si es resistente o no —le propuso ella.

—¿Ahora? ¿Con tu familia y los empleados en casa?

—¿Por qué no? ¿No te excita el morbo de ser descubiertos? Porque a mí sí. Me pone muy caliente —susurró, obligando a Mauro a sentarse en él.

—Nerea, no es buena idea. Si se descuelga, nos pegaremos una buena hostia, además del ruido que debe hacer al romperse la argolla de la que está colgado. Todos lo oirían en la casa y vendrían a ver qué ha pasado. Nos pillarían *in fraganti* y mi aspecto de buen chico se iría a la mierda. Además, dudo que quepamos los dos en él —comentó una vez sentado, abriendo los brazos para dejarle claro a Nerea que allí solo había espacio para una persona.

A pesar de la oposición de Mauro, Nerea se sentó sobre su regazo. La estructura de mimbre crujió y el sillón se balanceó un poco.

—¿Ves cómo no pasa nada, miedica?

—Levántate, anda, que nos lo vamos a cargar. —Agarró con ambas manos la cintura de su novia y la obligó a alzarse.

Ella protestó.

—Eres una aguafiestas.

—Soy un chico responsable que piensa en las consecuencias de sus actos antes de hacerlos.

Nerea puso los ojos en blanco, se dio la vuelta para caminar hacia el sofá y acomodarse en él. Miró a Mauro, de pie, en medio de la salita, y le indicó que se sentara en el sofá junto a ella.

Cuando estuvieron juntos, ella se montó otra vez en su regazo y comenzaron a besarse con pasión.

***

Cuarenta minutos después, la pareja regresó al jardín.

Sus padres aún continuaban haciendo la sobremesa, charlando muy cerca el uno del otro, como si estuvieran contándose confidencias. Amaia y Estela habían desaparecido. Nerea se imaginó que su hermana y su novia estarían en su habitación durmiendo la siesta o echando un polvo.

Salieron del porche trasero sin interrumpir la conversación íntima que tenían Míkel y Estíbaliz y se dirigieron hacia la piscina con forma de riñón. Al lado

había otra pequeña y redonda, que Mauro supuso que sería el *jacuzzi*. En el cuidado césped que rodeaba las dos piscinas había cuatro tumbonas y dos sombrillas. En cada una de las tumbonas había enrollada una toalla con una orquídea sobre ella. Todas las prendas de algodón eran azules como el cielo y las flores blancas.

Al final de la zona de la piscina salía un caminito de piedra que iba a dar a un invernadero, donde Estíbaliz tenía su colección de orquídeas. Nerea le indicó que la casita de madera que estaba a la derecha del recinto acristalado era el gimnasio con *spa*.

—¡Vaya! —exclamó Mauro, asombrado, cuando entraron en el invernadero —. Había leído que la flor preferida de tu madre era esta, por eso le he traído una, pero nunca imaginé que lo fuera tanto.

—Pues ya ves. Mi padre nos ha contado un montón de veces a Amaia y a mí que, cuando nacimos, mi madre quería ponernos de nombre Orquídea, pero él se negó rotundamente. ¡Menos mal!

—¿Cuál es tu flor favorita? —indagó el joven.

—Me gustan los tulipanes, en cualquier color. Así que, ya sabes, el día que tengas que regalarme un ramo de flores —se colgó de su cuello para acercar sus labios y rozarlos—, tienes que hacerlo de tulipanes. —Y lo besó.

Cuando pusieron fin al beso, la pareja regresó al porche, donde aún estaban sus padres hablando.

—Tengo que irme ya —se despidió Mauro—. Muchas gracias por invitarme a comer. Ha sido un placer conocerlos y compartir este día con ustedes.

—¿Recuerdas que debes tutearnos? —comentó Míkel.

—Sí, perdón. Es la costumbre —se disculpó con una sonrisa amable.

—Os acompañamos hasta la puerta de entrada —dijo Estíbaliz.

Una vez en el porche delantero, Mauro y Míkel estrecharon sus manos, Estíbaliz se despidió del chico con dos besos en las mejillas y Nerea lo acompañó hasta la Vespa.

—Me gusta tu moto. Es preciosa —comentó el director de cine.

—Gracias. —El joven amplió su sonrisa.

Nerea se acercó más a él para despedirse con un beso en los labios y los dedos entrelazados en su nuca.

—Recuerda: a las doce en la discoteca Dreams.

—Allí estaré —prometió Mauro.

—No te pongas muy guapo. No quiero pegarme con todas las tías del local que, seguro, te comerán con los ojos.

El joven soltó una pequeña risa mientras se ponía el casco.

—Hasta luego —se despidió de ella, y salió de la finca.

Nerea regresó junto a sus padres, que, desde la entrada al chalet, habían contemplado toda la escena.

—Subo a mi cuarto para dormir un rato la siesta. Esta noche Mauro y yo vamos a salir con Valeria y Ari y con sus chicos.

—¿No quieres saber nuestra opinión sobre tu novio? —preguntó su padre.

—No. Ya la sé. En estos momentos, mamá debe estar planeando nuestra boda. Sé que le ha gustado Mauro por la forma en que lo miraba. Y a ti también te ha gustado. De lo contrario, lo habrías sacado a patadas de la casa en décimas de segundo.

—No soy tan bruto, hija —se quejó Míkel.

—A mí me ha encantado, cariño —agregó Estíbaliz.

Nerea no comentó nada más y subió a su habitación, dejando a sus padres en el *hall*.



CAPÍTULO 18

Nerea se contempló en el espejo. El vestido le quedaba genial. Se ajustaba a su figura marcándosela perfectamente bien. Caminó hacia la estantería donde tenía el libro en el que escondía la bolsita de pastillas y sacó una. Regresó al baño y llenó un vaso de agua. Se tragó la pastilla al mismo tiempo que el líquido bajaba por su garganta. Hacía días que no tomaba ninguna porque solo las ingería cuando tenía una fiesta *rave* o para ir a una discoteca, como esa noche. Necesitaba sentir la euforia y la adrenalina que le daba esa pastillita rosa con un corazoncito acuñado en el centro.

Miró en la aplicación de taxis y vio que en dos minutos llegaría el que había pedido.

Cogió el bolsito, se lo colgó en bandolera y salió de su cuarto.

Al llegar al *hall*, se dirigió hacia el salón para despedirse de sus padres.

—A las tres en casa —le ordenó Míkel.

—¿No puedo llegar un poco más tarde? Voy a estar con Mauro y con mis amigas.

—De acuerdo. A las tres y un minuto —se burló su padre.

—¡Papá!

—A las tres y media, y ni un segundo más —sentenció Estíbaliz.

—Vale —aceptó ella con desgana.

Le dio un beso a cada uno y salió del chalet.

En la calle la esperaba el taxi. Se montó en él y le dio la dirección al

conductor.

Llegó cinco minutos antes. Sus amigas y los novios de estas ya estaban allí, en el *parking*, esperando.

Caminó hacia ellos muy rápido, con los brazos alzados y gritando:

—¡Cuánto me alegro de veros! ¡Vamos a pasarlo superbién!

Les dio un gran abrazo a Valeria y Ariadna, haciendo piña las tres, y aún reteniéndolas contra su cuerpo, chilló de nuevo:

—¡Os quiero! ¡Sois las mejores amigas del mundo!

Ariadna la empujó un poco para separarse de ella al tiempo que le decía:

—Joder, tía, no me grites en el oído, que me vas a dejar sorda.

Valeria se llevó una mano a la oreja, resintiéndose también del grito que le había pegado Nerea.

Nerea no hizo caso del comentario de su amiga y se giró para saludar con otro gran abrazo a Leo y Marc. Estos se quedaron sorprendidos por la efusividad de la chica, pero no comentaron nada. Ni siquiera cuando Nerea les gritó:

—¡Cuidad bien de mis amigas porque son las mejores personas que he conocido en toda mi puta vida! ¡Como les hagáis daño, os mataré, lo juro!

Ariadna la agarró del codo para girarla y poder observar sus ojos. Tenía las pupilas dilatadas y los ojos un poco enrojecidos.

—¡Estás colocada! —la acusó—. ¿Cómo se te ocurre? Me prometiste que dejarías de meterte mierda.

—Vamos, ha sido una pastillita de nada.

—¿Lo sabe Mauro? —indagó Ari mientras los otros tres permanecían en silencio escuchando su conversación.

Nerea se llevó un dedo a los labios.

—Shhh, no. Y ninguno de vosotros se lo va a decir, ¿verdad? Tenéis que guardarme el secreto.

—No cuentes conmigo para que lo haga —replicó Ari. Valeria y los dos chicos se mantuvieron callados—. Necesitas ayuda, tía. ¿No te das cuenta de que no puedes seguir así? Las drogas son muy dañinas. ¡Podrías morir de una sobredosis! —exclamó.

—Eso no va a pasar. Te he dicho un montón de veces que yo controlo. Solo tomo alguna pastillita cuando voy a salir de fiesta —se excusó ella.

—Pues, entonces, tendrás que dejar de salir de fiesta —comentó Valeria.

Nerea ladeó la cara hacia ella y recorrió su cuerpo de arriba abajo con la mirada.

—¡Estás más delgada! ¿Sigues haciendo dieta y yendo al gimnasio? ¿O follas tanto con Marc que eso es lo que está haciendo que adelgaces?

Marc la miró como si fuera una extraterrestre recién bajada de su nave

espacial. Leo, por el contrario, sabía que la chica era una cabra loca, deslenguada, sin ningún tipo de pudor ni vergüenza, así que no le sorprendió.

—Nerea, deja de decir tonterías, por favor, y baja la voz. Se está enterando medio *parking* —masculló Valeria, echando un vistazo a su alrededor.

Había un grupo de chicos y chicas de su edad aproximadamente junto a un coche con el maletero abierto y botellas de *whisky*, ron y refrescos en su interior. Todos llevaban un vaso grande de plástico en sus manos, lleno de la bebida que fuera. Algunos les prestaban atención, pendientes de lo que hablaban; otros estaban sumidos en sus charlas y su propio griterío.

—¡Pero si lo que he dicho es cierto! ¡Estás más delgada! ¿Qué talla usas ahora? Apuesto a que una cuarenta y dos. Deja de adelgazar, que ya estás muy buena. ¿A que sí, Marc? —comentó mirándolo—. ¿A qué es la tía más buena de toda la isla? Aparte de mí, claro está.

Ariadna intervino en ese momento.

—Voy a llamar a un taxi para que te lleve de vuelta a casa —dijo, sacando el móvil de su bolso.

—¡Y una mierda! ¡No me vas a fastidiar la noche! —protestó Nerea.

—La noche nos la estás fastidiando tú a nosotros —la acusó Ari.

—¡He quedado aquí con Mauro! ¡Debe estar a punto de llegar!

Como si lo hubiera invocado con sus palabras, su novio la llamó en ese momento.

—¡Hola, Míster Sexo! —contestó ella, muy alegre.

—Hola, Bala Perdida. —En su voz se notaba que estaba sonriendo—. Llegaré en quince minutos. Es que el técnico de la empresa de seguridad que me ha instalado las cámaras esta tarde en la oficina se ha retrasado y he salido tarde de allí.

—¿Has puesto cámaras? No me habías comentado nada. ¡Qué guay! ¡Así podremos follar en tu oficina y después verlo! ¡Tendremos nuestra propia peli porno! —gritó, contenta.

Ariadna se llevó una mano a la frente y meneó la cabeza. Valeria abrió los ojos como platos al tiempo que se tapaba la boca con una mano. Leo y Marc la miraban alucinados.

El grupito de chicos y chicas que estaban haciendo botellón en el *parking* de la discoteca comenzaron a jalearla y a silbar.

—Por Dios, Nerea, baja un poco la voz y no digas esas tonterías —le pidió Mauro—. Esperadme dentro de la discoteca. Os buscaré cuando llegue.

—De acuerdo. Hasta luego —canturreó ella.

Miró a sus amigos y les comentó:

—Vamos a dentro. Mauro llegará… —intentó recordar el tiempo que le había

dicho que tardaría, pero no lo logró— cuando sea.

Empezó a caminar hacia la puerta sin comprobar si las dos parejas la seguían o no.

***

Mauro llegó a la discoteca Dreams a las doce y veinte. Nada más entrar se accedía a un balcón, desde el que se dominaba toda la pista de baile. A cada lado descendían unas escaleras. En el piso de abajo, la juventud perreaba un reguetón. Al fondo había una larga barra, donde varios camareros y camareras servían copas a los clientes. A la derecha estaba la cabina del DJ. Del techo colgaban luces de colores que se movían en todas direcciones.

Se acercó a la barandilla del balcón y recorrió con la mirada el local, buscando a Nerea y a su grupo de amistades.

No tardó mucho en localizarla porque llamaba la atención por el vestido dorado que llevaba, lleno de agujeros del tamaño de una moneda de dos euros. Debajo de la prenda se intuía lencería negra. El pelo lo llevaba recogido en una coleta alta y varios pendientes de aro dorados en cada una de sus orejas. Un bolsito negro le cruzaba el pecho, en bandolera. En las muñecas, varias pulseras de colores negros y dorados. En los pies calzaba unas sandalias negras con bastante tacón. La observó un par de minutos más haciendo *twerking* al ritmo de una canción de Karol G.

Nerea bailaba de una forma muy provocativa y sensual, como era ella. Era un espectáculo inigualable contemplar la pasión, el desenfreno y la euforia que emanaban de su cuerpo.

Su novia estaba en el epicentro de la pista de baile, rodeada por sus amigas y las parejas de estas. También bailaban, pero no como ella. Se movían con gracia, intentando imitar el contoneo de caderas y muslos de Nerea. A veces lo conseguían y otras no. Cuando no lo lograban, las tres se reían a carcajadas. Leo y Marc permanecían al lado de sus chicas intentando seguir el ritmo de la música, sin éxito. Todos llevaban alguna bebida en las manos.

Descendió por la escalera mientras el DJ cambiaba de canción, pasando a una de Lola Índigo.

Vio cómo Nerea la cantaba a gritos. Menos mal que con el volumen tan alto de la música nadie oiría cómo destrozaba la canción con sus gallos. Recordó cuando la oyó cantar en la ducha de su barco y sonrió. No podría ganarse la vida como cantante porque no lo hacía nada bien. Cantaba fatal, a pesar de que tenía una voz bonita.

Nerea bailaba meneando el culo y las caderas, con los brazos en alto, cuando

vio a Mauro bajar por las escaleras. Dejó de bailar y se abrió paso entre la gente para ir a su encuentro. Cuando Mauro llegó al final de la escalinata, ella también lo hizo.

La joven se colgó de su cuello y le dio un apasionado beso, que lo dejó sin aire.

—¡Menudo recibimiento! —gritó Mauro para hacerse oír por encima de la música.

—¡Tenía muchas ganas de verte! ¡Te he echado de menos! —Otra vez volvió a besarlo con idéntica pasión.

Con los taconazos que llevaban era tan alta como él, por lo que ella no tenía que ponerse de puntillas ni él inclinarse, como les pasaba siempre.

Mauro notó en la boca femenina el sabor a ron con refresco de cola que estaba bebiendo Nerea. Se despegó de sus labios para hablar.

—¿Estás bebiendo alcohol?

—¡Estoy de fiesta! ¡Claro que estoy bebiendo alcohol! —pronunció con una alegría desmedida.

—También puedes ir a una discoteca y no beber alcohol.

—¡Joder! ¡Qué aburrido y pesado estás con el tema de la bebida! —protestó a gritos.

Él la miró a los ojos. A pesar de las varias luces que había en el local, no pudo verle bien las pupilas.

Nerea lo agarró de una mano y tiró de él en dirección al centro de la pista, donde su grupo de amigos los esperaban.

Todos saludaron a Mauro. Ari y Valeria, con dos besos en las mejillas, y Leo y Marc, con un gesto de cabeza que venía a decir: «¿Qué tal estás, tío?».

—Voy a la barra para pedir algo. ¿Queréis otra copa? —le preguntó el joven al grupito.

Los chicos negaron. Todavía no habían acabado su bebida.

Ari también denegó la invitación por el mismo motivo.

Valeria le pidió una botella de agua porque había terminado la suya.

—¡Voy contigo! —gritó Nerea, exaltada—. ¡No vaya a ser que alguna zorra se lance sobre ti y te coma! ¡Te has puesto demasiado guapo!

El joven llevaba un pantalón negro con una camisa blanca, con las mangas subidas hasta los codos y los tres primeros botones desabrochados. Calzaba unas zapatillas de tenis oscuras. Iba arreglado pero informal.

Nerea agarró a Mauro otra vez de la mano y lo arrastró hasta la gran barra que había al fondo de la discoteca.

Al llegar, apartó a codazos a un par de chicos que estaban allí para hacerse sitio y llamó al camarero también gritando.

—¿Cuánto has bebido ya? —quiso saber Mauro.

—¿Te gusta mi vestido? Me lo he puesto especialmente para ti —dijo, colgándose de su cuello.

—Es bonito, pero tiene demasiados agujeros. Supongo que te habrá costado más barato por lo roto que está —ironizó.

—No está roto, tonto. Es así. Y me queda genial —comentó ella.

—Como siempre, tu autoestima llega hasta la estratosfera. ¿Cuánto has bebido? —repitió la pregunta mientras el camarero se posicionaba delante de ellos.

—Este es el primero —indicó, mostrándole el vaso vacío. Solo quedaban en él tres cubitos de hielo medio deshechos.

Mauro ladeó la cara y miró al camarero.

—Dos botellas de agua fría y un refresco de cola, por favor.

—A mí ponme…

Mauro la interrumpió.

—A ella no le pongas nada —dijo, mirando al chico que estaba detrás de la barra.

—¿Por qué no? —Nerea se encaró con Mauro.

—Porque ya estás borracha. A partir de ahora, beberás solo agua.

Mauro le indicó al chico que podía servirles ya mientras Nerea protestaba.

—¡Solo he bebido uno! ¡Quiero otro!

El camarero puso en la barra todo lo que Mauro le había solicitado y le dijo cuánto tenía que pagarle. Mauro sacó un billete de su cartera y se lo entregó. Agarró una de las botellas y se la dio a Nerea.

—Toma, tu agua.

—¡No quiero agua, joder! —gritó, dándole un manotazo. Con el golpe, la botella fue a parar al suelo.

Mauro se agachó para recogerla. Cuando se alzó, miró molesto a Nerea.

El camarero le entregó el cambio, Mauro lo guardó en la cartera y agarró las dos botellas y el refresco. Se dio la vuelta y regresó con los amigos de su novia. No miró si Nerea lo seguía.

Le dio a Valeria su botella de agua y bebió del vaso que contenía el refresco de cola mientras en la otra mano aguantaba el agua que había pedido para Nerea.

Ella se colocó a su lado pocos segundos después y empezó a bailar.

Ariadna se acercó a Mauro. Se puso de puntillas para llegar a su oreja y hablarle.

—Nerea está colocada —se chivó—. Se ha tomado una pastilla de algo. No sé si es éxtasis, LSD o qué, pero ya la he visto así varias veces, con las pupilas dilatadas y extremadamente eufórica. Tienes que hacer algo, Mauro. Debes

impedir que siga metiéndose esa mierda.

Mauro dirigió su mirada enfadada hacia Nerea. Intuía, por la reacción desmedida de ella al verlo, aparte de la conversación mantenida por teléfono minutos antes, que algo pasaba. Pensó que estaba borracha por esa exaltación del amor y el cariño, pero también se dijo a sí mismo que su novia era así de extrovertida, impulsiva y desvergonzada. Eso le sirvió de excusa para no ver la realidad.

Había vivido la experiencia de tener un ser querido enganchado a las drogas y al alcohol, y había sufrido demasiado. No deseaba volver a pasar por esa tortura otra vez. Con Jaume, ya tuvo bastante.

Regresó a él todo el dolor que sintió en aquellos años en los que su hermano estuvo enganchado. La ilusión y la esperanza cada vez que él ingresaba en una clínica de rehabilitación, la posterior decepción cuando recaía. Se entristeció al recordar su muerte hacía pocos meses.

—Nosotras le echamos la bronca cada vez que la vemos así, le hemos dicho que incluso podría morirse, pero no nos hace caso. Creo que, si tú hablaras con ella, conseguirías que lo dejase. Está superenamorada de ti. Te obedecerá. Ayúdanos, por favor —le rogó Ariadna.

Nerea, ajena a la confesión que le estaba haciendo su amiga a su novio, bailaba desinhibida por completo. Otra vez perreando al ritmo del reguetón de Samantha Sánchez, *2050*. En ese momento se giró hacia ellos y, al verlos tan juntitos y con Ari hablando en el oído de su chico, tuvo un arrebato de celos.

Le dio tal empujón a su amiga que la tiró al suelo mientras le gritaba:

—¿Qué coño haces, tía? ¡Es mi novio! ¡Tú ya tienes el tuyo! ¡No intentes quitármelo o te saco los ojos!

Leo ayudó enseguida a Ari a levantarse del suelo junto con Valeria, que también le echó una mano.

—¿Estás loca? Solo estaban hablando —dijo Valeria—. ¿También vas a pegarme cuando hable con él?

Mauro agarró el brazo de Nerea y la volvió hacia él.

—Tú y yo tenemos que hablar —mordió las palabras, cabreado. Miró al resto del grupo y se despidió de ellos—. Lo siento. Nos vamos. Ya nos veremos otro día.

Arrastró a Nerea por toda la discoteca hasta que llegaron a la calle. Caminó con ella sujetándola con fuerza, furioso, mientras su novia protestaba. Cuando encontró una zona del *parking* bastante alejada de la puerta del local y de la gente que estaba haciendo botellón, se paró y colocó a Nerea frente a él.

—¿Qué has tomado? —preguntó, intentando controlar la ira que sentía en ese momento. Tenía ganas de zarandear a Nerea, pero no quería lastimarla, por lo

que la soltó.

—Ya te lo he dicho: solo un vaso de ron con cola.

—Me refiero a qué tipo de droga has tomado —gruñó, clavando sus ojos oscuros en los claros de ella. Tenía las pupilas dilatadas y la esclerótica, la parte blanca del ojo, estaba enrojecida. Recordó todas las veces que había visto a Jaume con los ojos así y, en las últimas fases de su adicción a las drogas, los temblores, la mandíbula desencajada, el mono…

—No he tomado ninguna droga.

—¡Mientes! —le gritó, lleno de rabia, apretando los puños tan fuerte que se hizo daño en los dedos.

—¡No! —gritó ella también.

Mauro dio un paso para acercarse más a Nerea y, controlando la voz, dijo:

—No puedes mentirme. Ya he pasado por toda esta mierda con mi hermano y sé bien que estás colocada. La euforia y la adrenalina del subidón; la tristeza, el llanto y la depresión del bajón. Conozco todas las fases. Así que dime qué te has metido. ¿*Speed*, éxtasis, ketamina, LSD, cristal, coca?

Ella se echó hacia atrás hasta que dio con la espalda en la puerta de un coche. Él puso las manos a cada lado de su cuerpo, sobre el techo del automóvil, encerrándola entre sus brazos para que no escapase sin darle una respuesta.

—No quiero perderte. Si te lo digo, te enfadarás y me dejarás —sollozó Nerea, desviando su vista hacia el suelo.

Empezó a llorar desconsoladamente. Su cuerpo se sacudía, presa del llanto, y le costaba respirar.

Mauro puso dos dedos en su barbilla y le alzó la cara.

—Yo tampoco quiero perderte —dijo con voz más suave de la que había usado hasta ese momento—. Quiero ayudarte. No deseo que te pase lo mismo que a mi hermano. Quiero que salgas de ese mundo de drogas y alcohol, y sigamos juntos.

La separó del coche y la abrazó con fuerza. Le dio un beso en la sien.

—He tomado una pastilla de Venus —musitó Nerea sin dejar de llorar, empapándole el hombro de la camisa blanca que él llevaba, donde se estaba formando una mancha negra del rímel que se había puesto en las pestañas.

—Cocaína rosa. Jaume también la tomaba, entre otras.

—Lo siento mucho. —Nerea se abrazó a él tan fuerte que le costaba respirar.

—Prométeme que vas a dejar toda esa mierda: el alcohol, las pastillas…

—Te lo prometo.

—Tu familia no lo sabe, ¿verdad? —indagó.

Nerea se distanció un poco de él, sin romper el abrazo, y lo miró a los ojos.

—No se lo cuentes, por favor —respondió ella, con una mirada triste y

anegada en lágrimas.

—Tienen que saberlo.

—¡No! No puedo decepcionarlos más. Soy mala estudiante, borde, irrespetuosa, rebelde… Si se enteran de que también tomo drogas…

Mauro la besó en la frente y la acercó a su cuerpo para abrazarla otra vez con fuerza.

—Es tu familia y te quieren muchísimo. Deben estar informados. Ellos también tienen que ayudarte a salir del mundo de adicción en el que estás metida.

Mauro vio cómo en ese momento Ariadna, Valeria, Leo y Marc salían de la discoteca mirando hacia todos lados, buscándolos.

—Igual que tus amigas —mencionó.

—Ellas sí lo saben.

—¿Y por qué no les has hecho caso cada vez que te han pedido que lo dejes? —quiso saber, mirándola otra vez a la cara.

—¿Cómo sabes que me han pedido…? —Se calló unos segundos—. Ha sido Ari, ¿verdad?

—Aunque no me lo hubiera dicho ella, tarde o temprano lo habría descubierto yo solito. Tengo la experiencia de mi hermano, ¿recuerdas?

Ella asintió con un movimiento de cabeza y se volvió a abrazar a su fuerte cuerpo.

El grupo de amigos los localizó y se dirigieron hacia ellos. Ariadna iba a la cabeza. Cuando estuvieron a pocos metros de la pareja, se detuvieron.

—Por cierto, deberías disculparte con tus amigas por la escena que has montado, y en especial con Ariadna por el empujón que le has dado. Debe dolerle mogollón el culo, pero eso no es nada comparado con el dolor que sentirá en su corazón. Es tu amiga y sé que te quiere mucho —le dijo Mauro a Nerea.

—Sí, tengo que hacerlo. No sé cómo he podido ser tan gilipollas. Cuando la vea…

—Estamos aquí —escuchó la voz de Ari a su espalda.

Nerea deshizo el abrazo y se giró.

Ariadna estaba en primera línea. Valeria y los dos chicos, un poco más atrás. Todos la miraban con una mezcla de pena, enfado y frustración.

Nerea caminó los pocos metros que la separaban de Ari y se plantó frente a ella.

—Lo siento mucho —musitó llorando.

—¿Que lo sientes? —habló con voz dura.

Ariadna alzó la mano, dispuesta a girarle la cara de un tortazo. Nerea cerró los ojos y esperó el bofetón.

Pero este no llegó.

Sintió los brazos de su amiga rodeándole el cuerpo y estrechándola contra su pecho. Apretó los ojos y lloró desconsolada sobre su hombro, ensuciándole el vestido rojo que llevaba.

—Siempre juntas, ¿recuerdas? Valeria, tú y yo, como si fuéramos un matrimonio: para lo bueno y lo malo, en la salud y en la enfermedad, todos los días de nuestra vida. Te quiero, Nerea. Y tengo un miedo horrible de que te pase algo malo y perderte. Por favor, deja de meterte esa mierda que tomas.

—Lo haré —le prometió a su amiga.

Valeria caminó hasta ellas y las abrazó también.



CAPÍTULO 19

Mauro llevó a Nerea a su casa y entró con ella. La chica se quitó las sandalias de tacón para no hacer ruido al andar y subió las escaleras agarrada de la mano de su novio.

El chalet estaba en silencio. Recorrieron al pasillo hasta llegar a su dormitorio y accedieron a él.

Mauro cerró la puerta despacio.

—¿Dónde están las pastillas? —preguntó a Nerea en un susurro.

Ella se dirigió a la salita contigua y agarró el libro donde las escondía. Lo abrió y sacó la bolsita. Se la entregó a Mauro. El joven vio que solo quedaban cinco pastillas. Se metió en el baño con Nerea siguiéndolo y dejó caer la bolsita al suelo. A continuación, la pisoteó varias veces hasta que logró machacarlas por completo, convirtiéndolas en polvo.

Después se agachó para recoger la bolsita, levantó la tapa del váter, abrió el envase de plástico que contenía la droga y vertió el polvo rosa en el inodoro. Apretó el botón de la cisterna para que aquella mierda desapareciera.

—Me llevaré la bolsita para echarla en alguna papelera o contenedor de basura. Es lo mejor si no quieres que tu familia y las empleadas lo descubran —le comentó en voz baja.

Nerea asintió.

Se acercó a él y rodeó el fuerte cuerpo de su novio con los brazos.

—Gracias.

—No tienes que dármelas —dijo, estrechándola con cariño—. Te quiero, Nerea, y no deseo perderte. Por eso voy a estar a tu lado para ayudarte a salir de todo esto. Lucharemos juntos.

Miró la cara de la chica. El rímel lo tenía corrido y descendía por sus mejillas

como si fueran dos ríos de agua sucia hasta llegarle a la barbilla. Algunas gotas habían caído sobre su pecho, ensuciándole el vestido dorado. Le limpió los pómulos con los dedos, sin importarle que se manchara él también. Se aproximó a sus labios y los besó con delicadeza.

—Todo saldrá bien —le dio ánimos cuando finalizaron el beso.

—No me dejes nunca, por favor —le rogó Nerea.

—Tranquila, no lo haré —prometió.

***

A la mañana siguiente, la llamaron Ariadna y Valeria para saber qué tal estaba. Nerea les pidió perdón otra vez a sus amigas y extendió las disculpas a Leo y Marc. Quedaron por la tarde para darse un baño en la piscina de la mansión de Ari.

Cuando terminó de hablar con ellas, bajó a la cocina para desayunar.

Saludó a Manuela y a Yolanda, que en ese momento estaban sirviendo el desayuno a su familia.

Sus padres, su hermana y la novia de esta también le dieron los buenos días.

Nerea correspondió con las mismas palabras.

—¿Qué tal anoche con Mauro y tus amigas? —quiso saber Míkel.

—Os oímos llegar antes de la hora que tenías que volver —agregó Estíbaliz.

—Me gusta que Mauro sea un buen chico, educado, amable y que cuide de ti, pero me parece exagerado que te acompañe hasta la misma puerta de tu habitación —comentó su padre.

—¿Cómo sabes eso? —gruñó Nerea, molesta—. ¿Estabas espiando detrás de la puerta?

—Cariño, no te enfades. Estábamos despiertos todavía cuando llegasteis —terció su madre—. Oímos pasos subiendo la escalera y recorriendo el pasillo hasta tu habitación. Después de unos minutos, escuchamos la cisterna del váter y, más tarde, volvimos a oír pasos que bajaban la escalera y la puerta que se cerraba. Papá se levantó y miró por la ventana. Vio a Mauro salir a la calle y montarse en la Vespa.

—Sí, vale, me acompañó hasta la habitación. Pero habréis deducido ya que no pasó nada por el poco tiempo que estuvimos en mi cuarto.

El director y la actriz intercambiaron una mirada cómplice mientras Amaia y Estela escuchaban la conversación sin intervenir, degustando sus rebanadas de pan tostado con aceite y tomate.

—Cielo, si alguna vez quiere quedarse a dormir, puede hacerlo. Nos informas primero y ya está. O si necesitáis tener intimidad para tener relaciones

sexuales… —siguió hablando Estíbaliz.

—Mamá, por favor. —Nerea puso los ojos en blanco.

—Prefiero que lo hagáis en casa que en cualquier otro sitio —añadió su madre.

—Y siempre con protección. No quiero que me hagas abuelo tan pronto —continuó su padre.

Nerea miró muy seriamente a los dos.

—Punto uno: también podemos ir a casa de Mauro para echar un polvo. Vive solo, por cierto. Punto dos: siempre, repito, siempre usamos condones. Punto tres: llevo varios años tomando la píldora por aquello de los dolores menstruales que me impedían levantarme de la cama en los tres días me que dura el período. Y punto cuatro: esta conversación se ha acabado —dijo zanjando el tema.

Desvió la vista hacia su plato, agarró una rebanada de pan moreno y le untó sobrasada con un chuchillo.

—Bueno, ¿y qué tal la salida de anoche? ¿Por qué volvisteis tan pronto? —quiso saber Amaia.

—Estuvo bien, como siempre. Nos divertimos mucho —mintió—. Volvimos antes porque Mauro tenía que ir a la oficina esta mañana.

—Chico trabajador y responsable. Cada vez me gusta más tu novio —mencionó su padre.

—A mí también me gusta. Además, es muy atractivo y tiene muy buen cuerpo —lo piropeó su madre.

—Tú ya tienes a papá. Mauro es mío —soltó Nerea.

—¿Tengo que estar celoso de ese chico? —preguntó el director de cine con tono burlón.

—No, amor mío. Sabes que para mí eres el hombre más guapo y especial del mundo. Solo estaba constatando un hecho. Mauro está muy bien físicamente. ¿Por qué habría de negarlo? —respondió Estíbaliz, acariciando con cariño la mejilla de su marido.

Nerea masticaba un trozo de pan con sobrasada mientras escuchaba a sus padres.

Amaia y Estela seguían desayunando frente a ella.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y Yolanda salió de la cocina para ir a abrir.

Regresó a los pocos minutos con un ramo de tulipanes naranjas, blancos, amarillos y rosas, unidos con un gran lazo azul claro.

—Son para ti, Nerea. Los ha traído un repartidor de una floristería —informó Yolanda.

Ella agarró el ramo de tulipanes y lo observó con la boca abierta. En sus ojos

brillaba la ilusión. Agarró el sobrecito que venía entre las flores y sacó la tarjetita que había en él. La leyó en silencio.

Buenos días, amor:
Espero que hayas descansado bien y que te gusten los tulipanes.
Te invito a cenar esta noche en el *Sunset.* A las diez.
Pórtate bien.
Te quiero.
Mauro

—¿Son de Mauro? —preguntó Amaia.

—Sí —respondió Estíbaliz, que había leído la tarjeta acercando su rostro al de Nerea.

—¡Mamá! ¡Un poco de privacidad, por favor! —la riñó Nerea, apartando la cartulina de su vista.

—Tiene una letra muy bonita y sin faltas de ortografía —añadió su madre.

—Su padre es profesor —declaró Nerea.

—Ah, ¿sí? —Míkel alzó las cejas.

—Y, además, vosotros lo conocéis.

El matrimonio se miró sorprendido. Después pusieron su atención en Nerea, esperando que les contase algo más.

—Es mi profesor, Santiago Vila, con el que tuve el problema cuando me expulsaron tres días del instituto en el mes de abril —les explicó.

—Le faltaste el respeto de una manera horrible —le acusó Estíbaliz.

—No me extraña que te echaran del instituto. Lo que hiciste estuvo muy mal —le riñó Míkel.

—El mundo es un pañuelo —intervino Amaia—. Resulta que el profesor que peor te cae es ahora tu suegro y, por lo que estoy escuchando, el sentimiento es mutuo —soltó una carcajada—. Eso sí que es empezar con buen pie, hermanita.

Nerea hizo una mueca mirando a su hermana mayor.

—Los tulipanes —Estela comenzó a hablar, desviando el tema hacia asuntos más agradables— son el símbolo del amante perfecto, la pasión y el romanticismo. También del amor sincero, puro e incondicional. Quien los regala expresa su enamoramiento hacia la persona que recibe esta flor.

—¡Qué bonito! —exclamó Estíbaliz.

—A Estela le gustan mucho las flores y sabe el significado de casi todas ellas —comentó Amaia, orgullosa de su novia.

—Las orquídeas que tanto te gustan —dijo Estela dirigiéndose a su suegra— representan la belleza y la perfección, pero también el amor, aunque se puede

entender de maneras muy distintas según el color. Por ejemplo, la orquídea morada que te regaló Mauro cuando vino a comer demuestra admiración. Y te dijo que eres su actriz favorita, así que, uno más uno… —Dejó la frase en el aire porque estaba segura de que Estíbaliz entendería lo que quería decirle.

La actriz sonrió contenta por lo que estaba escuchando. A pesar de ser una apasionada de ese tipo de flores, nunca se había preguntado qué significaban los colores de cada una. Todo el mundo sabía que el color rojo representa la pasión, y más si son las típicas rosas rojas. Le agradó conocer esa información, así que inició una charla sobre el significado de las flores y sus colores con su nuera mientras continuaban desayunando en familia.

Nerea acomodó el ramo sobre su regazo y terminó el pan moreno con sobrasada. Se tomó de un trago el café, que ya estaba templado, y agarró una manzana. Se levantó de la silla, con las flores en una mano y la fruta en la otra, y se despidió de su familia.

Mientras subía a su cuarto, iba dándole mordiscos a la manzana, pensando que tenía que mandarle un mensaje o llamar a Mauro para agradecerle las bonitas flores.

***

Mauro trabajó todo el día para tener libres los dos siguientes y poder pasarlos con Nerea. Se aproximaba el veinticinco de julio. Ese día era el cumpleaños de su padre, además de su santo. En la cena de esa noche, le propondría a Nerea que fuera a la celebración y presentarla a Santiago como su novia oficial.

Cuando estaba apagando las luces, sonó el teléfono fijo. Caminó hacia la mesa y contestó.

—Cáterin Mar Blau, dígame.

Al otro lado no contestó nadie, pero Mauro oyó con toda claridad la respiración de alguien.

—¿Quién es? —preguntó.

Sin embargo, la persona que llamaba colgó.

Mauro pensó que se habrían equivocado de número, pero era demasiada coincidencia que, después del altercado con Angélica, esas llamadas hubieran aumentado. Algo le decía que era su exnovia quien lo molestaba de esa forma, igual que cuando había roto el escaparate de su oficina.

Colocó el teléfono inalámbrico de nuevo en la base, regresó a la puerta y activó la alarma de seguridad. Salió a la calle, se montó en la Vespa y se marchó de allí sin darse cuenta de que lo estaban vigilando.

***

Nerea pasó la tarde en la piscina de la mansión Van der Vaart con sus amigas. Otra vez, se disculpó con ellas.

—Me pasé un montón, lo siento, chicas. Me avergüenzo de mi comportamiento.

—No te rayes más. Está todo perdonado —dijo Ari.

—¿Sabéis qué? —intervino Valeria para cambiar el tema de conversación—. He perdido diez kilos desde que empecé con la dieta —aplaudió, contenta.

Sus amigas se alegraron por ella. Se la veía tan feliz…

—Así que le he dicho a mi nutricionista que me ponga una dieta de mantenimiento, porque ya no quiero perder más pero tampoco recuperarlos, y seguiré yendo al gimnasio porque hacer ejercicio es bueno para la salud y…

Valeria continuó contándoles sus planes a Nerea y Ariadna, entusiasmada. Luego pasaron a hablar de otros temas. Nerea les confesó que Mauro le había enviado un ramo de tulipanes a su casa esa misma mañana. Les enseñó la foto que le había hecho con el móvil y les contó lo que Estela le había explicado sobre qué significaban esas flores.

—Tengo que irme, chicas —dijo Nerea, mirando su reloj—. He quedado con Mauro para cenar a las diez y son las ocho. Si no me voy ahora, se me hará tarde para ducharme y vestirme.

Se levantó de la tumbona donde habían estado tomando el sol y recogió su toalla. La metió en la bolsa de tela junto con el protector solar. Comprobó si tenía algún mensaje en el teléfono y, como vio que no, lo devolvió al interior de la bolsa. Se vistió con una camiseta de tirantes y un pantalón corto.

Se despidió de sus amigas con dos besos, prometiéndose unas a otras que se mantendrían en contacto.

Fue dando un paseo hasta su casa, que quedaba a dos calles de la mansión de Ariadna y a quinientos metros de la de Valeria, pensando en qué iba a ponerse esa noche para su cita con Mauro.

Le llegó una notificación de WhatsApp al móvil. Lo sacó y abrió la aplicación.

El remitente era un número que ella tenía registrado como Party.

En el mensaje la informaban de una fiesta *rave* que se celebraría esa misma noche y le daban la dirección.

—Me temo que se han acabado las fiestas ilegales para mí —musitó.

Cerró la aplicación y guardó el teléfono en la bolsa.

Estaba a pocos metros de su casa cuando la llamaron.

Al girarse, se encontró con un chico alto y rubio que conocía bien.

—Hola, Iván —saludó al chico.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —exclamó él, inclinándose para darle dos besos

en las mejillas—. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—¡Estoy genial! —soltó, eufórico.

—Y también colocado —señaló Nerea.

—Un poquito, sí —reconoció el joven.

—¿Qué haces aquí? Estás muy lejos de tu zona —quiso saber ella.

Él bajó la voz y le contó:

—He venido para hacer una entrega especial en esa casa de ahí —indicó el chalet que había en la acera de enfrente.

Reconoció la casa de un compañero de clase y se sorprendió al saber que tomaba drogas. Normalmente era un chico tímido que apenas se relacionaba con la gente del instituto y no iba a fiestas. Aunque, pensándolo bien, no tenían por qué ser para él. Sabía que tenía una hermana mayor. A lo mejor era para ella. O también podría ser para alguno de sus padres o del personal del servicio doméstico, aunque dudaba de que fuera para algún empleado. Si les pillaban con drogas, podrían despedirlos. Los dueños del chalet tenían fama de estrictos.

De todas formas, a ella poco le importa quién consumía y quién no. Bastante tenía con lo suyo para meter las narices en la vida de los demás.

—Me sobra una bolsita de esas pastillas que tanto te gustan, si la quieres —murmuró, acercándose más a Nerea.

—No, gracias. Aún me quedan bastantes —mintió.

El chico fue a decir algo más, pero Nerea le cortó.

—Tengo mucha prisa. No puedo seguir hablando contigo, así que —empezó a caminar— ya nos veremos por ahí.

Se despidió con la mano y aceleró el paso.

—Llámame cuando necesites de eso —soltó Iván.

Nerea sabía que con «eso» se refería a droga.

«Puedes esperar sentado, tío», pensó mientras llegaba a la esquina de su casa.

***

Mauro esperaba a Nerea en la puerta del club Sunset. Iba ataviado con un pantalón *beige* y una camisa negra.

Cuando la vio llegar, su corazón se aceleró. Estaba magnífica, con un vestido largo de seda en color rosa Barbie, que se anudaba al cuello y dejaba toda la espalda al aire hasta el coxis. El cabello lo llevaba suelto y los mechones se mecían con cada paso que daba.

Se acordó de que tenía que seguir respirando si quería vivir. Llenó de aire sus pulmones y sonrió a su chica mientras esta terminaba de cubrir la distancia que

los separaba.

—Estás impresionante —la piropeó, agarrándola por la cintura, tocando su fina piel. Se inclinó sobre ella y la besó.

—Gracias —respondió ella cuando el beso finalizó—. Tú también estás muy guapo —dijo, comiéndoselo con la mirada.

Mauro la agarró de la mano y entraron en el club.

Un camarero los guio hasta la mesa que tenían reservada.

Se acomodaron uno enfrente del otro y Mauro pidió agua.

—¿Qué vas a elegir de cena? —quiso saber ella, mirando la carta.

—¿Te apetece que compartamos una ensalada? —le preguntó él.

—Sí, me parece bien. Escoge la que quieras. —Hizo una pausa mientras terminaba de leer la carta y prosiguió—: Voy a pedir salmón con verduritas a la parrilla.

—Pues yo pediré lo mismo.

Dejaron las cartas sobre la mesa y Mauro siguió hablando.

—Pasado mañana es veinticinco de julio y, además de ser el santo de mi padre, también es su cumpleaños. Me parece un buen día para presentarte como mi novia oficial. ¿Qué opinas?

Nerea se quedó un momento impactada por aquella noticia.

Reaccionó un minuto después.

—¿Estás seguro? Los dos sabemos que a tu padre no le caigo bien. No quisiera fastidiarle el cumpleaños y que me odie todavía más.

El camarero regresó con dos botellas de cristal llenas de agua. Las dejó sobre la mesa y, a continuación, tomó nota de los platos que habían elegido.

Cuando el chico se retiró de allí y volvieron a estar solos, Mauro continuó mientras echaba agua en cada una de las copas.

—Tú pórtate bien y todo irá como la seda. Muéstrale tu lado más amable y educado. —Ella enarcó una ceja al escucharlo, él amplió su sonrisa—. ¡Vamos! Sé que cuando quieres puedes ser simpática y respetuosa con la gente.

Nerea soltó el aire que retenían sus pulmones y asintió con un gesto de cabeza.

—Te recomiendo —agregó él— que te pongas algo discreto que no llame la atención. Tienes que ganarte a mi padre, no seducirlo ni excitarlo.

—Tendré que pedirle prestado algo a mi hermana, porque en mi vestuario no cuento con nada que cumpla esas características.

—Te pongas lo que pongas, vas a estar preciosa —susurró Mauro con cariño.

Agarró la mano de Nerea por encima de la mesa y le acarició el dorso con el dedo pulgar.

Ella emitió un ronroneo de placer, similar al de una gatita cuando es acariciada

con dulzura por su dueño. El roce delicado en su piel estimulaba sus terminaciones nerviosas, y comenzó a excitarse.

—¿Cómo es posible que una simple caricia me esté poniendo cachonda? —musitó.

Mauro amplió su sonrisa y retiró la mano, dejando de tocarla.

Ella protestó.

—No quiero que te calientes aquí, con tanta gente a nuestro alrededor —comentó él, guiñándole un ojo—. Prefiero esperar a después, cuando tengamos más intimidad.

Nerea resopló y se cruzó de brazos.

El camarero volvió con la ensalada y la colocó en el centro de la mesa. Les informó de que en pocos minutos les serviría el pescado que habían pedido. La pareja le agradeció la información y el chico se retiró.

Mientras Mauro aliñaba la ensalada a su gusto, que coincidía con el de Nerea, le comunicó:

—Hoy he estado trabajando todo el día. Solo he salido media hora para comer y he regresado a la oficina.

—¿Tanto trabajo tienes? Si quieres, puedo ir a echarte una mano.

—Tengo bastante, pero quería adelantar para poder cogerme dos días libres y estar contigo. Así que mañana y pasado no tengo que ir a la oficina, y como todos los cáterin están organizados, ¿qué te parece si mañana tú y yo salimos a navegar en mi barco?

—Me parece una idea genial —sonrió ella.

***

El día siguiente lo pasaron como habían previsto: navegando. Los dos aprovecharon para tomar el sol y para hacer el amor varias veces.

Regresaron al puerto cuando el sol estaba poniéndose y pudieron disfrutar de un bello y romántico atardecer.

Nerea llamó a sus padres para informarles de que ya habían vuelto —antes de salir de casa por la mañana les había contado los planes que tenía con su novio— y estos invitaron a Mauro a cenar.

Se ducharon en el pequeño baño del barco entre tocamientos, caricias, muchos besos y palabras de amor.

Cuando estuvieron vestidos, se dirigieron al *parking* y se subieron a la moto para dirigirse a casa de Nerea.

La cena se alargó hasta las dos de la madrugada. Estaban tan bien, en una charla agradable y divertida, que el tiempo se les pasó volando.

Mauro reparó en la hora que era y dijo que debía marcharse a casa.

—Puedes quedarte a dormir si quieres —lo invitó Estíbaliz.

El joven abrió los ojos como platos, sorprendido.

—Tenemos un cuarto de invitados —prosiguió la actriz—. Supongo que Nerea te lo enseñaría el otro día, cuando viniste a comer.

—Sí, me lo enseñó —dirigió sus ojos hacia el padre de su novia y descubrió que lo miraba muy serio—, pero no creo que sea adecuado. Me parece que es un poco pronto para pasar la noche aquí.

Estíbaliz lo contempló con una sonrisa pícara.

—Vamos, quédate. No creo que vayáis a hacer nada que no hayáis hecho ya.

—¡Mamá! —gritó Nerea, poniendo los ojos en blanco.

Amaia y Estela, sentadas a su lado, se rieron.

Mauro la miraba entre avergonzado y alucinado. En ese momento, se dio cuenta de a quién había salido Nerea en cuanto a sensualidad y provocación.

—Cariño —intervino Míkel dirigiéndose a su esposa—, el chico tiene razón. Es demasiado pronto. Sin embargo, podemos invitarlo a la *premier* en Madrid de nuestro nuevo *film*. Se alojará con nosotros en el mismo hotel. ¿Qué te parece, Mauro? —Lo miró con una sonrisa amable.

El joven estaba flipando. Tardó unos segundos en procesar la información. Cuando lo hizo, preguntó:

—¿Queréis que os acompañe al estreno de vuestra próxima película?

—Eso es lo que estoy diciendo —respondió el director de cine, ampliando más su sonrisa.

—¿Cuándo será eso?

—El dos de septiembre.

—Bien. Me apunto la fecha. Muchas gracias por invitarme… —replicó Mauro que todavía estaba alucinando— a todo: a la cena, al estreno de la película…

—Por supuesto —intervino Nerea, levantándose de su silla—, mis padres correrán con todos los gastos: los billetes de avión, el hotel, etcétera. Tendrás que cogerte, por lo menos, un par de días libres.

—No hay problema. De aquí a septiembre lo tendré todo organizado para poder ir a Madrid con vosotros.

—Bien. —Nerea se acercó a él y lo besó en los labios sin importarle que su familia fuera testigo de tal muestra de cariño.

La pareja se despidió de ellos.

Nerea acompañó a Mauro hasta la fuente de la entrada, donde él tenía aparcada la Vespa.

Se besaron durante algunos minutos y quedaron para el día siguiente.

—Pasaré a buscarte a la una y media. Ponte guapa, pero no sexi. Recuerda lo

que te comenté en la cena sobre mi padre: tienes que ganártelo, no ligar con él.

—El hábito de monja lo tengo en la tintorería —bromeó—. Además, nunca haría eso. Me gusta que los hombres sean mayores que yo, pero no tanto. Y no está tan bueno como tú, así que, lo siento mucho por él, pero tendrá que buscar novia en otro sitio.

Mauro soltó una carcajada.

—Buenas noches, amor —se despidió con otro beso, antes de ponerse el casco y encender el motor de la Vespa.

—Hasta mañana. Te quiero —dijo Nerea, totalmente enamorada de su chico.

—Yo también te quiero —añadió Mauro, antes de dar gas a la moto y salir de la finca.



CAPÍTULO 20

25 de julio. Palma de Mallorca

Nerea entró en la habitación de su hermana sin llamar a la puerta.

—Amaia, necesito que me prestes… —se calló al contemplar la escena que tenía frente a ella—. ¿Estáis haciendo una orgía? —quiso saber cuándo reaccionó.

Su hermana mayor puso los ojos en blanco.

—¿Por qué siempre estás pensando en el sexo? Eres una salida, tía —contestó Amaia.

—¿Y qué quieres que piense si entro en tu habitación y me encuentro con cuatro lesbianas en bolas? —cuestionó Nerea.

—Estábamos poniéndonos los bikinis. Vamos a pasar el día tomando el sol y bañándonos en la piscina —aclaró Amaia.

Entonces Nerea reparó en que Estela, Lidia, Lucía y su hermana llevaban las prendas de baño en las manos.

—Ah, vale —sonrió ella.

—¿A qué has venido? —indagó Amaia, poniéndose las braguitas de un bikini de flores hawaianas.

Sus amigas hicieron lo mismo.

—Necesito que me prestes el vestido melocotón, ese que es largo hasta las rodillas y tirante ancho, con escote redondo.

—¿Para qué lo necesitas? —preguntó Amaia con una mirada inquisidora.

—Obviamente, para ponérmelo —replicó Nerea. Chasqueó la lengua y le explicó a su hermana—: Hoy es el cumpleaños del padre de Mauro y me ha invitado a comer con ellos. Tengo que dar imagen de niña buena que no ha roto nunca un plato.

—Pues no vas a dar el pego porque el profesor Santiago ya te conoce y estará resentido por lo que te pasó con él en el instituto.

—De todas formas, lo voy a intentar. ¿Me lo prestas o no?

—Vale. Está en el vestidor, en la cuarta percha. Cógelo tú misma. Pero —le advirtió su hermana, levantando un dedo, que apuntó hacia la cara de Nerea, y siguió hablando— tienes que devolvérmelo en buen estado.

Su novia y sus amigas habían terminado de ponerse las prendas de baño y comenzaban a colocarse túnicas de varios colores.

Nerea se metió en el ropero en busca del vestido.

—Vale. Te juro que lo cuidaré y te lo devolveré intacto —prometió en voz alta para que Amaia la oyera desde donde estaba.

Agarró la percha de la que colgaba el vestido y salió del ropero. Caminó hacia la puerta de la habitación mientras escuchaba que una de las amigas de su hermana le proponía:

—Si alguna vez montamos una orgía, ¿querrás participar?

En la voz de Lidia notó que deseaba tener sexo con ella.

—No, gracias. A mí me gustan los hombres.

—Eso es porque nunca has estado con una mujer. A lo mejor si lo pruebas… —insistió Lidia.

—Si alguna vez lo pruebo, no será contigo, así que no te hagas ilusiones.

Dicho esto, abrió la puerta y salió del dormitorio. Esa chica, Lidia, le caía fatal. Era una persona interesada y falsa. No entendía cómo Amaia podía ser amiga de una chica así. Supuso que su hermana la soportaba porque era la pareja de su otra amiga, Lucía, y no deseaba discutir con ella o perder la amistad que tenían desde la infancia. Pero le repateaba que Lidia se aprovechase de la gente que tenía a su alrededor. Era una trepa. Cuanta más fama y dinero tuviera una persona, más se arrimaba a ella. Le daba ganas de vomitar. Pero el mundo estaba lleno de gente así. Una vez leyó en redes sociales que el tiempo pone a cada uno en su lugar: cada reina en su trono, cada payaso en su circo y cada fantasma en su castillo. Esperaba que a Lidia le llegase pronto el turno.

***

Cuando Mauro llegó al *parking* donde tenía aparcada la moto, se la encontró tirada en el suelo. Tenía el faro y los dos espejos rotos, la carrocería rayada y las

dos ruedas pinchadas. Solo se había salvado el asiento de cuero marrón.

Se acercó rápido a la Vespa y la levantó.

—¡No! ¡No! ¡No! —se lamentó—. ¿Qué te ha pasado, preciosa? ¿Quién te ha hecho esto? —preguntó hablándole a la moto.

Miró a su alrededor, pero no halló a nadie.

Repasó de nuevo el estado lamentable en el que se encontraba su querida Vespa y notó cómo la rabia crecía en su interior.

—Me las vas a pagar, seas quien seas —murmuró para sí, apretando tan fuerte la mandíbula que estuvo a punto de romperse un diente.

Puso el caballete a la moto y entró en el club náutico.

—Buenos días. ¿Está el señor Torregrosa? Soy Mauro Vila. Necesito hablar con él, por favor. Es muy urgente —le dijo a una empleada que estaba allí.

—Sí, acompáñeme si es tan amable.

Caminó detrás de la mujer hasta llegar al despacho del dueño del club náutico. Ella tocó con los nudillos en la puerta y pidió permiso para entrar.

—¡Adelante! —respondió una voz grave.

—Señor Torregrosa, Mauro Vila quiere verlo —le comunicó, abriendo la puerta hasta la mitad.

—Dígale que pase.

La mujer abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para dejar que Mauro entrase en el despacho de su jefe.

—Buenos días, señor Torregrosa. Perdóneme si le molesto —dijo, tendiéndole la mano.

—Buenos días, Mauro. —El hombre se la estrechó—. Ahora no estaba haciendo nada, así que no te preocupes, no me has molestado. Toma asiento, por favor. —Le indicó un sillón de cuero blanco frente a su escritorio.

—Gracias, señor.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Qué necesitas?

Marc, el novio de Valeria, entró en ese momento.

—Hola, Mauro —saludó, contento—. ¿Qué tal estás, tío?

Mauro se levantó y Marc le dio un abrazo junto con unas palmaditas en la espalda.

—Hola, Marc. Pues estoy muy enfadado —contestó cuando deshicieron el abrazo.

—¿Por qué? —preguntaron padre e hijo al mismo tiempo.

—Porque alguien me ha destrozado la moto.

El señor Torregrosa y Marc abrieron mucho los ojos, completamente sorprendidos.

—¿Aquí? ¿En el *parking* del club? —replicó Marc.

—Sí. Anoche la dejé bien aparcada. Estaba en buen estado. Pero, cuando he ido a cogerla hace unos minutos, me la he encontrado tirada en el suelo, con la carrocería rayada y varios desperfectos más. Quería saber si las cámaras de seguridad que tenéis en el *parking* habían grabado algo.

—Ahora mismo lo sabremos —dijo el señor Torregrosa, moviendo el ratón del ordenador que había sobre el escritorio.

Pinchó en la aplicación que tenía para ver lo grabado la noche anterior y esa mañana.

Mientras los tres buscaban imágenes de lo sucedido, Mauro llamó a Nerea.

—No puedo ir a recogerte con la moto. Tendrás que pillar un taxi o que te lleve alguien de tu familia.

—¿Por qué? ¿Te ha pasado algo?

—Me han destrozado la Vespa.

A continuación, le contó cómo se la había encontrado y lo que estaba haciendo en esos momentos junto a Marc y su padre.

—¡Me cago en los muertos del que lo haya hecho! —gritó Nerea, indignada —. ¡Hijo de puta! Ahora mismo voy al club.

Cortó la comunicación y salió de su dormitorio para buscar a Tomeu, el chófer, para que la llevase.

Bajando las escaleras se cruzó con su padre, que ascendía por ellas.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan furiosa?

—Algún cabrón le ha destrozado la moto a Mauro.

—¿Qué?

Le contó a su padre lo que su novio le había dicho sobre lo ocurrido.

—¿Dónde está Tomeu? Necesito que me lleve al club náutico.

—Tomeu tiene el día libre. Te llevaré yo.

Los dos salieron apresuradamente del chalet y se montaron en el automóvil que estaba más cerca.

***

Cuando llegaron al *parking* del club, se encontraron con Mauro, Marc y el señor Torregrosa haciendo fotos a los desperfectos de la moto.

—Buenos días, por decir algo —saludó Míkel a todos.

Nerea hizo lo mismo. Después se acercó a Mauro y lo abrazó para consolarlo.

—¿Sabéis quién ha sido? —preguntó.

—Las cámaras de seguridad han grabado a un encapuchado, todo vestido de negro, rompiendo el faro y los espejos con una mancuerna de gimnasio. Luego, ha rayado la carrocería de la moto con un pincho de hierro, después lo ha

clavado en las dos ruedas y, por último, le ha pegado una patada a la moto, tirándola al suelo.

—¡Joder! ¡Menudo hijo de puta! ¡Ojalá se muera! —gritó Nerea.

Su padre la riñó.

—Hija, no digas tacos. Y no le desees la muerte a nadie.

Ella resopló.

—Le desearé que le toque el gordo de Navidad, no te jode… —ironizó.

Míkel pasó por alto el comentario.

—¿Has llamado al seguro? —quiso saber dirigiéndose a Mauro.

—Sí, hace un rato. Tengo que llevar la moto al taller mañana a primera hora porque irá el perito del seguro para valorar los daños. Pero le estoy haciendo fotos por si acaso.

—Bien hecho —comentó el director de cine.

Diez minutos después, se despidieron de Marc y el señor Torregrosa.

—He llamado a mi padre para decirle que llegaremos tarde por lo que ha pasado con la Vespa —mencionó Mauro.

—No deberías haberlo hecho. Hoy es su cumpleaños y su santo. No es el día más adecuado para dar malas noticias. Bastante disgusto tendrá sabiendo que voy a ir yo —expuso Nerea.

—Dime la dirección donde vais a celebrar la fiesta de tu padre y os llevaré en mi coche —intervino Míkel.

—La vamos a celebrar en su casa.

A continuación, Mauro le indicó dónde estaba el domicilio de Santiago y se subieron al auto. El director de cine metió la dirección en el navegador y emprendió la marcha con Mauro sentado en el asiento del copiloto y Nerea detrás.

Media hora más tarde, llegaron. La pareja se bajó del coche y Míkel le dijo a Mauro que felicitase a su padre de su parte antes de que cerrase la puerta.

—Si tengo que venir a buscaros, me llamáis —comentó el hombre.

—No te preocupes, papá. Podemos llamar a un taxi.

—Bien, hija, lo que tú quieras. También tienen que comer los señores taxistas —cedió Míkel.

Se marchó de allí en el momento en que Mauro tocaba el timbre en el portal.

—¿Preparada? —quiso saber, apretando la mano de su chica.

Ella asintió.

—Estoy un poco nerviosa —reconoció.

Mauro la miró de arriba abajo.

—Por cierto, estás preciosa con ese vestido.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

Mauro llevaba unas bermudas de tela vaquera en color azul claro y una camisa blanca.

En ese momento, se oyó la voz de Santiago contestando al telefonillo.

—Papá, abre, somos nosotros.

***

Cuando salieron del ascensor en el tercer piso, Santiago los esperaba en la puerta. Sonrió al ver a su hijo, pero luego desvió la mirada hacia Nerea y la sonrisa se esfumó. Ella notó cómo el hombre apretaba la mandíbula y la fulminaba con los ojos.

—Feliz cumpleaños, papá —dijo Mauro, soltando la mano de Nerea para darle un gran abrazo a su padre y dos besos en las mejillas.

—Gracias, hijo.

Nerea abrió la boca para felicitarlo también, pero no le dio tiempo. Santiago se giró y entró en la casa.

Mauro miró a Nerea y se inclinó sobre su oreja.

—Ten paciencia con él.

—Y luego me decís que soy maleducada. ¿Y él? No ha dicho ni «Hola». Ni siquiera me ha dejado felicitarle.

—Dale tiempo. Tiene que hacerse a la idea de que ahora estamos juntos, de que tenemos una relación de pareja —le recomendó Mauro.

—Está bien —suspiró Nerea, poniendo los ojos en blanco.

Mauro agarró su mano y tiró de ella para hacerla entrar en el piso de Santiago. Había un pequeño recibidor, con una mesa estrecha de madera oscura, donde estaban unas llaves —Nerea supuso que serían las de casa— y un teléfono clásico, del año 1950 aproximadamente. Era de color crema, con la ruleta de números en el centro y el auricular colgado en la parte superior de manera horizontal. Lo sabía porque sus padres tenían uno en el chalet, recuerdo de sus abuelos, y de pequeña jugaba con él, a pesar de que tenía muchísimo juguetes, pero ese teléfono clásico era su preferido. Se hacía pasar por teleoperadora o secretaria de Míkel y Estíbaliz. Le gustaba meter el dedito en el agujero de algún número, girar la ruleta hacia la derecha, en el sentido de las agujas del reloj, y que, al sacar el dedo, esta sola regresase a su posición inicial.

—¿El teléfono todavía funciona? —le preguntó a Mauro en un susurro.

—No, no funciona. Es un recuerdo familiar, de mis abuelos.

—Mis padres tienen uno igualito en su habitación y también era de mis abuelos. De pequeña me encantaba jugar con él, a pesar de que lo tenía prohibido, pero no me importaba. Era tan tentador que no podía resistirme a

tocarlo.

—O sea, que ya desde pequeñita eras desobediente y rebelde, ¿verdad? —se burló Mauro mientras seguían recorriendo el pasillo.

Nerea le dio un ligero puñetazo en el hombro. Él se rio bajito.

En el pasillo había tres puertas. Todas cerradas, por lo que ella no pudo ver a qué estancia correspondía cada una. Al final del pasillo estaba la cocina, decorada con muebles de madera clara y una encimera de granito marrón. Los electrodomésticos eran blancos. En la pared de la derecha había una mesa con cuatro sillas y en la pared de la izquierda estaba la puerta por la que se accedía al salón-comedor de la vivienda.

—Pasad y sentaos. —Santiago les hizo un ademán para que se internasen en el salón—. La mesa ya está puesta. Solo me falta servir los platos.

Nerea contempló la mesa. Tenía un impoluto mantel blanco, ribeteado con grecas azules. Las servilletas eran de tela, del mismo tono y con el mismo dibujo que el mantel. Sobre la mesa había tres servicios junto a una botella de agua y un bol de cristal con ensalada. También había un plato de jamón serrano y una bandeja con rebanadas de pan moreno y sobrasada.

—¿Solo vamos a estar nosotros? ¿No tenéis más familia? —murmuró Nerea.

—Mis tíos están de viaje y mis primos también se han ido de vacaciones con sus mujeres e hijos. Cuando vuelvan, lo celebraremos con ellos, como hacemos todos los años.

Ella asintió a la explicación de Mauro y él retiró la silla para que su chica tomara asiento.

—Voy a la cocina para ayudar a mi padre a traer los platos —le comentó.

—Espera, voy contigo —dijo, agarrándolo del brazo.

En ese momento, entró Santiago con dos platos de arroz negro. Colocó uno donde se iba a sentar Mauro y el otro lo puso en la cabecera de la mesa, el lugar que ocuparía él. Regresó a la cocina.

—¿Tanto me odia que va a dejarme sin comer? —siseó Nerea, molesta.

Mauro se sentó en su sitio.

—Tranquila, que no es tan desconsiderado.

Santiago volvió con el plato de Nerea y lo dejó frente a ella.

Mauro la miró sonriendo.

El profesor se acomodó en su silla, presidiendo la mesa. Cogió la botella de agua y sirvió primero a su hijo y después, a él. Dejó la botella en la mesa sin ofrecerle bebida a Nerea.

—Cariño, ¿quieres agua? —preguntó Mauro.

—Ya me la pongo yo —dijo, muy seria.

Santiago comenzó a hablar con su hijo sobre lo que había ocurrido con la

Vespa, a pesar de que ya lo sabía, ignorando por completo a la jovencita.

Nerea cogió una rebanada de pan moreno y le untó sobrasada con el cuchillo. Mientras se la comía, echó un vistazo al salón.

Había un sofá de tres plazas, un mueble donde estaba insertada la televisión de pantalla plana, varios marcos con fotografías familiares y una mesita de centro. Las cortinas eran blancas, sencillas. En una pared había un cuadro bastante grande que representaba una puesta de sol en la playa. Bajo ese cuadro, había otro mueble con un tocadiscos. A su lado, una colección de discos de vinilo y un teléfono fijo inalámbrico.

—¿A que sí, Nerea? —oyó que le preguntaba Mauro.

—Perdona, ¿qué decías? —respondió ella, centrando la mirada en su novio.

—Le estaba comentado a mi padre que el próximo curso te vas a esforzar más y vas a prestar atención en clase para aprobarlo todo.

—Lo dudo mucho —soltó Santiago sin mirarla.

—Papá, dale una oportunidad —le pidió Mauro.

El hombre dirigió una mirada severa a Nerea. La contempló, estudiándola como si fuera un científico observando a una ameba en un microscopio.

—Le prometo que seré la mejor alumna que…

Santiago la cortó.

—No hagas promesas que no vas a cumplir.

—Bueno, vale, ya está bien —intervino el joven—. Tengamos la fiesta en paz. Cambiemos de tema.

Santiago dejó de asesinar a Nerea con la mirada y se dirigió a su hijo.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó mientras comía un poco de su arroz negro.

Mauro comenzó a relatarle los siguientes cáterin que tenía mientras también comía de su plato. Nerea hizo lo mismo. Se mantuvo en silencio, escuchándolos hasta que terminaron de hablar.

—Tiene una casa muy acogedora, profesor Santiago —comentó con una sonrisa.

El hombre ladeó la cara y la miró, echando chispas por los ojos.

—Gracias —respondió, muy serio—. ¿Me pasas el plato del jamón?

—Claro.

Ella le acercó el plato y él cogió un par de lonchas. Mauro también aprovechó para coger. Nerea volvió a dejar el plato donde estaba.

Observó el vaso vacío del profesor y le preguntó:

—¿Quiere más agua, señor Vila?

Él asintió.

Mientras ella vertía el líquido en su vaso, volvió a hablarle.

—El arroz está muy bueno. Es usted un buen cocinero.

—También soy un buen profesor, pero claro, de eso no te has dado cuenta porque no prestas atención en clase y te dedicas a cuchichear con tus amigas o lo que es peor, a usar el móvil, que te recuerdo que está prohibido.

—Lamento mi comportamiento en clase. El próximo curso cambiaré de actitud.

Santiago la miró con una ceja arqueada, muy serio, dándole a entender que no creía sus palabras.

—También quería pedirle perdón por lo que pasó en el mes abril. Estuvo muy mal y me arrepiento de haberle faltado el respeto con algo tan íntimo —agregó.

El hombre no respondió. Dejó de mirarla y siguió comiendo su plato hasta que lo acabó.

Nerea intercambió con Mauro una mirada llena de frustración. Su novio le pidió paciencia haciendo un gesto con la cara.

—Esos discos que tiene ahí, ¿de qué tipo de música son? —intentó darle conversación a su profesor.

Mauro terminó su plato en ese momento y se levantó para llevar a la cocina el plato de su padre y el suyo. Nerea aún no había acabado.

—Julio Iglesias, Joan Manuel Serrat, Nino Bravo, Camilo Sesto… Artistas que tú seguro que no conoces —replicó con irritación.

—Mis abuelos paternos son fans de Miguel Ríos y a mis abuelos maternos les gustan mucho Nino Bravo y Julio Iglesias —comentó con una sonrisa angelical —. Siempre que voy a San Sebastián para visitarlos escucho ese tipo de música porque en su casa la tienen puesta todo el día. Incluso sé la letra de algunas canciones.

—¡No la hagas cantar, papá! —gritó Mauro desde la cocina—. ¡Parece que sea un gato al que estén estrangulando!

Santiago, por primera vez en todo el tiempo que llevaban en casa, sonrió ampliamente. Sin embargo, reprimió la carcajada que estaba a punto de salir de su garganta.

Nerea puso los ojos en blanco.

—No lo hago tan mal. Es que tú eres difícil de oído —rebatió.

Mauro regresó al salón.

—Ya. —Miró con sorna a su chica—. ¿Has terminado tu plato?

—Sí —dijo, a pesar de que aún le faltaba un poco—. El arroz me llena mucho.

—¿Vais a comer más ensalada? —quiso saber el chico, retirando el plato de Nerea.

—No —contestaron a la vez Santiago y Nerea.

—Vale, pues me la llevaré también.

Cuando Mauro salió del comedor, Santiago le pidió a Nerea que le diese el

plato de jamón serrano. Ella obedeció su orden y lo dejó delante de él.

—No me engañas —susurró el profesor—. Me estás haciendo la pelota porque ahora eres novia de mi hijo, algo que por cierto no apruebo. Ni te arrepientes de lo que pasó en clase ni de tu comportamiento en el instituto.

—Señor Santiago, le juro que es verdad. Lamento mucho todo lo que le dije. Perdóneme, por favor.

—No te creo —siseó, indignado.

Se metió una loncha de jamón a la boca y la masticó.

—Voy un momento al baño y ahora vuelvo —les dijo Mauro, asomándose al salón—. No os matéis en mi ausencia —bromeó.

—Bien, hijo. Cuando vuelvas, saca la tarta que hay en la nevera y trae platos de postre y cucharillas.

El joven le guiñó un ojo a Nerea y le dio ánimos con una sonrisa.

Santiago se metió otra loncha de jamón a la boca.

—Tiene que creerme, por favor. De verdad que lo siento. Yo no sabía que había fallecido Jaume…

—Aunque lo hubieras sabido, habrías hecho el mismo comentario. Eres una chica dañina. No te quiero cerca de mi hijo.

—Puede que tenga razón, pero le aseguro que estoy cambiando. Estar con su hijo me hace bien. Antes de conocerlo, no me paraba a pensar si hacía daño a otras personas con mis comentarios; era rebelde, me costaba adaptarme a las normas y cumplirlas. Vivía demasiado deprisa y solo me importaba pasármelo bien. Mauro me ha enseñado a ir más despacio, a disfrutar de la vida de otro modo, más tranquilo. Por él, quiero ser mejor persona.

Santiago no contestó.

Nerea vio que abría la boca para decir algo, pero no llegó a hablar. El hombre comenzó a darse palmadas en el pecho, intentó toser, pero no pudo.

—¿Qué le pasa, Santiago? —preguntó Nerea, alarmada.

El profesor se levantó de la silla mientras continuaba dándose fuertes golpes en el torso.

Nerea comprendió que se le había quedado atascado el jamón en la garganta y reaccionó.

—¡Mauro! —gritó mientras se colocaba detrás del hombre y rodeaba su cuerpo con los brazos. Hizo un puño con una mano y lo sostuvo con la otra sobre la mitad inferior del esternón. Realizó presiones rápidas y firmes, practicándole la maniobra de Heimlich. Volvió a llamar a su novio a gritos—. ¡Mauro! ¡Ven! ¡Tu padre se está ahogando!

Continuó unos segundos más con esa serie de presiones mientras le suplicaba a Santiago:

—Intente toser, por favor, no se muera. Mauro ya ha perdido a su madre, a su hermano, no puede perderlo también a usted. Tosa tan fuerte como pueda. Tiene que librarse de lo que se le ha atascado en la garganta. ¡Mauro! —volvió a gritar —. ¡Corre! ¡Ven!

En ese momento llegó el joven y Nerea soltó a Santiago. Mauro agarró a su padre y continuó con la maniobra que le estaba practicando su novia.

—Se ha atragantado con una loncha de jamón —le explicó apresuradamente —, pero yo no tengo tanta fuerza como tú para hacerle la maniobra de Heimlich.

—Vamos, papá, tose. Haz un esfuerzo.

Después de unos segundos que se les hicieron infinitos, Santiago vomitó el jamón atascado en su garganta.

Inhaló el oxígeno que sus pulmones reclamaban y, entre toses, habló:

—Ya está, chicos. Ya está. Necesito sentarme.

Entre Mauro y Nerea lo llevaron hasta el sofá. Lo sentaron y Mauro se colocó de rodillas frente a él. Nerea se sentó a su lado.

—¿De verdad que estás bien, papá? —preguntó, preocupado.

—Sí, hijo, sí —contestó, llenando de aire sus pulmones.

—Menudo susto —comentó Nerea—. Estaba supernerviosa y no tenía fuerza.

Santiago ladeó la cabeza y la miró a los ojos. En ellos vio angustia, desesperación e inquietud.

—Tranquila, muchacha, ya ha pasado todo —la calmó, dándole unas palmaditas en las manos, que Nerea apoyaba sobre su regazo—. Si no fuera por ti, me habría ido al otro barrio.

—Yo no he hecho nada. Lo he intentado, pero si no llega a ser por su hijo… —le tembló la voz y meneó la cabeza negando. Las lágrimas anegaron sus ojos. Había pasado mucho miedo. Nunca había visto la muerte tan de cerca.

—Gracias de todas formas —dijo, apretándole las manos.

—Bonita forma de celebrar tu cumpleaños, ¿eh? —bromeó Mauro.

—Por cierto, felicidades, señor Santiago —añadió Nerea, respirando profundamente para controlar las lágrimas.

—No llores, querida, que aún sigo aquí. Y no me trates de usted. Voy a ser tu suegro, así que puedes tutearme.

Con sus últimas palabras, la chica supo que aceptaba la relación que mantenía con su hijo.

Nerea sonrió e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me guardaré el «usted» para cuando estemos en clase, ¿te parece bien, Santiago? —le propuso.

—Me parece muy bien —pronunció con una sonrisa amable mientras pensaba que le daría una oportunidad a la chica. Le debía su vida y también a Mauro.

Entre los dos habían conseguido salvarlo.

—Volvamos a la mesa —intervino el joven—. Hay que soplar las velas de la tarta y darte el regalo que te hemos traído.

Los tres se levantaron a la vez y caminaron hacia la cocina.

Santiago cogió los platos y la paleta para cortar la tarta y servirla; Nerea, las cucharillas; y Mauro sacó la tarta de la nevera. Le puso las velitas, las encendió y se dirigió con ella entre las manos hacia el comedor, donde ya se habían sentado su padre y su novia.

Mauro y Nerea comenzaron a cantar la típica canción de cumpleaños. Santiago pudo comprobar que lo que le había dicho su hijo sobre la manera de cantar de su novia era cierto.



CAPÍTULO 21

—Buenos días, amor —saludó Mauro con cariño a Nerea al día siguiente cuando contestó a su llamada telefónica.

Ella le correspondió de igual manera.

—Te llamo para contarte que acabo de salir del taller donde he llevado la Vespa. He estado con el perito de la compañía de seguros evaluando los daños de la moto y, según los empleados, tardarán un mes y medio en tenerla lista porque tienen a la mitad de la plantilla de vacaciones y van con mucho retraso.

—¡Joder! —exclamó Nerea—. ¿Y no puedes llevarla a otro taller?

—En otro no la dejarían igual que estaba. Recuerda que es una Vespa *vintage* y no todos los mecánicos hacen obras de arte con las motos.

—¿Y cómo te vas a mover por la ciudad?

—De la misma forma que antes: con la furgoneta de la empresa.

Nerea resopló con fastidio. Pero al momento se le ocurrió una idea.

—Cuando cumplí los dieciocho, mis padres me regalaron un Mini Cooper. Podría prestártelo hasta que te den la Vespa.

—No sabía que tuvieras carnet de conducir —se sorprendió Mauro.

—Pues sí, lo tengo. Además, me lo saqué a la primera —le comunicó, orgullosa.

—Entonces, ¿por qué vas en taxi a todas partes o con el chófer de tu familia?

—Porque es más cómodo y no me gusta conducir. Además, perdí una vez el Mini y lo pasé fatal.

—¿Cómo es que lo perdiste? —quiso saber Mauro riéndose.

Nerea se lo contó.

—Fui con Ari a un centro comercial para comprar el regalo de cumpleaños de Valeria y metí el coche en el garaje. Íbamos tan entretenidas hablando que

ninguna de las dos nos fijamos dónde lo había aparcado, ni los colores de las columnas de ese pasillo ni la letra ni el número de plaza. Cuando regresamos al *parking*, estuvimos dando vueltas durante media hora buscándolo mientras discutíamos entre nosotras, echándonos la culpa la una a la otra por no habernos fijado bien.

Mauro soltó una carcajada imaginándose la escena.

—Al final lo encontramos, pero no veas el susto que me llevé porque justo ese día era la primera vez que cogía el coche —concluyó Nerea.

—Bonita forma de estrenarlo —ironizó Mauro sin dejar de reírse.

—Calla, calla, que casi me muero del susto.

—Bueno, amor, debo cortar la llamada. Hoy tengo mucho trabajo y no quiero retrasarme más. No sé si podremos vernos.

—Pues, entonces, te llevo el Mini a la oficina y así nos vemos aunque solo sean cinco minutos.

—Te repito que no es necesario que me prestes tu coche. Puedo usar la furgoneta.

—Pero tardas un montón en encontrar hueco para ese trasto tan grande. Es mejor que te deje mi coche —insistió ella.

—¿Estás llamando trasto a mi furgoneta? —Él fingió indignación.

Nerea no respondió a la pregunta.

—En media hora estoy en la puerta de tu oficina con el Mini —le dijo.

Antes de que Mauro pudiese añadir algo más, Nerea cortó la comunicación.

***

Por la tarde, las tres amigas se reunieron en una heladería.

Mientras Nerea tomaba un granizado de café, las otras dos comían unas copas de helado con tres bolas de diferentes sabores cada una. Valeria estaba contenta de poder darse un capricho. Había bajado todo el peso que quería y la nutricionista le había puesto una dieta de mantenimiento. Además, seguía haciendo ejercicio tres veces por semana.

—Tenemos que organizar una fiesta antes de irnos de vacaciones, para despedirnos —comentó Valeria.

—¿Te irás a Santo Domingo como todos los años? —quiso saber Nerea.

—Sí, mis padres y yo tenemos ganas de ver a la familia que aún nos queda allí.

—¿Y Marc? ¿Se va con vosotros? —preguntó Ariadna.

Valeria negó con un movimiento de cabeza.

—No. Es demasiado pronto para hacer un viaje en familia. Lo dejaremos para

el próximo año.

—¿Le vas a dejar todo el mes de agosto aquí, solito, rodeado de zorras que estarán deseando hincarle el diente? —cuestionó Nerea.

Valeria se encogió de hombros.

—Si de verdad me quiere, sabrá esperar y no me pondrá los cuernos con otra.

—Lo vigilaré de todas formas, porque yo no me voy de vacaciones a ningún sitio —comentó Nerea.

Sus amigas la miraron extrañadas.

—No quiero estar sin ver a Mauro tanto tiempo —explicó.

—Pero tus padres y tu hermana se irán a Praga, ¿no? —preguntó Valeria.

—Mis padres sí, pero Amaia tiene que regresar a Barcelona porque el día treinta y uno se le terminan las vacaciones, a ella y a Estela. Las han contratado a las dos en la farmacia en la que han estado haciendo las prácticas y tienen que trabajar.

—¡Qué guay! Felicita a las dos de mi parte —sonrió Valeria, contenta.

—También de la mía —agregó Ariadna.

—Se lo diré a las dos. —Tomó un poco más de su granizado de café y prosiguió—: ¿Qué planes tienes tú para las vacaciones, Ari?

Su amiga contestó:

—Leo y yo iremos quince días a Italia, las dos primeras semanas de agosto. Haremos un recorrido por todo el país visitando Milán, Venecia, Florencia, Roma y Nápoles. Queremos ir también a Verona para ver la casa de Julieta. Hace poco hemos releído *Romeo y Julieta* y tenemos ganas de conocer el lugar donde transcurre la historia.

—¡Qué viaje más romántico! —aplaudió Valeria.

—Pues, si las dos os vais de vacaciones el uno de agosto, tendremos que hacer la fiesta de despedida antes, ¿no? —apuntó Nerea.

—Hoy estamos a veintiséis, ¿qué tal si la hacemos el veintinueve en mi casa? —ofreció Valeria—. Ese día y al día siguiente mis padres no estarán porque van a visitar a sus amigos de Ibiza, así que tenemos la casa libre para hacer la fiesta.

—Me parece genial —aceptó Ari.

—A mí también —confirmó Nerea.

—¿Me ayudáis a hacer la lista de invitados? —les pidió Valeria.

***

Mauro estaba en el interior de la oficina, haciendo el cuadrante de empleados y los cáterin que tenía los siguientes días, cuando el teléfono fijo sonó.

—Cáterin Mar Blau. Dígame —pronunció al descolgar.

Al otro lado de la línea nadie contestó.

—¿Quién es? —preguntó.

Oyó cómo el cristal de la oficina se rompía al mismo tiempo que se cortaba la llamada.

Se giró hacia el ruido justo en el momento en que caía una gran piedra dentro de la oficina.

Logró ver a una persona encapuchada que salía corriendo después de cometer la fechoría. Por la forma en la que se movía, supo que era Angélica.

Colocó el teléfono inalámbrico en el soporte y murmuró:

—Esta vez te he pillado, cabrona.

Dirigió la mirada hacia una bola negra que había en el techo. La cámara de seguridad estaba activada y había grabado toda la escena. Esperaba que se le viera bien la cara para ir a comisaría y denunciarla.

***

Cuando Nerea llegó a su casa, cerca de las diez de la noche, se encontró con la empleada del servicio. En una mano portaba el vestido melocotón que Amaia le prestó a Nerea.

—Buenas noches, Yoli. ¿Ya está limpio y planchado el vestido de mi hermana?

—Sí, Nerea. Ahora mismo iba a subírselo.

—Dámelo. Yo se lo llevaré. Así te ahorro tiempo porque sé que debes estar a punto de servir la cena a mis padres —se ofreció con amabilidad.

—Los señores han ido al club náutico. Cenarán allí —la informó.

—Vale. —Nerea agarró la percha con el vestido que Yolanda tenía en la mano —. De todas formas, se lo llevaré yo a mi hermana. ¿A qué hora servirás la cena?

—En veinte minutos.

—Gracias.

Subió las escaleras y recorrió el pasillo hasta llegar a la puerta del dormitorio de Amaia. Dio un par de golpes antes de abrir.

—Amaia venía a…

Se calló al ver a su hermana y a Estela sentadas en la cama. En medio estaba Lucía, llorando a moco tendido.

—¿Qué le pasa? —quiso saber.

—Ha roto con Lidia —le contestó Amaia mientras le pasaba la mano a su amiga por la espalda, intentando consolarla.

—¿Y por eso está llorando? —cuestionó Nerea—. Debería descorchar una

botella de champán y celebrar que por fin se ha librado de esa zorra.

—Tienes la misma delicadeza que una piedra —soltó su hermana.

—No, Amaia. Nerea tiene razón —intervino Lucía, sorbiéndose los mocos y limpiándose las lágrimas que surcaban sus mejillas con los dedos—. Debería estar celebrándolo. Ya no podrá ponerme más los cuernos ni intentar ligarse a otras delante de mis narices. Y tampoco podrá sacarme dinero o regalos caros.

—¿Eso te ha hecho la bruja de Lidia? —preguntó Nerea. Y, sin dejar que Lucía contestase, siguió hablando—: Ya me lo imaginaba. Esa tía no es de fiar. Siempre me ha parecido una persona interesada, una trepa. Y, encima, es una infiel de mierda. ¡Alégrate, chica! ¡Menuda de la que te has librado! —exclamó, al tiempo que se metía en el vestidor para colgar en su sitio el vestido de Amaia.

Cuando regresó al lado de las otras tres, le dijo a su hermana:

—Ya tienes el vestido melocotón limpio y planchado. Gracias por prestármelo.

Amaia le sonrió con dulzura.

Nerea se arrodilló frente a Lucía y puso las manos en sus rodillas.

—Luci, no llores más por esa tiparraca. No se lo merece. Seguro que dentro de poco encuentras a otra tía que vale la pena y que te hará feliz sin pedir nada a cambio.

La chica la miró con cariño y asintió. Abrió los brazos y rodeó con ellos el cuerpo de Nerea. Posó la cabeza en su hombro y le susurró al oído:

—Gracias.

—De nada.

Cuando se alejó de los brazos de Lucía, se alzó y se despidió de ellas.

—Bueno, chicas, bajo a cenar.

—Nosotras iremos dentro de un rato —mencionó su hermana—. Dile a Yolanda que ponga un servicio más en la mesa. Lucía se quedará a cenar con nosotras.

Nerea afirmó con un movimiento de cabeza y salió del cuarto de Amaia.

***

Al día siguiente, por la tarde, Nerea fue a ver a Mauro a la oficina.

Se sorprendió al llegar y ver que otra vez tenía paneles de madera en lugar del gran cristal con el logotipo de su negocio.

—Hola, cariño. ¿Qué ha pasado? —preguntó nada más entrar, señalando la madera.

—Hola, amor. Otra vez me han roto el cristal, pero he tenido suerte porque la cámara lo ha grabado todo y se ve perfectamente a Angélica haciéndolo. Esta

mañana he ido a comisaría para denunciarla.

—¿Cuándo te va a dejar en paz esa hija de puta? —inquirió, cagándose en todos los muertos de la mujer.

Mauro rodeó el escritorio y cubrió la distancia que lo separaba de Nerea. Le dio un rápido beso en los labios antes de contestar.

—Imagino que dentro de poco. En cuanto la detenga la policía.

—Pues espero que lo hagan pronto —murmuró sobre la boca de su novio.

Se besaron durante un par de minutos más y, luego, Mauro volvió a sentarse tras su mesa. Nerea lo hizo en una de las sillas que había en la parte frontal.

—¿Te queda mucho para terminar? Son casi las ocho. Había pensado que podíamos cenar en el barco y hacer el amor. Te echo de menos —suspiró.

El joven sonrió con picardía.

—Acabo en diez minutos, si no me distraes —dijo las últimas palabras con un tono de voz juguetón.

—No entiendo cómo podría distraerte. —Nerea puso cara de niña que no ha roto nunca un plato—. Por cierto, ¿la cámara está activada?

—Siempre está grabando.

—Podríamos rodar nuestra propia peli porno —le propuso ella con sensualidad.

Mauro soltó una carcajada.

—Va a ser que no —replicó, poco convencido.

—¿Qué te apuestas a que sí? —La joven habló al tiempo que se levantaba de la silla y rodeaba la mesa para acercarse a él.

Mauro se echó para atrás con el sillón de ruedas y se giró hacia ella.

Nerea se agachó entre sus piernas y empezó a tocarle por encima de la tela del pantalón.

—Tengo hambre —comentó, y se pasó la lengua por los labios—. Creo que tomaré un aperitivo antes de cenar.

***

Nerea estaba acabando de maquillarse para asistir a la fiesta en casa de Valeria cuando le llegó una notificación de WhatsApp.

Miró la pantalla y vio que el remitente era el contacto que tenía como Party.

Entró en la aplicación y lo borró sin leerlo. Sabía el contenido. Una fiesta *rave* en algún almacén o nave industrial abandonada y la hora a la que empezaba. Ya no le interesaba ir a ese tipo de fiestas. Había decidido abandonar ese mundo de juerga y desenfreno; de drogas y alcohol.

Dejó el móvil en el tocador de su habitación y terminó de pintarse los labios.

***

La música sonaba a todo volumen en el jardín de la casa de Valeria. Había un buen número de invitados: cerca de una docena eran compañeros de instituto; cuatro o cinco, vecinos; y varias jóvenes que conocían del club náutico y del Sunset.

Valeria también había invitado a Amaia, Estela y Lucía.

Leo miraba cómo Ariadna perreaba la canción *Gasolina*, de Daddy Yankee. Frente a ella estaba Nerea dándolo todo. Valeria estaba enrollándose con Marc en un rincón del jardín.

Un grupo de jóvenes jugaba al *Drink-pong*. El juego consistía ordenar vasos en forma de triángulo en un extremo de la mesa y encestar una bolita de *ping-pong* en alguno de ellos. Formaban dos equipos. Cada miembro debía meter la esfera en los vasos del equipo contrario por turnos. Cuando alguno de ellos acertaba, el equipo contrario tenía que beber un chupito de vodka cada uno.

Uno de los chicos iba tan borracho que no se tenía en pie y decidió abandonar el juego. Otro se aproximó hasta Nerea y Ariadna y las invitó a participar en él.

—Yo no —se negó Ari.

—A mí me gustaría, pero estoy desintoxicándome del alcohol. Si me dejáis beber Coca-Cola, juego con vosotros. De lo contrario, no.

El joven asintió. Nerea dejó de bailar para irse con él, pero no pudo dar más dos pasos porque Ari la agarró del brazo.

—Tía, ya sabes cómo va este juego. Has acabado pedo muchas veces por participar en él —le recordó su amiga—. ¿Dónde ha quedado lo de «Ya no voy a beber más alcohol»? ¿Se te ha olvidado?

—¿No has oído lo que le he dicho a Nacho? —contestó Nerea sonriendo.

—Con la música tan alta, no.

—Confía en mí. Voy a beber Coca-Cola. Te lo juro.

Ariadna decidió confiar en ella, así que la soltó. De todas formas, la mantendría vigilada por si acaso. Continuó bailando mientras Nerea se acercaba a la mesa donde se desarrollaba el juego y todos la jaleaban para que cogiese una bolita y la encestase.

Nerea cumplió la promesa que le había hecho a su amiga. Cada vez que le tocaba beber a su equipo, ella tomaba un chupito del refresco.

Estaba chinchando a un miembro del otro equipo para que fallara el tiro cuando sintió una vibración en el bolsito que llevaba en bandolera y lo sacó para ver quién era.

Mauro la estaba llamando.

—Hola, amor —gritó el joven.

—Espera un momento. Voy a salir a la calle y alejarme un poco de la fiesta porque no te oigo bien. No cuelgues.

Nerea serpenteó por el jardín hasta que lo abandonó. Se distanció unos cuantos metros de la casa, con el teléfono aún colocado en la oreja.

—Mauro —dijo—. Ya puedo escucharte mejor. ¿Tardarás mucho en venir?

—No. Estoy saliendo ahora del barco. Como mucho, en veinte minutos estaré allí. Mándame la ubicación.

—Ahora lo hago. Estoy deseando verte.

—Yo también.

—Te quiero, Míster Sexo.

—Y yo a ti, Bala Perdida —confesó Mauro con una sonrisa alegre.

Nerea le mandó la ubicación por WhatsApp, se guardó otra vez el móvil en el bolsito y regresó a la casa sin darse cuenta de que Angélica había sido testigo de toda la conversación.

***

Estaba dentro. Tenía que actuar rápido.

Había conseguido acceder a la fiesta porque la descuidada de Nerea no había cerrado bien la puerta. Por suerte para ella.

Iba toda de negro, con una capucha que le cubría buena parte del rostro.

Nadie reparó en ella, sin embargo, intentó que no se diese la ocasión.

Había muchos jóvenes bailando al ritmo de la música urbana que sonaba en aquella fiesta, que le había ofrecido la oportunidad de llevar a cabo su plan para vengarse de Mauro y de su novia rica.

Observó a Nerea, que se unía al baile moviendo las caderas con sensualidad y la odió todavía más. Seguro que era una fiera en la cama y por eso Mauro estaba tan encoñado con ella.

Pero eso se iba a terminar pronto.

Esperó unos minutos hasta que Nerea fue a una mesa y se sirvió un vaso de refresco de cola.

Se desplazó hasta allí, camuflándose entre la gente, y se escondió detrás de la mesa, agachándose.

Nerea bebió un trago del vaso y lo dejó en la mesa. Siguió bailando mientras hablaba con otra chica que se le había acercado en ese momento.

Aprovechó que Nerea estaba distraída para verter cocaína en el vaso. Esperó, contando el tiempo que la novia de Mauro tardaba en beber otra vez, y cuando comprobó que lo hacía, salió de su escondite. Se dirigió con prisa hacia la calle y una vez allí caminó para alejarse mientras se reía a carcajadas.

En veinte minutos su plan habría funcionado.



CAPÍTULO 22

Nerea estaba contoneando las caderas al ritmo de *TQG,* de Shakira y Karol G, mientras hablaba con Ariadna.

—Tengo que agradecerte que hayas cumplido tu promesa de no beber alcohol.

—No tienes que dármelas. —Le sonrió Nerea.

—¿Le falta mucho a Mauro para llegar?

—He hablado con él hace un rato. No creo que tarde ya.

Nerea se volvió hacia la mesa y cogió el vaso de refresco que había dejado sobre ella.

—Es Coca-Cola. ¿Quieres? —le ofreció a su amiga.

Ariadna rechazó la bebida.

—No quiero beberme tus babas. Ya sabes lo escrupulosa que soy.

—Pues las babas de Leo bien que te las bebes cada vez que lo besas —la pinchó Nerea riéndose.

Ari puso los ojos en blanco mientras ella tomaba un sorbo de su refresco.

—No es lo mismo —rebatió su amiga.

—Ya, porque es tu novio, ¿verdad?

—Pues sí, por eso y porque, además, besa superbién.

—¿También te tragas su semen cuando le haces una mamada? —quiso saber Nerea.

—¡Tía! —protestó Ari—. ¡Deja de decir guarradas! Eso es privado y a ti no te importa —la riñó.

—Yo lo hago con Mauro —respondió Nerea como si estuviera hablando de la noche tan cálida que hacía.

—No quiero saberlo y no creo que a tu novio, con lo discreto que es, le guste que vayas por ahí contando vuestra vida íntima. ¿De verdad que no estás bebiendo alcohol? —cuestionó, quitándole el vaso de las manos para olerlo.

—No voy por ahí contándoselo a la gente. Solo lo sabéis Valeria y tú —replicó Nerea, cogiéndole el vaso a Ariadna.

Bebió otro trago y dejó el vaso en la mesa para continuar bailando.

***

Angélica empezó a correr mientras continuaba riéndose a carcajadas. Estaba tan feliz, se sentía tan orgullosa de lo que iba a suceder, que no miró al cruzar la calle. Solo sintió el golpe y cómo su cuerpo rebotaba sobre el capó de un coche, la luna delantera y daba vueltas por el techo hasta caer sobre el asfalto. Sintió crujir todos sus huesos y un dolor extremo, imposible de soportar. Notó que le faltaba el aire. Intentó seguir respirando, pero con cada inhalación le sobrevenía un dolor agudo. Después dejó de tomar aire y todo se volvió negro.

***

Nerea terminó el vaso y siguió bailando un poco más junto a Ariadna. Valeria se acercó a ellas.

—¡Por fin te has despegado de la boca de Marc! —soltó Nerea, muy alegre.

—Necesito beber agua —contestó Valeria, cogiendo una botella.

—Claro, te habrá dejado seca… —dijo Nerea riéndose.

Su amiga miró a Ariadna con una ceja arqueada, en una muda pregunta.

—No está borracha. Llevo toda la noche vigilándola y no ha tomado nada de alcohol —declaró Ari.

—Estábamos hablando de tragar el semen cuando se le hace una mamada a un tío —intervino Nerea.

Ariadna puso los ojos en blanco y Valeria miró a su alrededor para asegurarse de que nadie de los que había allí hubiera escuchado a su amiga. Volvió la cara hacia Nerea al oír que esta le preguntaba:

—¿Y tú? ¿Te tragas el semen de Marc o te da asquito? —chilló.

—Baja la voz, por favor.

—¡Si no estoy gritando! —soltó, eufórica.

Valeria miró a Ariadna.

—¿Seguro que no ha bebido alcohol?

—Estoy segura. No la he perdido de vista ni un segundo. Lo que tiene en el

vaso es refresco de cola.

—Pues, entonces, ha debido tomar alguna pastilla de esas que tanto le gustan.

Nerea, que las estaba escuchando, confesó:

—Esas pastillitas rosas que tanto me gustaban ya no las tengo. Se las di a Mauro, él las hizo polvo y las tiró por el váter. No estoy colocada, os lo juro, chicas. De hecho —dijo arrastrando las palabras—, me siento mareada, tengo mucho sueño y frío. Avisa a mi hermana de que me voy a casa. Por el camino llamaré a Mau…

Se desplomó en el suelo antes de terminar el nombre de su novio.

***

El navegador del Mini de Nerea indicaba a Mauro el camino que debía seguir para llegar a casa de Valeria. Sin embargo, había una ambulancia y dos coches de policía interrumpiendo la calle.

Detuvo el auto y contempló cómo subían a la ambulancia la camilla con un cuerpo. Sobre él había una manta isotérmica plateada. La persona estaba cubierta por completo, por lo que no pudo saber si era hombre o mujer. De lo que sí estaba seguro era de su fallecimiento. Había visto más accidentes y sabía que, cuando lo tapaban del todo, era porque estaba muerto.

Dirigió su vista hacia la otra parte, donde un BMW presentaba daños causados en la chapa y el cristal delantero. El conductor estaba siendo atendido por un ataque de ansiedad.

Sintió pena por el señor y también por la persona fallecida. ¿Cómo se vive con esa carga? El hombre lo recordaría toda la vida. Si le hubiera ocurrido a él, no podría seguir viviendo con la conciencia tranquila porque el recuerdo de lo sucedido le torturaría toda la vida.

Decidió aparcar el coche allí mismo e ir caminando hacia la casa de Valeria. Estaba apenas a cien metros.

***

Nerea se desplomó en el suelo en el mismo instante en el que Mauro accedía al jardín de la casa de Valeria donde se celebraba la fiesta.

El joven corrió entre los asistentes gritando el nombre de su novia.

Al llegar a ella, se echó al suelo y la agarró por los hombros.

—¡Nerea! ¿Qué te pasa? ¡Nerea, abre los ojos! ¡Háblame!

Ariadna le contó cómo se había desarrollado todo hasta ese mismo instante.

—Dijo que se encontraba mal, que estaba mareada y que tenía mucho sueño. Y luego… luego… —La voz le tembló y no pudo continuar.

—Voy a llamar a una ambulancia —les comunicó Valeria, sacando el móvil del bolsillo del pantalón.

—Hay una al final de la calle —dijo Mauro mientras seguía intentado reanimar a Nerea sin éxito—. Es mejor que vayas a ver si puede venir algún sanitario de los que hay allí.

Valeria asintió y corrió hasta salir del jardín, seguida por Marc.

—¿Ha tomado algo de droga? ¿Ha bebido alcohol? —interrogó a Ari.

—No, nada de nada. Solo ha bebido refresco de cola, pero me he asegurado de que no llevase alcohol.

—¡Vamos, Nerea! ¡Despierta, mi amor! —gritó el joven, angustiado, dándole palmaditas en las mejillas para reanimarla.

Valeria regresó minutos después acompañada por un sanitario.

El hombre se agachó junto al cuerpo inerte de Nerea y levantó sus párpados para observarlos con una linterna que llevaba mientras Ariadna le contaba lo que había pasado.

—Ha sufrido una sobredosis —dictaminó el sanitario.

El lamento desgarrador de Mauro atravesó el alma a todos los que estaban presenciando la escena. Lloraba de rabia, impotencia y frustración mientras pensaba que no podría seguir viviendo sin Nerea. ¿Cómo iba a hacerlo si ella se había convertido en el centro de su universo? Todo su mundo giraba en torno a su novia, haciendo planes con ella, pensando en Nerea a cada minuto del día.

«Dios, no te la lleves también a ella, por favor. Ya me has quitado a mi madre y a mi hermano. Te lo suplico. Devuélvemela».



CAPÍTULO 23

Nerea pasó unos días ingresada en el hospital, recuperándose de la sobredosis. Mientras estaba en el centro sanitario, confesó a sus padres que tomaba drogas y bebía demasiado alcohol, pero que desde que había conocido a Mauro estaba intentando dejarlo. Les juró que llevaba días sin beber ni meterse nada y no sabía cómo había podido sufrir una sobredosis en la fiesta si estaba bebiendo un refresco.

—Sabes que puedes confiar en nosotros —dijo Míkel—. Si se trata de una recaída…

—No se trata de una recaída, papá. Os juro que no he tomado nada en el fiesta —aseguró ella, molesta porque no la creyeran.

—Cariño —intervino Estíbaliz—, es muy difícil salir de ese mundo de drogas y alcohol. Comprendemos que estuvieses con el mono y sintieses la necesidad de tomar alguna sustancia…

—¡Que no he tomado nada, joder! —gritó, desesperada, separando la espalda del colchón de la cama en la que estaba, encarándose con sus padres.

Mauro, a su lado, le puso una mano en el hombro para devolverla a su sitio.

—Nerea, es normal que tus padres desconfíen. Acaban de enterarse de tus adicciones. Debes tener paciencia con ellos —dijo con voz tranquila y suave.

—¡A la mierda la paciencia! ¡Llevo días sin beber alcohol ni meterme nada! ¡Ya lo he dejado! ¿Tanto os cuesta creerme? ¿Es que no me conocéis? ¿No sabéis lo cabezota que soy y que siempre consigo lo que quiero? —cuestionó en voz alta, mirando a sus padres. Nada más terminar de hablar, rompió a llorar—. Marchaos. Necesito estar sola un rato.

—Pero, cariño, nosotros queremos ayudarte —replicó su madre.

—Salid de la habitación, por favor. Quiero estar sola. Tú también, Mauro.

Vete.

El joven asintió y abandonó la estancia. Comprendía que necesitase un momento a solas con sus pensamientos y también para tranquilizarse.

Sus padres la miraron con pena antes de marcharse. Al salir, cerraron la puerta para que su hija tuviera intimidad.

Mientras recorrían el pasillo para ir a la sala de espera, Mauro les contó lo sucedido con su hermano Jaume.

—Pero Nerea no es como él. Ella es fuerte y, cuando está decidida a hacer algo, lucha por conseguirlo. Debéis confiar en vuestra hija y también tener paciencia. Con el apoyo de toda la familia, sus amigas y el mío, estoy seguro de que logrará salir de esto.

En ese momento vieron a Ariadna y a Valeria, que caminaban por el pasillo en dirección a la habitación de Nerea.

—Hola. ¿Qué tal está? ¿Podemos verla? —preguntó Valeria.

—Está fuera de peligro. La hemos dejado sola un rato porque necesitaba… —comenzó a responder Mauro, pero Ariadna le cortó.

—Me importa una mierda lo que necesite Nerea. Voy a entrar en esa habitación y le voy a decir unas cuantas palabras —soltó, indignada.

—Ahora no es el mejor momento —intentó detenerla Mauro al ver que la amiga de su novia rodeaba su cuerpo para continuar con su camino.

—Me da igual si es buen momento o no. Nerea me va a escuchar.

Comenzó a correr para impedir que Mauro la detuviese.

Llegó a la habitación y abrió la puerta. Se metió dentro rápido y cerró dando un portazo que sobresaltó a Nerea.

Esta se encontraba sobre la cama hecha un ovillo, llorando desconsolada. Al oír el ruido, giró la cara hacia la otra parte de la estancia.

—Ari, no quiero ver a nadie ahora —declaró, limpiándose las lágrimas a manotazos. No deseaba que su amiga la viera en aquel estado de vulnerabilidad.

—Me has engañado —siseó Ariadna—. Me dijiste que habías dejado de tomar…

—¡Yo no te he engañado! ¡Lo que te dije era verdad! —exclamó Nerea.

—Mientes —la acusó su amiga.

—Sabes que no. ¿Cuándo te he mentido en algo? Me conoces bien. Siempre soy sincera y honesta con todo el mundo. Digo lo que pienso y hago lo que me da la gana sin importarme la opinión de la gente.

—Pues a tu familia bien que la has tenido engañada todo el este tiempo. ¿Y luego dices que no mientes? ¡Ja! ¡Una mierda!

Nerea se sentó en la cama, con los pies colgando.

—No contar absolutamente todo no es mentir —se defendió.

—No me sirve de excusa. ¿Cómo explicas entonces que hayas tenido una sobredosis?

—No lo sé. Llevo dándole vueltas al tema desde que los médicos me lo dijeron y no entiendo cómo ha pasado esto si llevo días sin meterme nada. Además, tú estuviste todo el rato controlándome en la fiesta. Sabes que no bebí alcohol ni tomé ningún tipo de droga.

Ariadna se sentó a su lado. Le pasó el brazo por encima de los hombros y la apretó contra ella.

—Júramelo por lo más importante para ti en esta vida —le ordenó ella.

Nerea se aclaró la garganta.

—Te lo juro por mi amor por Mauro, por mi familia y por nuestra amistad, incluyendo a Valeria.

Ari se quedó en silencio unos instantes.

—Está bien. Te creo y voy a ayudarte a salir de toda esta mierda.

De pronto, sonaron unos golpes en la madera de la puerta y esta se abrió ligeramente. Por el hueco, asomó la cabeza de Valeria.

—¿Puedo pasar? Tengo algo importante que debéis ver.

—Claro que sí. Entra —contestó Nerea.

Tras Valeria, venían Mauro y los padres de Nerea.

—Este es un vídeo de la fiesta. Me lo acaba de mandar Vanessa, la hija del director de nuestro insti. Fijaos bien en el momento en el que Nerea deja el vaso de refresco en la mesa.

Valeria reprodujo el vídeo. En él se veía la fiesta en pleno auge. La chica que lo había grabado hacía un barrido por toda la zona, deteniéndose unos segundos para enfocar a las parejas que se besaban en los rincones, y luego grabó la mesa de bebidas.

—¡Mirad! ¡Justo ahí! —exclamó, pausando el vídeo. Señaló una persona con una sudadera que llevaba la capucha puesta. Sin embargo, no le cubría la cabeza del todo, por lo que se le veía la cara y un mechón de pelo largo, oscuro, vertiendo polvo blanco en el vaso de Nerea.

—¡Hija de puta! —soltó Nerea.

Miró a Mauro y este le confirmó con la mirada lo que ya había deducido su novia.

—Es ella, Angélica —dijo de todas formas—. Tenemos que ir a la comisaría para denunciarla.

—Papá, pídeles a los médicos mi alta. Quiero denunciar a esa hija de puta inmediatamente.

—No creo que te den el alta ya. De todas formas, no te preocupes. Y no digas tacos, por favor. Tu madre y yo acompañaremos a Mauro a comisaría para poner

la denuncia. Valeria, ¿puedes reenviarnos ese vídeo para que se lo enseñemos a los agentes? —le pidió, y ella hizo un gesto afirmativo. Míkel miró a las amigas de su hija y añadió—: Chicas, quedaos con Nerea. Aunque no creo que tardemos mucho en volver, no quiero que esté sola por si acaso la joven que le ha hecho esto aparece otra vez para repetirlo.

—Llamaré a Leo para que venga y esté con nosotras —le comunicó Ariadna, sacando su teléfono móvil para llamar a su novio—. Cuantos más seamos, mejor. Dudo mucho que se atreva a meterse con cuatro personas.

Mauro se acercó a Nerea para despedirse con un beso.

—Enseguida vuelvo, amor. Te quiero.

—Yo también te quiero.

***

Media hora después, Mauro llamó a Nerea.

—¿Ya habéis salido de la comisaría? ¡Qué rapidez! —comentó después de saludarlo.

—No, todavía estamos aquí, pero no tardaremos en irnos. No podemos poner la denuncia porque Angélica ha muerto.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—La han atropellado. Cuando nos lo han dicho, he recordado que yendo a la fiesta me encontré con un accidente. Un conductor había arrollado a alguien. Solo vi la camilla con un cuerpo cubierto por una manta isotérmica plateada. No sabía si era hombre o mujer, y ahora resulta que era el cuerpo sin vida de Angélica.

Nerea se quedó por unos segundos impactada por la noticia. Tenía una mezcla de sentimientos que no sabía cómo digerir: alivio, tristeza, frustración, rabia…

—Así no nos molestará más —soltó por fin.

—¿Te alegras de que haya muerto?

—No, no me alegro. Me habría conformado con que tuviese algo roto y pasara un tiempo en el hospital. Y después en alguna clínica psiquiátrica, haciendo terapia. Pero no le deseaba la muerte, aunque debo reconocer que la vida la ha castigado por todo lo que nos ha hecho. De la peor forma posible, eso sí.

—Yo tampoco me alegro. No se merecía un final así. Estoy de acuerdo contigo en que le hubiese venido bien estar un tiempo ingresada en alguna clínica para tratarle la enfermedad mental que tuviera. Pero no ha sido posible. —Mauro dejó escapar un suspiro de tristeza. Era verdad le daba pena que su exnovia hubiese fallecido.

—Bueno, pues si no tenéis nada que hacer ahí, venid al hospital. Tenéis que

relevar a mis amigas y a Leo, que acaba de llegar.

—Ahora nos vemos, amor —se despidió Mauro antes de cortar la llamada.

***

Míkel y Estíbaliz cancelaron el viaje a Praga. No querían irse y dejar a su hija sola después de lo que había sucedido, a pesar de que Mauro estaba en constante contacto con ella. Amaia y Estela retrasaron la vuelta al trabajo en la farmacia hasta que su hermana salió del hospital. Ariadna y Leo aplazaron el viaje a Italia. Valeria se quedó en Palma todo el mes de agosto mientras sus padres estaban en Santo Domingo visitando a la familia. Tampoco quería separarse de Nerea.

Afortunadamente, la joven se recuperó en poco tiempo y volvió a su casa.

Los médicos recomendaron a la familia el ingreso en una clínica de rehabilitación, algo a lo que Nerea se negó. Les pidió que confiasen en ella, en su fuerza de voluntad para salir de todo eso. Solo consumía ese tipo de sustancias cuando iba a alguna fiesta *rave* y desde que estaba con Mauro había dejado de beber alcohol. Aun así les prometió que, en caso de tener alguna recaída, ingresaría en algún sitio donde la ayudasen.

Sus padres y su hermana aceptaron reticentes. Pero el tiempo le dio la razón a la joven. Ese verano estuvo entretenida trabajando con Mauro, en la oficina y en algunos cáterin.

El arreglo de la Vespa se retrasó bastante más de lo que le habían dicho a Mauro, pero, cuando por fin pudo tenerla, comprobó que estaba como nueva. Habían hecho un trabajo excelente con ella.

Una vez a la semana, su novio la obsequiaba con un ramo de tulipanes naranjas, amarillos, rosas y azules. Esa flor se convirtió en el símbolo de su amor, así que los dos decidieron tatuársela. Nerea lo hizo en el interior de la muñeca. Mauro, bajo el tatuaje de «Resiliencia» que llevaba en el bíceps. La chica también se tatuó las palabras «Fortaleza» y «Superación» en el antebrazo como un recuerdo de todo por lo que había pasado.

El joven viajó con los padres de Nerea y con ella a la *premier* en Madrid de la nueva película del director. También los acompañó al Festival de Cine de San Sebastián, donde lo pasaron muy bien y se fueron de *pintxos* por la ciudad. Tal como predijo la chica, su padre no ganó la Concha de Oro a la que estaba nominado, pero a su madre sí la premiaron con la Concha de Plata a la mejor interpretación protagonista, algo que celebraron al regresar a Mallorca con una gran fiesta.

Cuando Nerea empezó el curso en el instituto, se esforzó al máximo para ser la mejor alumna, como les había prometido a Mauro y a Santiago. La relación

con su suegro era buena. El hombre había comprobado que la chica había mejorado su comportamiento y aceptó la relación que mantenía con su hijo.

Nerea logró sacarse el bachillerato de ciencias. Podía ir a la universidad que quisiera. Sin embargo, decidió estudiar una FP de Hostelería y Restauración para trabajar con Mauro en su empresa de cáterin, bajo sus órdenes y las de Catalina, la mano derecha del jefe.



EPÍLOGO

Tres años después

9 de diciembre. Palma de Mallorca

Nerea guiaba a Mauro por el *parking* del club náutico aquella fría mañana. Le había tapado los ojos con su bufanda para que no viera la sorpresa que le tenía preparada.

Cuando llegaron al Mini, aparcado junto a la Vespa *vintage*, Nerea le quitó la prenda de lana de los ojos al tiempo que exclamaba:

—¡Feliz cumpleaños!

Mauro parpadeó y se quedó mirando el coche lleno de *post-it* en forma de corazón. En cada uno de ellos había escrito algo. Se acercó al Mini para leerlos.

Los «Te quiero» se alternaban con los «Cásate conmigo». Despegó uno de estos últimos y lo leyó varias veces, asombrado.

—¿Esto…?

Ladeó la cara hacia Nerea. La descubrió con una inmensa sonrisa en los labios y una cajita abierta en la mano. Dentro había una alianza.

—Te iba a preguntar si esto es en serio o si se trataba de una broma, pero ya veo que no estás de coña. —Señaló el anillo dorado.

—Pues sí. Te estoy pidiendo matrimonio de verdad. ¿Qué me dices?

Mauro tragó saliva. Inspiró hondo mientras meditaba la idea. Nada le gustaría más que convertir a Nerea en su esposa, pero aún era demasiado pronto.

—Creo que eres muy joven para casarte —respondió.

—Te recuerdo que en enero cumpliré veintidós años.

—Seguirás siendo joven para casarte —repitió.

—¿Me estás rechazando? —quiso saber la chica, frunciendo el ceño.

Mauro agarró la mano en la que Nerea portaba la cajita con la alianza.

—No. No estoy rechazándote. Solo digo que todavía eres joven para contraer matrimonio.

—A ver: que no quiero que nos casemos mañana ni dentro de dos meses —replicó Nerea—. Mi deseo es comprometerme contigo. Subir un poco más en la escala de las relaciones serias.

El joven se recreó un tiempo para crear más expectación en ella mientras recordaba los tres años que llevaban juntos. Habían tenido momentos dulces, discusiones y reconciliaciones. Necesitaba a Nerea como necesitaba el aire para respirar. Ella era su todo. Vivía por y para ella. Cada día que pasaba se enamoraba más de su novia y, en ocasiones, se había imaginado envejeciendo junto a ella, rodeado de sus hijos y nietos. Con Nerea era feliz y esperaba hacerla feliz a ella también todos los días del resto de su vida.

—Sí, acepto. Venga, ponme el anillo. Sé que lo estás deseando. —Le guiñó un ojo.

Nerea lo sacó rápido de la cajita y se lo colocó en el dedo correspondiente.

Acto seguido, se subió de un salto a sus caderas. Mauro la sujetó con fuerza por el culo.

—Te quiero, Míster Sexo.

—Y yo a ti más, Bala Perdida.

La pareja se fundió en un apasionado beso que revolucionó todas sus terminaciones nerviosas y los calentó.

—¿Cuándo has hecho todo esto? —preguntó Mauro cuando terminaron de besarse.

La noche anterior aparcaron el Mini allí y Nerea no se había movido de su lado en todo el tiempo. Incluso habían dormidos abrazados. Cuando Mauro despertó, Nerea aún seguía en la cama con él.

—Me escabullí mientras dormías. Estabas tan cansado después de nuestra maratón sexual que no te diste cuenta de que faltaba de entre tus brazos. Por suerte, volví antes de que te despertaras para ocupar el lugar que me corresponde —le explicó sonriendo—. ¿Te gusta?

Mauro admiró de nuevo los *post-it* del coche y ladeó la cara para mirar a su chica.

—Me encanta —dijo con una sonrisa que no le cabía en la cara—. Y lo otro también. —Dejó a Nerea en el suelo, sobre sus pies, y se miró la alianza—. Tendré que comprarte una.

—Ya lo he hecho yo. —Sacó una sortija del bolsillo de su abrigo y se la enseñó a Mauro.

—Vaya. —Abrió mucho los ojos, sorprendido—. Veo que lo tenías todo planeado. Me habría gustado tener yo la iniciativa, pero te me has adelantado y me has quitado la oportunidad de buscar el anillo de compromiso ideal, preparar una petición de mano romántica…

—¿Te parece poco romántico esto? —Señaló el coche—. Anda, deja de protestar y ponme la sortija de una puñetera vez. Puedes hacerme la típica pregunta si quieres.

Mauro sonrió al ver la impaciencia de su novia. Agarró la alianza y puso una rodilla en el suelo.

—Nerea, ¿me harías el inmenso honor de convertirte en mi esposa? —preguntó con teatralidad.

—Por supuesto que sí —contestó ella, y soltó una carcajada.

El joven le colocó el anillo en el dedo y se alzó para besarla otra vez.

Después, cogió a Nerea de la mano y se dirigieron hacia el barco, que ahora se llamaba Bala Perdida en honor a su novia.

Nada más entrar en el camarote, la desnudó en silencio, acariciando la suave piel que iba descubriendo. Cuando ella estuvo sin ropa, la llevó hasta la cama.

—Tendremos que buscar una casa antes de casarnos. —Él comenzó a hablar mientras repartía besos por todo su cuerpo—. Cuando seamos marido y mujer, dedicaré mi tiempo a hacerte el amor para llenar esa casa de niños y convertirla en nuestro hogar.

A Nerea le brillaron los ojos de ilusión y esperanza, además de lo excitada que estaba por los besos de Mauro. Encendían todas las terminaciones nerviosas de su piel, volviéndolas locas.

—Prométeme que nos quedaremos con el barco —le pidió Nerea—. Será nuestro nidito de amor cuando tengamos la casa llena de pequeñajos y necesitemos follar como salvajes.

—Claro que sí. Nunca he tenido la intención de deshacerme del barco. Además, lleva tu apodo. Jamás podría desprenderme de él. Está lleno de recuerdos —suspiró.

Ella sonrió con el corazón bombeando con fuerza en su pecho, lleno de felicidad.

Él se desnudó con rapidez, agarró un preservativo y se lo puso en la erección.

Nerea se abrió de piernas, ansiosa por recibirlo.

Hicieron el amor durante horas, entre besos, caricias y palabras románticas, confesándose el uno al otro lo mucho que se amaban.

Fin

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradezco a mi familia y a mis amigas por apoyarme siempre. Sois un pilar fundamental en mi vida. Os quiero.

A mis lectoras cero, Karla, Vanessa y Mónica, por leer el borrador de todas mis novelas y darme su opinión sincera. Por aguantar todas mis locuras y acompañarme en esta aventura de escribir.

También gracias infinitas a las personas que compran mis libros en vez de piratearlos.

Mil gracias a Mariah Evans por ayudarme con los aspectos legales que aparecen en esta historia. Eres una abogada estupenda, una buena persona y una gran escritora.

Gracias a O. R. por dejarme contar en esta novela tu experiencia con las drogas y el alcohol. Lograste salir de ese mundo gracias a tu cabezonería, y te admiro por ello. Ahora te falta dejar de fumar. ;)

A Carolina Ramos por la corrección de esta novela y a Marién Fernández, de ADYMA Design, por la maquetación y el diseño de la portada. Habéis hecho un excelente trabajo, chicas. Si sois autoras y necesitáis sus servicios, os las recomiendo.

También quiero agradecer a las personas que escriben su opinión sobre mis novelas en Amazon y a las que me siguen por redes sociales.

A las organizadoras de eventos de literatura romántica que consiguen unir a lectoras con autoras mientras disfrutamos hablando sobre lo que más nos gusta: las novelas románticas. Sobre todo a Dama Beltrán (Encuentro Romántico de Armilla, Granada); Nani Mesa (Huelva Romántica); Mónica Quiroga (Literaty, Madrid) y María José y Noelia (Evento Devoralibros, Barcelona).

Gracias también a todas las *bookstagrammers* que leen mis novelas y hacen reseñas de ellas para darles la mayor difusión posible en RR. SS.

Si me dejo a alguien, que se dé por agradecid@.

¡Hasta siempre!

Mabel Díaz

BIOGRAFÍA DE MABEL DÍAZ



Mabel Díaz nació en Bilbao, en 1977. Tras vivir unos años en Alcoy (Alicante), el amor la llevó a Madrid, donde reside en la actualidad. Siempre le gustó leer y devoraba cada libro que caía en sus manos. Empezó a escribir romántica y erótica como *hobby,* para sacar todas las historias que tenía en su cabeza y que amenazaban con volverla loca. Así nacieron Entre mis brazos, Cuando te falte mi piel, Cómplices del placer, 3 te odio y un te quiero, No me busques más, Amarte a escondidas, Una relación clandestina, Los besos que no te di, la trilogía erótica de los hermanos MacKenzie, El que se enamore pierde, entre otras.

BIBLIOGRAFÍA

- Entre mis brazos (2ª edición)
- La última noche contigo
- El fuego que arde en ti: Hermanos Mackenzie 1. (2ª edición)
- Dulce tentación: Hermanos Mackenzie. (3ª edición)
- El calor de tus besos: Hermanos Mackenzie 3. (2ª edición)
- Bajo las estrellas
- Coser mi alma rota
- Amor a quemarropa & Perfecta (2ªedición)
- 3 te odio y un te quiero
- No me busques más
- Adicto a ti (2ª edición)
- Cuando te falte mi piel
- Amarte a escondidas
- Una relación clandestina: Amarte a escondidas 2.
- Los besos que no te di: Amarte a escondidas 3.
- Cómplices del placer
- Seduciendo a un ángel
- Un amor de cinco estrellas (2ª edición)
- El príncipe que salió del cuento (2ª edición)
- El que se enamore pierde.
- Love & Secrets: Bilogía Love I.
- Bala perdida: Bilogía Love II.

Table of Contents

Nota de la autora:
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Agradecimientos
Biografía de Mabel Díaz
Bibliografía